MORGAN RICE



UN BROCHE PARA LAS HEREDERAS

UN TRONO PARA LAS HERMANAS—LIBRO OCHO

MORGAN RICE



UN BROCHE PARA LAS HEREDERAS

UN TRONO PARA LAS HERMANAS—LIBRO OCHO

MORGAN RICE



UN BROCHE PARA LAS HEREDERAS

UN TRONO PARA LAS HERMANAS—LIBRO OCHO

UN BROCHE PARA LAS

HEREDERAS

(UN TRONO PARA LAS HERMANAS -- LIBRO 8)

MORGAN RICE

Morgan Rice

Morgan Rice es autora de *best sellers* de USA Today y de la serie de fantasía épica EL ANILLO DEL HECHICERO, *best seller* No. 1 que consta de diecisiete libros; de la serie de *best sellers* No. 1 DIARIO DE UN

VAMPIRO, que comprende doce libros; de la serie de *best sellers* No.1 LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA, un *thriller* postapocalíptico compuesto por tres libros; de la serie de fantasía épica REYES Y HECHICEROS, compuesta por seis libros; de la serie de fantasía épica DE CORONAS Y

GLORIA, que consta de ocho libros; de la serie de fantasía épica UN

TRONO PARA LAS HERMANAS, que consta de ocho libros; de la nueva serie de ciencia ficción LAS CRÓNICAS DE LA INVASIÓN, compuesta por cuatro libros; de la serie de fantasía OLIVER BLUE Y LA ESCUELA DE VIDENTES, compuesta de cuatro libros; de la serie de fantasía EL

CAMINO DEL ACERO, que consta de cuatro; y de la nueva serie de fantasía LA ERA DE LOS HECHICEROS. La obra de Morgan está disponible en audio y en ediciones impresas, con traducciones a más de 25

idiomas.

A Morgan le encanta saber de sus lectores, así que por favor no dudes en visitar su sitio web www.morganricebooks.com para suscribirte a la lista de correos electrónicos, recibir un libro gratis y otros obsequios, descargar la aplicación gratuita, recibir noticias exclusivas, conectarte

por Facebook y Twitter, y estar en contacto.

Selección de reconocimientos a Morgan Rice

"Si pensaban que ya no había razones para vivir después del final de la serie EL ANILLO DEL HECHICERO, estaban equivocados. En el DESPERTAR DE LOS DRAGONES Morgan Rice ha creado lo que promete ser otra serie brillante, sumergiéndonos en una fantasía de troles y dragones, de valor, honor, coraje, magia y fe en el destino. Morgan otra vez ha logrado producir una serie de personajes fuertes que nos hacen alentarlos en cada página…Recomendado para la biblioteca permanente de todos los lectores que adoren las fantasías bien escritas".

-- *Books and Movie Reviews*

Roberto Mattos

"Una fantasía llena de acción que asegura complacer a los fanáticos de las novelas anteriores de Morgan Rice, además de a fanáticos de obras como EL LEGADO de Christopher Paolini…. Fanáticos de la ficción para jóvenes van a devorar este último trabajo de Rice y rogarán por más".

-- *The Wanderer, A Literary Journal* (respecto a *El Despertar de los Dragones*)

"Una fantasía animada que en su trama entrelaza elementos de misterio e intriga. *La Senda de los Héroes* se trata de la construcción del coraje y de alcanzar un propósito en la vida que conduzca al crecimiento, la madurez y la excelencia….Para aquellos que buscan aventuras fantásticas sustanciosas, los protagonistas, recursos y acción proveen una enérgica serie de encuentros que se enfocan bastante en la evolución de Thor, de un niño soñador a un joven que se enfrenta a posibilidades de sobrevivencia imposibles ….Solo el comienzo de lo que promete ser una serie épica para jóvenes".

--*Midwest Book Review* (D. Donovan, crítico de eBooks)

“EL ANILLO DEL HECHICERO tiene todos los ingredientes para un éxito inmediato: argumentos, contraargumentos, misterio, valientes caballeros y relaciones que florecen repletas de corazones rotos, engaños y traición. Los mantendrá entretenidos durante horas complaciendo a todas

las edades. Recomendado para la biblioteca permanente de todos los lectores de fantasía.”

-- *Books and Movie Reviews*, Roberto Mattos

“En este primer libro lleno de acción de la serie de fantasía épica El Anillo del Hechicero (que actualmente cuenta con 14 libros), Rice les presenta a los lectores a Thorgrin "Thor" McLeod, de 14 años, cuyo sueño es pertenecer a la Legión de los Plateados, los selectos caballeros que sirven al rey…. La composición de Rice es sólida y el argumento, intrigante”.

--*Publishers Weekly*

Libros de Morgan Rice

LA ERA DE LOS HECHICEROS

EL REINO DE LOS DRAGONES (Libro #1)

OLIVER BLUE Y LA ESCUELA DE VIDENTES

LA FÁBRICA MÁGICA (Libro #1)

LA ESFERA DE KANDRA (Libro #2)

LOS OBSIDIANOS (Libro #3)

EL CETRO DE FUEGO (Libro #4)

LAS CRÓNICAS DE LA INVASIÓN

TRANSMISIÓN (Libro #1)

LLEGADA (Libro #2)

ASCENSO (Libro #3)

EL CAMINO DEL ACERO

SOLO LOS DIGNOS (Libro #1)

SOLO LOS VALIENTES (Libro #2)

SOLO LOS DESTINADOS (Libro #3)

SOLO LOS AUDACES (Libro #4)

UN TRONO PARA LAS HERMANAS

UN TRONO PARA LAS HERMANAS (Libro #1)

UNA CORTE PARA LOS LADRONES (Libro #2)

UNA CANCIÓN PARA LOS HUÉRFANOS (Libro #3)

UN CANTO FÚNEBRE PARA LOS PRÍNCIPES (Libro #4) UNA JOYA PARA LA REALEZA (Libro #5)

UN BESO PARA LAS REINAS (Libro #6)

UNA CORONA PARA LAS ASESINAS (Libro #7)

UN BROCHE PARA LAS HEREDERAS (Libro #8)

DE CORONAS Y GLORIA

ESCLAVA, GUERRERA, REINA (Libro #1)

CANALLA, PRISIONERA, PRINCESA (Libro #2)

CABALLERO, HEREDERO, PRÍNCIPE (Libro #3)

REBELDE, POBRE, REY (Libro #4)

SOLDADO, HERMANO, HECHICERO (Libro #5) HÉROE, TRAIDORA, HIJA (Libro #6)

GOBERNANTE, RIVAL, EXILIADO (Libro #7)

VENCEDOR, DERROTADO, HIJO (Libro #8)

REYES Y HECHICEROS

EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES (Libro #1)

EL DESPERTAR DEL VALIENTE (Libro #2)

EL PESO DEL HONOR (Libro #3)

UNA FORJA DE VALOR (Libro #4)

UN REINO DE SOMBRAS (Libro #5)

LA NOCHE DEL VALIENTE (Libro #6)

EL ANILLO DEL HECHICERO

LA SENDA DE LOS HÉROES (Libro #1)

LA MARCHA DE LOS REYES (Libro #2)

EL DESTINO DE LOS DRAGONES (Libro #3)

UN GRITO DE HONOR (Libro #4)

UN VOTO DE GLORIA (Libro #5)

UNA CARGA DE VALOR (Libro #6)

UN RITO DE ESPADAS (Libro #7)

UNA SUBVENCIÓN DE ARMAS (Libro #8)

UN CIELO DE HECHIZOS (Libro #9)

UN MAR DE ARMADURAS (Libro #10)

UN REINO DE HIERRO (Libro #11)

UNA TIERRA DE FUEGO (Libro #12)

UN MANDATO DE REINAS (Libro #13)

UNA PROMESA DE HERMANOS (Libro #14)

UN SUEÑO DE MORTALES (Libro #15)

UNA JUSTA DE CABALLEROS (Libro #16)

EL DON DE LA BATALLA (Libro #17)

LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA

ARENA UNO: TRATANTES DE ESCLAVOS (Libro #1)

ARENA DOS (Libro #2)

ARENA TRES (Libro #3)

LA CAÍDA DE LOS VAMPIROS

ANTES DEL AMANECER (Libro #1)

EL DIARIO DEL VAMPIRO

TRANSFORMACIÓN (Libro #1)

AMORES (Libro #2)

TRAICIONADA (Libro #3)

DESTINADA (Libro #4)

DESEADA (Libro #5)

COMPROMETIDA (Libro #6)

JURADA (Libro #7)

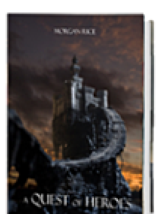
ENCONTRADA (Libro #8)

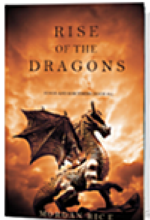
RESUCITADA (Libro #9)

ANSIADA (Libro #10)

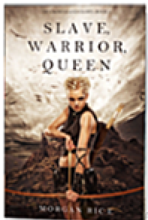
CONDENADA (Libro #11)

OBSESIONADA (Libro #12)





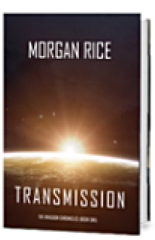


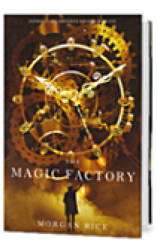












¿Sabías que he escrito múltiples series? Si no las has leído todas, ¡haz clic en la imagen más abajo para descargar el comienzo de una de las series!

¿Quieres libros gratis?

¡Suscríbete a la lista de correos de Morgan Rice y recibe gratis 4 libros, 3 mapas, 1 aplicación, 1 juego, 1 novela gráfica y obsequios exclusivos!

Para suscribirte, visita: www.morganricebooks.com

ÍNDICE

CAPÍTULO UNO

El Maestro de los Cuervos miraba alrededor de Ashton y sonreía por el modo en el que empezaba a cumplir con sus expectativas. Unas nubes de humo se alzaban por encima de ella desde aquellas secciones que sus hombres estaban despejando con fuego, desde las forjas que aún estaban produciendo armas en masa, de los fuegos que alimentaban sus hombres, hierros de marcar para los cautivos y hierros ardientes para tormento de aquellos que intentaran alzarse contra él.

—Venid a mí —dijo, extendiendo un brazo—. Mostradme.

Los cuervos descendieron desde el cielo y se posaron sobre la tela extendida de su gran capa, clavando sus garras en la carne que había debajo y llenaron el aire que le rodeaba con sus graznidos. Cada uno de ellos, al posarse, traía con él las vistas, los ruidos y los olores de una ciudad en ruinas, y cada una de las imágenes no hacía más que ensanchar la sonrisa del Maestro de los Cuervos hasta formar un pronunciado rictus.

El primer cuervo le mostró las ruinas de las periferias de la ciudad, donde los niños famélicos escapaban de niños famélicos más mayores, con cuchillos y garrotes en sus mugrientos puños. Los edificios eran escombros, madera astillada y piedras desperdigadas yacían en montones en los que sus cuervos revolvían en busca de los cadáveres que había debajo. El Maestro de los Cuervos notaba los momentos en los que los encontraban y los chorritos de la vida perdida fluían hasta su interior.

Le llegaba más poder de las horcas y las ruedas de despedazar, los postes para atar y las jaulas. Un batallón entero de sus tropas estaba trabajando en ellos y obligaban a los criminales a entrar y casi todo el mundo en Ashton era un criminal bajo las leyes del Nuevo Ejército. Estaba el chasquido de los mosquetes mientras los soldados practicaban con sus rifles con los condenados y siempre, siempre, la

caída de los cuervos sobre aquellos que se desplomaban.

Aún más llegaba de los lugares donde la gente que quedaba en la ciudad hacía los trabajos pesados, obligados a transportar y forjar, cavar y construir. No había nada de tiempo para pausas y poco para dormir. A los

que caían les pegaban hasta que se levantaban, y los que no se levantaban se convertían en comida para sus mascotas.

—Más —decía él, pues el hambre siempre estaba ahí. Los cuervos exigían más y él tenía que alimentarlos. Sus palabras resonaban por toda la ciudad, a través de las gargantas de miles de pájaros—. Danos más de comer.

No lo necesitaba solo por el hambre. Su mente se movía rápido, buscando un cuervo detrás de otro, desplegándose más allá de la ciudad, para que pudiera ver el resto del país. Veía campos y ciudades, el avance de sus ejércitos y los lugares donde la gente del reino buscaba construir el suyo propio.

—¿Debería destrozaros ahora o más tarde? —se preguntaba. Ahora empezaría fácilmente una sublevación. Sin embargo, más adelante, cuando hayan acumulado más seguidores… entonces la avalancha de muerte será mucho mayor. El poder será muchísimo mejor.

Otro cuervo le mostró la razón por la que necesitaba ese poder. Allá abajo estaba el Hogar de Piedra, a salvo dentro del largo muro que lo rodeaba, las piedras altas colocadas a intervalos servían como apoyos para el escudo al que podían llamar los que se encontraban dentro. El Maestro de los Cuervos veía más gente allá debajo de la que debería caber en un espacio así: al menos la mitad o más de los que habían huido de Ashton y el rey, Sebastián y…

Incluso desde allá arriba, era imposible pasar por alto el brillante resplandor de la niña. La hija de Sofía Danse brillaba con una fuerza que podría eclipsar al sol y que incluso podría bastar para saciar a los cuervos.

Con una fuerza como esta, un hombre podría volverse inmortal sin necesidad de matar más, sin volver a extender las alas negras.

Podría tener el poder suficiente para tomarlo absolutamente todo.

Regresó a su propio cuerpo y se dirigió a los ayudantes que aguardaban un poco apartados. Con ellos estaban varios de sus

capitanes, que parecían nerviosos, como aprendían a estarlo sus seguidores con el tiempo.

—¿Qué avance ha habido? —exigió, oyendo el graznido de su voz ronca. Siempre estaba peor cuando había pasado mucho tiempo en las mentes de sus pájaros. Señaló a uno de los capitanes al azar pues imaginaba que, de otro modo, pasarían el tiempo discutiendo acerca de quien tenía que ser el primero, o el último.

—Mis hombres continúan capturando a los rezagados —dijo el hombre

—. La gente continúa viviendo en sótanos y en chabolas como ratas, pero…

—El siguiente —dijo el Maestro de los Cuervos, interrumpiéndole.

—Nuestro control sobre el campo de alrededor es casi completo —dijo otro de los capitanes—. Se han implementado las nuevas leyes y hemos empezado a…

—El siguiente —dijo el Maestro de los Cuervos.

—Hay un noble que se ha proclamado a sí mismo rey y…

—¿Tú crees que yo no sé eso? —exigió, mientras la irritación crecía en su interior—. Ya nos encargaremos de todo esto, pero no es en absoluto relevante.

—Discúlpenos, mi señor —dijo uno de los ayudantes—, pero ¿qué es lo que desea oír de nosotros?

—Quiero saber del progreso en cuanto a atacar el Hogar de Piedra.

Quiero oír que habéis encontrado una solución para ese maldito escudo que han levantado.

—Mandamos ingenieros para que intentaran socavar sus muros —dijo el ayudante.

El Maestro de los Cuervos dirigió la mirada hacia el hombre.

—¿Y?

—Los masacraron unas incursiones de gente de allí. Había neblina y…

—Y cuando se disipó estaban muertos. Sí, sí —dijo el Maestro de los

Cuervos irritado—. ¿Qué más?

—Los cañones no funcionan contra el escudo —dijo uno de sus capitanes—. Ni tampoco ninguna clase de ataque físico.

—No me contéis lo que no funciona —dijo el Maestro de los Cuervos

—. Ya sé que mi ejército no puede abrirse camino.

—Estamos buscando a alguien que pudiera tener una solución —dijo un ayudante—. Pero se han mostrado reacios a ofrecerse, incluso con promesas de riqueza.

Por supuesto que eran reacios. Cualquiera que tuviera ese tipo de conocimiento, sin duda también tendría una chispa de talento mágico, y ahora mismo sería de todo menos probable que cualquiera que fuera así ayudara al Nuevo Ejército. Tendrían demasiado miedo de lo que les podría pasar después.

—Buscad entre todos los documentos —dijo el Maestro de los Cuervos

—. Quiero que busquéis obras de magia. Quiero que todo hombre que sepa

leer, todo ayudante, todo capitán que no esté en activo luchando busque en las bibliotecas de la ciudad. Publicad una recompensa. Cualquier hombre o mujer que traiga información relacionada con el escudo que rodea el Hogar de Piedra será perdonado, se le dará oro y un lugar en mi ejército, aunque tenga su propia magia, aunque sean sacerdotes de la Diosa Enmascarada, o nobles, o cualquier otra cosa. Encontradme una solución y perdonaré cualquier cosa. ¡Debo tener a esa niña!

Se marchó de vuelta al palacio de Ashton, que se había vuelto tan perverso y cambiado como el resto de la ciudad. No le importaban los agujeros que se habían hecho en la pared por las explosiones en el curso de la batalla, o los despachos y alojamientos que se habían apoderado de lo que antes eran nobles alcobas. De una de las habitaciones salieron unos gritos mientras sus interrogadores trataban de persuadir a un sirviente para descubrir lo que sabía de la ciudad. El Maestro de los Cuervos se encogió de hombros y siguió adelante.

Se detuvo brevemente al pasar por delante de un espejo bañado en oro, la visión de su reflejo cautivó su atención por un momento. La complexión alta, rodeada por una capa oscura y cubierta de cuervos, era la misma de siempre, pero lo que le llamó la atención fue la

pequeña marca roja que destacaba vivamente en contraste con la palidez de su piel.

Al acercarse, aún podía distinguirse la forma de la huella de la mano de una niña, que estaba ahora tan roja como lo había estado en los segundos después de que la Princesa Violeta le hubiera tocado allí. A no ser que la tocara, ahora no le dolía la quemada, pero era un recordatorio de que ella tenía el poder de herirlo, y eso no se podía pasar por alto.

—¡Mi señor, mi señor! —gritó un sirviente, que se metió en el camino del Maestro de los Cuervos. Por unos breves instantes, consideró matar al hombre por la interrupción, pero un insignificante toque extra de poder como ese no compensaría todo lo que se le había escapado de las manos.

—¿Qué pasa? —exigió el Maestro de los Cuervos.

—Mi señor, hay un hombre que quiere verle. Dice que es urgente.

De nuevo, el Maestro de los Cuervos reprimió la necesidad de atacar.

—Pienso… que podría querer verle, mi señor —dijo el hombre.

El Maestro de los Cuervos se puso erguido y miró fijamente al hombre con la mirada inerte.

—Muy bien. Guíame. Y si creo que no es muy interesante, acabarás en una jaula de cuervos.

Vio que el hombre tragaba saliva.

—Sí, mi señor.

El sirviente marcó el camino hacia el salón de baile del palacio, que se había convertido en un salón del trono para su ocupación. Ahora los espejos estaban rotos en su gran mayoría y reflejaban fragmentos desmenuzados. La mayoría estaban al fondo, flanqueados por los guardias del Nuevo Ejército.

Uno estaba mucho más adelante, con la cabeza afeitada, vestido con ropa oscura, su mente bloqueada con la clase de escudo que sugería un poder.

—Has corrido un serio peligro viniendo aquí —dijo el Maestro de los Cuervos—. Debes hablar rápido, seas quien seas.

—¿Sea quien sea? —dijo el hombre—. Míreme de cerca.

El Maestro de los Cuervos lo hizo y se dio cuenta de a quién le estaba hablando. Había visto esa cara antes, aunque con pelo, y normalmente durante breves periodos antes de que mataran a sus cuervos.

—Endi Skyddar —dijo—. El peligro que has corrido es incluso más grande de lo que pensaba. Debes hablar rápido. ¿Por qué debería dejarte vivir?

—Me he enterado de que tiene un problema —dijo Endi—. Se ha topado con un problema con la magia que no sabe desentrañar. Yo me he topado con mi propio problema: yo y mis hombres no tenemos ningún lugar al que ir. Quizá podríamos ayudarnos.

—¿Y cómo podemos ayudarnos? —preguntó el Maestro de los Cuervos

—. Y no eres tu hermano Oli, para conocer las historia de esas cosas. Y eres un Skyddar, uno de mis enemigos.

—Yo era un Skyddar —dijo Endi—. Ahora no tengo nombre. Y

respecto a lo que yo sé, los secretos y las cosas escondidas eran asunto mío.

Yo podría haber oído hablar de un hombre al que se le pidió consejo por un asunto mágico. Podría ser que cuando resultó que mis primos tenían poder, yo investigué maneras de contrarrestar cosas de estas.

—Entonces ¿qué estás pidiendo? —exigió el Maestro de los Cuervos.

—Denos a mí y a mis hombres un puesto de honor en su reino y en su ejército —dijo Endi—. A cambio, yo le proporcionaré un ritual que debilitará los muros del Hogar de Piedra y cualquier otra magia que le pongan delante.

Eso le daría acceso a la ciudad al Maestro de los Cuervos. Esto le daría a la hija de Sofía. Con todo ese poder en sus manos, podía permitirse ser generoso.

—Muy bien —dijo—. Trato hecho. Pero si me fallas, te mataré a ti y a todos tus hombres.

CAPÍTULO DOS

Sofía miraba fijamente la ciudad más allá de la puerta, más allá de las zonas normales del mundo. Sienne se apretaba contra su pierna, mientras Lucas y Catalina la flanqueaban a ambos lados. Sofía no sabía que hacer con la ciudad que allí yacía, a pesar de que ya la había visto en visiones. La ciudad estaba esplendorosa, del color del arcoíris en unas partes y dorada en otras. La gente, alta y elegante, caminaba por las calles, vestidos con trajes radiantes y conjuntos de ropa dorados.

Todo era hermoso, pero Sofía no había venido a la ciudad a encontrar nada de esto. Nada de esto era la razón por la que había dejado a su hija, a su marido y a su reino para cruzar el mar y el desierto, pasar la ciudad de Morgassa ir a parar a los páramos. Lo había hecho para encontrar a sus padres.

Y justo, ahí estaban.

Estaban en la calle en un espacio despejado entre los demás, mirando hacia la puerta que Sofía y los otros acababan de cruzar. Estaban más mayores de lo que parecían en sus recuerdos, pero había pasado tanto tiempo desde entonces que ¿de verdad podía ser de otro modo? Lo más importante de todo es que todavía parecían ser ellos. Ahora su padre se apoyaba en un bastón, pero todavía era alto y tenía un aspecto fuerte. Su madre aún tenía su pelo rojo, aunque ahora tenía mechas canosas y, para Sofía, todavía parecía la mujer más hermosa del mundo.

Echó a correr sin ni tan solo pensarlo y no le sorprendió ver que Catalina y Lucas corrían con ella. Rodeó a su madre y a su padre con los brazos, y los otros se unieron al abrazo, hasta que parecía que todos ellos eran una gran masa allí, en medio de la calle.

—Os encontramos —dijo, sin apenas creerlo—. Realmente os hemos encontrado.

—Así es, cariño —dijo su madre, abrazándola fuerte—. Y habéis tenido que pasar por muchas cosas para hacerlo.

—¿Lo sabéis? —dijo Sofía, dando un paso atrás.

—Tú no eres la única de la familia que ve cosas —dijo su madre con una sonrisa—. Esto es por lo que dejamos el camino tal y como hicimos por vosotros.

Sofía sintió lo preocupada que esto hizo sentir a Catalina.

—¿Lo visteis todo pero no estuvisteis ahí? —preguntó Catalina.

—Catalina… —empezó a decir Sofía, pero su padre respondió antes de que pudiera continuar.

—Hubiéramos estado allí si hubiéramos podido, Catalina —dijo—.

Habéis sufrido, todos, y nosotros hubiéramos parada cada instante de ese sufrimiento si hubiéramos podido. Os hubiéramos traído con nosotros… os hubiéramos ofrecido una vida perfecta si hubiéramos podido.

—¿Por qué no pudisteis? —preguntó Sofía. Pensó en el orfanato y en todo lo que había sucedido tras el ataque a su casa—. ¿Por qué no lo hicisteis, eh?

—Os debemos una explicación —dijo su madre—, y hay cosas que tenemos que contaros, pero no aquí, en la calle. Venid con nosotros, todos.

Ella y su padre los guiaron lejos de la calle, la multitud se apartaba como en señal de respeto, o quizá del modo en que una multitud podría haber mantenido la distancia con alguien enfermo. Sofía y los demás los siguieron hasta una casa grande con tallados en el exterior que parecían formar ondas con la luz del sol. No tenía puerta, como si la gente aquí no temiera la posibilidad de que hubiera ladrones, solo una especie de cortina para parar el viento.

Dentro, sus padres los llevaron hasta una habitación cuyo suelo parecía ser una versión de metal más grande del mapa disco que Sofía y los demás habían seguido para llegar hasta allí. Sus líneas brillaban con cada paso que daban sobre el suelo. En el centro de la habitación había una mesa grande y baja, con unas sillas colocadas alrededor. Había un diván en el que se sentaron juntos su madre y su padre, una silla plegable que Catalina cogió sin pensarlo y un taburete tallado de aspecto extraño al que Lucas miró sonriendo un instante antes de sentarse en él con las piernas cruzadas, y una silla honda que parecía cómoda con una alfombra delante en la que Sienne se enroscó, a la espera de que Sofía también se sentara.

Lo hizo y por la puerta lateral apareció una mujer grande, vestida con la misma ropa radiante, que traía comida y agua. De nuevo, Sofía tenía la sensación de que la comida se había preparado para cada uno de ellos concretamente. Lucas tenía una especie de plato de pescado,

Catalina un

estofado copioso, Sofía un plato delicado que le recordaba las cosas que preparaban en el palacio de Ashton.

—Parece que nos conocéis mejor que nosotros mismos —dijo Sofía. Le vino un pensamiento horrible—. Esto es real, ¿verdad? ¿No se trata de un delirio mientras estamos todos muriendo en el desierto? ¿No se trata de un nuevo tipo de prueba?

—No es nada de eso —la tranquilizó su madre—. Nosotros ni tan solo os hubiéramos sometido a la primera prueba, si no fuera porque la puerta lo requiere. Nosotros vivimos aquí, pero no controlamos este lugar.

—Nosotros tuvimos que atravesar esa maldita puerta del mismo modo

—dijo su padre—. Para mí, el guardián parecía mi viejo tutor, Valensis.

—Nos hizo escoger quién moriría —dijo Catalina.

Su padre asintió.

—La ciudad perdida no admite a aquellos que no pongan el amor en primer lugar.

—Por lo menos no por esa puerta —dijo su madre—. Y os habréis dado cuenta de que vuestro padre ni dice cuánto tiempo estuvimos en esas condenadas prisiones antes de que pudiéramos tomas nuestras propias decisiones. Pero esto no es lo que queréis saber de nosotros. Debemos contaros por qué no vinimos a por vosotros.

—No podíamos —dijo su padre.

—¿Porque la Viuda os hubiera matado si hubierais estado en un lugar?

—preguntó Lucas.

—Sí —dijo su madre—, pero no de la manera que vosotros pensáis.

Aquella noche… ella hizo que mataran a mucha gente, pero con nosotros nos hizo algo peor. Intentó romper la conexión que nos hace quienes somos.

Intentó envenenar nuestra conexión con la tierra. Intentó destruir la

cosa que nos hace quienes somos.

—Yo lo he notado —confesó Sofía—. Es como si… todo en la tierra está allí para que yo lo toque, y puedo extraer de ella si me hace falta.

Entonces Catalina se metió en la conversación.

—Siobhan mandó a un viejo hechicero que me enseñara que toda magia va de mover el poder. Este me enseñó a sanar dando poder a la gente, y a matar robándolo. Yo también he sentido esa conexión. Se trata de lo mismo, pero a una escala enorme.

—es lo mismo y no es lo mismo —dijo su padre—. Algunos de los que poseen magia lo comprenden, y otros lo usan para alargar sus vidas. Una vieja criatura como Siobhan tenía poder por eso. Algo como el Maestro de los Cuervos precisamente tiene poder por eso. Tienen sus conexiones: Siobhan a su fuente, el Maestro a sus cuervos. Para nosotros, es diferente: estamos conectados a nuestra tierra y a nuestro pueblo. Nosotros la equilibramos y la tocamos superficialmente, pero debemos ir con cuidado para no coger demasiado de ella, para no dañarla.

Sofía lo había notado cuando había estado conectada a la tierra: había sentido la fragilidad de esas conexiones, y lo fácilmente que podría ser dañada.

—No lo entiendo —dijo Lucas—. ¿Cómo pudo envenenar ese vínculo la Viuda si ella no tenía ninguna magia? ¿Y por qué eso no nos afecta a nosotros?

—Tiene a otro que lo hace por ella —dijo su padre—. Hizo falta mucho tiempo y esfuerzo para capturarlo e intentar hacer que enmendara lo que hizo. Respecto a por qué no os afecta a vosotros, creo que solo iba dirigido a nosotros. Estoy agradecido a todos los antiguos dioses de que no os haya afectado a ninguno de vosotros.

—Eso todavía no explica por qué no vinisteis a por nosotros —dijo Catalina.

—Oh, Catalina, mi querida niña —dijo su madre, se puso de pie y se dirigió hacia Catalina para poderla abrazar—. No podíamos llevaros con nosotros, y después os perdimos por mucho tiempo. Ni tan solo sabíamos dónde estabais escondidos, no después de que vosotros y vuestra niñera no consiguierais llegar hasta los amigos que os tenían

que esconder.

—Después de esto, no pudimos volver a mirar —dijo su padre—.

Cuanto más lejos estuviéramos de nuestra tierra, más lentamente avanzaba el veneno. Esto nos daba tiempo para buscar un antídoto, pero significaba que no podíamos volver a por vosotras.

—Y había más. Tú has visto el futuro, Sofía. Igual que tú, Lucas. —Lo dijo como una afirmación, no como una pregunta—. Habéis visto cosas que pasarán, pudieron pasar, podrían pasar.

—Siobhan hablaba de posibilidades —dijo Catalina.

Sofía vio que su madre asentía.

—Posibilidades, afectadas por el más mínimo toque —dijo su madre —.

Mientras Alfredo y yo discutíamos sobre regresar a por vosotros, yo vi… vi el mundo en ruinas, tierra tras tierra en llamas. Nos vi a nosotros morir incluso antes de encontraros. Cuando decidimos reprimirnos, vi la

posibilidad de un regreso a la belleza y a la paz. Te vi a ti, Sofía, y vi más allá de ti…

Sofía tragó saliva al pensar en su hija, Violeta, y en las visiones que había tenido de ella. Ella había visto la posibilidad de una época de paz inigualable, y la posibilidad de algo mucho más oscuro. Había cambiado el nombre que le podría haber puesto a su hija solo para evitar lo segundo.

¿Podía culpar a sus padres por su posición en la balanza del destino?

—¿Y nos abandonasteis? —exigió Catalina, claramente no tan dispuesta a perdonarlo.

—Desearía haber podido estar allí contigo —dijo su madre—. Desearía haberte podido enseñar yo magia en lugar de… bueno, ella. Pero teníamos muy poco tiempo, y no nos atrevíamos a dejar la ciudad…

—¿Para que la Viuda no os encontrara? —preguntó Catalina.

«Intentar evitar una lucha no es cobardía, Catalina» —le mandó Sofía.

«Pues a mí me lo parece» —replicó Catalina.

—No fue cobardía, Catalina —dijo su madre, y Sofía sonrió al pensar que, evidentemente, su madre compartía sus talentos—. Era el único modo en el que podíamos llegar a veros a todos. El disco… la espera… ¿de verdad crees que yo quería hacerlo, en lugar de ir hasta donde estabais y traeros con nosotros?

—Entonces ¿por qué no vinisteis cuando Sofía mandó mensajeros en vuestra búsqueda? —preguntó Catalina—. Lucas sí que vino hasta nosotras.

—No podíamos —dijo su padre—. No podíamos irnos de esta ciudad.

—¿Por qué no? —preguntó Sofía.

—Por el veneno —dijo él—. Estar en un lugar así, apartado del mundo, era la única manera de frenar lo suficiente los efectos como para veros. Era el único modo de poder contaros todas las cosas que necesitabais saber.

Sofía tragó saliva al pensar que sus padres tuvieron que huir no solo del reino, sino del mundo, para sobrevivir. Entonces una de las palabras de su padre se quedó atrapada en su mente.

—Espera, dijiste que estar aquí frenaba el veneno. ¿No lo detenía?

—No, cariño mío —dijo su madre—. El veneno todavía está en nuestro interior, y todavía trabaja para matarnos. Incluso el breve momento de conexión con el mundo a través de la puerta lo aceleró. Desearía… desearía muchas cosas, pero no hay tiempo para ninguna de ellas. Vuestro padre y yo… nos morimos.

CAPÍTULO TRES

Sebastián intentaba ocultar su frustración mientras hablaba con Asha y Vincente. Evidentemente, como ambos podían leer su mente, esconder algo no era fácil.

—Los refugiados no pueden quedarse en tiendas de campaña para siempre —dijo.

—No es para siempre —dijo Vincente. Solo hasta que el ejército que nos amenaza esté fuera del camino.

—Y si no les gusta —dijo Asha— siempre pueden dar la vuelta y enfrentarse a ellos. No son ellos los que mantienen un escudo alrededor del Hogar de Piedra. No son ellos los que capturan a los atacantes. Deberían estar agradecidos.

«Agradecidos por estar atrapados en tiendas de campaña. Agradecidos por haber perdido sus casas y a sus seres queridos. Agradecidos por haber tenido que pedir ayuda».

—Eso no es a lo que me refiero —dijo Asha y, una vez más, fue evidente que estaba metida en lo más profundo de sus pensamientos.

Sebastián echó un vistazo hacia donde Emelina estaba con Cora, que sostenía en brazos a su hija, Violeta. Cora parecía estar feliz con ella aquí, y Sebastián se sintió agradecido por ello, pues había visto lo herida que estaba tras la muerte de Aidan.

—Emelina, ¿puede ayudarme? —preguntó—. Asha está buscando en mis pensamientos.

Emelina se acercó y le lanzó una mirada fría a la colíder del Hogar de Piedra. Sebastián sintió que algo se asentaba alrededor de su mente como un manto y supuso que Emelina había bloqueado a Asha.

—Yo podría derrumbar ese bloqueo —dijo Asha.

Emelina hizo una sonrisa tensa.

—No, no podrías y, si tuvieras algo de consideración, no haría falta.

—¿Por qué alguien quiere ocultar sus pensamientos si no está pensando nada malo? —replicó Asha, aparentemente sin mucho entusiasmo.

—Estamos encontrando todos los espacios que podemos para la gente

—dijo Vincente—. Tú eres nuestro rey, Sebastián.

Asha lo miró con evidente asombro, y a Sebastián le dio la sensación de que estaban teniendo una silenciosa conversación. Emelina le proporcionó el contenido de la misma.

—Asha afirma que puede que Sofía sea su reina, pero tú eres el hijo de la Viuda y no puede seguirte. Dice que ambos saben que la reina de

verdad es Violeta.

Emelina hizo una sonrisita de satisfacción cuando Asha le lanzó una mirada asesina.

—No me avergonzaré de ello —dijo Asha—. La princesa Violeta es una de los nuestros. Su sitio está aquí y será una gran reina.

—Algún día —coincidió Sebastián, aunque no le gustó la forma en cómo Asha lo dijo. Parecía que Sofía y él no importaban; como si solo existieran para traer al mundo a Violeta.

—Sebastián es nuestro rey —dijo Vincente en voz alta—. Sofía es nuestra reina y el Hogar de Piedra apoya a la corona. Ellos crearán un mundo en el que podamos vivir, Asha.

—Ni tan solo tienen un mundo en el que puedan vivir ellos —dijo Asha, haciendo un gesto hacia las tiendas—. Los salvamos, pero ellos se quejan.

«Solo tenemos tiendas». «¿Por qué no hay más comida?» —¿Y si están leyendo mis pensamientos?» Nos consumimos para protegerles y ellos se preguntan cuándo nos volveremos en su contra.

—Esto llevará tiempo, Asha —dijo Emelina—. Solo hará falta…

Sebastián vio que se quedaba helada, con la mirada desenfocada y mirando detrás de él. Sebastián sabía lo que eso significaba: estaba viendo algo más allá de los confines de la ciudad oculta.

—¿Qué sucede? —dijo Sebastián cuando vio que Emelina parpadeaba y volvía en sí—. ¿Qué has visto, Emelina?

—Aquí no estamos seguros —dijo Emelina—. He visto… he visto caer los escudos. He visto al Nuevo Ejército hacer una entrada triunfal.

—Imposible —dijo Vincente—. Los escudos son indestructibles. La última vez no tuvimos problemas en hacer que el enemigo diera media vuelta.

—Lo he visto —insistió Emelina. Cuando se centró en Sebastián, él vio que lo estaba diciendo muy en serio—. Tenemos que sacar a Violeta de aquí.

Sebastián parpadeó al oírlo, pero no podía estar más de acuerdo con ella. Si el Maestro de los Cuervos iba a entrar al Hogar de Piedra,

tenían que sacar a Violeta de aquí. Todos ellos tenían que salir de aquí.

—Pero no podéis llevaros a Violeta de ninguna manera —dijo Asha—.

¡Es uno de los nuestros!

Sebastián la miró, sorprendido por el repentino apunte protector.

—Violeta es mi hija —dijo—. Y no la pondré en peligro.

Vio que Asha decía que no con la cabeza.

—Pero es que ella no está en peligro. Vincente tiene razón. Nadie puede entrar en el Hogar de Piedra.

—¡Yo he visto que sucederá! —replicó Emelina.

—¿Dónde podríamos llevarla? —preguntó Sebastián. Si conseguían llegar hasta la costa, entonces quizá podrían llegar hasta Ishjemme, pero eso significaría abandonar el reino que acababan de ganar. Lo perderían incluso antes de que Sofía pudiera recuperar.

—Apenas hay otro sitio tan fuerte como este —dijo Vincente—. El único lugar que podría ser más fuerte sería Monthys en los tiempo en los que todavía estaban sus defensas, pero Monthys ha caído.

—Lo que significa que ahora el enemigo no está allí —puntualizó Emelina.

—Ni aun así sería fuerte —dijo Vincente—. En los tiempos antes de las guerras civiles, tenía capas de magia y piedra, pero ahora…

Sebastián sabía por Sofía cómo estaba ahora, deteriorado, casi en ruinas.

Ulf y Frig habían ido hasta allí para intentar reconstruirlo, pero ahora estaban muertos, asesinados por el Maestro de los Cuervos. Probablemente el Nuevo Ejército había pasado de largo, pero pensar en él como un lugar seguro sería una locura.

—Monthys atraerá a la gente —dijo Emelina—. Y los huesos de las defensas mágicas todavía estarán allí. Pueden reactivarse.

—Aquí sí que tenemos defensas mágicas —insistió Asha—. Violeta es la única razón por la que os permitimos entrar aquí.

—No es la única razón —dijo Vincente.

Asha le lanzó una mirada asesina y Sebastián tuvo la sensación de que esta era una discusión entre ellos. A él le interesaba más lo que había dicho Asha.

—¿Solo acogiste a los refugiados por mi hija? ¿Por algún destello de visión que tuviste?

Asha parecía desafiante.

—No solo por lo que vi. Todo el que tiene destellos del futuro ha visto venir a la reina. Eso no se puede negar.

—Mi hija escogerá su propio futuro —dijo Sebastián—. Haré todo lo que tenga que hacer para mantenerla a salvo y ofrecerle esas posibilidades.

Si tengo que hacerlo, lucharé por ello. No lo olvides, Asha.

—Nosotros no somos enemigos —dijo Vincente—. Nosotros somos…

Sebastián no llegó a saber lo que eran exactamente pues, en ese momento, sonaron las campanas como alerta de que estaba pasando algo tras los muros de la ciudad.

—Tenemos que irnos —dijo Emelina—. Se acerca.

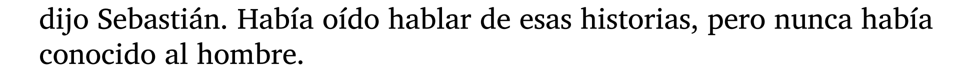
—Aquí estamos a salvo —insistió Asha—. Esto solo es un plan para llevarse a la Princesa Violeta lejos de su pueblo.

Sebastián lo ignoró y corrió hacia los muros del Hogar de Piedra. El escudo que los habitantes habían implementado estaba alzado, soportado por los esfuerzos de los habitantes que estaban en el centro del círculo de piedra.

Ante la ciudad había un batallón del Nuevo Ejército, con los cañones apuntando y la caballería extendida como una red. A Sebastián le interesaban más las figuras que se adelantaron. Reconoció al Maestro de los Cuervos de inmediato. Costaba más identificar al hombre que llevaba la cabeza afeitada y que estaba a su lado, pero estaba casi como si fuera el igual del Maestro de los Cuervos.

—Es Endi —dijo Emelina—. El primo de Sofía.

—¿El que nos traicionó arrastrando a la mitad de la flota invasora? —



dijo Sebastián. Había oído hablar de esas historias, pero nunca había conocido al hombre.

—Ese mismo —dijo Emelina.

—¿Qué está haciendo con el Maestro de los Cuervos? —preguntó Sebastián.

—Nada bueno —respondió Emelina—. Sebastián, tenemos que irnos de aquí.

A su lado, los guerreros del Hogar de Piedra y aquellos de entre los refugiados que sabían luchar empezaron a posicionarse. Lo hacían con una asombrosa sensación de seguridad, pero por otro lado, pensó Sebastián, estaban tras el escudo. Mientras resistiera, no había nada que temer. Estaban a salvo.

Entonces ¿por qué Emelina había visto destrucción?

Sebastián estaba intentando demostrar seguridad aunque sintiera que se le estaba desvaneciendo. En ausencia de Sofía, él era el gobernante de este reino y tenía que dar fuerza para que los demás pudieran beneficiarse de ella. Si él demostraba miedo, habría pánico.

Poco a poco, Endi empezó a andar alrededor del perímetro del Hogar de Piedra, parando cada pocos pasos para hacer algo que parecía tener que ver con unos ingredientes que llevaban dos sirvientes. Hacía marcas con una vara dorada, mientras iba leyendo de un libro.

—¿Alguien puede alcanzarlo con un mosquete? —preguntó Sebastián.

—¿A esta distancia? —preguntó Vincente. Empezó a cargar el suyo—.

Es poco probable, pero podemos intentarlo.

Los otros guerreros del Hogar de Piedra empezaron a preparar sus armas. Pareció pasar una angustiosa cantidad de tiempo hasta que estuvieron listos.

—¡Fuego! —gritó Vincente, y una lluvia de disparos salió volando por el páramo. Ninguno de ellos estuvo cerca de tocar a Endi—. Está demasiado lejos. Tal vez con un cañón se podría.

Sebastián veía que eso no funcionaría. Endi se estaba moviendo demasiado rápido como para que un cañón pudiera seguir el ritmo a la vez que apuntaba y, de todos modos, la idea de alcanzar a un

hombre con un arma de artillería era ridícula. Ni tan solo podían hacer una incursión hasta allí para detener esto, porque eso supondría bajar el escudo.

Lo único que podían hacer era esperar.

Sebastián observaba a Endi, el primo de Sofía, mientras este rodeaba el Hogar de Piedra. Casi había completado un circuito entero. Algo le decía a Sebastián que tenían que detenerlo antes de que completara ese circuito. La fuerza no funcionaría, pero la razón quizá sí.

—Endi —exclamó—. Endi, soy Sebastián, el marido de Sofía.

Vio que Endi se paró para mirar.

—Ya sé quién eres —le respondió Endi chillando.

—Sería más fácil hablar contigo si estuvieras más cerca.

—También sería más fácil dispararme —puntualizó Endi—. Y tú ya has demostrado que estás deseando hacerlo.

—¿Y qué vas a hacer tú , Endi? —preguntó Sebastián—. Eres el primo de mi esposa. Mi hija lleva tu misma sangre. No deberías estar ayudando a nuestros enemigos.

Endi lo miró durante un buen rato.

—Si la familia fuera lo único que importara, tú hubieras muerto con la tuya, y la mía no me hubiera desterrado.

—¡Pero estás ayudando al Maestro de los Cuervos! —gritó Sebastián —.

Ya sabes lo malvado que es. ¡Ha atacado Ishjemme, y a tu familia, y a tus amigos!

—¡Por lo menos él tiene un lugar para mí! —chilló Endi, y bajó la vara dorada para hacer el último grupo de marcas. Parecía estar murmurando palabras para sí mismo y, casi tan rápido como una serpiente, se giró y apuñaló primero a un sirviente y después al otro, derramando su sangre por el suelo.

Unas líneas de energía fluyeron desde los sitios por los que él había andado, que resplandecían con un fuerte rojo sangre. La energía parecía dar vueltas en el aire por encima de ellas y, por un instante, a Sebastián le apreció oír los gritos de los moribundos más allá de los

límites del asentamiento. Oyó que esos gritos resonaron tras él y, al darse la vuelta, vio que la gente salía dando tumbos del círculo de piedra del centro del Hogar de Piedra, agarrándose la cabeza mientras se retorcían de dolor. Uno cayó de cara y no se levantó.

Sebastián giró la vista a tiempo para ver que el escudo que rodeaba el asentamiento titilaba y moría, resplandeciendo un momento en el aire antes de caerse. A lo largo del páramo sonaron cuernos y trompetas, que resonaban mientras anunciaban órdenes. Se les unieron el estampido de caballos en movimiento y las fuertes pisadas.

Sebastián vio que el Nuevo Ejército empezaba a avanzar, y ahora no había nada que pudieran hacer para detenerlos.

CAPÍTULO CUATRO

—¿Estáis muriendo? —dijo Sofía, incapaz de creer lo que estaba oyendo. Sentía que el calor y el frío la recorrían por la conmoción y hacían que deseara hacer algo, lo que fuera, excepto creerlo. Incluso aunque Sienne se apretó contra su mano, la presencia del gato del bosque no hizo anda para devolver la realidad a todo aquello.

—No podéis estar muriéndoos —dijo Catalina—. No de este modo. No después de todo lo que hemos pasado. Así no es como se supone que debía suceder.

Sofía podía oír su tristeza y vio que se formaban lágrimas en los ojos de su hermana. Eso era casi tan sorprendente como lo otro, pues Catalina no lloraba. Ella se enfadaba para no tener que hacerlo.

—No lloréis, queridas —dijo su madre, extendiendo los brazos. Sofía abandonó su asiento para ir hacia ella y vio que Catalina hacía lo mismo—.

Esto viene de hace tiempo.

—Pero si os acabamos de encontrar —insistió Sofía, como si eso cambiara algo. A estas alturas ya sabía que el mundo no funcionaba así, pero debería hacerlo. Realmente debería hacerlo.

—Pero nos encontrasteis —dijo su padre desde el lado—. Tenemos la

oportunidad de volver a ser una familia, aunque sea por un tiempo muy breve.

Sofía vio que hacía una mueca de dolor y se llevaba la mano al pecho.

Hasta que no hizo eso, ella no entendió lo breve que podría ser ese tiempo.

—¿No hay nada que se pueda hacer? —preguntó Lucas. Sofía veía que estaba intentando ocultar lo que sentía. Ella no quería eso; quería a su hermano allí, no una sombra de él.

—Tiene que haber algo —coincidió Catalina—. Si yo todavía tuviera mis poderes, podría sanaros. Si no los hubiera perdido…

—Entonces todavía serías esclava de una de las cosas antiguas de nuestra tierra —dijo su madre—. No es culpa tuya, Catalina.

—No, es de la Viuda —dijo bruscamente Catalina—. De ella y de sus seguidores. Ella está muerta, pero ellos todavía viven. Encontraré hasta el

último de ellos.

—Catalina —dijo Sofía dulcemente—. Ahora no es momento de enfadarse.

—¿Y tú por qué no estás más enfadada? —replicó Catalina—. ¿Qué sentido tiene tener tanto poder si no se lo podemos dar a nuestros padres?

¿Por qué nos tenemos que sacrificar tanto siempre?

Sofía vio Catalina no solo estaba pensando en sus padres, sino en todas las otras cosas que habían sucedido en sus vidas, en todo el dolor, en todo el sufrimiento.

—Tenemos que hacerlo, pues a veces eso es lo que nos pide el destino

—dijo su madre—. Sé que tú has vislumbrado lo que está por llegar, Sofía, y tú, Lucas. Yo he tenido toda una vida para verlo. Nos viene una época de gran poder en el mundo. He visto una guerra, y el modo en el que esa guerra acabe determinará el sino del mundo.

—Derrotamos a la Viuda —dijo Sofía.

—Y ahora el Nuevo Ejército está en vuestras costas —dijo su madre—.

El Maestro de los Cuervos las acecha, matando a su paso. —Se dirigió a Catalina—: Cariño, lo siento, pero Will ha muerto.

Sofía sintió que del interior de su hermana salía una ola de pena y dolor hacia fuera como la bomba de un artillero. Fue a abrazar a Catalina, pero su hermana la apartó, ni tan solo dejaba que Sofía la tocara.

—No, no puede ser verdad, eso no es así —dijo ella—. Will… no puede…

—Yo lo vi —dijo su madre—. Soñé que Ashton caía, y vi el momento en el que él daba su vida para que otros pudieran escapar. Le salvó la vida a Sebastián, lo mandó con Violeta. Hizo estallar el cañón que estaba defendiendo y el Maestro de los Cuervos sobrevivió por poco.

Sofía esperaba que su hermana rompiera a llorar en aquel momento. Ni Catalina podía ser fuerte por tanto tiempo. Incluso intentó contactar con indecisión, mente a mente, pero se encontró de cara con un muro construido de una iracunda indignación, tan frío que sus pensamientos quemaban al tocarlo. Catalina se quedó quieta durante lo que pareció una eternidad antes de que volviera a hablar.

—¿Cómo lo mato?

Esas palabras poseían la tensión que viene de la rabia que hay tras ellas.

—Ese es un camino oscuro, Catalina —dijo su madre.

—Es lo que debería haber pasado desde el principio de todo esto —

respondió Catalina.

Sofía vio que sus padres se miraron el uno al otro.

—Hay cosas que debéis hacer los tres para preparar la batalla que está por venir —dijo su padre.

—¡No me importan esas cosas! —contestó Catalina. ¡Lo único que me importa es asegurarme de que esa cosa, responsable de la muerte de Will, muera!

—Para hacerlo necesitarías tu poder —dijo su madre—. Los caminos hacia él todavía están ahí, aunque dañados.

Sofía estiró el brazo para poner la mano sobre el hombro de su

hermana.

Esta vez, Catalina le dejó.

—Encontraremos un modo de dejarlo —dijo ella—. Incluso sin tus poderes, sigues siendo mi hermana, eres…

—Si yo hubiera tenido todo mi poder, Will no estaría muerto —dijo Catalina. Sofía vio que miraba a su madre—. ¿Cómo los recupero?

—Existe un lugar —dijo su madre—. Y encaja con todo lo que he visto.

Si verdaderamente queréis hacerlo…

Sofía sabía que ahora no había elección.

—Sí que queremos —dijo—. Ayudaremos a Catalina a recuperar sus podres. Derrotaremos al Maestro de los Cuervos.

Vio que su padre negaba con la cabeza.

—Eso es algo que no podéis hacer juntos. Hay demasiado por hacer y demasiado poco tiempo para hacerlo. El mundo depende de las misiones que cada uno de vosotros tiene ahora.

—¿Qué misiones —preguntó Sofía.

Vio que su madre hizo una mueca antes de continuar, se sentó brevemente y cerró los ojos. —El veneno se está haciendo más fuerte.

Había… olvidado que dolía tanto.

—Tenemos que hacerlo —dijo su padre. Fue hacia su lado y alargó el brazo para cogerle la mano. Casi en el momento en el que se tocaron, a Sofía le vino una visión a la mente.

Vio Monthys, la hacienda ancestral se extendía en el campo bajo las Tierras Montañosas. La vio de un modo en el que no la había visto nunca, unas capas resplandecientes de fuerza la envolvían con unos tejidos que eran tan complejos como poderosos. Parecían formar una red diseñada para proteger lo que había dentro y para extenderse y conectar con la tierra. Sin

embargo, en esa red faltaban algunas piezas. Unos puntos apagados sobresalían y, sin esos puntos, Monthys no era más que una ruina. Por encima de esos cinco sitios flotaban unos símbolos y, cuando Sofía los

miró, comprendió lo que significaban cada uno de ellos.

«Piedra, Hielo, Fuego, Sombra, Espíritu» —le susurró la voz de su madre—. «Algunos de entre los más ancianos que poseían magia creían que esas eran las cosas de las que estaba hecho el mundo y les dieron un lugar en el mundo a cada una».

—¿El Hogar de Piedra e Ishjemme? —adivinó Sofía en voz alta.

«Y otros» —dijo la voz de su padre, uniéndose a la de su madre—.

«Cada uno de ellos posee un corazón, una fuente de poder. Morgassa poseía el hogar del fuego, antes de que sus gobernantes decidieran que el corazón era demasiado valioso como para dejarlo en un desierto. Sofía, tú lo recuperarás y te lo llevarás para reconstruirlo».

«El Ill Ysbrid es un lugar extraño» —mandó su madre—. «Allí las cosas son reales y no lo son. Lucas debe ir a recuperar ese corazón. Solo lo conseguirá con ayuda, pero debe tener la suficiente confianza como para ir solo».

«El lugar al que llaman Si es todavía más peligroso» —mandó su padre

—. «Me preocupa tu hermana. Encontrará lo que quiere, pero ¿después qué?».

La visión se rompió o, al menos, Sofía dio por sentado que así fue.

Costaba saberlo, pues la magia todavía parecía estar dando vueltas por la estancia. Vio que el contorno del mundo se iluminaba por debajo de ellos, del mismo modo que lo había hecho el disco que había traído Lucas.

Brillaban con fuerza, y los cinco puntos de luz parecían quemar en el suelo, destacando incluso por encima de los demás.

Sofía se levantó y los miró fijamente. Pudo distinguir uno que ardía vivamente desde su reino. Cerca de él había otro, en el lugar donde sabía que estaba Ishjemme. Había un tercero cerca del medio del mapa, claramente centrado en el lugar donde estaba. Sobresalían dos más: uno en una isla rodeada de arrecifes de coral, otro una ciudad en una zona de colinas en medio de una amplia llanura. Nada parecía estar a menos de ciento cincuenta kilómetros, a excepción de un río que lo atravesaba todo.

—Están muy lejos —dijo Sofía.

Lucas asintió.

—Por eso es por lo que no podemos ir juntos. Yo iré al hogar del espíritu y buscaré el corazón. No fallaré.

—Y yo iré aquí —dijo Catalina, arrodillándose para clavar un dedo en Si—. Si este lugar tiene lo que necesito para matar al Maestro de los Cuervos, lo conseguiré y también traeré de vuelta ese corazón.

—Lo que me deja convenciendo al Rey Akar de Morgassa —dijo Sofía.

De algún modo, no parecía una misión tan difícil, al menos hasta que pensó en el modo en el que él había intentado mantenerlos a todos alejados de este lugar olvidado. Incluso la caravana que había enviado para guiarles los hubiera llevado a algún otro lugar. Visto así, podría ser más difícil de lo que Sofía pensaba.

—Lo harás —dijo Lucas—. Lo conseguiremos.

—Mataré a cualquiera que quiera detenerme —dijo Catalina, con la mirada firme.

—Catalina … —empezó a decir Sofía, pero su hermana negó con la cabeza bruscamente.

—No. Lo necesito. Necesito estar furiosa, pues si dejo de estarlo, no queda nada. Voy a hacerlo. Voy a hacer todo lo que necesitemos hacer.

Además, no sé si tiene algo de bueno vivir en un «lugar de sombras», ¿no?

—Supongo que no —dijo Sofía. Miró a sus padres, con la esperanza de que les aconsejaran más, o tal vez, que ayudaran a convencer a Catalina de que existía una manera mejor de hacer todo esto que con violencia.

Sus padres estaban sentados en el diván que compartían, completamente quietos, con los ojos cerrados mientras la magia hacía efecto a su alrededor.

Sofía aguantó la respiración, se dirigió hacia ellos, cogió a su madre por el hombro y lo movió.

—Madre, ¿puedes oírme? ¿Madre, Padre?

Ambos estaban demasiado quietos. Incluso sus pechos no subían ni

bajaban por la respiración. La piel de su madre tenía un tacto frío, el calor la abandonaba junto con la magia. ¿Cuánta habían puesto en este último hechizo? Más concretamente, ¿cuánto veneno se había podido usar como una conexión con ellos? Les habían mostrado a ellos tres a donde ir, pero al hacerlo… al hacerlo se habían abierto a todo lo que no habían dejado entrar durante mucho tiempo.

Sus padres estaban muertos.

CAPÍTULO CINCO

El Nuevo Ejército avanzaba y Sebastián sabía que no había modo de retenerlo sin el escudo del Hogar de Piedra. No habían conseguido hacerlo en Ashton, ni en ninguna de las otras ciudades del reino, así que ¿por qué iban a poderlo hacer aquí, en un asentamiento de unos pocos miles?

—Porque debemos hacerlo —dijo Asha, desenfundando su espada y una pistola—. Debemos resistir o Violeta nunca crecerá ni podrá convertirse en todo lo que hemos visto que se convertiría.

Sebastián ignoró la parte en la que parecía que había vuelto a leer sus pensamientos. Bastaba con que estaba preparada para ayudar, y que estaba allí cuando la primera ola de soldados entró.

Los mosquetes y las pistolas sonaron para esa primera carga y fue a menos a medida que los hombres caían, cortados por la lluvia de disparos de plomo y flechas. Pero no era suficiente, nunca podía ser suficiente cuando no había tiempo para recargar. Algunos de los guerreros del asentamiento dispararon por segunda vez, desde armas que estaban libres o, sencillamente, porque habían conseguido recargar de alguna manera, pero el enemigo continuaba viniendo, yendo a la carga hacia el muro que rodeaba la aldea, a pesar de que sus camaradas cayeran.

Sebastián preparó su espada y salió al encuentro del enemigo que venía a por su hija, le metió la espada por la garganta al primer hombre que se acercó y después dirigió un revés con la mano al segundo.

Él derribaba hombres y continuaban llegando, mientras él intentaba pensar en maneras de salvar a la gente que estaba a su alrededor. Vio que los guerreros del Hogar de Piedra estaban hombro a hombro con los refugiados que sabían luchar. Atacaban sin ningún tipo de plan general que no fuera continuar resistiendo. No había tiempo para sutilezas o estrategias, solo la necesidad de estar allí y luchar.

Sintió una mano sobre el brazo y se giró, con la espada levantada, y se encontró con Emelina, que estaba allí, en medio de la lucha.

—¡Tenemos que llegar hasta Violeta! —gritó por encima del choque de espadas y el chisporroteo de la magia que se estaba usando en el combate.

Alrededor de Sebastián, los guerreros del Hogar de Piedra usaban unos poderes que les hacían doce veces más peligrosos que cualquier soldado individual: algunos de ellos se movían más rápido de lo que cualquier persona normal podría haberlo hecho, algunos lanzaban cosas con una fuerza imposible, mientras uno juntaba llamas sobre la ropa de sus contrincantes.

A pesar de todas esas habilidades provenientes de la magia, a pesar de que podían coordinarse tan rápido como un pensamiento y sentir a cada enemigo que venía hacia ellos, aun así, no había mucho que pudieran hacer ante las grandes cantidades que venían hacia ellos. Sebastián vio caer a un guerrero, abatido por la multitud de gente que había a su alrededor, que no le dejaba sitio en el que esquivarlos. Intentó ir hacia allí corriendo, pero volvía a tener la mano de Emelina encima del brazo.

—Aquí no hay nada que tú puedas hacer, Sebastián —dijo ella—. Los defensores no te necesitan, pero tu hija sí.

Sebastián tragó saliva. No había nada que decidir, no cuando su hija estaba en peligro. Debía llevarla a un lugar seguro.

—¿Dónde está? —preguntó él.

—Cora debe de haberse dirigido a nuestra casa —dijo Emelina—.

Deprisa, antes de que lo invadan todo.

Fueron corriendo hacia la pequeña cabaña, pasando a toda prisa por delante de la violencia. Sebastián vio a un par des soldados atacando a uno de los refugiados y mató a uno con su espada, pero sin detenerse. Ahora no había tiempo para hacer nada que no fuera correr. Si no

llegaba pronto hasta Violeta, sería demasiado tarde.

Vio a cuatro hombres reunidos alrededor de la puerta abierta de la cabaña, y fue corriendo hacia ellos con un rugido desafiante. Uno de los hombres se giró hacia él y Sebastián le cortó la garganta con la espada que llevaba. Otro se quedó inmóvil con la espada levantada, y Sebastián le clavó la espada en el pecho, la retiró —pues se había quedado atascada— y se lanzó al tercero. Sebastián lo tiró al suelo, sacó un puñal que usaba en esas cortas distancias y lo apuñaló mientras le agarraba la muñeca con la otra mano. Cuando el soldado se quedó flácido, alzó la vista y vio al último cerniéndose sobre él, con la espada en alto.

Asha se chocó contra él desde un lado, y le clavó las espadas en la carne tan rápido que casi no se pudo ver.

—Parece que tenías razón —dijo ella—. Tenemos que sacar a la Princesa Violeta de aquí.

Sebastián la miró fijamente mientras se levantaba. No tenía claro si era exactamente a Asha a quien hubiera elegido para tener a su lado en ese momento.

—Entonces eres un idiota —dijo ella en respuesta a sus pensamientos

—. Yo lucho igual de bien que cualquier otro aquí, y la protegeré con mi vida. Lo único que importa ahora es su supervivencia.

Sebastián sospechaba que lo decía en serio y, en cualquier caso, ahora no había tiempo para discutir. Allí en los muros, vio a Vincente intentando dirigir una defensa, pero los hombres y las mujeres que había allí iban perdiendo terreno poco a poco.

Irrumpieron en la cabaña y encontraron a otro soldado muerto en el suelo, y a Cora de pie sobre él sosteniendo a Violeta en una honda y una espada en la mano.

—Bien hecho —le dijo Asha, que parecía impresionada por ella casi por primera vez.

—Tenemos que irnos de aquí —dijo Cora, sin parecer que le importara el hombre muerto que tenía a sus pies. Sorprendentemente, Violeta estaba tranquila, masticando un trozo de tela mojado en leche.

—Pero ¿cómo? —se preguntó en voz alta Sebastián mientras miraba por la ventana de la cabaña, para intentar encontrar una abertura en

la lucha por la que escapar corriendo. Si pudieran llegar hasta unos caballos, podrán salir corriendo hacia el páramo, pero había soldados a cada lado, y Sebastián veía que los cuervos se estaban reuniendo por allí arriba, sin duda en busca de cualquier señal de Violeta.

Y lo que era peor, Sebastián vio el momento en el que el Maestro de los Cuervos subió a los muros. Los guerreros del Hogar de Piedra fueron corriendo hacia él, y él los desbrozó a cuchilladas, girando y dando vueltas, y les mandó a los cuervos a la cara, cortándosela con su espada de duelo.

Estaba rodeado de hombres y parecía que él siempre sabía hacia donde girar. Aún peor, con la cantidad de muerte que había en el aire, su fuerza era aterradora. Un hombre se interpuso en su camino y lo partió por la mitad de un golpe. A otro lo apartó de una patada y le destrozó las costillas.

Entonces Vincente estaba allí, y el Maestro de los Cuervos se agachó a tiempo para permitir a los soldados que tenía detrás sentir la llamada loca de su trabuco. El cuchillo largo de carnicero de Vincente no era tan ligero

como la espada ropera del Maestro de los Cuervos, pero él la mantenía en movimiento para mantenerlo a raya. Parecía que Asha quería ir corriendo hacia él, pero, en lugar de eso, Sebastián vio su mirada ardiente sobre el círculo de piedra que había allí.

—Si conseguimos llegar allí, yo puedo darnos una salida.

—Asha —dijo Emelina—. Eso no funcionará. El hechizo de Endi…

—No estoy pensando en quedarme en el círculo —dijo ella—.

Necesitamos la piedra del centro en su núcleo. ¡Ayudadme a conseguirlo!

No dejaré que Vincente muera en vano.

Salió corriendo de la cabaña y fue a toda prisa desde el círculo, derribando enemigos mientras corría. Emelina se fue corriendo con ella y Sebastián maldijo en silencio.

—Vamos —le dijo a Cora—. Si Asha tiene una salida, debemos tomarla.

Salieron corriendo tras Asha y Emelina, en dirección al círculo. Casi

en el mismo momento en el que salieron, los cuervos que había por allí arriba empezaron a graznar y, con un solo vistazo alrededor, Sebastián vio que el Maestro de los Cuervos tenía la mirada puesta en ellos. El lapsus de atención le costó al general del Nuevo Ejército un corte de la espada de Vincente, pero este se cerró casi tan pronto como se hizo, gracias al poder que corría por su interior. Los dos continuaban luchando, pero ¿por cuánto tiempo más podía durar su duelo si había soldados acercándose por todos lados?

La respuesta a esto era cuestión de segundos. El Maestro de los Cuervos dejó una abertura y Vincente volvió a atacar, pero su espada pesaba más y quedó atascada en la carne del maestro de los Cuervos, que sonrió cruelmente antes de golpear una y otra vez, apuñalando a la vez con su espada y con un puñal largo.

—¡Corred hacia el círculo! —chilló Sebastián hacia Cora y, por suerte y asombrosamente, esta obedeció mientras él se giraba, apuntaba su espada y esperaba a que el Maestro de los Cuervos fuera a por él. Este avanzaba a grandes pasos, su capa ondeaba al viento como unas alas, sus espadas sobresalían como si fueran manos con garras. Sebastián sabía que solo podría sobrevivir durante unos segundos a una cosa así, pero incluso unos segundos serían alguna cosa para permitir que su hija escapara.

El Maestro de los Cuervos se acercó a él, Sebastián levantó la espada…

y entonces cayó la neblina.

Cayó sobre la aldea como una ola espesa que Sebastián conocía a la perfección. Dentro de ella, no había forma de distinguir una dirección de la otra, ni de adivinar en qué dirección podría haber un rival. Dio un paso al lado y evitó la primera estampida del Maestro de los Cuervos y así estaban ambos perdido para el otro, como esfumados en la neblina.

Sebastián tanteaba a ciegas, sin estar seguro de si buscaba a su enemigo, a su hija o a otra persona. Le pareció ver sombras en la neblina, pero ninguna se dirigía hacia él. Ninguna se abría camino hasta él.

Sebastián sintió que una mano le rodeaba el brazo y se giró, dispuesto a matar.

—Soy yo —dijo Emelina—. Soy yo, Sebastián. ¡Por aquí!

Lo guió a través de la neblina hasta un lugar en el que Cora y Asha ya

estaban sentadas al lado de dos caballos. Cora sostenía a Violeta, mientras que Asha tenía algo apretado en el puño, algo que brillaba. Lo abrió un poco y una piedra perfectamente esférica quedó al descubierto, grabados tenía un sigilo tras otro, todos ellos titilaban en la superficie.

—No puede hacerlo —dijo Emelina, el asombro y el miedo rivalizaban por controlar su voz—. No puede contener toda la barrera de neblina para que no se mueva mientras el Maestro de los Cuervos la está empujando, sin ni tan solo el círculo.

—Tú… obsérvame… —consiguió decir Asha con los dientes apretados

—. Las piedras están ahí justamente para resistir y concentrarse… ¡es…

fácil!

A Sebastián no le parecía nada fácil. Más bien al contrario, parecía que el esfuerzo la estaba quemando por dentro lentamente, devorándola desde el interior hacia fuera.

—Yo me iré a caballo con Cora y nos cubriré para que no nos encuentren por nuestros pensamientos —dijo Emelina—. Sebastián, tú tendrás que ir a caballo con Asha.

—Rápido —dijo Asha, con los ojos cerrados por la concentración—. No hay tiempo que… perder.

Sebastián asintió y brincó. Fuera de la neblina, todavía oía los gritos y los sonidos de la violencia, pero de algún modo parecían distantes, difusos e irreales.

—Buscaré un lugar a través de ellos —dijo Emelina desde el frente—.

Pasa exactamente por donde yo diga ¡y no pares!

A Sebastián no le hacía falta la advertencia. Dentro de la neblina, él no tenía ninguna esperanza de abrirse camino sin toparse con los enemigos, mientras que Emelina podría tanto encontrar una ruta entre los soldados como protegerlos de las garras del Maestro de los Cuervos.

Juntos, avanzando tan rápido y tan silenciosamente como sus caballos les permitían, se metieron en la neblina.

CAPÍTULO SEIS

Sebastián guiaba a su caballo por la niebla, siguiendo a Emelina, Cora, and Violeta, cada paso que daba la criatura resonaba en el silencio. Antes estaba el repentino y violento terror de la batalla, pero ahora otro tipo de miedo lo estaba presionando: el miedo a no saber.

No sabía dónde estaban los enemigos. No sabía cuántos podrían estar dirigiéndose hacia ellos ahora mismo. Emelina iba al frente y usaba sus poderes para identificar a los hombres del Nuevo Ejército, pero Sebastián no tenía forma de saber si algunos se colarían y los atacarían inesperadamente.

—Confía en ella —murmuró Asha desde atrás—. Emelina nos sacará de aquí.

Sebastián notó el esfuerzo en su voz. Echó un vistazo hacia atrás y vio que tenía gotas de sudor en la frente y que agarraba con fuerza el corazón de piedra que se había llevado del Hogar de Piedra.

—¿Estás bien? —le preguntó Sebastián. No estaba seguro de lo que pasaría si Asha perdía la concentración y la niebla que tenían alrededor se esfumaba. Si el Maestro de los Cuervos los viera ahora…

—Resistiré —le prometió Asha. A Sebastián ni tan solo le importó que le hubiera leído la mente para hacerlo—. Para mantenerla a ella a salvo, resistiré.

A ella… Violeta, su hija. Ahora estaba tranquila con Cora, balbuceaba un poco, pero no lloraba ni reaccionaba a la violencia que los rodeaba.

Sebastián haría cualquier cosa para mantenerla a salvo, pero debía confesar que le resultaba sorprendente que alguien como Asha hiciera lo mismo.

—¿Con todo lo que está destinada a ser? —dijo Asha—. Haré todo lo que pueda para protegerla. Incluso moriría para asegurarme de que esté a salvo.

Sebastián odiaba pensar que todos creyeran que su hija tenía un destino que ella no podía elegir. Sin embargo, ahora mismo, el hecho

de que Asha daría tanto para mantener a Violeta a salvo era difícil de cuestionar.

Continuaban avanzando, la niebla ocultaba todo lo que había a su alrededor. Sebastián podía distinguir a Cora y Emelina delante de su caballo, pero los demás del Hogar de Piedra eran poco más que sombras en la niebla, que apagaba los sonidos de la batalla, y reducía los gritos y el estrépito de metal sobre metal a algo distante e irreal.

Entonces pareció demasiado real cuando dos hombres tropezaron cerca de ellos. Ambos eran soldados del Nuevo Ejército, vestidos con sus uniformes color ocre, salpicados con la sangre de la gente que ya habían matado. Estos alzaron la mirada fija hacia él y las demás, era evidente que estaban intentando entender con qué habían tropezado.

Sebastián reaccionó sin pensarlo, blandió la espada hacia el primero de ellos. Asha y Emelina debían concentrarse, mientras que Cora sujetaba a Violeta. Solo quedaba él. Derribó a hachazos al hombre que estaba más cerca, lo cogió antes de que pudiera levantar la espada. Sintió cómo el acero cortaba la carne del hombre, le rompía la clavícula y provocaba un chillido cuando el aire se le escapó de los pulmones. La sangre salía a chorro y el hombre cayó, casi haciendo que a Sebastián le cayera la espada de la mano.

El segundo hombre consiguió alzar un mosquete mientras Sebastián la estiraba para recuperarla, y Sebastián vio que le apuntaba con él. Se tiró del caballo, mientras oía el boom del arma resonar en la niebla de una manera que pareció llenarlo todo.

Notó el impacto del suelo y, por un momento, Sebastián vio cómo la espada le caía de su mano temblorosa. Rodó por el suelo y el soldado que le atacaba iba a darle con una bayoneta. Sebastián lanzó una patada, que impactó al hombre en la rodilla; a continuación, cayó con él, dándole puñetazos y codazos hasta que logró librarse de él. Agarró la espada, que estaba en el suelo, y notó que el soldado le daba una patada, que frenó en seco.

—El Maestro de los Cuervos me recompensará cuando os traiga a todos

—dijo el soldado. Alzó su mosquete y levantó la bayoneta por encima de Sebastián—. Y la parte más interesante es que no le importa si estáis vivos o muertos.

Sebastián arremetió de nuevo con la espada y sintió que agarraba la empuñadura con la mano. La empujó hacia arriba a ciegas y notó que

penetraba en la carne. El soldado se quedó mirando la espada que le

sobresalía del torso y luego cayo de espaldas. Sebastián se levantó con dificultad.

—¡Deprisa! —gritó Emelina—. Se están acercando. Deben de haber oído la lucha.

Sebastián fue arrastrándose hacia el caballo y se montó en él.

—Vamos a tener que irnos rápido —dijo Emelina—. Quedaos cerca.

Sebastián la vio espolear a su caballo para que avanzara y ahora debía esforzarse en cabalgar para poder seguirle el ritmo por los recovecos que cogía. Emelina tenía la ventaja de saber dónde estaban las mentes del Nuevo Ejército, lo único que él podía hacer era usar todas las habilidades para cabalgar que en las que le habían instruido como príncipe real desde que fue lo suficientemente mayor para montarse en un caballo.

Tenían el muro de piedra del Hogar de Piedra delante y Sebastián vio que el caballo de Emelina y Cora lo saltó, y dio un golpecito con las pezuñas en la parte de arriba.

—¡Sujétate! —le gritó Sebastián a Asha, antes de espolear a su caballo para que saltara. Este brincó y Sebastián notó cómo golpeaba las piedras de la parte de arriba del muro, después tuvo que esforzarse por controlarlo para que cogiera agarre al ir a parar a la zanja que había al otro lado. De alguna manera consiguió recuperar la posición. Ya se encontraban en el páramo que hay al otro lado del asentamiento.

—Ahora despacio —gritó Emelina desde delante de Sebastián. Pasaron uno o dos instantes hasta que pudo verla—. Cora, haz que Violeta esté en silencio.

Pasaron de correr a moverse con lentitud y lo peor era que Sebastián no podía entender por qué. Sabía que debía de haber soldados vigilando el camino, tal vez incluso los estaban buscando ahora mismo, pero no sabía dónde estaban. Lo único que podía hacer era tener la espada a punto y esperar que ninguna de las sombras de las que veían algún indicio en la neblina mirara hacia ellos.

¿Cuánto tiempo llevaban así? ¿Horas, tal vez? Era imposible de saber, cuando la neblina tapaba incluso el camino al sol a través del cielo y la tensión que sentía Sebastián alargaba cada momento hasta

convertirlo en una eternidad. Llevaban a sus caballo a pie a través de lo que debía ser el centro de las filas del Nuevo Ejército, allí fuera en el páramo, mientras avanzaban paso a paso.

—Está luchando contra ella —dijo Asha por detrás de Sebastián—. Sus pájaros están intentando… despejar… la niebla.

Parecía que hablaba alguien intentando mantener una puerta cerrada contra un ejército.

—Tienes que resistir —dijo Sebastián—. ¿Hay algo que yo pueda hacer para ayudar?

Asha se rio.

—Tú… no puedes hacer nada. Pero yo resistiré… por ella.

Ella no dijo nada más mientras Sebastián cabalgaba con ella detrás, agarrada a su cintura con una mano y el corazón de piedra resplandeciente extendido en la otra. Cuando empezó a perder fuerza para agarrarse a la cintura, Sebastián le cogió el brazo y la mantuvo inmóvil mientras sus caballos avanzaban fatigosamente por el páramo.

Pasada una hora, mientras se abrían camino por un terreno de turba que era demasiado blando para soportar su peso, Asha se cayó de la silla.

Sebastián se detuvo, bajó de un salto y fue a su lado, mientras Emelina y Cora desmontaban delante suyo e iban a su encuentro a toda prisa con Violeta. Sebastián se arrodilló al lado de Asha y le ofreció un sorbo de agua de su bolsa. Ella apenas reaccionó.

—Todavía… no hemos… llegado— murmuró.

—Has hecho más que suficiente —dijo Sebastián—. Estamos a salvo gracias a ti.

—Violeta… está…

Se fue apagando y Sebastián vio el momento en el que el corazón de piedra del Hogar de Piedra se fue quedando sin brillo. Le tocó el cuello, pero no había pulso, mientras tanto, a su alrededor la niebla empezaba a despejarse a la vez que la fuerza que Asha había estado enviando se disipaba.

—Ha muerto —dijo Sebastián, incapaz de sentir pena por alguien que

tenía tanta rabia y odio en su interior como Asha pero, al menos, capaz de se sentir gratitud y respeto por todo lo que había hecho.

—No puede ser —dijo Emelina—. Asha no pondría tanto de sí misma en la piedra para que la matara. Ella no lo dejaría todo por nosotros. Bueno, ni por nadie.

Sebastián miró a su hija y supo que eso no era cierto. Asha lo había dado todo para asegurarse de que Violeta estuviera a salvo. Se había quemado hasta convertirse en una cáscara vacía para mantener la magia

necesaria para proteger a su hija, y todo por algo que había visto en una visión. Ahora mismo, Sebastián no sabía si eso era admirable o aterrador.

—Odiaba a todos los que eran como nosotros —dijo Cora—, pro entregó su vida por nosotros.

—Yo solo espero que con eso baste —dijo Sebastián mientras la niebla continuaba desvaneciéndose. Ya estaban lo suficientemente lejos del Hogar de Piedra como para no ver ni rastro de los hombres del Maestro de los Cuervos, pero sabía que eso no significaba gran cosa cuando cada pájaro que había en el horizonte podría estar informándole.

—Yo puedo asegurarme —dijo Emelina, mientras alargaba la mano para coger la piedra—. Si Asha puede hacerlo, yo…

Sebastián vio que Cora la agarró por la muñeca.

—Ni se te ocurra. No si eso te va a matar.

Sebastián estaba de acuerdo.

—Si yo hubiera sabido que Asha realmente seguiría hasta que esto la matara, yo también la habría detenido. Tal como están las cosas, es muy peligroso.

No se arriesgó a coger la piedra sin protegerse las manos, sino que cogió una bolsa de su cinturón y la metió dentro, recluyéndola del mundo. Era demasiado poderosa como para dejársela al Maestro de los Cuervos.

—¿La enterramos? —preguntó Cora, con la voz ligeramente temblorosa, sujetando a Violeta contra ella como si protegiera al bebé

para que no viera el cadáver.

—No hay tiempo —dijo Sebastián, odiando tener que decirlo. No quería dejar a Asha para que se la comieran los cuervos. Echó un vistazo a la sección de turbera—. Emelina, échame una mano con ella.

Oyó suspirar a Emelina.

—Este no parece un final respetuoso.

—Es mejor tenerlo que dejar que el Maestro de los Cuervos se dé un banquete con el poder de ella —dijo Sebastián—. Y pienso que ella, ahora mismo, querría que tomáramos el camino más rápido. Escapar es la mejor manera de honrarla.

Emelina asintió al escucharlo.

—Supongo que sí.

Entre los dos levantaron el cuerpo de Asha, lo tumbaron sobre la turba blanda y observaron cómo su peso muerto tiraba de ella hacia abajo.

Sebastián esperó a perderla de vista, mientras pensaba en las veces que ella

había ayudado a salvar Ashton y en lo mucho que le debía por salvar a su hija ahora.

—Tenemos que irnos —dijo Emelina al final—. Como mínimo, nos estoy ocultando de la magia, pero no esto no hará nada con los cuervos y los soldados. Debemos darnos prisa.

Sebastián asintió.

—Hacia Monthys.

—Hacia Monthys —coincidió Emelina.

Sebastián no estaba seguro de lo que encontrarían cuando llegaran allí.

Solo esperaba que fuera algo, cualquier cosa, que les permitiera sobrevivir al Maestro de los Cuervos.

CAPÍTULO SIETE

Sofía no sabía qué hacer ni qué decir. Durante todo este tiempo, había estado buscando a sus padres y, en un espacio muy breve de tiempo, los había encontrado y perdido para siempre a los dos. Veía que Catalina y Lucas estaban igual de paralizados por la impresión de sus muertes, ninguno de los dos se movía, ninguno de los dos daba ninguna señal de tener más idea que Sofía sobre qué hacer.

La pena venía lentamente, como si solo a ella le costara tanto hacerse a la idea de que todo esto estaba sucediendo.

—Yo no puedo… —dijo Catalina, que estaba a su lado—. No sé qué hacer.

—Ya lo sé —dijo Sofía y se cogió a ellas.

Lucas hizo lo mismo y, por lo que debía ser la primera vez desde que lo conocía, Sofía vio que le caían lágrimas por las mejillas.

—Si yo no hubiera partido nunca en su búsqueda, nada de esto hubiese sucedido —dijo—. El veneno no hubiese llegado hasta aquí.

—Pero nosotros nunca los hubiésemos encontrado, ni a ti tampoco —

dijo Sofía. No podía imaginarlo. Un mundo en el que nunca hubiese conocido a su hermano le parecía completamente inconcebible.

Aun así, notaba lo que estaban sintiendo su hermano y su hermana. En su pena, fueran cuales fueran las protecciones que normalmente se ponían alrededor se desmoronaron y toda su pena los envolvía, en una maraña que contenía la furia de Catalina, la sensación de misterio de Lucas y sus propios deseos de haber podido conocer a sus padres unos años antes de esto. Sobre todo, había un profundo pozo de tristeza que parecía llenar su mundo mientras estaban allí de pie.

Todavía estaban allí cuando dos figuras vestidas con sedas color arcoíris entraron en casa de sus padres y se dirigieron al lugar donde aún estaban enroscados el uno con el otro.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó Sofía. Catalina fue más directa y se colocó entre ellos y sus padres.

—No queremos haceros daño —dijo una mujer que estaba con ellos.

Era más baja que Sofía y tenía el pelo oscuro y la piel medio oscura—. Me llamo Aia. Lady Cristina y Lord Alfredo previeron este momento y lo prepararon. Si necesitáis más tiempo aquí, esperaremos, pero ellos nos dijeron que dijéramos… —Hizo una pausa—. Me dijeron que dijera que os querían mucho, pero que vuestras misiones no pueden esperar, ni tan solo por la pena. Ellos creen… creían en vosotros y… —Se detuvo cuando la espada de Catalina saltó de su vaina.

—Catalina —dijo Sofía con voz suave—. Yo también siento dolor, pero ella solo intenta decir lo que nuestros padres no pudieron decir.

—No quiero verlo —replicó Catalina. Sofía podía sentir el dolor que Catalina estaba sintiendo ahora mismo, pero vio que Catalina se retiraba, se ponía derecha y se preparaba—. De acuerdo, hagámoslo. Cuanto antes empecemos, antes podremos matar a esa escoria responsable de mucho de todo esto.

«Se enfada para no tener que sentir», le mandó Lucas a Sofía.

Sofía deseaba que fuera así de fácil. Ella sospechaba que Catalina se enfadaba porque en la Casa de los Abandonados, cualquier sentimiento era una debilidad de la que se debía abusar. La furia llenaba los espacios donde no había otras cosas.

—Os hemos hecho las preparaciones —dijo Aia—. Si realmente estáis preparados para iros…

—Lo estamos —dijo Catalina, en un tono que no admitía discusión.

Una parte de Sofía deseaba poder quedarse y participar en cualquier funeral o conmemoración que hubiera, pero sabía que Catalina no se quedaría. Y lo que era más, el mensaje de sus padres había dado a entender que no había tiempo. Fuera lo que fuera lo que estaba pasando en el mundo, parecía que tenían que actuar rápido, a pesar de cómo se sintieran.

«El funeral de vuestros padres será de gran honor», le mandó Aia a Sofía, cogiéndola un poco por sorpresa.

—¿Tienes magia? —preguntó Sofía.

—Por supuesto —dijo ella—. Esto es la Ciudad Olvidada. Por favor, todos vosotros, seguidme hasta la puerta.

Dio la vuelta y Sofía le siguió los pasos, mientras Sienne caminaba lentamente a su lado. Sofía paso las manos por el pelaje del gato del

bosque, intentando contener los sollozos que ahora mismo amenazaban con

desbordarla. Tenía que ser fuerte, por su hermana, por su hermano, por el mundo.

«Recuerda que también estamos aquí para ti» , le mandó Lucas.

—No por mucho tiempo —dijo Sofía, y eso dolía casi tanto como la pérdida de sus padres. Por fin, se habían juntado para el viaje hasta la Ciudad Olvidada, y ahora tenían que separarse para encontrar las tres piedras corazón.

Sofía siguió a Aia por toda la ciudad, hasta el lugar donde estaba la puerta. Ahora había multitudes en fila por todo el camino y parecían hundidos, como si se hubieran enterado de la muerte de sus padres. Tenían las cabezas bajas para la procesión y solo pudo continuar avanzando.

—Por lo menos tendremos el viaje de vuelta a Morgassa juntos —dijo Lucas.

Aia negó con la cabeza.

—La puerta nos llevará donde tenemos que ir. No hay ninguna necesidad de demorarse.

La mano de sobres u hombro era lo único que retenía las lágrimas de Sofía. Por eso le llevó un momento darse cuenta de lo que Aia acababa de decir.

—¿Nos? —dijo Sofía.

Aia hizo una señal con la cabeza y unos cuantos tipos se adelantaron desde la multitud. Eran once, tanto hombres como mujeres, todos vestían una armadura que se veía extrañamente pasada de moda y que brillaba con la luz del sol. La armadura les cubría hasta el último centímetro y llevaban un extraño surtido de armas, como si cada uno de ellos hubiera elegido la que dominaba más. Había lanzas y espadas curvadas, espadas rectas, cuchillos para lanzar y varas de metal, pero curiosamente no había ni mosquetes ni arcos.

Una se adelantó con otro conjunto de armadura dorada, y Aia procedió a colocar cada pieza en su sitio, hasta que estaba igual de protegida que el resto, a ahora tenía una lanza de dos extremos descansando en su mano.

—Vuestros padres nos contaron lo que está sucediendo en el mundo —

dijo Aia—. hay quien discute que eso nos afecte, pero algunos acontecimientos son tan grandes que sus efectos llegan incluso hasta aquí.

Los dijo en voz tan alta que Sofía pensó que iba dirigido a algunos de los que todavía estaban observando desde la multitud.

Aia hizo una reverencia.

—Nosotros doce somos algunos de los más fuertes de la Ciudad Olvidada. Somos guerreros y tenemos la magia que tienen todos los de aquí.

Estamos a tu servicio, Sofía. Haremos todo lo que sea necesario para protegerte.

Sofía no estaba segura de cómo tomárselo. Estaban sucediendo demasiadas cosas, y demasiado rápido.

Aia alargó una mano y se la puso sobre el hombro.

—No hace falta que nos digas nada. Despídete de tus hermanos. Yo prepararé la puerta.

Sofía se dirigió a Lucas y Catalina.

—Yo… no esperaba nada de esto —dijo—. No quiero perder a ninguno de los dos, ahora no.

—Siempre pasa lo mismo —dijo Catalina —. El mundo nos hace pedazos una y otra vez.

—Pero nos volveremos a encontrar de nuevo —prometió Lucas—. Os encontré una vez y puedo hacerlo de nuevo. Yo iré a este lugar del espíritu y, Catalina, tú recuperarás tu fuerza en el lugar de las sombras. Lo conseguiremos.

Abrazó a Sofía y después a Catalina, durante unos largos segundos a cada una.

—La puerta está preparada para vosotros —dijo Aia y Lucas fue hacia ella. Sofía sentía sus nervios y su dolor, y su necesidad de hacer todo lo que se le pidiera. A continuación, la cruzó y desapareció.

—Estará lista para ti en un momento —le dijo Aia a Catalina. Catalina

no respondió.

—Catalina —dijo Sofía, cogiendo a su hermana por los brazos—.

¿Estás bien?

—No, no estoy bien —dijo Catalina—. Mis padres están muertos y Will está muerto, y ahora tenemos que partir hacia una estúpida misión para detener a la gran cosa malvada que va a matar al reino entero, ¡y yo solo quiero que esto pare!

—No tienes que hacerlo —dijo Sofía—. Podrías quedarte aquí, o venir conmigo, o…

—No —dijo Catalina, negando con la cabeza—. Tengo que hacerlo.

Quiero ser útil ¡y hay gente a la que voy a matar por lo que han hecho!

Miró hacia Aia, y apenas esperó a su señal con la cabeza para atravesar la puerta de un salto.

Ahora solo quedaba Sofía.

—La puerta nos dejará en Morgassa —dijo Aia—. Cuando estés lista, nos iremos, y buscaremos la piedra de corazón de fuego que se llevaron de nuestra ciudad.

Lista. ¿Cuándo estaría lista para dejar atrás el lugar en el que habían muerto sus padres? ¿Cuándo estaría lista para hacer nada de esto? Desde que empezó todo, daba la sensación de que había estado luchando por ponerse al día. Pero el único modo de volver con su hija era acabar con esto. Debía encontrar la piedra en Morgassa para que las cosas fueran seguras para su hija.

Miró a Sienne.

—¿Estás preparada? —le preguntó al gato del bosque, el cual se enroscaba entre sus piernas sin contestar—. Yo creo que lo estoy.

Dio un paso adelante y se colocó delante de la puerta. A través de ella, vio una escena que reconoció como el mercado de Morgassa. Incluso pudo reconocer los rasgos conocidos del Alto Comerciante N'Ka en una esquina, hablando con una selección de comerciantes menores y maleteros.

—Nosotros te seguiremos en cuanto cruces —prometió Aia.

Sofía se quedó quieta durante un momento más y, a continuación, cruzó hacia la luz de Morgassa. Montones de miradas se giraron para mirarla.

Sienne caminaba sigilosamente a su lado, atrayendo aún más miradas. Pero también fue fácil detectar el momento en el que una docena de guerreros de armadura dorada cruzaron tras ella, pues todos los que estaban allí miraban fijamente y asombrados de Sofía pudiera sentir la vibración de sus mentes.

Echó un vistazo a su alrededor y vio que la puerta desapareció, la arcada titiló hasta dejar de existir como un espejismo. Sofía casi esperaba que eso sucediera. No importaba. Lo que importaba era volver con su hija.

Pero primero tenía que encontrar la piedra corazón.

Sofía se movía a través del mercado, siguiendo una serie de pensamientos conocidos hasta que volvió a encontrarse con el Alto Comerciante N'Ka. Estaba He amontonando monedas dentro de una bolsa apresuradamente, mirando alrededor como si intentara calcular lo rápido que podría salir de allí.

—Alto Comerciante N'Ka —dijo Sofía—, qué bien volverte a ver.

—Igualmente a usted, Reina Sofía —dijo él, con una sonrisa que ni intentó que pareciera real.

—Está especialmente bien ya que necesito tu ayuda —continuó diciendo Sofía—. Lléveme a ver al Rey Akar. Ahora.

CAPÍTULO OCHO

Sofía sospechaba que, aunque las palabras apresuradas del Alto Comerciante N'Ka a los guardias de palacio habían tenido algo que ver en que se hicieran rápidamente a un lado para su séquito, probablemente tenía más que ver con las figuras de armadura dorada que caminaban con ella. A cada paso que daba, los sirvientes se la quedaban mirando a ella y a los demás como si se preguntaran qué estaba pasando y cada paso que daban iba seguido de susurros.

—Han oído hablar de las leyendas acerca los guerreros de la Ciudad Olvidada —murmuró Aia—. Piensan que nuestra llegada significa la libertad para ellos y la caída del Rey Akar.

—No estoy aquí para empezar una lucha –dijo Sofía. Acarició el pelo de Sienne con los dedos—. Si nos atacan, nos defenderemos, pero este no es el sitio para nada más.

—Algunos de ellos piensan que esto está anunciado —dijo Aia.

Sofía negó con la cabeza.

—Lo que nosotros decidamos todavía importa. Vamos, N'Ka nos está dejando atrás.

Continuaron marchando por el palacio hasta llegar a la sala del trono que Sofía reconocía de su última visita. La escena que allí vio la dejó inmóvil por la impresión.

Había cuerpos encima de unos pinchos, algunos hacía tan poco que los habían empalado que Sofía aún podía ver cómo se movían, la gente estaba muriendo mientras ella los miraba. Ya no eran capaces de gritar para pedir, pero Sofía todavía podía oír sus súplicas dentro de su mente, desvaneciéndose lentamente igual que lo hacían sus vidas. Lo peor de todo era que Sofía reconocía a la gente que había allí. Ella había visto sus caras y sentido sus mentes antes, en el viaje hasta la Ciudad Olvidada. Pero no tenía ningún sentido. De eso solo hacía unas horas.

«El tiempo corre de forma diferente a cada lado de la puerta» —mandó Aia—. «Hace más tiempo del que tú crees».

Aun así, debieron de haber dado media vuelta enseguida cuando descubrieron que ella y sus hermanos habían partido por separado, y su recompensa por informar había sido… esto. Habían matado a muchos, y Sofía vio a Lani la intérprete sujeta entre dos guardias, esperando al siguiente pincho. Parecía ser una de los últimos que aún estaban con vida.

El Rey Akar estaba sentado en el centro de todo aquellos y parecía estar disfrutando de aquella crueldad. A Sofía se le caía el alma al suelo ante lo mucho que se había equivocado al juzgarlo.

—Usted me engañó —dijo dando un paso hacia delante.

Casi a la vez que sus doce guerreros entraron en la sala del trono,

soldados armados con lanzas y mosquetes aparecieron en la sala desde todos lados. Debía de haber unos treinta, que fácilmente podían superar a doce guerreros.

El Rey Akar habló y Aia, que estaba al lado de Sofía, tradujo.

—Actué para proteger mi reino —dijo el Rey Akar—. Aquí yo soy el rey, ¿y usted pensó que podía atravesar mis tierras, tomando lo que quisiera?

—¿Por qué ha matado a todas estas personas? inquirió Sofía, señalando hacia la galería de cadáveres que estaban colocados alrededor de la sala del trono—. Eran sus súbditos.

—Tal como usted dice, eran míos y me fallaron —dijo el Rey Akar, a través de Aia—. Tenían que evitar que usted deambulara, mostrarle las ruinas de la Ciudad Olvidada de forma segura y asegurarse de que no robaba nada.

—Ni tan solo nos iba a mostrar la verdadera Ciudad Olvidada, ¿verdad?

—exigió Sofía.

—No estoy segura de que sepa dónde está —dijo Aia, que estaba a su lado—. Este no fue el rey que nos quitó la piedra corazón. Tal vez uno de sus antepasados. Imagino que él os hubiera mostrado el lugar donde hay una ciudad comerciante delante de nuestras antiguas puertas y hubiera fingido que era real.

—¿Y qué es lo que usted sabe de la Ciudad Olvidada de nuestro reino?

—preguntó el Rey Akar.

Sofía respondió a esto.

—Aia y los demás son de allí, del lugar donde verdaderamente se escondían mis padres. Usted ha intentado detenerme a cada paso, Rey Akar.

Intentó negarme, distraerme y espiarme. Tenía la intención de perdonar eso cuando pensaba que se preocupaba realmente de su reino, pero ¿esto?

Volvió su atención a la masacre. No podía imaginar cómo un gobernante le podía hacer eso a su propio pueblo, y el hecho de que lo

hubiera hecho aquí en la sala hacía que pareciera que realmente lo disfrutaba. ¿Tanto se había equivocado Sofía con él?

El Rey Akar dijo algo que hizo que Aia se parara un momento.

—Aquí yo soy el rey, nadie está por encima de mí. Aquí nadie decide la vida o la muerte excepto yo, ¡designado por los dioses! ¿Quién es usted para juzgarme?

Sofía hizo una pausa, intentando ser diplomática con esto. Esta era una tierra diferente, con maneras de hacer diferentes.

—Yo todavía soy la reina de mi reino —dijo—. Odiaría que hubiera cualquier cosa que no fuera amistad entre nuestras dos tierras. Tenemos mucho que ofrecernos el uno al otro.

—Tal vez —dijo el Rey Akar.

No era mucho, pero por lo menos era un punto de partida.

—Y a mí me gustaría que esto parara, como gesto de amistad —dijo Sofía, esperando a que Aia tradujera—. Su pueblo no le falló, mis hermanos y yo escapamos de ellos. Es difícil detenernos.

—He oído historias acerca de algunas de las cosas que hicieron por el camino —dijo el Rey Akar—. Parecían imaginativas. ¿Aseguran haber encontrado la Ciudad Olvidada?

—La verdadera Ciudad Olvidada —dijo Sofía, consciente de lo que había dicho Aia.

—¿Y encontraron a sus padres? —preguntó él a través de Aia.

Esto trajo una nueva ola de dolor. Todo era demasiado reciente, las heridas de sus muertes estaban demasiado recientes. Sofía deseaba haberse podido quedar más tiempo, haber visto cómo los enterraban con honor.

«Los honra estando aquí», mandó Aia.

—Mis padres murieron mientras yo estaba en la ciudad —dijo Sofía.

—Siento escuchar esto —dijo el Rey Akar. Sofía dudaba que fuera sincero.

—No sin antes darnos una misión a mí y a mis hermanos —dijo Sofía

—. Dijeron que algo muy malo está por llegar y, que para protegernos contra ello, debemos recoger piedras de cuatro hogares de los elementos.

Antes la Ciudad Olvidada poseía la piedra corazón de fuego, pero ahora, me han dicho que está en sus manos.

El Rey Akar pareció sorprendido por un momento y, a continuación, se llevó la mano a la corona, entre los diamantes que había allí, que dibujaban una piedra parecida a un rubí. Parecía que le habían grabado escenas del desierto, de forma tan elaborada que Sofía sospechaba que uno podía pasar horas mirándolas y, aun así, no verlas todas.

Aia y él tuvieron un cruce de miradas que Sofía no entendió. El Rey Akar rio y se levantó, quedando por encima de Sofía y de ella.

—¿Y cómo sé yo que estos doce son quienes dicen ser? —tradujo Aia cuando él habló—. No creo que cueste mucho pintar una armadura de oro.

¿Se supone que debo regalar el mayor tesoro de mi reino por eso?

El Rey Akar se quedó en silencio por unos segundos. Durante ese tiempo, Sofía buscó dentro de la menté de él. Lo que vio le hizo apretar los puños. Era un hombre que sentía rabia por el pasado y orgullo de mantener su reino libre, cuyo reino había sido atacado por el reino de la Viuda y otros que se le parecían. A la vez, no podía negarse que era un hombre cruel, que gobernaba su pueblo con puño de hierro. Estaba imaginando cómo sería tomar a Sofía como su prisionera y observar las muertes de los demás.

—Por el bien de la amistad entre nuestros reinos —dijo Sofía—, no le estoy pidiendo que me dé un rubí, le estoy pidiendo que ponga de su parte en prevenir lo que está por llegar. Venga con nosotros a hacerlo. Coloque la piedra donde debería estar. Traiga a su ejército y ayúdenos a luchar.

Él se quedó quieto durante un momento, y después habló en el idioma del reino de la Viuda, sin necesidad de traductora.

—Hoy me ha pedido dos cosas por el bien de nuestra amistad —dijo —.

Le concederé una. A cambio de los derechos de comercio en su reino, viajaré con ustedes y usaré mi piedra como debe usarse. Mi pueblo me

verá como el héroe que soy.

El recuerdo de qué era la otra cosa que había pedido interrumpió el breve momento de euforia de Sofía.

—Le pedí que detuviera la matanza, que perdonara la vida a Lani —dijo ella.

—¿Es ese el nombre de la chica? —dijo el Rey Akar. Vio que encogía los hombros—. Me falló. Se quedará a contemplar su ejecución y después seremos aliados, ¿de acuerdo?

Sofía vio que le seguía la mirada con la suya. Mirando dentro de su mente, vio que él estaba esperando a que ella accediera, o a que fuera lo suficientemente compasiva como para abandonar la piedra por el bien de una sirvienta. O mejor aún, que le diera una excusa para tomarla a ella y a sus seguidores por la fuerza, confiado en sus treinta curtidos y entrenados guardias reales…

De no haber estado en duelo, Sofía podría haber pensado en alguna manera sutil de desviarlo, podría haber encontrado una manera de convencer al rey con palabras o con magia. Podría haber inmovilizado su propia repulsión a las cosas que él tenía pensado hacer si ella y sus seguidores ofrecían resistencia. Podría haber ignorado el hecho de que él estaba realmente disfrutando de esto.

—Voy a darle una oportunidad —dijo. Tendió una mano—. Entregue la piedra. Suelte a Lani. Hágalo, ahora mismo, y vivirá.

Él rio al oírlo, rio largo y fuerte.

—Voy a disfrutar de tenerla a usted encadenada.

Sofía bajó la mirada hacia Sienne.

—Mátalo.

El gato del bosque brincó hacia delante con un rugido, con los colmillos y las garras dispuestas a atacar al gobernante. Los treinta hombres que los rodeaban brincaron ante el ataque, pero los doce guerreros de armadura dorada fueron a su encuentro, más rápido de lo que cualquier persona normal podría haberse movido. Su armadura parecía débil y decorativa, pesaba y difícil de manejar, pero paraba los disparos de mosquete y los dejaba libres para dejar pasar los golpes de espada.

Como respuesta, sus armas se cobraron un precio terrible.

Cortaban en todas direcciones con su variedad de armas, se avanzaban a cada movimiento como si lo hubieran visto venir, devolviendo los golpes con la fuerza suficiente como para amputar extremidades. Sofía estaba como el centro tranquilo de todo aquello, completamente serena mientras las espadas volaban en todas direcciones a su alrededor y la sangre se desparramaba. Vio a un concierto corriendo hacia la desprotegida espalda de Aia y lanzó un destello de poder para que envolviera la mente del hombre y lo aturdiera. Aia se giró hacia él y lo liquidó sin problemas.

La batalla solo duró unos segundos, cada latido traía un nuevo momento de violencia. Un latido y ensartaban a un hombre con una lanza, otro, y uno de los doce estaba parando un golpe de espada con un hacha curva. Un

guerrero de armadura dorada tiró de una patada a un rival. Otro se agachó bajo el movimiento circular de una espada y destripó a su contrincante con un movimiento fluido. Tal vez ninguno de ellos pudiera igualarse a Lucas, o a Catalina en cuanto a la más letal, pero cada uno de ellos era más peligroso que cualquiera que hubiera visto Sofía jamás.

En menos tiempo del que se necesita para encontrarle el sentido a todo aquello, treinta cuerpos estaban tendidos en el suelo. El Rey Akar estaba enfrente de su trono, herido en cien lugares, mostrando la piedra, como si esto pudiera protegerlo.

—¡Tome, cójala! —gritó—. ¡Cójala, demonio, y déjeme vivir!

Sofía alargó la mano para coger la piedra y se la arrancó sin dificultad de su mano apretada. También se metió en su mente. Aún estaba pensando ahora en a cuántos hombres podría llamar, en cómo doce hombres como estos no podrían aguantar contra ellos.

—Todavía hay una lanza sin ocupante —dijo Sofía.

—¿Cómo? ¡No, no puede!

—Sí que puedo —dijo Sofía—. Tenía la intención de ser justa con usted, y ahora… ahora seguiré siendo justa con usted.

Alargó el brazo, sujetó la mente de él con su poder y la desconectó del cuerpo para que no sintiera cuando los guerreros lo levantaran y lo clavaran en la última lanza que quedaba. Vio que Lani observaba

aterrorizada desde un lado.

—No tienes nada que temer de mí —prometió Sofía, extendiendo una mano hacia la traductora para que viniera hacia ella—. Bien. Ahora deberíamos irnos. Algo me dice que estamos abusando de la hospitalidad de Morgassa.

CAPÍTULO NUEVE

Lucas cruzó la puerta y sintió un cambio en la presión del aire al moverse de un lado al otro. Tocó roca con los pies y le llevó un momento recuperar el equilibrio. Se dio la vuelta y vio que la puerta por la que había cruzado titilaba y se desvanecía, sin dejar nada detrás salvo el arco formado por dos árboles de aspecto antiguo que parecían haber sido retorcidos cuando aún estaban vivos.

Miró a su alrededor y vio que estaba en una isla y el océano era visible en cualquier dirección en la que mirara. Eso no le perturbaba, había cruzado medio mundo a pie para encontrar a sus hermanas y había conseguido encontrar sitios viajando en todo tipo de barcas para hacerlo. Lucas podría cruzar otro océano para regresar a ellas.

Lo que le inquietaba más era la rareza de la isla en la que se encontraba.

Parecía tranquila y vacía, acogedora pero en gran parte libre de vida animal, solo unas tiras de seda y papel colgaban de los fortuitos árboles, dando a entender que había habido más.

A pesar de ello, todos sus sentidos le aseguraban que aquel era un lugar concurrido, lleno de criaturas. Sus oídos captaban trozos de rugidos y de conversaciones, el piar de los pájaros y los ruidos de los animalitos. Sus ojos le aseguraban que había movimiento en los límites de su vista cada vez que giraba la cabeza. Su piel le decía que cada cierto tiempo algo o alguien, que iba y venía rápidamente, le rozaba.

Se abrió a esas sensaciones y contactó con la parte que podía sentir las mentes. Indudablemente, allí había otras mentes: cientos de ellas, quizá miles.

«¿Dónde estáis», preguntó Lucas a cualquier cosa que escuchara.

«Estamos aquí, estúpido».

Parecía la voz de un niño, pero Lucas no podía encontrarla, de manera que parecía uno de los juegos de esconderse a los que los sirvientes del Oficial Ko habían jugado con él en palacio cuando era pequeño. Sin saber qué otra cosa hacer, se dirigió al árbol que tenía más cerca y examinó uno de los papeles que colgaban de él. Tenía unas marcas que se parecían

vagamente al *Old Chorit*, que era uno de los textos que había tenido que aprender de sus tutores, y que ahora se esforzaba por recordar. Para poder verlo mejor, Lucas alargó la mano para pararlo y hacer que el viento dejara de agitarlo.

Se encontraba en un campo de maíz que parecía alargarse en la distancia, en la que había una casa más a lo lejos, y unos pájaros volando en lo alto. En el campo había espantapájaros pero, extrañamente, parecían estar trabajando en la cosecha y no colgados inanimados en palos. Uno levantó una mano llena de paja como saludo…

A Lucas le resbaló la mano del papel y la imagen desapareció.

—¿Qué lugar es este? —se preguntó en voz alta. De nuevo, tuvo la sensación de que alguien se reía al límite de lo que podía oír.

Como experimento, fue hacia otro árbol y tocó una de las tiras de seda que allí había. Al instante, Lucas se encontró en medio de un valle repleto de árboles, donde unas criaturas con forma de araña bajaban hacia él trepando. Lucas se llevó las manos a sus espadas y esa acción supuso que soltara la seda. Una vez más, se encontró solo en la isla. Se oyó la risa de un niño, tan cerca que Lucas buscó por todos lados rápidamente, pero allí no había nadie.

«¿Dónde estás?» , mandó Lucas por instinto.

«Aquí mismo, estúpido» —respondió el niño, y Lucas lo reconoció como el mismo que le había contactado antes.

«¿Cómo puedo encontrarte?» , preguntó Lucas.

«Solo tienes que aprender a mirar correctamente. Mi madre me enseñó a mirar cuando yo era pequeño y tú eres mayor. ¿Por qué sigues mirando a los sitios pero no entras en ellos?»

«¿Entrar en ellos», preguntó Lucas. El niño daba a entender que las escenas que él veía eran lugares reales en los que podía entrar, y no imágenes destinadas a desvanecerse en cuanto el soltara cualquier tira que fuera la que las ataba al mundo.

«¿Tampoco sabes cómo entrar?» , preguntó el niño. «Eres raro».

¿Él era el raro? Por supuesto, aquí, probablemente lo era. Ahora Lucas estaba seguro de que había una isla entera, quizás un mundo entero, inalcanzable, y que la única cosa que no le permitía conectarse a él era su mente.

«Deberías venir a la aldea», mandó el niño.

«¿Y cómo hago eso?», preguntó Lucas.

«¡Tú sígueme!»

Tenía la sensación de movimiento a su izquierda, a lo lejos y siguió esa sensación, confiando en sus instintos. Ahora tenía la sensación de que había más gente a su alrededor, como si estuviera en medio de un asentamiento próspero, a pesar de que allí no veía a nadie. Más adelante había un árbol con un único trozo de tela atado a él, formando un amplio lazo blanco a su alrededor. Lucas alargó la mano para tocarlo…

Se encontraba en medio de la plaza de la aldea, con una niña pequeña delante de él, que seguramente no tenía más de cinco años.

—Mi mamá dice que tienes que con-cen-trar-te —dijo la niña, arrugando la cara para hacer la mímica—. Tienes que hacer este mundo más real del que en el que empezaste.

Lucas sospechaba que era más fácil decirlo que hacerlo, pero no iba a darse por vencido. Se centró en la aldea que le rodeaba, intentando captar sus detalles. Podía sentir su cuerpo e intentó concentrarse en su respiración, tal y como le había enseñado el Oficial Ko…

—Mal, estúpido —dijo la niña—. Tienes que olvidarte del otro lugar.

Piensa en este.

Lucas hacía todo lo que podía, usando el mismo tipo de concentración para el mundo que le rodeaba, centrándose en el modo en el que las casas de madera encajaban y en el contacto del viento en su piel. Se centró en la tierra de la plaza de la aldea y cogió un poco con la

mano, concentrándose en su tacto…

El mundo apreció volverse claro de golpe y, de algún modo, Lucas supo que había entrado al lugar que acababa de ver.

—Te ha costado mucho.

Lucas miró hacia el lugar donde antes estaba la niña y ahora había una mujer de quizás unos veinte, que llevaba ropa que era sencilla en su fabricación, pero que era evidente que se les había dedicado tiempo y esfuerzo. Su pelo oscuro le caía por la espalda y con sus ojos marrón profundo lo miraba de arriba abajo con una expresión divertida.

—¿He de suponer que nunca hubo una niña? —preguntó Lucas.

—Oh, sí que la hubo —dijo la mujer—. Pero ahora hace unos años que no. Veo que la gente confía más en esa forma, y me gusta descubrir cómo es la gente antes de que me vean como soy. Me llamo Elanora, y tú… tú estás aquí porque el mundo necesita que encuentres algo que nosotros escondimos hace mucho tiempo.

Lucas asintió.

—Estoy buscando una piedra.

—Una de varias —dijo Elanora—. Sí, lo sabemos. Sabemos lo que está sucediendo aquí probablemente igual de bien que tú. Incluso probablemente mejor que tú. Al fin y al cabo, el espíritu ve más que la carne.

—¿Así que aquí sois solo espíritu? —preguntó Lucas.

—¿Cómo que solo? — Elanora parecía ligeramente ofendida—. ¿Tú cómo te sentirías si te dijera que solo eres carne, Lucas Danse?

—Lo siento —dijo Lucas—. ¿Sería mejor decir que no tenéis forma física?

—Algo —dijo Elanora—. Aún podemos tocar el mundo cuando nos apetece; aún puedes resultar herido aquí, guerrero, pero no somos como tú.

A ti te costará más herirnos a nosotros. Tendrás que entender esto, si vas a encontrar lo que estás buscando.

A Lucas le cogió un poco desprevenido lo fácilmente que esta mujer espíritu parecía aceptar para lo que él estaba aquí.

—De algún modo esperaba que quienquiera que tuviera las piedras no querría deshacerse de ellas —dijo Lucas.

—Oh, tuvimos esas discusiones la primera vez que vimos todo esto —

dijo Elanora—. Pero siempre fuimos solo sus cuidadores, y eso es lo correcto para el mundo. Evidentemente, solo porque en la aldea decimos eso no significa que será fácil. La piedra se puso en un lugar seguro, bajo varias capas.

—¿Capas? —preguntó Lucas.

Elanora le hizo una señal para que se acercara y lo llevó hasta donde había otro trozo de tela colgado de otro árbol.

—La aldea está a un paso de vuestro mundo. A una capa. En cada una, puede haber caminos para ir a otro, y a otro, de ir más profundo y más superficial, de alejarse más o de acercarse más. Un hombre que va demasiado lejos puede que no encuentre nunca su camino de vuelta a la isla.

Ese pensamiento asustaba a Lucas. Esta no era una muerte que tuviera nada de honor, esta no era la muerte de un guerrero. Y lo que era más importante, significaría que nunca volvería a ver a sus hermanas.

Significaría que Sofía y Catalina nunca podrían alzarse contra el Maestro de los Cuervos.

—Necesito encontrar el camino hasta la piedra —dijo Lucas.

—Lo sé —respondió Elanora—. Y podrías convencerme para que te ayudara.

—¿Cómo que podría convencerte? —preguntó Lucas. Pensaba que la gente de allí ya se habían puesto de acuerdo entre ellos para ayudar.

Antes de que pudiera reaccionar a eso, ella le besó. Fue un beso breve, ligero, casi fantasmagórico, pero cuando Elanora se apartó, Lucas sintió que se llevaba algo con ella.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Lucas.

—A algunos de los de tu especie os gusta conectar con el espíritu —dijo ella—. A mí me gusta conectar con lo material. Una pequeña degustación de la realidad y tú realmente sabes a real, Lucas. Prométeme otro beso, uno de verdad, cuando terminemos y te

ayudaré a encontrar el camino.

Lucas no sabía qué decir a eso. Todavía estaba impresionado con los efectos del primer beso. Aun así, si eso era lo único que le costaría para encontrar lo que estaban buscando, decididamente había destinos peores.

—De acuerdo —dijo—. Acepto.

—No te pongas tan serio —dijo Lucas con una sonrisa—. Tú me gustas de verdad. Me gustaste desde el momento en el que vi que venías hacia aquí.

Lucas no estaba seguro de qué decir a eso. Había visto lo felices que estaban Catalina y Sofía con las personas que amaban, pero no había pensado nunca que alguien lo miraría a él de la misma forma. Él solo era una figura de fondo, silenciosa y que no formaba parte de los acontecimientos.

—Ven conmigo —dijo Elanora, extendiendo la mano hacia la de él.

Parecía extrañamente sólida—. Te mostraré el camino.

Lo llevó hasta la esquina de la casa. Uno de los retales de seda pendía de allí, lo suficientemente alto como para que nadie lo tocara por accidente.

—Este es el primer paso —dijo ella—. Al otro lado, tienes que creer rápido dónde estás y tenemos que correr porque … no es un camino agradable. ¿Estás listo?

Lucas intentó evaluar la situación, pero ¿cómo podía esperar prepararse para algo así? No estaba seguro de si aquí le ayudarían sus armas, o de si lo harían sus poderes. No estaba seguro de a dónde iría o a qué se enfrentaría.

Por otro lado, si esta era la única manera de encontrar la piedra espíritu, entonces solo había una respuesta.

—Estoy listo —dijo.

CAPÍTULO DIEZ

Catalina cruzó la puerta, una parte de ella esperaba, de algún modo, dejar atrás todo lo que sentía mientras lo hacía; poder envolver todo el dolor, la rabia y el odio ya abandonarlos de la misma manera… de la misma manera que sus padres la habían abandonado a ella.

—No —se dijo a sí misma—. No pensaré así, no lo haré.

Pero era muy difícil no hacerlo porque el dolor era casi incontenible. El dolor por sus padres, y no solo porque se habían ido, sino porque nunca habían estado allí. Catalina no tenía los recuerdos tempranos que tenía Sofía. Tenía destellos de sus padres en las visiones, pero ahora, el único recuerdo real que tenía de ellos era de su muerte.

Ahora estaba en un lugar que parecía que estuviera hecho de cristal negro, cargado de bordes dentados y chorros, sombras que se retorcían en lugares en Catalina sospechaba que no deberían estar. A Catalina le recordaban la manera en la que ella se sentía ahora mismo.

—Tengo que encontrar la piedra —se recordó Catalina a sí misma—.

Tengo que volver a ser lo suficientemente fuerte.

Si volvía a ser fuerte, podría proteger a las personas que quería. Podría proteger a su hermana y a su hermano, a Violeta y a Will…

De nuevo el dolor apareció al pensar en lo que habían dicho sus padres: que Will ya no estaba, asesinado en la violencia que el Maestro de los Cuervos había traído hasta Ashton, asesinado para que todos los demás pudieran escapar. Catalina hubiera renunciado a todos para poder tener un momento más con él…

—Pero a Violeta no —dijo Catalina, sintiendo una ola de indignación con ella misma. Ella solo… solo deseaba que Sofía estuviera aquí, y sus padres, y cualquiera que pudiera entender el auténtico dolor que ahora mismo sentía.

Catalina negó con la cabeza. Tenía que concentrarse. Tenía que volver a ser fuerte para que nadir más que le importara muriese. Solo iba a morir una persona más y esa era el Maestro de los Cuervos.

Este lugar… no podía encontrarle la lógica a lo que era. No parecía un lugar en el que pudiera vivir alguien y, sin embargo, veía señales de gente a lo lejos, dentro de torres de aspecto frágil y de casa de mármol negro. La gente se movía entre ellas en silencio y llevaban las vestiduras grises y aburridas que a Catalina le recordaban demasiado

lo que las monjas de la Casa de los Abandonados podrían llevar. Una parte de Catalina quería evitarlos a todos, aunque sabía que, incluso en una isla, no había manera de que pudiera buscar en ella de pies a cabeza. Debía esperar a que la gente de allí pudiera ayudarla a encontrar lo que estaba buscando.

Si alguno de ellos intentaba detenerla, moriría por ello.

Catalina se dirigió hacia el asentamiento, buscando el camino por las rocas escarpadas. No apartaba la mirada del suelo, de las sombras que había a su alrededor, de las criaturas que volaban por los aires, con pelo y escamas en partes iguales. Algunas de las sombras parecían transformarse e intentaban alcanzarla con sus dedos como zarcillos. Catalina las esquivaba y continuaba.

Por delante de ella había un hombre con ropa oscura que, al parecer, estaba buscando setas en las sombras. Cuando Catalina se acercó, alzó la vista, y algo en la manera en la que ella se movió debió de revelar el tipo de pensamientos que ella tenía en ese momento, pues aquel dio un pasó atrás con las manos levantadas.

—Estoy buscando la piedra de la sombra —dijo Catalina. Ahora mismo costaba incluso formar palabras. ¿Por qué estaba haciendo esto cuando debería estar pasando un duelo?

Posó la mano sobre su espada y sus pensamientos se metieron en los de él. En un lugar como este, casi esperaba que todos los que vivieran aquí fueran malvados o, por lo menos, insensibles. Quizás incluso tenía esperanzas de que lo fueran, así no habría nada que la detuviera en saciar en parte la rabia que crecía en su interior. En su lugar, solo oyó el tipo de pensamientos que cualquier campesino de fuera Ashton o Ishjemme podría tener.

—Yo no sé dónde podría encontrarla —dijo—. De eso se encargan los observadores.

—¿Dónde puedo encontrar a los observadores? —preguntó Catalina.

El hombre señaló con el dedo. Catalina asintió y, en aquel momento, no podía decir si era por reconocimiento, por agradecimiento o por otra cosa.

En su lugar, empezó a bajar hasta el asentamiento a trompicones.

Era tan sombrío como ella sospechaba. En la calle había procesiones que, al parecer, incluían íconos que proyectaban sombras en el suelo

que se transformaban y cambiaban mientras Catalina miraba. Parecían ser parte de una ceremonia más grande y se dirigían hacia una especie de altar en el centro de un círculo de columnas sobre el que se cruzaban sus sombras. Allí había unas figuras con túnicas, supervisando la ceremonia, y Catalina no estaba segura de qué iba exactamente. Los adornos le daban una apariencia de que podría ser algo oscuro, algo que debía detenerse pero, hasta el momento, no había ni rastro de sangre, o de muerte, o de cualquier otra cosa que le diera una razón para ello.

Tal vez en otros tiempos, Catalina podría haber esperado a que terminara antes de hacer algo. O a lo mejor quizá no. Empezó a dirigirse hacia el altar, decidida a exigir respuestas. Cuanto antes lo hiciera, antes podría conseguir lo que necesitaba para matar al Maestro de los Cuervos.

De las sombras salió una mano, que se posó sobre su brazo.

Catalina se giró, con la espada a medio salir de su vaina antes de saber lo que estaba haciendo. Allí había una mujer, vestida igual que los demás, con una piel fantasmagórica y pálida que destacaba entre las sombras allí donde no la cubrían sus vestiduras.

—Será mejor que me sueltes —dijo Catalina—. Necesito respuestas.

—Necesitas más que so —dijo la mujer. Sonrió dulcemente—. Existen todo tipo de sombras en este mundo. Veo la que está flotando por encima de ti. Me llamo Lisare.

—Yo Catalina. —Incluso le costaba decir así su nombre—. ¿A qué te refieres con que hay una sombra encima de mí?

—La gente piensa que este es un lugar de maldad —dijo Lisare—.

Piensan que porque es un lugar de sombras y muerte tiene que serlo.

Buscamos en la oscuridad para poder guiar a la gente a través de ella. ¿Por dónde necesitas que te guíen, Catalina?

—Yo… —Catalina estaba a punto de decirle a la mujer que ella no necesitaba nada, pero no podía decir eso. No era la verdad. Ni tan solo se le acercaba—. La gente a la que quiero está muriendo. Mis padres… ni tan solo pude decirles adiós como es debido. El hombre al que amo… amaba, me dicen que también está muerto y aquí estoy atrapada. Ni tan solo puedo proteger a la gente que me importa.

Vio que Lisare asentía con la cabeza.

—Es difícil. Es difícil sentirse indefensa. Es difícil cuando todo a tu alrededor es oscuro y tú no sabes cuál es el mejor camino por el que andar.

La rabia se reavivó dentro de Catalina al oír eso, pues se acercaba demasiado a todo lo que ella sentía.

—Tú no sabes nada sobre mí —dijo.

—Yo no he asegurado eso —dijo Lisare. Hizo un gesto con la cabeza hacia uno de los edificios que había por allí cerca—. Ven dentro, lejos de todo el resto. Dime qué es lo que necesitas. Allí fuera tiene que conmemorar unas muertes.

Hizo que pareciera tan lógico que Catalina debía hacer lo que ella sugería que casi fue más fácil irse con ella que quedarse allí. Estaba demasiado paralizada como para pensar en hacer otra cosa. Siguió a Lisare hasta el interior del edificios, que tenía unos muebles que parecían hechos de ónix y hueso, y unas sombras que cortaban la luz del sol.

—Háblame de las personas que has perdido —dijo Lisare.

Catalina deseaba hacerlo. No había nada que deseara más que contarle a Lisare todo sobre sus padres, y todos los demás que habían muerto desde que ella se había ido de la Casa de los Abandonados. Quería hablarle de los que habían muerto a sus manos, y de los que habían muerto en las guerras que ella no había podido parar. Estaban sus primos, mucha de la gente de Ashton, los soldados con los que había luchado.

Si eso hubiera sido todo, podría incluso haberle hablado a Lisare de ello.

Pero Will… ni tan solo tenía las palabras para hablar de ese dolor. Solo el pensar en ello le daba la sensación de que le arrancaban el corazón del pecho. No era algo de lo que pudiera hablar con esta extraña. Ni tan solo era por lo que estaba aquí. No era el motivo de todo esto.

—Tengo que ser fuerte —dijo Catalina—. Yo era fuerte. Era tan fuerte como para proteger a la gente. He perdido mucho.

—Todas esas personas —dijo Lisare, a pesar de que Catalina no le

había hablado de ello.

—No solo las personas —dijo Catalina. No podía pensar en las personas. Esto no iba solo de ellas—. Yo vine aquí por la piedra del corazón de la sombra. Vine aquí para recuperar lo que fui. Debo… derrotar al Maestro de los Cuervos.

—Él es poderoso —dijo Lisare—. El caballo muerto. Aunque puede que no sea sensato. Este es un lugar que…

Catalina sacó su espada.

—No me importa el tipo de lugar que sea este. ¡Necesito el poder para derrotar al que lo mató!

Si Lisare estaba asustada, no lo demostró. En su lugar, apartó suavemente la espada hacia un lado.

—No pretendo detenerte —dijo—. Tal vez esto es algo que estabas destinada a hacer. Debe de haber una razón por la que los muertos me pusieron en tu camino. Tendré que preguntárselo.

—O me ayudas, o te mandaré a hacerles compañía —dijo Catalina, odiándose a sí misma mientras lo decía.

—Espero que no lo hagas —respondió Lisare. Cerró los ojos con fuerza, su rostro era una imagen de paz. Una parte de Catalina deseaba abofetearla por traerla hasta aquí, pero imaginaba que esto no haría ningún bien.

Estuvo callada durante lo que pareció una eternidad. Fuera, Catalina podía oír los sonidos apagados de la ceremonia que estaba teniendo lugar, y el zumbido de las voces de los sacerdotes. Finalmente, después de un rato, Lisare parpadeó y volvió a abrir los ojos.

—Parece que tengo que ayudarte —dijo Lisare. Miró a Catalina con una profunda pena que casi bastó para hacer que Catalina la odiara—. ¿Estás segura de que quieres hacerlo? El camino no será fácil. Puede que la piedra sea capaz de devolverte lo que eras, pero ya has visto que estas cosas tienen un precio.

—Pagaré cualquier precio —dijo Catalina. Ya no importa. Ya se me han arrebatado todas las cosas que uno puede tener.

Ahora lo único que importaba era recuperar sus poderes. Los recuperaría, mataría al Maestro de los Cuervos y todo esto terminaría.

CAPÍTULO ONCE

El Maestro de los Cuervos estaba en el Hogar de Piedra mientras la neblina que lo había llenado se despejaba. Podía notar que el poder que la había mantenido en su lugar se disipaba, y se preguntaba qué significaba eso. Sentía cierta satisfacción al pensar que, probablemente, significaba la muerte de alguien, pero no hacía mucho para reducir el sentimiento de frustración mientras miraba al resto del asentamiento a su alrededor.

La violencia no había terminado. Uno de los guerreros del Hogar de Piedra fue hacia él, con una espada en la mano. El hombre era rápido, como parecían serlo todos, y poderoso en otros aspectos, reuniendo una aureola de poder que rodeaba su espada en un rayo chispeante.

El Maestro de los Cuervos se apartó del primer golpe con un balanceo hacia atrás, sabiendo que era mejor no intentar parar una espada que le daría una descarga al mínimo roce. Los que tenían esta magia le recordaban a cómo él era antes, poderoso pero inocente a la vez, poseían una única afinidad pero, sin embargo, no sabían cómo hacer para que funcionara bien para ellos. Había existido un tiempo en el que el Maestro de los Cuervos había sido mucho menos; había sido solo un poco más de lo que cualquier humano normal podría haber sido.

Pero ahora no lo era. Fue a la carga, echando mano de la fuerza que había ganado muerte tras muerte para apartarse de los golpes, haciendo maniobras con su espada ante los intentos de su rival por darle y aturdirlo.

Él bajó la espada y se la clavó en un movimiento para coger a su enemigo por la tripa y dejar allí su espada. Era un golpe mortal, pero no rápido. Ya habría tiempo para que sus cuervos se dieran un festín.

Sacó una pistola y abatió a un hombre que corría. A su alrededor, todavía había momentos de violencia, pero las cosas eran caóticas, ya no era una batalla, solo se trataba de limpiar el desastre. Le robó la espada a un hombre caído y, a continuación, mató a un enemigo al pasar.

Otro día, tal vez hubiera continuado siendo parte de la batalla, pero lo cierto era que nada de eso cambiaba nada para él. Avanzaba a la fuerza por

los restos de la batalla, buscando la única cosa por la que verdaderamente había venido al Hogar de Piedra.

—Debería ser hermoso —murmuró, mirando al caos que había a su alrededor. Podías encontrar mucho caos, por supuesto, ahora que la batalla estaba casi acabada. Cuerpos tumbados contra los muros y en las calles. Sus soldados llevaban a los prisioneros hacia las jaulas de los cuervos para que los pájaros empezaran a picotear. Ahora mismo, un grupo de sus hombres estaba derribando las piedras que quedaban en pie en el centro del lugar.

—¿No tiene suficiente muerte? —dijo Endi, yendo hacia allí. Si tenía algún remordimiento acerca de lo que había ayudado a hacer aquí, no daba ninguna señal de ello.

—Nunca puede haber suficiente —le aseguró el Maestro de los Cuervos. Sus criaturas nunca estarían satisfechas; por lo menos, no sin el potencial que tenía la niña—. Pero no es eso.

Miró los restos de la batalla a su alrededor, visualizado lo que había pasado allí por los lugares donde habían caído los cuerpos.

—Se opusieron en los muros para ganar tiempo para salir —dijo Endi

—. Después hay pequeños nudos donde se toparon con sus hombres en la neblina.

—Con nuestros hombres —puntualizó el Maestro de los Cuervos—.

Ahora tú eres uno de los nuestros.

—Y si hubiera dicho nuestros hombres —dijo Endi con una leve sonrisa

—, me hubiera recordado que eran sus hombres, porque usted comanda.

Entonces no era un estúpido. Tal vez sería útil en el ejército.

—¿Existe alguna razón por la que me hayas tratado de localizar? —

preguntó el Maestro de los Cuervos.

—Quería ver que haría el ritual que le traje —dijo Endi.

En otras palabras, quería ofrecer un recordatorio de que todavía era útil, y de que él había cumplido con su parte del pacto. El Maestro de los Cuervos no estaba seguro de si admirar eso o de si despreciar su debilidad.

Ahora mismo, no le importaba. Tenía otras preocupaciones.

Mandó su conciencia hacia los cuervos que iban dando saltitos por el campo de batalla, ignorando el derramamiento de sangre mientras estos se alimentaban y mandándolos a emprender el vuelo para mirar desde lo alto hacia el Hogar de Piedra.

Desde allá arriba, era incluso más fácil ver los patrones en la muerte y la destrucción que había allá abajo. El Maestro de los Cuervos podía distinguir

cada cambio y cada giro en la corriente de la batalla, desde los pequeños sitios donde la gente había intentado y fallado en proteger a aquellos a los que querían hasta los espacios donde los habían matado mientras escapaban.

Nada de eso importaba. Incluso el flujo de poder de aquellos a los que sus cuervos consumían contaba prácticamente para nada. Solo importaba la niña y el Maestro de los Cuervos no podía localizarla entre la matanza.

—No está aquí —Murmuró para sí mismo, mientras hacía que sus cuervos dieran vueltas de nuevo por el asentamiento.

Parecía como si, de algún modo, hubiera perdido las señales de ella, como si ella no hubiera destacado como un faro en medio del resto. Él miraba con aquel ansia que necesitaba que ella estuviera allí, que deseaba que ella estuviera allí, después de todo el esfuerzo que él había puesto en este ataque.

Empezó a mandar a sus hombres más adentro del campo. Ahora la neblina tenía sentido, una estrategia para permitir que los habitantes escaparan. Podía ver a algunos de ellos, corriendo a través del páramo en grupos, caminando en cuadros bien armados, cabalgando de uno en uno o de dos en dos de forma ocasional. Él había pensado que era para dejar que la gente de allí huyera, y que vería el brillo de la niña incluso a través de esa magia, como un faro en el mar. En cambio, solo había la opacidad de los que se apresuraban e iban a toda velocidad.

—¿Dónde estás? —preguntó a la oscuridad. Mandó los sentidos que tenía por el poder, probándolo a través de los picos, vigilándola a través de los ojos oscuros. A su alrededor, había destellos de los muertos y los moribundos, más de los del páramo, pero en lo referente a la niña, no había ninguna señal. O bien se había esfumado o alguien la estaba protegiendo.

Fue en busca de más, gastando el poder a un ritmo que, normalmente, nunca hubiera consentido, en busca de cualquier indicio del premio que soportaba el mundo. Tal vez era donde él estaba, repleto de los mecanismos de miles de usuarios mágicos, o tal vez era el puro poder que él lanzaba allí pero, fuera lo que fuera, el Maestro de los Cuervos estaba viendo más de lo que había planeado, veía cosas que mostraban los peligros que estaban por llegar.

Veía los espacios donde los hermanos Danse buscaban el poder para derrotarlo. Veía que llevaban piedras agarradas con las manos y armas, en busca de aquel poder que antes poseían. En otro espacio, vio a un hombre

con un arma que podía matar incluso a aquellos que eran como él, y que podía llevarse los poderes de un rival para una lucha. En un momento en el que debería ver el premio por su victoria, veía… ¿qué? ¿Todavía más cosas contra las que luchar?

—No, no lo permitiré —dijo.

Volvió a sí mismo y se dirigió hacia las filas de prisioneros y sacó un cuchillo mientras se acercaba al primero de ellos.

—Tú —exigió—. ¿Hacia dónde fue la niña? ¿Hacia dónde huyó?

—Yo no sé nada —insistió el hombre y, tal vez hubiera dicho algo más, pero el Maestro de los Cuervos le clavó la espada al prisionero en el cuello y lo dejó jadeando mientras él iba a la siguiente.

—¿Dónde está la niña? —exigió.

—No lo sé —dijo la mujer, y tuvo la misma suerte que el primero.

—¿Dónde está la niña? —le pidió al tercero.

—Aunque lo supiera, no se lo diría —dijo un hombre que parecía ser uno de los soldados de Ashton. El Maestro de los Cuervos también lo mató.

Fue siguiendo la fila, haciendo la misma pregunta una y otra vez, infligiendo el mismo destino a todos aquellos que no lograban decirle lo que él quería saber.

—Mi señor —dijo uno de sus guardias—. Yo pienso que realmente ninguno de ellos sabe nada, y estos son los que usted quería para las jaulas de cuervos. ¿Por qué no vemos si saben algo cuando…?

El Maestro de los Cuervos también lo apuñaló. ¿Cómo se atreve a interrumpir? ¿No sabía lo importante que era eso?

Por lo menos los demás tuvieron la sensatez de quedarse atrás mientras él iba avanzando por la fila, desde el primero hasta el final de todo, sin importarle la sangre que lo rociaba y lo cubría, o el odio en la mirada de aquellos a los que mataba. Ni tan solo le importaba que sus cuervos le mostraran el modo en que sus hombre lo miraban mientras trabajaba: como un loco al que evitar, algo a lo que no mataban porque ninguno de ellos era lo suficientemente fuerte para hacerlo. A estas alturas, era tanto un ritual como una oportunidad real chance de saber sobre la princesa, algo que había tenido su propia fuerza.

Finalmente se detuvo, pero solo porque ya no quedaban más prisioneros a los que interrogar. Hubiera habido silencio, de no ser por el graznido de los cuervos que saltaban mientras le seguían los pasos, dándose empujones y peleando por el espacio sobre los cuerpos de sus víctimas. El Maestro de

los Cuervos miró alrededor y vio que sus hombres observaban con evidente horror; ninguno de ellos se atrevía a interrumpir, ninguno de ellos se atrevía a escapar.

—¿A qué estáis esperando todos? —inquirió, con una voz rota como el chirrido de sus pájaros—. ¡Buscad por los páramos! ¡Buscad por el reino!

¡Encontradme a esa niña!

Ahora no importaba nada más. Había visto las cosas que venían a por él.

Los últimos días había gastado mucha fuerza, incluso aunque se hubiera dado un festín con un reino. Ante los peligros que estaban por llegar, solo había una cosa que podía hacer. Tenía que encontrar a la niña. Tenía que ponerse aún más fuerte. No perdería después de todo lo que había hecho.

¡No lo haría!

CAPÍTULO DOCE

Cuando los padres de Enrique d'Angelica llegaron a la hacienda del Duque de Axshire, Enrique hizo que se hospedaran tan cómodamente y tan lejos de él como fuera posible. Si es que debía tener alguna ventaja por haberse declarado rey a sí mismo, esta debía ser que no debería soportar sus burlas.

Aun así, estaba evitando la casa, solo por estar en el lado seguro.

—Cualquiera diría que les tienes miedo, Enrique —dijo Loris, mientras evaluaban su creciente ejército allí en el campo sur. Enrique se apoyaba en la lanza que había cogido de la tumba de la familia de Loris, mientras que Loris tenía un bastón de caminar ornamentado. Enrique sabía que su viejo amigo realmente no lo entendería nunca. Él nunca había planeado ser una decepción para sus padres.

—A veces no se trata de miedo, esposo —dijo Imogen—. A veces basta con que alguien no te llame en absoluto y después aparezca de repente cuando hagas algo impresionante como convertirte en rey, como si todo eso hubiera sido idea suya desde el principio.

Ella lo entendía, a pesar de que no había manera en que ella hubiera podido decepcionar jamás a alguien. Ella era la más radiante, la más hermosa… no, Enrique no pensaría así. Ni tan solo cuando ella había sugerido que deberían ser algo más. Tal vez no especialmente por eso.

—Bueno, visto así, me aseguraré de que no te molesten. Diré que estás ocupado con el ejército o algo así.

—Además es verdad —dijo Enrique.

Había mucho por hacer. Cada día llegaban más soldados, y más nobles que escapaban de la guerra, y más… bueno, más de todo. Bueno, casi de todo. Podrían haberse apañado con más comida, y con más sitios para ponerlos a todos. A pesar de que la hacienda incluía una aldea de tamaño mediano, no había suficiente espacio en el que poner a soldados y a nobles, y a refugiados que corrían a doblar la rodilla ante Enrique a cambio de seguridad.

—Tal vez podrías usar la lanza con ellos —sugirió Imogen.

—Tiene tratos con brujas —dijo Enrique—. Supongo que se necesita más que eso para librarse de mi madre.

—Ella puede ser bastante… —Imogen pareció tomarse su tiempo en busca de la palabra adecuada.

—Sí —le dio la razón Enrique—. Puede serlo.

—Nosotros tenemos otros problemas —dijo Loris—. Problemas que hacen que incluso tus padres palidezcan hasta la insignificancia.

Enrique asintió. Era consciente de lo graves que estaban las cosas—.

¿Más refugiados de Ashton?

—Sí —coincidió Loris—. La ciudad prácticamente ha desaparecido, por lo que dicen, y el Nuevo Ejército ocupa los restos.

—Tal vez sea lo mejor —dijo Imogen. Su esposo pareció sorprenderse por ello, pero Enrique entendía lo que quería decir.

—Significa que los hipócritas no podrán basar su afirmación en ocuparla —dijo él—. Imagina si hubiéramos tenido que marchar hasta Ashton con el hijo de la Viuda y la hija de los Danse en las instalaciones.

—¡El pueblo hubiera reconocido a su legítimo rey! —dijo Loris—.

Hubieran permanecido del lado de la justicia.

A Enrique le encantaría que el mundo funcionara así, pero no era ningún estúpido.

—Nos hubieran visto a nosotros como los atacantes, Loris —dijo Imogen—. Hubieran aclamado a una bruja y a un asesino porque estaban en el lugar adecuado.

—Ahora es este el lugar adecuado —dijo Enrique—. La gente vendrá aquí. ¿Hay noticias de qué pasó con el Príncipe Sebastián y los demás?

Enrique no dignificaría al hombre llamándolo rey después del modo en el que había traicionado a su prima Angelica.

—la gente que llega dice que él y algunos de los demás huyeron hacia el Hogar de Piedra, pero ahora…

—Ahora hay informes de que el Hogar de Piedra ha caído —dijo Enrique.

—¿Cómo sabías eso? —exigió Loris—. Yo me acabo de enterar de las noticias por la gente que el Nuevo Ejército ha desplazado hasta aquí.

Enrique suspiró.

—Tengo espías que me lo cuentan. ¿Cuándo me convertí en la clase de hombre que tiene espías?

—Cuando te convertiste en rey —dijo Imogen, que parecía ligeramente divertida con su malestar. Tal vez ella era consciente de lo desagradable que él pensaba que era todo aquel asunto. Aun así, Enrique haría lo que fuera necesario.

—Evidentemente, nuestra aspirante a reina está segura al otro lado del océano —dijo Loris.

—Regresará —dijo Enrique. Alzó la lanza que había encontrado en la tumba de la familia de Loris.

—¿Estás seguro de que esto la detendrá? —preguntó Loris.

Enrique encogió los hombros.

—Es Witchsnare, la lanza de Lord Thomasin.

Loris parecía perplejo.

—Thom Witchbane, esposo —añadió Imogen.

—Oh, de niño me encantaban esas historias —dijo Loris—. Mi intrépido antepasado que luchó contra los malvados y redujo la importancia de los mágicos. Yo casi imaginaba que alguien se lo había inventado. ¿Estás seguro de que la lanza no es alguna invención fabricada para estar a la altura? A muchos de mis antepasados les gustaban este tipo de cosas. Por eso, uno de mis tíos construyó una torre entera que…

—Es real —dijo Enrique, apretando la lanza con la mano—. Puedo notarlo.

—Ve con cuidado, o la gente te confundirá con un brujo —dijo Loris con una risa que Enrique no compartió—. Sí, bueno, supongo que debería bajar y asegurarme de que los preparativos para el banquete de esta noche están en marcha.

Habría un banquete, pues siempre parecía que había un banquete. Loris se marchó a toda prisa, en dirección a la casa principal. A Enrique no le sorprendió del todo que Imogen se quedara atrás.

—Loris no pretendía llamarte brujo —dijo—. Él no ve el daño que pueden provocar bromas como esta.

Enrique suspiró.

—Loris siempre ha sido rápido con las bromas y el último en ver por qué era de mal gusto.

—Cierto —dijo Imogen con una sonrisa. Se acercó a él y lo besó rápidamente, antes de que él pudiera pensar en detenerla.

—Imogen —empezó a decir Enrique, con una nota de advertencia—.

Sabes que no podemos. No debemos.

—¿Me estás diciendo que tú no quieres? —replicó Imogen.

—Por supuesto que quiero —dijo Enrique. Negó con la cabeza—. Pero esto no va de lo que yo quiera, nada de esto.

—¿No quieres ser el hombre que está aquí conmigo? ¿No quieres tener una excusa para estar aquí en la sala? —preguntó Imogen. Evidentemente, estaba jugando un juego con él. Imogen nunca había sido la chica tonta a la que estaba jugando ser ahora.

—Esto no es una excusa —insistió Enrique—. Es una razón real. El único modo en el que yo puedo tener justicia es siendo el rey que esas personas necesitan.

Oyó que Imogen suspiraba.

—Podrías dejar toda esa idea de «justicia» a un lado —puntualizó—.

Existe un enemigo mayor y tu prima… Ya sé que has oído hablar de algunas de las historias de lo que ellos hicieron, pero Angelica no tenía mucho ni de dulce ni de inocente. Podía ser cruel.

Enrique se detuvo al oír eso, atrapado entre la necesidad de defender a su familia tal y como exigía el honor y el reconocimiento de que Imogen solo estaba diciendo la verdad tal y como ella la veía.

—Sabes que no puedo sencillamente abandonar el honor —dijo Enrique

—. Si no tengo eso… Negó con la cabeza—. El honor exige justicia para mi prima, sea lo que sea lo que ella haya podido hacer. Ella era la reina. Todo mi derecho de mandar aquí reside en ello.

—Mandas porque puedes mantener a salvo a esta gente —respondió Imogen—. Tú les has proporcionado una manera de unirse, y un lugar apartado del caos. Para esa gente tú eres fuerte.

—Y necesito mi honor para mantenerme fuerte —dijo Enrique—.

Necesito… necesito ser el hombre que aquí se espera que sea. Ese hombre no puede traicionar a su más viejo amigo, no puede mantenerse alejado de las cosas que se espera que haga, no puede… no puede perdonar un asesinato. Cuando Sofía regrese, debe morir.

—Si es que regresa —dijo Imogen—. Quizá se quede al otro lado del mar.

—¿Y si tal vez todo saliera convenientemente? —preguntó Enrique, con aquella risa amarga que venía de saber que las cosas muy rara vez salían convenientemente.

—¿Tanto cuesta imaginarlo? —dijo Imogen—. Enrique, el destino te ha dado un título real, un ejército y un lugar en el centro de todo esto. ¿Tanto

cuesta pensar que las otras cosas también podrían salir bien?

Enrique no estaba seguro de qué decir a eso. Él lo pasaba mal pensando qua algo de esto hubiera salido bien. Simplemente era cómo tenían que suceder las cosas.

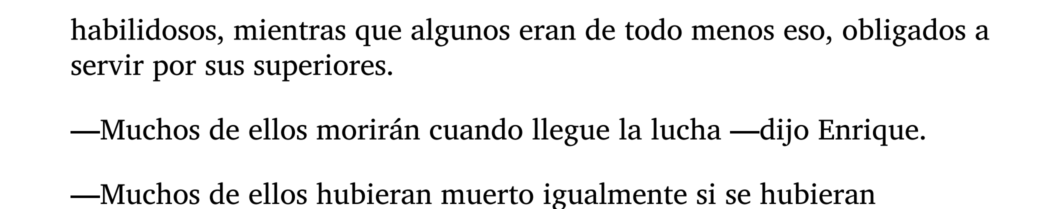
—Deberíamos volver con los demás —dijo él—. De no ser así, la gente hablará.

—la gente ya está hablando —dijo Imogen. Es lo que se les da mejor.

Tú lo sabes, pues tú eres uno de los que escuchan.

La mayoría de la gente no hubiera notado eso de él. La mayoría pensaban que Enrique no prestaba atención al mundo, no planeaba, ni tan solo pensaba. Puede que él no fuera su sutil y conspiradora prima, pero tampoco era estúpido.

Él llevó la delantera hacia la casa, observando a los hombres entrenando y trabajando por el camino. Algunos de ellos eran



habilidosos, mientras que algunos eran de todo menos eso, obligados a servir por sus superiores.

—Muchos de ellos morirán cuando llegue la lucha —dijo Enrique.

—Muchos de ellos hubieran muerto igualmente si se hubieran quedado donde estaban —dijo Imogen—. El Nuevo Ejército hubiera ido a por ellos.

Aquí, por lo menos, pueden luchar juntos, armados y comandados.

Enrique había estado pensando en ello, casi tanto como el tiempo que había pasado pensando en las fuerzas de la hipócrita y su marido traidor.

Ahora que Ashton y el Hogar de Piedra habían caído, esas fuerzas apenas ni existían.

—El Nuevo Ejército vendrá aquí —dijo él.

—Pareces muy seguro —dijo Imogen. Enrique estaba casi orgulloso del modo en el que ella no parecía asustada por ello, pero él no podía estar orgulloso de ella. Eso también era trabajo de Loris.

—Su líder busca la muerte, sus soldados buscan la conquista —dijo Enrique—. ¿Qué les queda por conquistar sino nosotros?

—Maldita sea —dijo Imogen—. Eso hace que la comodidad tenga mucho más sentido. ¿Entiendo que lucharemos contra ellos?

—Hay algunos rivales a los que uno debe enfrentarse —dijo Enrique.

Levantó la lanza—. Si puedo acercarme lo suficiente, esto acabará con la cosa que los gobierna con la misma facilidad que lo haría con Sofía Danse.

—¿Estás seguro? —preguntó Imogen—. Para mi gusto, todavía se ve demasiado oxidada.

En realidad, Enrique sospechaba que probablemente se había visto oxidada desde el momento en el que fue construida. Sus mejores esfuerzos por pulirla no habían hecho nada y, sin embargo, estaba afilada, casi con malicia.

—Yo creo que funcionará —dijo.

Imogen alargó la mano y la colocó sobre la de él. Enrique debería

haberse apartado de su tacto, pero no lo hizo. No podía forzarse a apartarse de ella cuando estos momentos podrían ser los únicos que tuvieran antes del fin de todo esto.

—La creencia es algo poderoso —dijo Imogen—. La creencia de la gente en ti ha hecho todo esto. Pero antes de que nos enfrentemos a todo esto… —Otra de esas sonrisas hermosas y perfectas—. Tal vez deberíamos probar que esta arma tuya hace todo lo que esperamos que haga.

Enrique mantenía el arma en alto. Tenía toda la fe de que era lo que él pensaba, pero ¿podía confiar todas esas vidas a la fe? ¿Podía confiarle a Imogen?

—¿Qué tenías en mente?

CAPÍTULO TRECE

Sofía estaba en la cubierta del barco del Alto Comerciante N'Ka, deseando que este fuera más rápido. De hecho, obligándolo a ir más rápido, pues su magia empujaba al viento hacia sus velas donde, de otro modo, no hubiera habido ninguno. Sienne estaba en lo alto, encaramada en medio de los mástiles con una pata colgando hacia abajo perezosamente. Hubiera sido una escena idílica si el Alto Comerciante N'Ka no pareciera tan furioso mientras pisaba fuerte por cubierta.

—Si llevarnos de vuelta a mi reino iba a molestarte tanto —dijo Sofía

—, no deberías haber accedido a ello.

—¿No debería haber accedido, su majestad? —respondió el comerciante—. Cuando una mujer con sangre reciente encima y una docena de guerreros a su lado hacen una petición, ¿usted realmente piensa que un hombre sensato la rechaza?

—Serás bien recompensado cuando regresemos al reino —le prometió Sofía, esperando que la expectativa de dinero le levantara el ánimo.

—¿Será suficiente para compensar todo lo que he perdido? —replicó él

—. La gente verá que la he traído desde Morgassa después de que matara al rey. Me llamarán traidor. Si regreso, me ejecutarán.

—O te llamarán héroe —sugirió Sofía—. Creo que llegarán cambios a Morgassa.

Tal vez no debería haber matado a su rey. Había sido un acto extremo e impulsivo, del tipo que Catalina probablemente habría aprobado, y eso seguramente habría causado más problemas para todos ellos. Pero era algo de lo que no podía arrepentirse, cuando veía a Lani felizmente al lado de la última baranda del barco y cuando pesaba en el hombre que había sido el Rey Akar.

—Y, mientras tanto, yo me convierto en un comerciante sin nada que vender —dijo N'Ka—. Un hombre puede asegurarse con los depósitos de los estados del comerciante contra el tiempo y contra los piratas, pero no contra una cosa así.

—La tesorería de mi reino procurará que estés bien abastecido —le aseguró Sofía, sin ni tan solo estar segura de si ahora mismo tenía una tesorería—. Piénsalo de esta manera: has perdido el aprecio de un gobernante, pero has ganado el de otro.

Esto bastó para apaciguar un poco al comerciante y Sofía lo agradeció.

Continuaba empujando al viento hacia las velas, con la esperanza de poder volver con Violeta y Sebastián lo más rápido posible. Por lo que habían dicho sus padres, no había tiempo que perder.

Sus padres. Pensar en ellos le trajo una ola de dolor y de pérdida, templada solo por su felicidad de que ella y los otros, por lo menos, habían conseguido encontrarlos antes de su muerte. había conseguido hablar con su madre y con su padre, abrazarlos y decirles que los quería. Ellos también le habían dado respuestas.

Sacó la piedra que había cogido del Rey Akar y la sujetó en la mano.

Por encima de ella, Sofía notaba que los vientos que los impulsaban cambiaban, se volvían más cálidos, rastros de calor y de vapor parpadeaban en los bordes. Solo con tocarla, se sentía conectada a todas las cosas de fuego del mundo, capaz de contactar para ver las llamas parpadeantes de las velas y los fuegos para cocinar, capaz de llegar a una montaña llena de fuego mientras esta echaba humo y silbaba en la otra mitad del mundo.

Sintió que algo en la piedra le susurraba, la empujaba, la instaba a

hacer que el volcán entrara en erupción y alimentara a las llamas con las tierras de abajo. Necesitó una gran fuerza de voluntad para apartarse de esa ansia y ganar el control sobre sí misma. Se quedó mirando fijamente las imágenes y los símbolos cortados en la piedra. Parecían cambiar mientras los miraba, bailando como imágenes retinianas a medio ver delante de sus ojos.

—Mi reina, ¿se encuentra bien? —preguntó Aia. Sofía ni tan solo la había oído acercarse, lo que parecía imposible, dado que todavía llevaba la armadura dorada.

—No estoy segura —confesó Sofía—. La piedra… casi parece que esté viva. Da la sensación de que quiere que yo… use sus poderes.

Aia asintió.

—Las piedras son poderosas. Las cosas con tanto poder tienen sus peligros. Existen razones por las que están canalizados y contenidos.

Algunos corren el peligro de vaciar a aquellos que intentan usarlos, otros…

son cosas elementales, y una voluntad humana debe ser fuerte para asegurarse de que hacen lo que se les requiere.

—Parece que sabes mucho sobre magia —dijo Sofía—. Me sorprende un poco. Por la armadura, pensé que eras una guerrera.

—En la Ciudad Olvidada, esas dos cosas no tienen por qué estar tan separadas —dijo Aia—. Los doce tenemos nuestros talentos.

—Y yo no sé cuáles son —dijo Sofía mientras se daba cuenta de que había más cosas que no sabía—. Ni tan solo sé todos vuestros nombres.

—No pasa nada —dijo Aia—. Todos comprendemos lo mucho que usted ha perdido. Para todos nosotros ha sido muy duro perder a Lord Alfredo y a Lady Cristina. Con el tiempo que han pasado en nuestra ciudad, estamos desconsolados porque se han ido, así que para usted…

—Creo que, probablemente, tú los has visto más que yo —dijo Sofía—.

Me gustaría que me hablaras de eso si tienes tiempo. Me gustaría… Me gustaría saber más cosas sobre mis padres.

—Por supuesto —dijo Aia—. Tenemos el resto del viaje.

—También querría saber más sobre ti —dijo Sofía—. Sobre ti y sobre los demás. Doce de vosotros habéis aceptado protegerme y ayudarme , pero ni tan solo os conozco. Me gustaría… No lo sé, hablar con todos, conoceros bien, o algo así.

—Entonces venga conmigo —dijo Aia, guiándola por el barco.

Los otros estaban allí, practicando juntos, la mayoría formaban un círculo mientras dos de ellos peleaban con un hacha parecida a un pico y una espada dentada. También peleaban con otras cosas. Sofía notaba la interacción de poder que había allí, su red cambiaba de un lugar a otro mientras ellos presionaban los pensamientos del otro. Uno, un hombre grande, lanzaba ráfagas de fuerza para intentar que la otra, una mujer casi igual de grande, perdiera el equilibrio. la mujer cortaba unos sigilos espeluznantes en el aire con su espada que estaban allí colgados como trampas.

Se movían uno alrededor de otro en un baile de espadas que, curiosamente, era hermoso. Atacaban y se movían, los pasos estaban tan perfectamente sincronizados que a Sofía le parecía que los habían practicado con antelación. Pero estaba segura de que no lo habían hecho.

Esta no era una rutina cuidadosamente coreografiada; era un combate real que resultó ser entre dos personas tan equitativamente igualadas que se convirtió en algo más hasta que, por fin, el pico de luchar del hombre se coló por un agujero en las defensas de la mujer y tocó ligeramente un lugar de su armadura por encima del corazón.

—Te desconcentra el movimiento ondulante del barco, Hella —dijo Aia

—. Y tú, Florian, yo no estaría tan feliz con esto. Si la posición de Hella hubiera sido más segura, podría haberte reducido dos movimientos antes.

Se giraron hacia ella e hicieron una reverencia y Sofía notó el respeto que tenían por Aia.

—Nuestra reina quiere conoceros a todos —dijo Aia—. Dejad que os vea y, si tenemos suerte, no se aterrará mucho con lo que ve.

—Por ahora, no ha escapado de ti chillando —dijo una de las mujeres.

—Cierto, Pha, pero por otro lado, yo soy básicamente más agradable que tú.

Sofía tenía la sensación de que había un compañerismo fácil entre los doce, como si todos ellos hubieran pasado mucho tiempo unos en compañía de los otros. Ella no había tenido muchas ocasiones de estar tan cerca de alguien excepto su hermana.

Ella esperó mientras las figuras de armadura dorada se quitaban los cascos, una a una. Cada casco, cada armadura, era sutilmente diferente, algunos grabados de forma elaborada o parcialmente pintados, algunos tan lisos como una armadura dorada podía llegar a ser. Uno o dos tenían pinchos o decoraciones pegados a la placa, mientras que uno tenía una armadura que parecía estar compuesta de miles de escamas doradas individuales. Algunos de los cascos eran lisos y sin decoraciones, algunos tenían la forma de cabezas de animales y algunos estaban decorados con símbolos que parecía que fueran partes de hechizos.

Las personas que había debajo de los cascos eran igual de variadas.

Había tantas mujeres como hombres, mientras unos eran grandes, otros eran pequeños, mientras unos eran de piel oscura, algunos eran incluso más pálidos que los habitantes de Ishjemme.

—Hemos venido de todas partes del mundo a la Ciudad Olvidada —dijo Aia—. Encontramos un lugar en el que encajábamos y descubrimos que lo que se nos daba bien era el arte de la guerra. Hay otros que saben cantar canciones que hacen llorar a los mismísimos espíritus, hay algunos que nos enseñan cosas del mundo o exploran lugares que nadie más puede tocar. Lo que nosotros hacemos es luchar.

Se paseó por la fila de guerreros de armadura dorada. Una mujer de pelo blanco con una lanza fue la primera.

—Esta es Pha, que una vez luchó contra cincuenta saqueadores del desierto y los acechó en la oscuridad.

Un hombre con la armadura más gruesa de un caballero, que sujetaba una espada de dos mangos fue el siguiente.

—Este es Halek, que protegía a príncipes por dinero antes de venir a nosotros.

Había más: Hella y Florian, Kan Ji y Pollus, Nesterius y Gant. Los tres

últimos eran un hombre que llevaba armadura y parecía fluir como las olas cuando se movía, a quien Aia presentó como Valerian, una mujer llamada Ulli, que llevaba hacha tras hacha atadas a ella, y un hombre llamado Weis que tenía una espada circular en cada mano. Todos ellos parecían extremadamente peligrosos y, aun así todos ellos miraban a Sofía con una especie de asombro. Estando allí con ellos, Sofía se sentía totalmente protegida, totalmente segura.

Sintió que debía decirles algo. Deseaba manifestarles lo agradecida que estaba de que quisieran ir con ella de ese modo y de cómo…

El mundo cambió y Sofía se encontraba frente a Ashton, viéndola caer.

Allí vio a Sebastián, vio a Violeta en sus brazos y los vio huir de la ciudad.

Vio llamas y la piedra que llevaba en la mano parecía reaccionar a eso. Vio que el Maestro de los Cuervos los seguía y deseaba gritar para advertirles, pero no podía.

Entonces vio Monthys a lo lejos, la vio rodeada de una capa tras otra de poder. Allí había como una fortaleza, pero los muros de esa fortaleza estaban construidos de energía. Vio a Sebastián corriendo hacia la casa, Violeta seguía aferrada a él y ahora no era el Maestro de los Cuervos el que los seguía por detrás, sino una sombra larga con forma de cuervo. Sofía volvió en sí de golpe y vio que los doce luchadores la miraban con evidente preocupación.

—¿Qué sucede, mi reina? —preguntó Aia.

—Tenemos que darnos prisa —dijo Sofía—. Nos estamos quedando sin tiempo.

Volvió a lanzar su poder hacia las velas y el barco salió hacia delante a toda velocidad.

CAPÍTULO CATORCE

Catalina seguía a Lisare mientras esta la guiaba por la isla de las sombras, no se acababa de fiar de ella, pero también suponía que la sacerdotisa, o lo que fuera que era, representaba su mejor ocasión

para encontrar la piedra que podía ayudarla. Por lo menos hasta el momento, Lisare no había mostrado ninguna señal de traicionarla, pero Catalina sabía lo rápido que podía cambiar eso.

La gente te traicionaba, o se iba, o se perdían.

—Debemos movernos con rapidez —se giró Lisare gritando hacia ella

—. En esta isla hay muchas cosas que nos verán como débiles si nos quedamos quietas durante mucho tiempo.

Catalina casi lo deseaba. Dejar que algo las atacara y ella… ¿qué? ¿Qué haría ella? Todavía estaba demasiado débil para proteger a las personas que le importaban. Antes, hubo un tiempo en el que podría haber desafiado a la isla entera a que vinieran hacia ella. Ahora, iba a toda prisa en la dirección en la que iba Lisare.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —preguntó Catalina. De ese modo, aunque Lisare la traicionara, habría una manera de llegar hasta la piedra.

—¿Ves la catarata? —dijo Lisare, señalando con el dedo.

Catalina no se había dado cuenta de que lo era. En lugar de eso, parecía como si cayera humo negro por el borde de la ladera, el agua era tan oscura por las sombras que no lo parecía en absoluto.

—Debajo de ella hay una entrada —dijo Lisare—. En cuanto entremos, podrás encontrar lo que estás buscando.

—¿Así, sin más? —preguntó Catalina—. ¿Quieres que me crea que la piedra no tiene protecciones?

—Una isla entera —dijo Lisare, hacia un gesto hacia el lugar por el que caminaban.

Catalina debía admitir que era un paisaje bastante intimidante. Todas las rocas tenían un filo puntiagudo, todas las plantas tenían espinas. Las mismas sombras parecían llegar hasta ellas…

—¡Atrás! —dijo Lisare, mientras unos zarcillos de oscuridad serpenteaban hacia Catalina.

Catalina dio un salto hacia atrás, justo a tiempo para evitarlos, sacando ya su espada de la vaina. Cortó a una de las sombras y, a pesar de que parecía carecer de sustancia alguna, pareció real cuando

la atravesó con su espada. Algo hizo un ruido de dolor, pero el zarcillo de sombra que ella cortó volvió retorciéndose hacia el resto y pareció acoplarse a la masa más grande.

Volvió a lanzarse y ahora Catalina vio una boca en el centro, abierta y a la espera. Cortó otro zarcillo de la oscuridad, pero uno se le enredó en la pierna, tan frío que quemaba cuando empezó a atraerla.

Catalina no esperó a que tirara de ella hacia delante. En cambio, brincó hacia él, con la espada delante, y se la clavó en la boca de aquella cosa en el lugar donde ella imaginaba que estarían sus órganos vitales. La criatura soltó otro de sus desgarradores chillidos de dolor, se retiró y pareció casi desplomarse sobre sí mismo.

Retiró su espada de ella, icor negro se esparció en una mancha por el suelo. La criatura se despedazó en trozos de carne y sombra ,y salieron más zarcillos a coger lo que quedaba, para arrastrarlo hasta otras bocas que estaban esperando.

—¡Corre! —gritó Lisare—. ¡La comida los distraerá!

Catalina vio que ya estaba tomando su propio consejo, alejándose a toda prisa de la lucha. Catalina imaginaba que ahora debía estar agradecida de que la otra mujer no hubiera escapado antes. Catalina hizo lo mismo, corrió tan rápido como pudo mientras los zarcillos de oscuridad iban hacia sus piernas. No se detuvo hasta que vio a Lisare reducir la velocidad, respirando con dificultad.

—Deberíamos estar a salvo —dijo la sacerdotisa—. Los observadores rara vez se mueven de sus lugares de emboscada.

Lo dijo como si ser atacada por cosas sombrías fuera solo una parte normal de la vida aquí.

—¿Existe algo más que pueda saltarnos aquí? —inquirió Catalina.

Vio que Lisare encogía los hombros.

—Esta es una isla formada por la muerte y la sombra, Catalina. ¿Qué quieres que te diga? Cada paso es probable que sea peligroso.

Catalina deseaba que hubiera habido una respuesta más tranquilizadora que esa. En su lugar, solo había un camino que parecía resbaladizo y lisos,

lleno de unas plantas que tenían espinas largas como dedos, todas

ellas meciéndose con hambre en la brisa.

—Si es tan peligroso —dijo Catalina, mientras se iban—, ¿por qué la gente se molesta en vivir aquí?

—Porque hay cosas que se deben hacer —dijo Lisare—. Los muertos deben ser atendidos, las sombras comprendidas. Además, algunas familias hace tanto que viven aquí que no entenderían la cuestión. ¿A qué otro sitio iban a ir?

Por lo que Catalina veía, la respuesta era «a cualquier sitio menos aquí».

La isla parecía una gran trampa mortal, todas las plantas tenían pinchos o ventosas o avisos de veneno, todos los animales parecían estar esperando a que murieran. Unas cosas pequeñas corrían deprisa por las sombras, de vez en cuando sus chirridos interrumpían cuando se encontraban con algo más grande.

—Tendremos que encontrar nuestro camino por esta sección —dijo Lisare, cuando llegaron a un hueco donde había montones de plantas en el fondo, formando una especie de alfombra. De ellas salía una neblina y Catalina supuso por los huesos de animales que había en medio del camino que no era común. Una especie de camino continuaba a través de ella, pero era evidente que no lo habían restringido recientemente, y ahora parecían islas de espacio abierto en medio de las plantas.

—Debemos aguantar la respiración mientras cruzamos —dijo Lisar—.

En los lugares sin veneno, podemos respirar, pero si nos equivocamos…

Hizo una señal con la cabeza hacia los huesos.

Catalina encogió los hombros. No le importaba. Incluso si moría, ¿tan malo sería? Era su única posibilidad de poder volver a ver a Will, y a sus padres. Tal vez morir sería mejor, visto así. Tal vez solo debería respirar mientras cruzaba…

—A veces aquí tenemos gente a los que no les queda nada por lo que vivir —dijo Lisare—. Vienen aquí con la esperanza de que la isla los matará. A menudo lo hace. Engañan a la muerte cuando les toca.

—¿Cómo pueden engañar a la muerte los moribundos? —inquirió Catalina.

Lisare encogió los hombros.

—La muerte es el final de una vida. Hay derecho a una vida hasta el momento en el que el destino declara que ha terminado.

—Quizás estar cansado de ella es una manera que tiene el destino de decírnoslo —sugirió Catalina.

Lisare la miró intencionadamente.

—En ese caso hazlo, Catalina. Abandona aquello que te motivó a buscar de nuevo tu fuerza. Abandona a quien sea que necesita que tú busques la piedra. Tal vez es eso para lo que me mandaron a ti… para guiarte hacia el otro lado, no hacia la piedra de las sombras. Pero dímelo ahora, porque yo no voy a seguir atravesando un campo de veneno si tú ya eres una mujer muerta de todas formas.

Aquella severidad cogió un poco por sorpresa a Catalina. ¿Cómo se atrevía esta extraña a juzgar cómo se sentía ella? ¿Cómo se atrevía a intentar exigir que Catalina abandonara? Intencionadamente, Catalina aguantó la respiración y se metió hecha una furia dentro del campo de veneno, sin ni siquiera parar a la primera pausa evidente que hubiera.

Eso fue un error. Catalina esperaba el primer espacio rápidamente. En su lugar, encontró que los pulmones le ardían por el esfuerzo de no dejar entrar el aire, y tuvo que seguir corriendo con la esperanza de encontrar otro espacio abierto. Cuando llegó, respiró con dificultad, arrastrándolo hacia sus pulmones con gratitud antes de continuar a toda prisa.

Cruzar el campo de veneno parecía no tener fin y cada vez que Catalina se atrevía a respirar estaba llena del miedo de que podría haber calculado mal y que, en cualquier momento, sus pulmones podrán llenarse con el sabor de la muerte. Incluso cuando escapó del hueco lleno de gas, se tambaleó unos cuantos pasos más antes de poder respirar con normalidad.

Lisare salió corriendo de la neblina unos momentos más tarde, con la boca tapada con una tela.

—¿Estás lista para continuar? —preguntó la sacerdotisa, y Catalina supuso que no se refería solo al viaje.

Catalina asintió.

—Tengo que encontrar la piedra. Tengo que recuperar mi poder.

—Muy bien —dijo Lisare—. Ten tu arma lista.

Catalina hizo lo que la mujer indicó y sujetó su espada con la mano, preparada para cualquier ataque. Tal vez esa sensación de disposición bastó, pues mientras Catalina veía señales de criaturas por allí cerca y marcas de arañazos en los árboles, y huellas de garras que habían excavado el terreno, nada más parecía desear atacarlas. Ni tan solo los pájaros que volaban en círculo por arriba descendía para mirarlas de más cerca.

Pero eso no hacía el camino fácil. El camino ascendía, ahora había unas cuestas por debajo que amenazaban con la muerte a l más mínimo resbalón, rocas en forma de punta que esperaban allá abajo y, sin duda, carroñeros más que suficientes listos para pelar cualquier resto. Después de un tiempo, a medida que la pendiente se volvía más inestable, Catalina tuvo que guardar su espada y usar las manos para sujetarse en la pendiente rocosa.

Siempre que ponía la mano en un lugar equivocado, salía llena de sangre, cortada por el filo de las piedras.

—Ve con cuidado —dijo Lisare—. Algunas de las rocas pueden hacer que una persona enferme y se debilite.

—¿Incluso las rocas son asesinas aquí? —murmuró Catalina. Tal vez fuera ese el lugar al que ella pertenecía. Al fin y al cabo, ¡no había traído suficiente muerte al mundo que la rodeaba? Quizás había una razón por la que sus padres la habían mandado aquí, y no a uno de los otros sitios.

—Ya no estamos lejos —dijo Lisare. Un breve destello de miedo le atravesó el rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó Catalina—. ¿Qué otra cosa nos puede lanzar esta isla?

—La piedra de la sombra se protege a sí misma —dijo Lisare—. La entrada a la cueva es… difícil.

Continuaron en su ruta montaña arriba, hasta el punto donde la catarata caía con un rugido de agua oscura. Catalina vio la boca de una cueva tras ella, tan afilada que imaginó que no era en absoluto natural. El vapor que subía del agua al impactar contra un estanque que había debajo era como una nube de oscuridad que se levantaba.

—¿Así que solo tenemos que atravesarla? —dijo Catalina.

—No es tan fácil como eso —dijo Lisare—. El agua trae el miedo consigo. Hace retroceder a los que intentan entrar.

—Yo he tenido miedo de muchas cosas —dijo Catalina. Dio un paso hacia delante…

El impacto del miedo fue inmediato. La llenó un miedo, que crecía y amenazaba con apoderarse de ella. El miedo le decía que si entraba en esta cueva todo se le arrebataría. Todo se le quitaría. Todo…

—Ya no está —dijo. Will no estaba. Todo lo que le importaba no estaba.

¿Qué importancia tenía el miedo, comparado con eso?

Detrás de ella oía ruidos de terror y, al girar la vista atrás, vio que Lisare temblaba mientras intentaba atravesar el velo de agua oscura a la fuerza.

Catalina alargó la mano hacia atrás, con los dedos agarró algo de la ropa de la sacerdotisa, sintiendo su suavidad por un instante antes de tirar de Lisare hacia delante, haciéndola tropezar.

En cuanto pasaron al otro lado de la catarata, el miedo pareció disminuir, dejándolas en un espacio cortado en la oscura roca e iluminado por la luz reflejada.

—Eso fue… Yo estaba… —empezó a decir Lisare.

Catalina negó con la cabeza.

—No importa.

Lo único que importaba era recuperar su poderes. El camino estaba delante y ella lo seguiría, costara lo que costara.

CAPÍTULO QUINCE

La parte más difícil del viaje para Lucas era la necesidad de adaptarse, una y otra vez, a sitios nuevos extraños. Cada vez que él y Elanora tocaban una tira de tela o papel inscritos, y el mundo entero se

transformaba, debía encontrar un modo de creer en el nuevo lugar en el que estaba.

—Esto se te da bien —dijo Elanora con una sonrisa mientras cambiaban a un lugar que parecía un amplio vergel, lleno de árboles frutales de todas las variedades. Evidentemente, ella cambiaba con la gracia natural de alguien que ha nacido para ellos, mientras Lucas tenía que concentrarse cada vez, sumiéndose en los detalles del lugar. Para el vergel, se agarró a una manzana, palpó su peso y e internalizó su aroma antes de darle un mordisco e internalizar su sabor.

—Tengo que agradecértelo —dijo Lucas. Sin Elanora allí, dudaba que hubiera llegado tan lejos. Sin duda, no hubiera encontrado su camino con tanta facilidad. Era como que no podía ver el camino más adelante, pues los papeles y las sedas no daban ninguna pista sobre cuáles serían los correctos para atravesar. Puede que hubiera podido echar un vistazo hacia delante a través de ellos, pero ¿podría haberlo juzgado tan solo mirando hacia dónde ir?

—¿Y ahora hacia dónde vamos? —preguntó, saliendo de entre los árboles.

—Podríamos tomarnos un tiempo, ¿sabes? —dijo Elanora—. Un sitio como este es uno de los hermosos.

—Me encantaría —dijo Lucas—. Pero no hay mucho tiempo. Mis hermanas están buscando las piedras por su cuenta y hay personas que me necesitan.

—Pero ¿realmente te gustaría poder hacerlo? —dijo Elanora—.

¿Pasarías tiempo conmigo aquí si pudieras?

Había un punto juguetón en el modo en el que lo preguntaba, pero también había un tono serio.

—Sí —confesó Lucas—, lo haría.

Se puso a pensar en el breve beso que se habían dado, le vino su recuerdo mientras avanzaban por delante de los árboles frutales en flor que había en el otro extremo del vergel, hacia un lugar donde otra tira de papel colgaba atada a un árbol.

—Entonces ¿estás seguro de que no te quieres quedar más tiempo? —

preguntó Elanora —. Este próximo es malo.

—El mundo está en peligro —dijo Lucas—. No puede perder tiempo, ni aunque lo quiera.

—Lo comprendo —dijo Elanora—. Prepárate.

Ella alargó el brazo para coger el papel y centelleó hasta dejar de existir.

Lucas hizo lo mismo y, al instante, estaba en un lugar apestoso y lleno de huesos, donde unos reflejos de metal mostraban las armas y armaduras de los guerreros caídos. El simple hedor de aquel sitio era más que suficiente para hacer creíble el lugar.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Lucas.

—Este es el enfoque —explicó Elanora—. Es una… es una especie de embudo, supongo. Hay un montón de rutas diferentes que la gente puede tomar desde la mayoría de lugares de esta isla, pero para llegar hasta la piedra corazón, tenemos que atravesar por aquí.

Parecía preocupada. No, más que preocupada; parecía asustada.

—¿Qué es esto? —preguntó Lucas.

Todavía estaba esperando una respuesta cuando unas cosas aparecieron de las pilas de huesos, aparentemente juntadas de restos de ellos. Eran el tipo de horror que nunca podría haber existido en el mundo que él conocía, pero aquí, parecía no haber ninguna norma sobre lo que podía existir y lo que no.

Una se lanzó hacia Elanora, y Lucas saltó a su encuentro. Mientras saltaba hacia delante, sacó las espadas de sus fundas, el acero tañía por el aire mientras él atacaba. La criatura no tenía puntos vitales evidentes a los que apuntar, ni ningún presentimiento de dónde golpear para detenerla, así que Lucas tuvo que conformarse con golpear la estructura ósea de aquella cosa, e hizo un gesto de dolor cuando el impacto se llevó el filo de sus armas.

Continuó atacando, usando su peso y su fuerza para hacer astillas el hueso a pesar de que no hiciera cortes limpios. Otra de las cosas apareció por su lado, Lucas se apartó de un salto y le dio un golpe.

Sintió que su espada se hacía añicos.

Los trozos de metal salieron volando a su alrededor y oyó gritar a Elanora cuando uno le alcanzó. Lucas tenía que concentrarse en las

criaturas de hueso, atacando con manos y pies, descargando con tanta fuerza como para partir los huesos cuando los alcanzaba.

En algún punto de la violencia, su otra espada cedió pero, por ahora, no importaba. Rompía huesos con las manos y los pies y los separaba del todo en trozos, y cuando Lucas vio una maza entre la masa de material abandonado, fue a por ella y giró sobre sí mismo con el arma, oyendo los crujidos cuando acertaba.

Pero las criaturas óseas no eran fáciles de detener. No dejaban de venir, incluso mientras Lucas las atacaba, y parecían transformarse mientras avanzaban, los fragmentos de hueso se extendían de la misma forma que otro contrincante podría haber sacado una lanza o un puñal. Lucas esquivó un golpe por poco moviéndose hacia un lado y, a continuación, paró otro torpemente con su garrote, pues perdió el equilibrio. Consiguió girar y destrozar más huesos, pero no dejaban de venir cosas …

De las manos de Elanora salió fuego, que se tragó a las criaturas de hueso y estaba lo suficientemente caliente como para reducirlas a cenizas.

Las llamas continuaron ardiendo hasta que no quedó nada de ellas, excepto la marca de quemado en el suelo.

Lucas miró hacia Elanora sorprendido.

—Nunca dijiste que supieras hacer eso.

—No preguntaste —respondió Elanora—. Además, solo puedo hacerlo aquí. Remodelar el mundo es fácil, cuando se trata de las capas de esta isla.

Fuera… —Encogió los hombros—. Yo estoy hecha de espíritu. Ni tan solo podría salir fuera.

Parecía haber un pequeño tono de arrepentimiento en su voz, pero solo duró uno o dos instantes.

—Tenemos que adentrarnos más —dijo Elanora—. Pero tú tienes que poder luchar. No puedo sencillamente lanzar fuego a todo lo que hay aquí.

Es un trabajo duro, y parte de ella verá más allá; no creerán en él lo suficiente como para arder.

—¿Creer en él? —dijo Lucas.

—es un fuego del espíritu —dijo Elanora—. Pensarías en él como en una ilusión, pero has notado lo reales que pueden ser estas cosas, Lucas.

Podría haber pensado en el suelo que tenía bajo los pies, o en el impacto de sus puños contra las criaturas de hueso. En su lugar, Lucas se puso a

pensar en el beso de Elanora.

—Tenemos que encontrarte una espada nueva —dijo Elanora—. Antes de adentrarte más, necesitas un arma que realmente pueda derrotar al guardián.

—¿Un arma que solo existe aquí? —preguntó Lucas.

—La realidad se puede prestar o dar —explicó Elanora—. Con suficiente de ella una cosa puede existir más allá de este lugar, y una espada como esa podría golpear el espíritu de un enemigo, a través de su armadura, o a pesar de su fuerza.

Entonces Lucas se puso a pensar en el Maestro de los Cuervos. ¿Y si esa fuera un arma que pudiera matarlo?

—¿Qué se necesitará? —preguntó Lucas.

Elanora pareció pensar por un momento.

—Encuéntrame hueso y hierro oxidado. No será difícil en este lugar.

Encuéntrame madera y encuéntrame piel. Yo prepararé las cosas aquí.

—¿Cómo las prepararás? —preguntó Lucas.

—¿Confías en mí? —preguntó Elanora.

Para su propia sorpresa, Lucas confiaba. Asintió.

—Entonces fíate de mí —dijo Elanora con una sonrisa—. Tú haz tu parte y yo haré la mía.

Lucas asintió de nuevo y se dirigió a entre los montones de hueso, en busca de las armas destrozadas y de las armaduras de aquellos que habían venido antes. Cogió fragmentos de hueso y cortó piel de las túnicas de los muertos. Levantó cotas de malla oxidadas y las

empuñaduras de madera de las lanzas. Esperaba que estas fueran el tipo de cosas que quería Elanora, aunque para él se veían rotas e inútiles.

Cuando regresó, se encontró con que había una forja en el lugar en el que había dejado a Elanora y los fuegos justo empezaban a calentarse.

—Todo parece perfecto —dijo—. Ven a ayudarme. Ocúpate de los fuelles por mí.

—Si es una forja mágica, ¡No puedes hacer que le fuego sea lo suficientemente caliente solo deseándolo que lo sea más? —preguntó Lucas.

—Tal vez solo quiero verte sudar —sugirió y después rió—. No, Lucas, mientras tú te encargas de los fuelles, no será el aire que tú empujas hacia el fuego, sino una fracción de tu realidad. Solo una fracción, te quedará mucha, pero irá hacia la espada mientras yo le doy forma.

—De acuerdo —dijo Lucas—. Aunque si se trata de encargarse de una forja, es a mi hermana a quien necesitas.

—No, decididamente es a ti a quien necesito —le aseguró Elanora.

Lucas mantenía la cabeza baja, encargándose de los fuelles. Era un trabajo duro, al menos tan difícil como habría sido en el mundo de carne y hueso. En unos minutos, Lucas sintió que estaba sudando, las llamas de la forja brillaban con el calor.

Elanora adelantó los materiales y empezó a cantarles.

Daba forma a la espada cantando, no golpeaba el metal con martillos, sino que lo estiraba con las notas, no lo trabajaba con bucles, sino con la melodía de su voz. El hierro oxidado volvía a coger forma bajo el peso de una canción de puro espíritu, mientras que la madera se hizo a sí misma una protección y los fragmentos de hueso se convirtieron en una parte del todo.

La espada se convirtió en algo largo y curvado, y tan afilado que parecía cortar el sonido, dividiéndolo en una disonancia mientras Elanora continuaba cantando. Ella canturreaba suavemente mientras empezaba a envolver su empuñadura con piel, apretándola mucho para que no resbalara o cediera.

—Ya puedes parar —dijo. Lucas soltó los fuelles. Fue un alivio poder hacerlo. Ese esfuerzo le había agotado algo de su interior, lo había

dejado respirando con dificultad.

Elanora alzó la espada. Lucas debía admitir que era perfecta. Parecía casi translúcida, estaba y no estaba a la vez, mientras que el equilibrio en su mano mientras la levantaba era magnífico. Su hoja brillaba con la luz del sol, en un arcoíris de colores que parecía insinuar que estaba cortando la misma luz.

Solo un ligero estruendo en el suelo distrajo a Lucas de mirarla fijamente, un golpe seco y firme hizo temblar la tierra debajo de él, e hizo que alzara la vista hacia Elanora.

—Creo que la hemos hecho justo a tiempo —dijo—. Ya viene.

—¿El qué? —preguntó Lucas.

—El árbol.

Apareció una forma, enormemente alta y ancha. Tenía brazos y piernas, per Lucas vio de un vistazo que esos brazos eran ramas y esas piernas eran raíces. Su piel era corteza que parecía ser del rojo fuerte de la caoba, o quizá solo sangre. Había unos ojos que parecían nudos y que los miraban fijamente, y una boca que era un agujero en el tronco.

Un trozo de papel inscrito colgaba de una de sus ramas superiores, y Lucas supo que era tanto el guardián del camino hacia la piedra del espíritu y el camino en sí mismo. No había modo de evitarlo sin abandonar la razón por la que había venido.

Tendría que luchar.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Sebastián seguía cabalgando, manteniéndose cerca de Cora y Emelina, y agradecido de que parecía que, finalmente, estaban llegando al final del páramo. Iban bien de tiempo, pero él no tenía ninguna duda de que el Maestro de los Cuervos los estaría buscando. Fueran donde fueran, no estarían a salvo de alguien como él para siempre.

Vieron a un cuarteto de personas más adelante en el camino,

montados sobre sus propios caballos. Sebastián estuvo a punto de seguir adelante campo a través, pero le detuvieron dos cosas. Una era el hecho de que, probablemente, ya lo habían visto, e intentar ir más rápido que la gente en un páramo como este era pedir una pata rota para su caballo. La otra era la parte en la que Emelina levantó una mano para saludarles.

—¿Los conoces? —preguntó Sebastián.

—Son del Hogar de Piedra —dijo Emelina. En su frente había una pequeña gota de sudor de mantener la concentración necesaria para ocultarlos del Maestro de los Cuervos—. Deben de haber salido en la confusión.

Sebastián lo agradecía. No sabía cuántas personas habían muerto cuando el Nuevo Ejército les cayó encima, pero estaba contenta de que, por lo menos, algunos hubieran podido escapar.

Él y las demás se acercaron, para observar a aquellas personas. El cuarteto era un grupo variado que parecían antiguos soldados y guerreros del Hogar de Piedra. A Sebastián le sorprendía un poco verlos trabajar juntos, pero imaginaba que la supervivencia vencía a todo lo demás ene se momento.

—¡Su majestad, sobrevivió! —dijo uno de los soldados.

—Y la princesa también está viva —dijo uno de los guerreros. Sebastián supuso que compartía las opiniones de Asha sobre lo importante que ella era.

—¿Quién eres? —preguntó Sebastián.

—Me llamo Valin —dijo el guerrero. Señaló al otro guerrero—. Este es de Lacy, y aquellos son Edmore y O'Llan.

El último soldado brindó un saludo a Sebastián.

—Nos dirigimos a Monthys —dijo Sebastián—. ¿Te gustaría viajar con nosotros?

—¿A Monthys? —dijo Edmore—. Pero si Monthys ya ha caído.

Sebastián asintió.

—Creemos que el Nuevo Ejército ha avanzado.

—Yo vi Monthys en una visión —dijo Emelina—. Allí estaremos a

salvo.

—¿A salvo? ¿En un lugar que ya está en ruinas? —inquirió de Lacy—.

¿No fueron allí los primos de Sofía para intentar reconstruirlo?

—Existen defensas —dijo Cora—. Emelina también las vio. Si podemos hacerlas funcionar…

—Un *si* es mucho para apostar nuestra vida en él —dijo O'Llan—.

Deberíamos ir a la hacienda del Duque de Axshire. Enrique d'Angelica está reuniendo gente.

—Gente sin magia —dijo Valin—. Él no es amigo de los de mi especie.

Si vamos todos allí, matarían a la mitad sin pensárselo.

—Es el único lugar seguro —dijo O'Llan.

Sebastián tenía la sensación de que lo habían estado discutiendo durante un rato. Negó con la cabeza.

—No es un lugar al que yo pueda ir. No es un lugar al que pueda llevar a mi hija, o a mis amigos y dudo que el primo de Lady d'Angelica sea muy amigo mío. Yo me voy a Monthys. Si deseáis venir con nosotros, estaremos encantados de recibiros.

O'Llan negó con la cabeza.

—No es seguro. Lo siento, pero… he dado lo suficiente.

—Lo comprendo —dijo Sebastián—. ¿Y el resto?

—Yo no voy a ir a la hacienda del Duque de Axshire —dijo de Lac—, pero Monthys no es seguro. Ahora mismo, el único lugar seguro es lo más lejos posible de vosotros. Si no hubierais venido al Hogar de Piedra, todavía podría estar en pie.

—De Lacy —empezó a decir Edmore—, la princesa…

—No me importa la profecía —insistió el otro hombre—. ¡Me importa continuar con vida!

Sebastián alzó la mano para parar la discusión.

—Yo no quiero obligar a nadie a ir conmigo si no quiere —dijo—.

Ahora vamos a continuar cabalgando, pues no sabemos lo lejos que estará

por detrás el Nuevo Ejército y, si queréis cabalgar con nosotros, daremos la bienvenida a la compañía y la protección. Si no queréis, no hay problema, pero si veis a otros que buscan algún lugar al que ir, decidles dónde encontrarnos.

Miró hacia Emelina y Cora y les hizo una señal con la cabeza para que continuaran. Ellos tres espolearon a los caballos para que avanzaran, y Sebastián vio que tanto Edmore como Valin avanzaron con ellos. Los otros dieron la vuelta a sus caballos y partieron a través del páramo en direcciones diferentes.

—Tenía la esperanza de que vinieran todos —dijo Cora.

—Es mejor que tengamos a los que realmente quieren estar aquí con nosotros —respondió Sebastián.

Continuaron cabalgando y el páramo empezó a dar paso a granjas, y después a bosque cuando giraron hacia el norte. Los árboles se alzaban altos a ambos lados, levantándose hasta un nivel en el que parecían no dejar pasar al sol. Sebastián vio indicios de movimiento entre los árboles, quizás de venados, o quizás de personas displaced desterradas por la lucha. Después de tantas invasiones, ahora el reino era una sombra de sí mismo y un viaje sería peligroso.

—Tenemos que encontrar un lugar en el que parar —dijo Cora—.

Cogimos lo que pudimos cuando nos fuimos, pero Violeta necesitará leche, y yo no querría dormir con una niña en campo abierto.

A Sebastián tampoco le gustaba la idea, y no había forma en la que pudieran llegar a Monthys en un día de viaje. Pero todavía no podían detenerse. Debían poner la distancia suficiente entre ellos y el Nuevo Ejército para que no los encontraran al azar por pura casualidad.

—Debemos continuar por un rato, por lo menos —dijo Sebastián—.

Intentaremos encontrar un lugar en el que parar cuando podamos.

—De acuerdo —dijo Cora, que sujetaba todavía a Violeta.

Continuaron cabalgando y Sebastián continuaba viendo titileos de movimiento en los árboles. Parecían seguir el ritmo de los caballos y entonces oyó un aullido al lado del camino.

—¡Lobos! —gritó.

—Pensaba que los lobos no atacaban a grupos de personas —respondió gritando Cora.

—Quizá no cuando hay paz —dijo Sebastián—, pero ¿con ejércitos marchando para llevarse toda la comida? ¿Con cuerpos en el suelo que les

muestran el sabor?

Instó a su caballo a avanzar, y este apenas necesitó ningún estímulo. Al parecer, el olor de los lobos era lo único que necesitaba para espolearlo para que corriera. Cabalgaban todos juntos, manteniéndose juntos en un grupo.

Sebastián desenfundó su espada, con la esperanza de que no la necesitaría, pero sabiendo que los lobos no se rendirían fácilmente.

Vio que uno iba como un rayo hacia el caballo de Cora y Emelina y fue a su encuentro, le hizo un corte con su espada y lo oyó gimotear pues no apartarse a tiempo rápido. Otro vino por el otro lado y esta vez fue Cora la que atacó, sujetando Violeta con un brazo y su espada con el otro, mientras Emelina la mantenía inmóvil.

Edmore y Valin avanzaron para intentar interceptar a los siguientes lobos mientras venían, pero las criaturas no se detenían. Iban y venían a toda prisa, hostigaban a los caballos y les mordían las patas. Uno hizo salir hileras de sangre de las patas traseras del caballo de Valin, mientras otro mordisqueaba la bota de Sebastián, provocándole dolor antes de que pudiera derribarlo a hachazos con su espada.

—¡Están intentando agotarnos! —dijo Sebastián—. Valin, Emelina,

¿podéis hacer algo para ahuyentarlos?

—¡No sin dejar caer las protecciones que he establecido! —contestó Emelina gritando.

—Mi magia puede llamar sonidos —dijo Valin. Lanzó un grito a uno de los lobos, tan fuerte que este retrocedió—. Más allá de eso, no hay mucho que yo pueda hacer. Tenemos que seguir cabalgando.

Sebastián no estaba seguro de ello.

—Si seguimos cabalgando, correrán detrás nuestro hasta que nos

desplomemos. Tenemos que luchar. Allí, un claro.

Él los guio e hicieron un círculo con los cuatro caballos en el centro de un claro, donde había unos árboles caídos. Sebastián y los demás bajaron de ellos de un salto y avanzaron hasta ponerse encima de los troncos caídos, con las armas preparadas.

Los lobos vinieron de los árboles y se lanzaron hacia ellos en manada.

Sebastián fue de un salto a su encuentro, atacando con su espada con las dos manos, dando hachazos a los lobos por los dos lados. Vio que Emelina sujetaba a Violeta mientras Cora atacaba y hería a otro lobo. Valin y Edmore tenían pistolas y dispararon a los primeros lobos que vinieron.

Pero debían de estar hambrientos, pues continuaban viniendo. Uno le mordió el brazo a Sebastián, este se apartó y después le cortó la cabeza.

Había otro para ocupar su sitio, más grande que el resto y, antes de que Sebastián pudiera atacar de nuevo, ya estaba encima suyo, lo hizo caer y abrió totalmente la boca mientras Sebastián le el cuello con el antebrazo, para intentar mantenerlo a raya.

Entonces vino Cora y lo apuñaló por un lado y Sebastián consiguió incorporarse y apartarlo de un empujón. La criatura volvió a atacarle y Sebastián lo derribó a golpes de espada.

—Gracias —le gritó Sebastián y miró a su alrededor en busca de más lobos, pero para entonces, la manada ya volvía corriendo hacia los árboles.

Parecía que, aunque estuvieran muertos de hambre, no querían perder a demasiados de los suyos. O quizás ahora ya habían muerto los suficientes para alimentarse. Dadas algunas de las cosas que sus compañeros humanos estaban consiguiendo hacer entre ellos, no podían quejarse de ello.

—Deberíamos salir de aquí —dijo, volviendo hacia su caballo—. ¿Está bien Violeta?

—Está bien —dijo Cora, recogiéndola del lugar donde la había puesto

—. Ni tan solo llora. Es una niñita muy buena.

Empezaron a cabalgar de nuevo, en dirección al norte. Ahora sus

caballos nos e movían tan rápido, el de Valin cojeaba de la pata en la que le habían mordido. Sebastián esperaba que pudieran cabalgar unas cuantas horas más antes de parar, pero sabía que si lo intentaban, los caballos no sobrevivirían. Entonces les tocaría atravesar el reino caminando, andando a trompicones en la oscuridad a merced de cualquiera que viniera.

Salieron del bosque, más adelante había planicies y áreas pequeñas de bosque, atravesadas por el camino, por el que cruzaban una serie de riachuelos. Más adelante, a kilómetros de distancia, a Sebastián le pareció ver una taberna, pero no era el alivio que él había pensado que podría ser.

Desde luego, no parecía el tipo de lugar en el que él podría parar si tuviera elección. Incluso a lo lejos, las piedras que había alrededor se veían sucias, las paredes hechas de madera deteriorada que parecía medio podrida. Lo que era peor, en un bosque como este, era tan probable que la clase de personas que se alojarían en la taberna fueran ladrones o asesinos como simples guardabosques.

—Debemos parar —dijo Sebastián.

—Este no parece un buen lugar —dijo Cora.

—No lo será —le dio la razón Emelina—. Pero es mejor que estar al aire libre.

Ese era el problema. Por muy mal aspecto que tuviera la taberna, por muy mala que pudiera ser la gente que hubiera allí, aún era mejor que una tierra llena de lobos a los que no tenían ninguna posibilidad de echar antes de que oscureciera. Sebastián podría haber querido arriesgarse a ello si solo se tratara de él, o él y los demás. Pero con Violeta allí, tenían que ir dentro.

Sebastián solo esperaba que no fuera aún más peligroso que el bosque mientras empezaba el largo camino hacia el lugar.

CAPÍTULO DIECISIETE

Sofía empujaba el barco tan fuerte como podían tirar sus velas y después más fuerte. Lo empujó hacia delante hasta que la costa de su

reino apareció ante su vista y, a continuación, siguió hasta que apareció un pequeño puerto pesquero. Allí estaba con Sienne a su lado, sujetando la piedra del corazón de fuego en la mano, dejando que el poder fluyera a través de ella para empujar los vientos cálidos del desierto hacia sus velas.

—Mi Reina —dijo el Alto Comerciante N'Ka—, ¿tal vez podría dejarnos guiar la embarcación hasta el puerto? Con tanto viento, me da miedo que podamos encallarnos.

Sofía tuvo que esforzarse para volver a controlar el poder, metiéndolo a la fuerza dentro de ella y guardando la piedra que sostenía. Costaba controlar los impulsos de la piedra y usarla agotaba, como si el poder que fluía por ella cuando la utilizaba amenazara con vaciarla desde dentro.

—Es toda vuestra —le dijo ella.

Ella esperó mientras, a su alrededor, los marineros trabajaban duro para llevar el barco a tierra. Los otros que estaban con ella empezaron a recoger sus cosas aunque, en realidad, los que estaban con ella no habían traído muchas cosas para el viaje. Aia y los demás de los doce tenían sus armaduras y sus armas, pero solo paquetitos de pertenencias que se llevaron con ellos. Lani parecía tener poco más que la ropa con la que se levantó.

Sienne estaba al lado de Sofía, apretándole la mano.

El barco se abrió paso hasta los muelles del pueblo pesquero y los hombres del Alto Comerciante N'Ka moved avanzaron para atarla.

—Alto Comerciante —venga con nosotros —dijo Sofía.

—¿Su Majestad?

—¿Preferiría quedarse con el barco? Un hombre como usted, que puede negociar y comerciar, podría ser muy útil. O podría regresar a Morgassa.

Probablemente, eso era un poco cruel. Ambos sabían que él no podría regresar hasta que supiera con seguridad cómo acabaron los sucesos posteriores a la muerte del Rey Akar.

—Mírelo de esta forma —dijo Sofía—. Si viene con nosotros, estará en la posición perfecta para hacer negocias que jamás nadie pudo hacer.

Oyó suspirar al Alto Comerciante N'Ka.

—Muy bien. Iré con ustedes, aunque dudo que trajera a los suficientes portadores para todas mis cosas, igual que para su palanquín.

—Caminaremos —lo tranquilizó Sofía, lo que pareció dejar atónito al comerciante. Al parecer, él no estaba del todo acostumbrado a ideas tan extrañas como que los gobernantes anduvieran.

Su grupo se dirigió hacia el pueblo pesquero y la gente los miraba fijamente al pasar. Sofía imaginaba que las miradas tenían mucho que ver con la presencia de tantos guerreros de armadura dorada, pero también sospechaba que al menos unas cuantas de las personas que allí había habían adivinado quién era ella.

Casi en cuanto puso un pie sobre el suelo de su reino, Sofía sintió el poder que había allí. Lo sentía de la forma en la que podía sentir un contacto familiar, sabiendo que este lugar era una parte de ella y que era suyo, todo a la vez. Se acomodó en esa sensación y, en un momento, podía sentir cada colina y cada brizna de hierba de su reino. Podía sentir el suelo quemado y dañado de Ashton, podía sentir la tierra del Hogar de Piedra, calada de sangre.

Podía sentir la presencia del Maestro de los Cuervos, como una mancha sobre su tierra.

—Debemos darnos prisa —dijo.

Se giró para irse, pero una niña fue corriendo hacia ella.

—Tú eres la reina, ¿no? ¿Tú eres la Reina Sofía?

—Así es —le dio la razón Sofía.

—Mi papá me dijo que tú puedes luchar con cualquiera y que venciste a la Viuda sin ayuda de nadie —dijo la niña.

—A mi hermana se le da mucho mejor que a mí luchar —dijo Sofía con una sonrisa.

Pero la expresión de la niña no fue igual.

—Oh.

—¿Qué sucede? —preguntó Sofía—. ¿Por qué esperabas que yo supiera luchar tan bien?

Ligera como una pluma, buscó en los pensamientos de la niña y allí encontró una barrera.

—Tú eres del Hogar de Piedra, ¿verdad? —dijo Sofía.

La chica asintió y, a continuación, dejó entrar a Sofía en su mente.

Vio el Hogar de Piedra. Allí vio soldados, que se propagaban por allí mientras los padres de la niña le decían que corriera. En busca de algo o de alguien. La niña sabía que era un bebé. Una princesa. Sofía sintió que el corazón se le encogía ante ese pensamiento. Vio que mataban al padre de la niña, a su madre corriendo hacia una dirección diferente, para intentar despistarlos. Los aldeanos corrían en los recuerdos de la niña y Sofía agradeció que esta fuera demasiado pequeña para entender de verdad todas las cosas que veía.

Vio a Sebastián y a Violeta envueltos en neblina, mientras a la vez montones de soldados les venían encima.

—No —dijo Sofía, sintiendo que se le cortaba la respiración.

—Yo no sé dónde fueron todos —dijo la niña—. Tuvimos que andar y andar, y después me dijeron que volviera a correr. Venían unos hombres, yo los vi.

Sofía hizo un esfuerzo para aguantarse las lágrimas. Sabía lo que era que te obligaran a correr cuando solo eras una niña. Sabía lo que significaba que los adultos te dijeran que siguieras corriendo sola porque venían unos hombres.

Contactó, usando su conexión a su reino para tantear lo que estaba pasando. Vio que ahora estaba empezando una batalla, hacia el norte, donde había personas que parecían tener poderes y otras que, evidentemente, eran soldados de Ishjemme, y otras que tenían aspecto de personas corrientes.

Tal vez fueran unos cien, de espaldas a un muro bajo de pasto para que no pudieran rodearlos fácilmente.

Contra ellos se habían desplegado más miembros del Nuevo Ejército de los que podía contar a primera vista. Aun así, no dudó.

—Vamos hacia el norte —declaró—. Y debemos darnos prisa. Lani,

¿ayudarás a cuidar de Revi aquí? De leer su mente, sabía que el nombre de la niña era Revi.

—Lo que usted mande —dijo la traductora.

Sofía negó con la cabeza.

—No, Lani. Lo que tú desees.

Lani se quedó quieta por un momento, como asimilándolo y después asintió.

—Sí, vigilaré que esté a salvo. Pero no nos pida que nos quedemos atrás. Vamos donde vayan ustedes.

Sofía no estaba segura de si alguno de ellos estaría verdaderamente a salvo en algún sitio pero, aun así, si hubiera habido más tiempo, hubiera discutido con ellas el que vinieran a una batalla. Ahora mismo, no había tiempo, así que Sofía simplemente hizo una señal a los doce guerreros para que avanzaran.

—Debemos apresurarnos —dijo—. Hay gente que necesita nuestra ayuda.

—Sí, mi reina —dijo Aia, y los demás se pusieron a caminar a su lado mientras empezaban a avanzar.

Uno de los aldeanos le trajo un caballo a Sofía, pero los demás caminaban o corrían, yendo a toda prisa a su lado mientras se dirigían al norte. Se movían con rapidez, usando los caminos aunque eso significara que estaban al aire libre y, pronto, Sofía oyó los ruidos de la batalla por allí cerca. Espoleó al caballo para que avanzara, Sienne corría a su lado, y las doce figuras de armadura dorada corrían con ella.

Subieron corriendo a una pequeña elevación y, abajo, Sofía vio una batalla que solo estaba a un paso de ser una matanza. Los uniformes ocre del Nuevo Ejército rodeaban a un grupo de gente. Aunque esa gente se defendía con valentía, manteniéndose firme, era evidente que estaban perdiendo. Ya había demasiados cuerpos tumbados en el suelo.

No había tiempo para sutilezas, ni tiempo para un plan astuto o una estratagema elegante. Esta vez, solo había el tiempo suficiente para una cosa.

—Matadlos —dijo Sofía.

Aia se inclinó, se colocó su casco dorado y fue a la carga, junto con los

otros. Doce guerreros no parecían suficiente, pero cortaban en las filas del Nuevo Ejército, abriéndose paso a cuchilladas a los primeros que se encontraron con una velocidad imposible, sus armas se movían rápidamente para despejar los espacios que había a su alrededor mientras su armadura amortiguaba los pocos golpes que no podían evitar dentro del caos de la batalla. No eran invulnerables, pero viéndolos entonces, era fácil que Sofía lo olvidara. Debía de haber diez veces más soldados del Nuevo Ejército que guerreros había a su lado, pero con esos doce allí, eso no importaba.

Por un momento, Sofía pensó que sería así de fácil; que los doce se abrirían paso a cuchillazos a través del contingente del Nuevo Ejército y que eso terminaría. Que salvarían a la gente que había allí sin una sola pérdida.

Entonces un batallón entero de soldados enemigos apareció en la siguiente colina, con los mosquetes cargados al hombro mientras avanzaban.

Sofía dudaba de que incluso las armaduras doradas pararan tantos disparos, y se maldijo a sí misma por no pensar que esto podría ser algún truco para atraer a cualquiera que viniera a salvar a los demás. Había entrado corriendo sin ni tan solo comprobar si había cambiado algo desde la primera vez que miró, y ahora…

…ahora todos iban a morir.

—No, no lo permitiré —dijo Sofía, con los puños apretados. No iba a perder más gente que confiaba en ella. No iba a dejar que el peso aplastante de otro enemigo venciera a la gente que luchaba a su lado.

Desesperada, cogió la piedra de fuego y cerró la mano alrededor de ella.

Extendió con el conocimiento de su reino, sintiendo la presencia de los soldados más adelante, sintiendo sus movimientos mientras sentía el poder la piedra en la mano. Pensó en todo lo que eran y en todo lo que llevaban, en busca de algo que coincidiera con su hambre de fuego. Uniformes, armas, pólvora…

—Sí —dijo Sofía.

La alimentó con la energía de su reino y contactó con el poder de la piedra. Era difícil, incluso para ella, el poder de la piedra la azotaba por dentro, amenazando con sobrepasarla. Se aferró a él, centrándose en el poder y sacó fuego de donde antes no había.

Cada trozo de pólvora que tenían los soldados explotó a la vez.

El estallido llenó los oídos de Sofía, los hombres apenas tuvieron tiempo de gritar cuando las llamas, el poder y la energía los arrasaban. Les explotaron las armas en las manos, sus bolsas de pólvora les combustionaron en las caderas y murieron. Murieron porque Sofía los mató.

Cayó de rodillas y soltó la piedra de fuego de la mano mientras se le llenaban los ojos de lágrimas calientes al pensar en matar a tantas personas.

Habían venido a matar a su pueblo, lo merecían pero, aun así, no podía evitar la sensación de que cada muerte solo avivaba la campaña del Maestro de los Cuervos. Se quedó arrodillada hasta que vino Lani y la levantó.

La gente se amontonó a su alrededor, hombres, mujeres y niños. La miraban con asombro. Se quedaron mirándola fijamente, mientras otros empezaban a corear su nombre.

—Sofía… Sofía…

—La seguiremos allá donde vaya, su majestad —dijo uno de los guerreros que allí había.

Otro se arrodilló, con su espada en alto.

—Díganos qué necesita de nosotros y lo haremos.

Ella se esforzó por encontrar las palabras.

—Decidme —dijo ella—. Decidme. Necesito saberlo. ¿Alguien sabe dónde está mi hija?

CAPÍTULO DIECIOCHO

Si Rika había aprendido algo sobre gobernar, era que siempre había otra cosa que hacer. Hubo un tiempo en el que no se había tenido que

preocupar de nada más difícil que avanzar con la última pieza de su arpa. Ahora, había mucho más que hacer.

—Los agricultores están diciendo que la cosecha de este año podría no ser tan buena como esperamos —dijo Oli, que estaba de pie detrás del asiento ducal que ahora ocupaba Rika en sus cuartos.

—Después de toda la lucha, supongo que siempre iba a suceder —dijo Rika—. ¿Tenemos suficiente en el erario para asegurarnos de que la gente tenga comida?

—Creo que sí —dijo Oli—. Aunque también debe considerarse el coste del ejército.

Rika deseaba decir que dar de comer a la gente iba antes que luchar, pero ahora conocía la facilidad con la que alguien podía usar la violencia para matar a esas mismas personas si no los protegía. Evidentemente, a veces un problema podía proporcionar sus propias soluciones, de alguna manera.

—Los soldados que nos quedan podrían tener que ir a apoyar a Sofía pronto —dijo ella—. Va a haber una batalla. Con el ataque del Nuevo Ejército sobre su reino, podríamos tener muchas menos bocas que alimentar cuando vayan a ayudar, y… creo que si se lo pedimos, ella ayudará mandando comida.

Imaginaba que la gente no estaría con tener que pedir comida del reino de Sofía pero, ahora mismo, la mayor preocupación de Rika era asegurarse de que no morían de hambre.

—¿has dicho que va a haber una batalla? —dijo Oli. Su hermano parecía nervioso. Siempre le habían gustado más los libros que las espadas y Rika no lo culpaba por ello. ¿Significa eso que has visto algo?

Ahora los sueños de Rika se habían vuelto más frecuentes, casi como si encontrar a sus primos hubiera desencadenado algo en ella. Todavía no tenía nada de la fuerza mágica de sus hermanos, ni tan solo podía evitar que

alguien le leyera la mente si quería hacerlo. Pero las cosas que veía… ese poder se estaba volviendo más y más fuerte.

—Vi algo que no tiene sentido —dijo Rika—. Me vi a mí misma dirigiendo una flota de guerra.

—Bueno, es que ahora tienes una flota de guerra —dijo Oli.

—Sabes que esa no es la cuestión —dijo Rika. La cuestión era que ninguno de ellos era exactamente apto para dirigir una fuerza militar. Esa hubiera sido más el tipo de cosa que Hans o Ulf podrían haber hecho.

Costaba pensar en sus hermanos sin volver a experimentar el dolor de su pérdida. Ahora ella y Oli habían perdido mucho, desde su padre a sus hermanos y hermanas.

—Lo sé —le dio la razón Oli, y algo en la tristeza de su voz le decía que comprendía lo que estaba sintiendo ahora mismo—. Ya que hablamos de guerra, deberías saber que Jan esperaba que bajaras a verlo trabajar con sus hombres.

El hermano más mayor superviviente de Rika se había quedado a cargo mucho del trabajo con los soldados de Ishjemme. Había empezado a enseñarles las tácticas que había aprendido en la guerra contra el Nuevo Ejército, y a asegurarse que los reclutas podían luchar igual de bien con espada que con mosquete. Era el tipo de cosa que Rika no sabía hacer, y que Hans siempre había hecho… bueno, antes.

—Entonces vayamos a verlo —dijo Rika—. Podemos ver cómo está la gente en el pueblo mientras lo hacemos.

Cuando se convirtió en Duquesa de Ishjemme, a Rika le preocupaba que la gente empezara a estar distante con ella, o incluso a temerla. Después de todo lo que su hermano Endi había hecho allí en su breve tiempo como tirano no los culpaba. En lugar de eso, cuando ella y Oli comenzaron a bajar del castillo que se encontraba por encima de Ishjemme, la gente empezó a sonreír y a saludarla con la mano. No era como una procesión, pues no formaban filas ordenadas, o empujados por un impulso por la sensación de una ocasión que no podían perderse. En su lugar, parecía que casi cada persona que pasaba por delante de Rika quería pararla y hablar con ella.

Realmente la querían.

—¿Está bien hoy, mi señora? —preguntó la mujer de un pescador—. No puedo imaginar cómo alguien consigue hacer todo lo que usted ha hecho sola.

—No estoy exactamente sola —dijo Rika—. Todo el mundo hace lo que puede.

—Mi hija dice que quiere ser como usted cuando sea mayor —dijo un leñador fornido—. Valiente y fuerte, sin que nadie la amedrente.

—Si alguien la está acosando —dijo Rika—, no debería esperar a ser mayor para pararlo. Debería hablar con ella ahora y, quizás, hacerle pensar lo que hubiera hecho mi hermana Frig si alguien hubiera sido cruel con ella.

—Pensó por un momento—. Aunque tal vez sin usar tantas hachas.

Esto hizo que avanzaran lentamente hacia la plaza de entrenamiento, pero Rika no le reprochaba a su pueblo ni un solo momento de ello. eso significaba que podía oír lo que les estaba yendo bien y lo que tenía que cambiar, qué estaba sucediendo en su pequeña tierra y lo que ellos pensaban que estaba sucediendo con sus vecinos. Puede que Endi hubiera tenido sus espías, pero Rika pensaba que era mucho mejor preguntar a la gente qué pensaban.

Finalmente, consiguió llegar a la plaza de entrenamiento, donde los hombres jóvenes de Ishjemme que quedaban, y algunas de las mujeres jóvenes, estaban entrenando con espadas y hachas, escudos y picas. Ahora mismo, parecían estar practicando el moverse rápido para cambiar de formación, trabajando para ir a toda prisa de una protección a otra en triángulos donde un grupo hacía de protección, otro disparaba mosquetes para distraer al enemigo y un tercero recargaba en preparación para su turno para avanzar.

Jan estaba un poco más lejos, trabajando con un grupo el manejo de la espada, mostrándoles cómo mover correctamente las muñecas para sortear el escudo de un contrincante. Sonreía mientras lo hacía y eso parecía algo muy excepcional desde que había regresado de Ashton.

—Estás haciendo un buen trabajo aquí —dijo Rika.

Él hizo un movimiento circular para acabar en reverencia.

—Yo los prepararé, mi duquesa.

Rika frunció el ceño cuando este se puso derecho.

—Jan…

—Lo siento, no lo pude resistir. —Avanzó y la abrazó—. Además, está bien recordarles que aquí tú eres la duquesa, por si alguno de ellos tiene recuerdos entrañables de Endi.

—Yo no seré así —dijo Rika—. Yo quiero unir a la gente.

—Tú eres pacífica y condescendiente —dijo Jan—. Es una de las mejores cosas que tienes, hermana, pero la gente puede ser desagradable y los soldados… bueno, con demasiada frecuencia deciden que quieren un líder de guerra como ellos.

—En ese caso les encantará el sueño que tuve —dijo Rika, sabiendo que su hermano tenía razón y deseando hablarle de la batalla que había visto—.

En él…

Entonces fue cuando la visión le impactó, tan fuerte que Rika se quedó sin aliento.

Vio a su prima Catalina estaba en un lugar de sombras, con las manos cubiertas de sangre. Su cara era aterradora, entregada al odio. Dio un paso atrás en esas sombras y desapareció.

Vio a Lucas, que estaba en un lugar donde los fantasmas y unas cosas irreales bailaban a su alrededor, transformándose y cambiando con cada momento que pasaba. Lo vio hacerse más delgado y menos real mientras observaba cómo su cuerpo moría de hambre y parecía transformarse en algo que no estaba hecho de carne.

Observó cómo desaparecía hasta convertirse en nada, perdido para el mundo, convertido en algo de espíritu y aire, incapaz de tocar el mundo.

Mientras esto sucedía, había una sonrisa en su cara que hacía que eso pareciera casi hermoso, y que lo hacía parecer en paz con ello, pero Rika no podía sentir nada de esa paz mientras lo observaba.

Todavía sintió menos al siguiente momento, cuando vio una batalla desplegarse a su alrededor, en los alrededores de una hacienda respaldada por muros de energía que la convertían en una especie de fortaleza. Allí se enfrentaban ejércitos poderosos, el Nuevo Ejército se enfrentaba a una fuerza que parecía pertenecer a Sofía, junto a otra bajo un estandarte que Rika no reconocía.

Vio a Sofía lanzando un poder que se expresaba en llamas y piedra y hielo, hombres quemándose y congelándose, atrapados en grietas y aplastados por el suelo que tenían bajo los pies. Rika veía muerte y destrucción allí pero, a pesar de ello, los otros contraatacaban con cañones, mosquetes y fuerza. Rika veía bandadas, nubes, de cuervos descendiendo.

Veía sangre y olía la muerte, y oía los gritos de los hombres que la hubieran preferido.

Luchaban y, a pesar del poder que Sofía era capaz de aplicar, Rika veía los elementos que faltaban. Vio al Maestro de los Cuervos ir a la carga en la

batalla, imparable. Vio caer a Sofía, atravesada por una espada, o una lanza, o ambas cosas…

Rika volvió en sí con un grito, por un momento su cerebro era incapaz de distinguir entre los hombres que practicaban delante de ella y la sangre y el horror de su visión. Casi se desmayó y lo único que evitó que se desmayara del todo fue que Oli y Jan la cogieron. Ambos la miraban preocupados.

—¿Qué pasó?—preguntó Jan—. ¿Estás bien, Rika?

—¿Qué viste? —dijo Oli, evidentemente captando la manera en la que Rika había mirado.

—Vi… vi la muerte. Nos vi fracasar. Vi ganar al Maestro de los Cuervos.

Los otros dos la miraban atónitos.

—No —dijo Jan—. No puede. No se lo permitiremos.

—Lo vi —dijo Rika, sujetándose la cabeza. Era difícil superar la presión de la visión.

—Tiene que haber algo que podamos hacer —dijo Oli.

Una parte de Rika deseaba decir que no con la cabeza. ¿Cómo podían esperar ellos tres cuando había tanto horror?

—Rika, concéntrate —dijo Jan—. Sé que ahora estás aterrada, pero puedes hacerlo. Si viste algo, debe de haber algo que podamos cambiar.

Cuéntanos.

—Vi… vi a Lucas en dificultades —dijo Rika. Lo… perdemos, y no está allí para la batalla que importa. Catalina… Creo que tenemos que llevarlos allí. Tenemos que encontrar una manera.

—¿Dónde estaba Lucas? —dijo Jan.

Rika intentaba pensar.

—Estaba en un lugar con árboles que tenían unos papeles colgando y con espejismos por todas partes.

—La Isla de los Espíritus —dijo Oli—. En la biblioteca hay mapas que muestran todas las islas antiguas. Déjame una barca y yo iré.

Rika negó con la cabeza.

—No, siento… siento que debo hacerlo yo.

—¿Y Catalina? —preguntó Jan.

—En una isla de sombras —dijo Rika—. Oli, ¿sabes dónde está?

—Lo sé, pero no estoy seguro…

—Yo iré —prometió Jan. Le puso una mano en el hombro a Rika—.

Los encontraremos. Los llevaremos donde tienen que estar.

Rika esperaba que tuviera razón. Si no… si no, podrían perderlo todo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Catalina avanzaba sigilosamente por las cavernas, el brillo de la luz de las paredes oscuras le daba una naturaleza inquietante. Las sombras se alargaban en sombras extrañas que no siempre parecían tener algo que ver con la luz. Después del ataque de los observadores, Catalina no se acercaba a ellas, recelosa de que no la atraparan.

—La gente viene por aquí a veces —dijo Lisare en voz baja—. Intentan consultar con la piedra.

—¿Consultar con ella? —preguntó Catalina. Pensaba que solo sería una piedra. ¿Cómo consultabas con una piedra?

—La piedra de la sombra está conectada a todas las sombras del mundo

—dijo Lisare—. la gente viene a hacer preguntas y a ver lo que ella ve.

Muchos no sobreviven. Los que lo hacen…

—¿Qué? —preguntó Catalina mientras continuaban avanzando, a través de los espacios subterráneos de debajo de la montaña.

—La piedra dice la verdad, pero una versión ensombrecida de la misma

—dijo Lisare—. La gente sale con un aspecto poseído. Yo he visto a un hombre luchar para salir de ello y acabar sentado y muerto de hambre al volver en sí.

Catalina se estremeció al pensar en ellos.

—¿Y nadie intentó ayudarle?

—este es un sitio de muerte —le dijo Lisare—. Intentamos advertirle,

tal y como yo te advertiré ahora: la piedra es poderosa y peligrosa. Si intentas usarla antes de que estés perfectamente preparada y escuchas sus mentiras demasiado atentamente, estás en peligro de destruirte a ti misma.

Catalina podía oír la preocupación en su voz, pero no se fiaba. había descubierto demasiadas veces lo cruel que podía ser la vida, y la facilidad con la que las personas se traicionaban entre ellas. Esta mujer, esta sacerdotisa, solo estaba intentando hacerla retroceder para evitar que hiciera lo que tenía que hacer.

Catalina continuaba in silencio, sus pies resbalaban por el suelo sombrío sin apenas arrastrarlos. En comparación, el eco de los pies de Lisare sonaba

demasiado fuerte.

—Debes quedarte atrás —dijo Catalina—. Haces demasiado ruido.

—Tengo que guiarte —dijo Lisare.

—¿A un sitio en el que nunca has estado? —inquirió Catalina, sospechando más a cada momento—. ¿Por qué? ¿Para hacerle saber a algo que ya vengo?

—Catalina, son las sombras que te están afectando —dijo Lisar—.

Intentan meterse en lo que tú eres. Intentan sacar lo peor que hay en ti.

—¿Pero no en ti? —replicó Catalina. ¿Qué sabía realmente de esta sacerdotisa? ¿Cuántas veces la habían engañado? Siobhan la había engañado hasta sacarle el alma. Sus padres le habían mandado una manera de encontrarlos, pero después… después se habían ido y habían muerto.

NO podía escucharlo. Tenía que escapar antes de que Lisare tuviera la ocasión de traicionarla. debería correr, debería matarla. Debería…

—¡Catalina, no lo hagas! —gritó Lisare cuando Catalina echó a correr.

Catalina tomaba curvas al azar mientras avanzaba por los pasajes que había debajo de la montaña. Las sombras intentaban alcanzarla, pero ella las evitaba. Catalina seguía corriendo, confiando en su instintos, con la esperanza que la llevarían a donde ella quería ir. Casi parecía que las sombras la guiaban hacia delante, un tirón en el borde de su

mente le hacía señas, le instaba, la tentaba…

—No me importa —susurró Catalina.

Las palabras parecían resonar en los túneles y se convertían en algo que parecía llamar a Catalina hacia delante, y ahora estaba segura de que este era el camino correcto, este era el camino por el que debía ir.

El túnel se abrió y dio paso a una gran caverna circular, iluminada por un rayo de luz que venía de arriba y que parecía rebotar en las rocas, avivando solo las sombras que llenaban el lugar.

En el centro había lo que parecía una piscina natural o un estanque, solo que no era una piscina natural de agua. Como la cascada de arriba, era un estanque de sombras brutas, y esas sombras se retorcían como algo viviente cuando Catalina se acercaba. En el centro del mismo, vio un objeto redondo del tamaño de su mano, delicado como el cristal, pero con lo que parecían todavía más sombras bailando bajo la superficie.

Esta tenía que ser la piedra de la sombra, lo que Catalina había venido a encontrar, lo que podría devolverle lo que ella había sido. Empezó a

dirigirse hacia ella y, mientras lo hacía, algo empezó a levantarse del estanque.

Estaba hecho evidentemente de sombras, algunas de ellas titilaban y salían de él como en un bucle en forma de humo. Era mucho más alto que su cabeza, parecido a un lagarto y enorme, con los dientes negros como el azabache dentro de una boca que parecía una cueva vacía. Al rugir sacó una ola de sombra, y Catalina se lanzó hacia un lado. Vio que la sombra titilaba contra las paredes y parecía destrozar el lugar que tocaba.

Catalina se sacó la espada de la cadera —la espada de la que ella había ayudado a hacer una parte y que había terminado Siobhan. Se lanzó hacia delante y cortó la piel del lagarto, que encontró sorprendentemente sólida la cortaba. La herida derramó sombras como sangre y, de nuevo, allí donde golpeaba en el suelo, este se transformaba y cambiaba.

Intentó atacar con unas garras como cuchillos y Catalina se agachó.

—¿Es esto lo que le haces a todo el que quiere hacer preguntas? —

inquirió Catalina. No sabía si aquel lagarto la entendía, pero no tenía

ninguna duda de que algo allí si que lo hacía.

«Tú quieres más que preguntas. Nos quieres a nosotros … quieres poder … debemos verte …».

—Bueno, si lo que queréis es un espectáculo, os daré un espectáculo —

espetó Catalina. No le gustaba la idea de luchar para lo que equivalía al entretenimiento de una roca. Aun así, con el lagarto echándosele encima, no había nada que hacer excepto luchar.

Hizo un movimiento en arco con la cola que amenazó con segarle las piernas y Catalina saltó por encima de ella. Bajaba las garras en movimientos circulares que hacían agujeros en la roca sombría de debajo mientras Catalina se apartaba de ellas. Volvió a escupir su extraño fuego de sombra y Catalina se tiró al suelo, antes de dar un salto hacia arriba para evitar otro golpe de las garras de aquella cosa.

Entremedio, le dio un corte. Entre cada finta, cada salto, cada tambaleo para evitar el avance a hachazos de sus garras, ella devolvía el golpe. Los golpes eran simples pinchazos comparados con lo que la criatura le podría haber hecho, diminutos incluso en comparación con lo que ella podría haber hecho con toda su fuerza, pero Catalina se aseguró de que fueran muchos.

Daba estocadas, apuñalaba y cortaba, cada toque de su espada vertía más sombra de aquella cosa.

—Oh, venga ya —dijo Catalina mientras la cosa continuaba yendo hacia ella—. Esto, por lo menos, debería hacer que fueras más lento.

«¿Pensabas que las cosas eran justas, Catalina Danse? ¿A estas alturas no has aprendido que tú lo intentas, una y otra vez, y nada sale bien?

Ríndete, abandona, y nosotros, por lo menos, haremos que tu olvido sea rápido».

Catalina rugió de rabia al oírlo, fue a la carga contra el lagarto y continuó dando estocadas. Hizo cortes a la bestia, su substancia de sombra caía al suelo y parecía volver cayendo a su estanque. Ella golpeaba y golpeaba, y ahora creía que el lagarto era más pequeño que antes. Ya no sobresalía por encima de ella y mientras ella continuaba cortando, aquel continuaba haciéndose más pequeño, y menos sustancia de sombra lo formaba.

Finalmente, cuando le atravesó el corazón, sintió que se disipaba su poder, la sombra se desparramó hasta convertirse en nada.

—¿Eso es todo lo que tienes? —inquirió Catalina, sintiendo que su furia todavía estaba dentro de ella a pesar de que el poder para respaldarla no estuviera.

«Así que tienes rabia —dijo la voz, que parecía emanar de las paredes

—. En ese caso, ven a buscar tu premio».

El estanque de sombras se quedó quieto y se abrió un camino en él que permitiría el acceso a la piedra. Catalina empezó a ir hacia ella, suponiendo que tenía que haber algún tipo de trampa, pero sin saber qué podría ser.

Se acercó a ella y empezó a salir otra forma del estanque. Esta se veía humana, pero sus rasgos parecían transformarse y cambiar mientras Catalina observaba, formada de la sombra. Un instante la figura era macho, al siguiente hembra, alta, después baja, joven y después mayor.

—¿Qué es esto? —inquirió Catalina—. ¿Has decidido que quieres hablar después de todo?

La figura volvió a transformarse y ahora Catalina conocía la forma que adoptó. La misma forma que había causado mucha de su tristeza: el Maestro de los Cuervos.

—A esta la odias mucho —dijeron las sombras—. Quieres matarla, pero tal vez haya otras a las que deberías querer matar más.

Del estanque salieron más figuras sombrías y Catalina reconoció a su hermano y su hermana incluso antes de que se formaran del todo.

—¿Qué te parece esto, Catalina? —preguntó la versión del estanque del Maestro de los Cuervos—. ¿Matarás a los que amas para conseguir lo que necesitas?

CAPÍTULO VEINTE

Lucas tenía la mano apretada alrededor de la espada del espíritu que sostenía, sintiendo un poco de miedo mientras la criatura se acercaba. No miedo por sí mismo, pues él confiaba en las habilidades que había aprendido de sus maestros de espada, sino miedo porque podría no ser capaz de hacer lo que sus hermanas necesitaban que hiciera.

Miedo por Elanora también. estaba detrás de él, con una expresión serena como si tuviera una confianza total en el talento de Lucas para protegerlos a ambos y después hacerse cargo de la bestia. A pesar del poco tiempo que hacía que la conocía, Lucas pensaba en ella, en lo maravillosa que era, en lo mucho que deseaba protegerla y en el beso que habían compartido.

Lucas dio un salto hacia delante para enfrentarse a aquella cosa descomunal, sus ramas bajaban como un péndulo hacia él. Un brazo cubierto de corteza hizo un barrido hacia él, más rápido de lo que la mayoría de las personas podrían haber esquivado, pero Lucas no era como la mayoría de las personas. Se balanceó hacia un lado e hizo un corte poco profundo con la espada que Elanora había fabricado para él, sin querer clavar muy profundo hasta estar seguro de que la espada no se quedaría atascada.

Con otra espada, quizás esta precaución habría sido necesaria, para evitar que la savia del tronco de la criatura la reclamara. Pero esta no parecía cortar la carne. En lugar de eso, atravesaba la corteza de la bestia árbol sin dejar ni un rasguño ni una herida, pero aun así dejaba a la bestia rugiendo de dolor.

Hizo un giro con una de sus ramas más pequeñas hacia él, y Lucas se vio forzado a defenderse. Para esto, al menos, la espada parecía lo suficientemente sólida, aunque en ese momento, Lucas no estaba seguro de si eso era bueno o no. La fuerza del golpe casi bastó para hacerle tambalear incluso con la espada entre ellos. Él devolvió el golpe y, una vez más, atravesó una sección del tronco de la criatura, hiriéndola de una manera que Lucas no podía comprender.

—¡La espada hiere al espíritu! —gritó Elanora—. ¡Continúa, Lucas!

Lucas asintió y, al girar la vista hacia su rival, a tiempo para que este escupiera una lluvia de trozos de madera, cada uno de ellos astillado y en forma de esquirla. Lucas consiguió poner los brazos delante de la cara a tiempo para no quedarse ciego y se lanzó hacia un lado, de manera que solo unos cuantos le impactaron, pero aun así, sintió el dolor cuando las astillas le perforaron la carne.

Él contraatacó, cortó una rama que estaba demasiado cerca y después una raíz que salió como un látigo del suelo para intentar enredarse en su pierna. La criatura retrocedía cada vez que Lucas golpeaba, pero continuaba viniendo y, lo que es peor, él tenía que dar un paso atrás por ella.

Paso a paso, le forzó a ir hacia atrás al cementerio que había creado, de manera que Lucas tuvo que encontrar su camino por los esqueletos de los caídos para evitar tropezar con ellos. Vio que los ojos como nudos de la criatura se movían de él a Elanora y supo lo que se avecinaba incluso antes de que esta diera un paso hacia ella.

Una vez, Lucas le preguntó al Oficial Ko si matar a alguien era realmente tan difícil como todos sus maestros de espada fingían. El Oficial Ko se rio con esa risa exasperante y deliberada que tenía.

—Es fácil, siempre y cuando no te importe morir cuando lo hagas. ¿Hay algo por lo que creas que vale la pena morir?

En aquel momento, Lucas no había podido pensar en nada. Ahora tenía muchas cosas y, al parecer, Elanora era una de ellas.

—¡No! —chilló Lucas, y se lanzó dentro de la amplia extensión de los brazos de la criatura. Las ramas llenas de espinas le hicieron rasgaduras y le desgarraron la carne. Aparecieron unas vides por el agujero del corazón del árbol e intentaron estrangularlo. Incluso las hojas parecían tener los bordes afilados, más como las del acebo que como las del roble o el castaño.

Clavó la espada espíritu en el corazón de la criatura. Tal vez una espada normal no podría haber atravesado tanto tronco, pero la que Lucas sostenía podía cuando la empujaba su fuerza. Sintió que perforaba algo, no un órgano que normalmente tuviera un cuerpo pero, no obstante, algo.

El árbol se quedó quieto, congelado en el sitio, de manera que volvía a ser un árbol, y no solo un monstruo que llevaba puesta la forma de alguien.

—Lo conseguiste —dijo Elanora, con entusiasmo—. Mataste al guardián. Después de toda la gente que lo ha intentado, has sido tú el que lo ha conseguido.

Alargó la mano hasta el trozo de papel que ondeaba en las ramas del árbol, pareció acordarse de algo y se detuvo.

—¿Estás listo, Lucas? —preguntó ella.

—No… no lo sé —confesó Lucas. Ahora que el ajetreo del enfrentamiento se había ido, lo cierto era que él estaba dolorido. Tenía cortes por todo el cuerpo y le dolían las costillas de un golpe que apenas recordaba haber recibido.

—Estuviste increíble —dijo Elanora—. No pensaba que, finalmente, nadie despejara el camino hacia la piedra.

—¿Despejara el camino? —dijo Lucas.

—Lo siento, Lucas —dijo Elanora—. Me gustas de verdad.

Cogió el trozo de papel del árbol, cerró la mano a su alrededor y desapareció de la vista de Lucas antes de que este pudiera reaccionar.

Cogió el papel tras ella y fue a parar a un claro vacío y soleado, no más grande de anchura que una habitación grande. En el centro había un pilar de madera dorado, Elanora estaba a su lado. En él…

A primera vista, Lucas no vio la esfera que había en ella, pero cuando miró más de cerca, allí estaba su contorno, algo cambiante de puro espíritu, que parpadeaba solo cuando confluía con el mundo. Elanora estiró la mano hacia ella, y la sujetó contra sí mima como un colibrí al que están a punto de soltar.

—Elanora, no —dijo Lucas.

—Hacía tiempo que deseaba esto —respondió ella—, pero el guardián siempre fue demasiado fuerte para mí. ¿No lo ves, Lucas? La piedra del espíritu es el único modo de convertirme en algo más que espíritu.

—Pero yo la necesito para luchar contra el maestro de los Cuervos —

dijo Lucas—. El mundo la necesita.

—Pero ¿tiene que ser así? —preguntó Elanora. El espíritu de la piedra parecía fluir a su alrededor como un relámpago—. Podríamos trabajar juntos, tú y yo. Podríamos hacerlo todo… juntos.

Dio un paso hacia Lucas y este no supo qué hacer en respuesta. No podía forzarse a golpearla, y la piedra del espíritu planeaba por encima de ella, como si estuviera lista para salir disparada con el indicio de una amenaza.

—no somos enemigos, Lucas —dijo Elanora—. No quiero hacerte

daño.

Veo un futuro en el que tú estás aquí, conmigo.

Ella se acercó y hubo un momento en el que Lucas podría haberla apuñalado, pero el momento pasó en un abrir y cerrar de ojos. Entonces ella lo besó, tal y como lo había besado antes, y Lucas se sintió caer en aquel beso. Le devolvió el beso por instinto, necesitaba su roce, necesitaba estar cerca de ella.

Igual que había sentido la primera vez, sintió un muy leve rayo de algo que pasaba de él a ella. La última vez que Elanora había robado algo de su realidad, había sido el más mínimo hilo, pero ahora era como una tormenta que salía de él a raudales.

Él intentó retirarse, pero Elanora le cogió los brazos con las manos y lo sujetó. Podría haber parecido pasión, si Lucas no hubiera podido sentir el poder que sacaban de su cuerpo. Sintió cómo Elanora se hacía más real momento a momento, hasta que consiguió apartarse de ella.

—Lo siento, Lucas —dijo—, pero necesito toda la realidad que pueda conseguir.

—No puedes hacerlo—dijo Lucas, desenfundando su espada o intentándolo. Cuando fue a cogerla, se le escurrió la mano en el espacio en el que estaba la empuñadura, y no pudo agarrar una cosa que era solo medio real.

—¿Intentas matarme? —dijo Elanora—. Eso no está muy bien, Lucas, y todavía queda mucha realidad que te puedo sacar.

—Pensaba que dijiste que te gustaba —replicó Lucas.

—Oh, y así es. Eres hermoso, pero también eres real y, ahora mismo, eso es más importante. Evidentemente, te tendré aquí. Me gustas, y esto me dará una razón para regresar a la Isla de los Espíritus una vez cada siglo o algo así.

—¡Cada siglo! —Lucas negó con la cabeza, intentando llegar a ella.

Mis hermanas…

—Tus hermanas no importan —dijo Elanora—. El mundo no importa.

De todas formas, está condenado. Si el Maestro de los Cuervos no lo hace pedazos, lo hará el que venga… pero yo me adelanto, y prefiero

concentrarme en el ahora. Besas muy bien, Lucas…

Ella se inclinó hacia delante hasta que sus labios se encontraron con los de él de nuevo y, aunque el momento era precioso, Lucas sentía que intentaba resistirse. Pero no tenía la fuerza. Casi no le quedaba nada y pronto, pronto estaría completamente atrapado.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Emelina sentía la presión de la búsqueda del Maestro de los Cuervos cerniéndose sobre ella a cada momento mientras viajaban. Sus cuervos llenaban los cielos, y ella bien poca cosa podía hacer que pararan de observar, pero al menos podía evitar que él sintiera inmediatamente a Violeta.

Eso era cualquier cosa menos fácil. Violeta brillaba con el poder, literalmente brillaba con él cuando este aparecía ante los ojos del espíritu.

Ella era como un agujero del tamaño de un bebé en el universo, que atravesado llevaba a algo más brillante que había debajo. Esconder eso de algo como el Maestro de los Cuervos requería un esfuerzo, y significaba que no se atrevía a descansar.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Cora.

—Estoy bien —mintió Emelina.

Eso le valió una mirada que le decía que Cora sabía exactamente lo cansada que estaba.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó Emelina—. Tengo que continuar. Todos debemos hacerlo.

La taberna que había a lo lejos no sería más que un breve respiro. No estarían a salvo hasta llegar a Monthys; quizá ni tan solo entonces, cuando las defensas de la hacienda no se habían reconstruido por completo. Todos iban allí basándose en una visión que ella había tenido del lugar fortalecido por la magia, pero ¿y si se equivocaba? ¿Y si…?

La segunda visión le impactó tan fuerte como lo había hecho la primera, y Emelina casi se cayó de la silla al verla. Vio a unos jinetes con los uniformes del Nuevo Ejército deambulando por delante de una fuerza más grande. Vio que les caían encima a ella y a los demás, que los encontraban no por una caza astuta, sino porque sencillamente habían avanzado más rápido en el camino a Monthys. Vio que mataban a Sebastián, vio que disparaban a Valin y Edmore. Vio que arrastraban a Cora de la silla, un cuchillo que se levantaba…

—¡No! —chilló Emelina, en un volumen tan alto que la hizo volver en sí.

Miró a su alrededor y vio que los demás la miraban fijamente.

—Emelina, ¿qué pasa? —dijo Cora—. ¿Estás bien?

—¿Viste algo más? —preguntó Sebastián.

Emelina pudo decir que sí con la cabeza, pero necesitó un largo trago de su botella de agua antes de poder decir algo.

—Ya vienen —dijo Emelina—. La gente del Maestro de los Cuervos ya viene. Nos encuentran y nos matan.

No podía evitar hablar de esto como un hecho a pesar de que nada de esto había sucedido todavía. Ella lo había visto. Había visto a la gente a su alrededor, a sus amigos, ensangrentados. Había oído sus gritos. Sus muertes parecían reales, a pesar de que estaban allí delante de ella, evidentemente todavía vivos.

—¿Cómo nos encuentran? —preguntó Sebastián.

—No lo sé —dijo Emelina—. Creo que simplemente imaginan que debemos ir hacia Monthys.

—Entonces ¿podríamos desviar el camino? —dijo Valin.

—No existe otro sitio al que ir —dijo Sebastián—. Podríamos intentar llegar hasta la costa, pero desde aquí, tomaríamos el mismo camino, y encontrar un barco desde allí sin que nos pillen sería igual de difícil.

Ese era el problema: fueran a donde fueran, era una opción peor.

Viajarían por una tierra que podría, o no, contener batallones del Nuevo Ejército, intentando huir del país como mucho. De algún modo, Emelina sospechaba que, esta vez, no volverían de esta. O lo que era

peor, sospechaba que seguirían allá donde fuera Violeta. La niña destacaba a través de los ojos de los que podían ver, brillando como un faro para atraer al enemigo.

Le vino una idea. Era peligrosa… desesperada y estúpidamente peligrosa. Podría significar la muerte. Podría significar algo peor que la muerte, si caía en las manos del Maestro de los Cuervos… pero era la única cosa que se le ocurría a Emelina.

—Deben ir hacia Monthys —insistió Emelina. La había visto en todo su esplendor; había visto la seguridad que ofrecía—. Es el único lugar donde estarán todos a salvo.

—Donde estaremos a salvo —la corrigió Sebastián, pero Emelina negó con la cabeza.

—Si vamos todos, el Nuevo Ejército nos alcanzará.

—¿Y qué tienes pensado hacer? —preguntó Edmore—. ¿Quedarte aquí y retenerlos a todos mientras Sebastián lleva a la niña a un lugar seguro?

Todos nosotros juntos no pudimos retenerlos en el Hogar de Piedra.

—No puedo luchar contra ellos —dijo Emelina—, pero puedo alejarlos.

Estiró el brazo suavemente y rozó la cabeza de Violeta con la mano.

Mirando con los ojos del espíritu, vio que un hilo de un blanco puro seguía su mano y se juntaba con la su, mucho menos impresionante, aura de poder.

Pero Emelina podía cambiar eso. Dejó caer el escudo que había mantenido contra el maestro de los Cuervos y puso todo su esfuerzo en brillar como un faro, copiando el aura de poder de Violeta.

—El Maestro de los Cuervos seguirá el patrón del poder de Violeta —

dijo—. Así que, si lo copio, me seguirá a mí y no a todos vosotros. Los guiaré lo suficientemente lejos como para que tengan una buena ventaja y, después, desapareceré de la vista.

—No —dijo Sebastián—. Ese plan sería suicida.

—Suicida es esperar que podamos huir de una división de caballería en un camino recto –replicó Emelina—. Edmore, tú quedas al cargo de

proteger a Violeta de la vista del Maestro de los Cuervos, si puedes.

—Yo no tengo tu poder —dijo el guerrero—. Pero intentaré contenerlo por un tiempo.

—Sebastián, usted necesitará la piedra del corazón del Hogar de Piedra

—dijo Emelina. La sacó y la sostuvo para que él la cogiera.

Sebastián no hizo ningún movimiento para cogerla.

—Es una mala idea, Emelina. No dejaré que lo hagas.

—No se trata de si usted me deja o no —dijo Emelina—. Ya lo he hecho. Estoy ardiendo como una antorcha para que me vea el Maestro de los Cuervos y, si no quieren estar aquí cuando llegue, deben irse.

Parecía que Sebastián podría decir algo, se quedó quieto y cogió la bolsita que contenía la piedra de Emelina.

—Tú… no sé qué decir, Emelina. Gracias. Gracias por proteger a mi hija.

Emelina se dirigió a Cora. Este sería el adiós más difícil.

—Solo quería decir…

—No tienes que decir nada —dijo Cora.

—Sí que tengo que hacerlo —insistió Emelina—. En el tiempo que hace que te conozco…

—No tienes que decir nada porque voy contigo.

—¿Cómo? ¡No! —dijo Emelina, pillada desprevenida por la sorpresa.

Cómo podía pensar Cora que eso era lo correcto.

—No puedes.

—Si tú puedes, yo también puedo —dijo Cora—. ¿O pensabas que iba a dejarte marchar solo para hacer esto?

—Pero es que yo tengo que ir —dijo Emelina—. Yo soy la que puede fingir ser Violeta el tiempo suficiente, pero tú no tienes la necesidad de formar parte de esto. Tú puedes estar a salvo en Monthys.

—Ya he perdido al hombre que amaba —dijo Cora, con lágrimas en los ojos—. No voy a perder también a mi mejor amiga.

—Pero si vienes conmigo…

—Te ayudaré —dijo Cora—. Hemos escapado de muchas cosas juntas,

¿por qué no de esta? Estás brillando como un faro, ¿verdad? Podemos usarlo para guiarlos a otra parte y después lo apagamos. Desaparecemos en un bosque o algo así y nos vamos hacia Monthys o Ishjemme o algún otro sitio que sea seguro.

Emelina agradecía la oferta más de lo que podía decir, pero también sabía que, si la aceptaba, Cora estaría en más peligro del necesario. Emelina podía hacer todas las cosas que Cora acababa de sugerir sin que su amiga tuviera que estar allí. De ese modo, la única persona que estaría en peligro sería ella.

—Cora, yo…

—Recuerda lo que le dijiste a Sebastián —dijo Cora—. Ese faro tuyo ya está allí para que lo vea el Maestro de los Cuervos. Cada momento que pases discutiendo conmigo es un momento en el que él podría estar acercándose.

Emelina intentó pensar en un buen argumento para contraatacar eso y renegó cuando no pudo.

—Está bien —dijo—. Está bien, lo haremos juntas. En ese caso tendrás que devolver a la bebé a su padre, Cora. Pero quédate su canasta y cúbrela.

Así, si un cuervo mira hacia abajo, aún puede engañar a su maestro.

Cora asintió y, con cuidado, estiró el brazo y entregó a Violeta a Sebastián.

—Voy a echarte de menos, princesita —dijo—. Sé buena con tu padre.

Sé que él te protegerá pase lo que pase.

A Emelina le sonaba demasiado a un adiós definitivo. Aunque las dos estaban hablando de regresar después, ambas sabían lo que esto podría significar. Tener a todo el Nuevo Ejército persiguiéndolas no era un escenario que pudieran garantizar que saliera bien.

Emelina esperó a que Cora acabara de entregar a Violeta y, a

continuación, dijo adiós a Sebastián con un movimiento de cabeza.

—Se acabó —dijo ella.

—Buena suerte, a las dos —respondió Sebastián—. Y gracias. Gracias por más de lo que puedo decir.

Emelina deseaba que hubiera más tiempo. Deseaba que tuvieran la oportunidad de decir adiós como es debido, o de pensar un plan mejor, pero no había tiempo. El Nuevo Ejército se acercaba.

Espoleó a su caballo y el de Cora para que echara a correr hacia un lado del camino y partió para atraerlos hacia ella.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

El Maestro de los Cuervos se inclinó sobre la cabeza de su caballo mientras lo obligaba a continuar galopando, sin importarle si eso significaba la muerte de la criatura por agotamiento. Tampoco le importaban los hombres que le seguían o sus caballos. Todas las cosas morían. Lo único que importaba ahora era encontrar a la niña.

El caballo que montaba ahora era uno grande y negro, que parecía estar medio aterrado por la presencia del Maestro de los Cuervos sobre su lomo, aunque quizás una parte al menos se debía a los cuervos que estaban posados encima suyo, y que le clavaban las garras en la carne. Eso hacía que la bestia corriera más rápido, sus pezuñas resonaban a ritmo de staccato sobre el camino del bosque que tenían debajo.

—Quiero encontrarlos —retaba el Maestro de los Cuervos y no por primera vez—. ¡Una recompensa para el hombre que me traiga a la niña!

Siguió a la carga a través del bosque, con la esperanza de superar a Sebastián y a los demás mientras corrían. Con una niña, no podrían moverse muy rápido, mientras que él estaba preparado para hacer cabalgar a los caballos hasta la muerte y presionar a los hombres hasta que casi cayeran.

—Los encontraremos —les susurró a sus cuervos—. Tenemos que hacerlo.

Tomó contacto con su magia y vio a través de los ojos de sus mascotas.

Los árboles tapaban mucho, pero aun así vio la casa que estaba situada entre ellos, bien alejada del camino. Extendió su magia, en busca del resplandor brillante del poder de la niña, pero ahora mismo no se veía nada.

—La esconden —murmuró para sí mismo.

—¿Cómo dice, mi señor? —preguntó un soldado que no estaba lejos de él.

El Maestro de los Cuervos estaba tan empeñado en la búsqueda que incluso ignoró la impertinencia.

—En esta dirección hay un caserío. Quiero que la registréis y que interroguéis a los habitantes. Quiero saber si la niña estuvo aquí.

—Sí, mi señor.

El Maestro de los Cuervos pensó en dejar la búsqueda a sus hombres, pero lo cierto era que quería asegurarse de las cosas. No quería dejar nada más a un subordinado, que pudiera resultar en la pérdida de algo tan valioso.

Cabalgó con ellos hasta la cabaña, obviamente el hogar de un guardabosques y su familia. El hombre no salió inmediatamente y el Maestro de los Cuervos no tenía tiempo para cumplidos.

—Prendedle fuego. Saldrán enseguida —ordenó, lo suficientemente alto para que cualquiera que estuviera dentro lo oyera.

Sus hombre se movieron para obedecer y, rápidamente, una familia salió a toda prisa de la casa: un hombre con un arco colgado de la espada, una mujer, un grupito de niños que iba del más pequeño hasta el casi adulto. De manera absorta, se preguntó cuántos de ellos realmente comprendían el peligro en el que estaban.

—Decidme dónde está la niña —preguntó.

—¿Qué niña? —respondió gritando el hombre.

El Maestro de los Cuervos movió un dedo y uno de sus cuervos se precipitó hacia delante. Rascó con sus garras al hombre, que soltó un grito de dolor, y le dejó tajos en un lado de la cara.

—Registrad la casa —ordenó. Sus hombres entraron hechos una furia, el estruendo mientras trabajaban indicaba que estaban siendo exhaustivo con sus trabajos. Mientras estaban allí dentro, el maestro de los Cuervos hizo un gesto a otro de sus pájaros. Este se posó sobre el hombro de la niña que parecía mayor, que temblaba mientras intentaba ser valiente.

—Es muy sencillo —dijo—. Yo haré preguntas y tú las responderás.

Sabré si mientes y, si lo haces, mi pájaro le sacará un ojo a tu hija. Cuando ella se haya quedado sin ojos, cambiaremos al siguiente más mayor y así sucesivamente. Cuando te quedes sin hijos, iré a por ti. ¿Comprendes?

—S-sí, mi señor —consiguió decir el hombre.

—Muy bien —continuó diciendo el Maestro de los Cuervos—. Creo que un grupo de individuos, que llevaban una niña, vino hacia aquí. ¿Los viste? Piensa bien antes de responder.

El guardabosques no dijo nada durante unos segundos. En ese silencio, una voz pequeña dijo algo.

—Yo los vi —dijo una niña pequeña. Ignoró el codazo de uno de los hermanos—. Los vi. estaba jugando fuera en los árboles y los vi.

—Cuéntame lo que viste —dijo el Maestro de los Cuervos. La niña era muy pequeña, pero él ya llevaba tiempo preocupándose de poder calcular exactamente lo mayor que podría ser. Quizá no era la más joven, pero lo suficientemente pequeña para no tener miedo.

—Pienso que usted es una mala persona —dijo la niña.

—Esas cosas no importan. Solo importan los cuervos. Venga, cuéntame lo que viste o haré que uno se coma el ojo de tu hermana.

La niña pareció horrorizada por un momento, mirando de su madre a su padre.

—Dime la verdad, ahora —gritó el Maestro de los Cuervos.

—Había personas —dijo la niña entre sollozos—. Solo personas, iban en caballos. Había algunos hombres y dos mujeres, y un bebé, todos en caballos. Pasaron cabalgando por aquí y yo los saludé, pero no me vieron.

—¿Hacia dónde fueron? —exigió el Maestro de los Cuervos, y la niña señaló—. Gracias. Como premio, dejaré que hagas algo que nadie más en tu familia hará. —Sonrió ante la expresión optimista de la niña—. Podrás vivir. Matad al resto, rápido. Y después, montad.

Por su parte, devolvió su atención a sus cuervos mientras empezaban los gritos. Las muertes de unos cuantos campesinos no eran lo suficientemente interesantes como para molestarse en mirar y, ahora mismo, ni la más exquisita ejecución lo hubiera apartado de su misión. Tenía que encontrar a la niña.

Mandó a sus pájaros a lo largo de la línea del camino, buscando a medida que avanzaban, su atención se movía más rápido de lo que cualquier caballo pudiera correr. Él tenía los sentidos bien abiertos, en busca de ese brillo delatador que marcaba la magia de la niña. Más adelante en el camino, le pareció distinguir a unos jinetes…

…entonces su atención se apartó hacia la izquierda al avistar lo que estaba esperando ver: una luz blanca pura, que resplandecía con tanto brillo que podría haber sido el sol. Hizo que su cuervo se acercara volando y vio dos figuras a caballo, con un moisés entre ellas. La luz blanca las rodeaba, con tanto resplandor que casi tapaba todo lo demás mientras avanzaban por el borde del bosque.

Se tomó un momento, que saboreó intentando calcular dónde estaban en relación al lugar donde ahora mismo estaban ellos. En cuanto estuvo seguro de tenerlo, volvió la conciencia a sí mismo y corrió a por su caballo.

—¡Por aquí! —chillaba mientras corría—. Dejad a la familia. ¡Ya no importan!”

Llegó hasta su caballo, saltó hasta la silla y le dio una patada a la bestia para que corriera. Cuando no iba lo suficientemente rápido, le daba un latigazo para intentar conseguir velocidad extra, ignorando sus resoplidos por el esfuerzo.

Cuando no iba suficientemente bien de tiempo en el camino, se sumergió en los árboles, ignorando el modo en el que estos azotaban a su alrededor. Los evitaba y esquivaba con la velocidad de un pájaro revoloteando por las ramas, aunque al echar la vista atrás vio que no todos sus hombres estaban teniendo tanta suerte. Uno chocó contra una rama con un nauseabundo crujido antes de desplomarse en el suelo.

El Maestro de los Cuervos continuó, una parte de él perseguía aquel

resplandor brillante de poder usando el vuelo en círculos de sus cuervos.

Siguió por acequias y pequeños arroyos, que su caballo saltaba sin ningún esfuerzo mientras él se agarraba a su lomo. Siguió por matorrales enmarañados, sin apenas notarlos cuando le rasgaban la piel.

Notó que su caballo empezaba a desplomarse por el agotamiento y bajó de un salto con toda la gracia de un grajo que toma tierra. No dejó que eso lo ralentizara, continuó corriendo con la velocidad que solo puede proporcionar la magia. Si gastaba algo más de lo que había ganado, ¿qué importaba siempre y cuando al final ganara a la niña?

Corrió hasta el borde del bosque, hacia el lugar donde debería haber interceptado a los jinetes con su bulto. Buscó el brillo del poder blanco intenso, deseando asegurarse de que había encontrado el lugar correcto.

Parpadeó hasta apagarse tan segura como una vela que han soplado.

—No —dijo el Maestro de los Cuervos cuando vio el moisés abandonado en el camino, tan despreocupadamente que nunca podría haber contenido a una niña—. ¡¡No!!

Lo habían engañado. Lo habían atraído para que fuera en esa dirección.

Lo habían hecho frenar para que otros ganaran tiempo para escapar. Pero había una ventaja en ello: si los que estaban aquí habían estado trabajando para proteger a la niña, entonces deberían de saber dónde estaba.

—¡Por aquí cerca hay gente que hizo esto! —chilló mientras sus soldados empezaban a llegar—. ¡Encontradlos! ¡Encontradlos y traédmelos!

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Sebastián odiaba dejar atrás a Cora y a Emelina. En cualquier otra situación, no les hubiera dejado hacerlo; no hubiera permitido que se

sacrificaran de esta manera. Ya habían muerto personas más que suficientes por él. Hans, Will, incluso Asha…

Solo la presencia de Violeta en sus brazos le impedía dar la vuelta e intentar salvar a sus amigas. No podía poner en peligro a su hija; tenía que protegerla. Además, se decía a sí mismo, el plan de Emelina dependía de la distancia entre ella y Violeta, de manera que cuando ella apagara su falsa aura de poder, el Maestro de los Cuervos no podría seguirles la pista a través de Violeta. Mantenerse alejados de ellas, en realidad, los mantenía a salvo.

Sebastián intentaba decírselo a sí mismo, pero realmente era difícil creerlo.

—Ya casi hemos llegado, su majestad —dijo Edmore. Sebastián vio que el hombre estaba sudando. Evidentemente, era un esfuerzo bloquear al Maestro de los Cuervos. Eso hacía que la forma en la que lo había hecho Emelina aún más impresionante.

—Cuando lleguemos a la taberna, podremos descansar —lo tranquilizó Sebastián. Vio que Valin miraba alrededor cautelosamente—. Estaremos a salvo.

—¿Seguro? —preguntó el soldado—. El Nuevo Ejército al completa se acerca. ¿Podremos nosotros, que somos pocos, mantenernos a salvo contra eso?

—En Monthys, sí —dijo Sebastián. Tenía que creerlo. Tenía que creer que habría algún lugar que sí que sería seguro.

Continuaron cabalgando hacia la taberna y, a medida que se acercaban, más preocupante le parecía su aspecto a Sebastián. Era evidente que el lugar estaba descuidado, la yedra trepaba por las paredes escondiendo los agujeros que habían en ellas, y un metro antes sus los cantos estaban casi desgastados. De no haber habido gente por el patio, Sebastián podría haber pensado que el lugar estaba abandonado.

Un sendero salía de ella y llevaba en dirección al río que debía de estar a un kilómetro de distancia y, allí en el agua, Sebastián vio barcas verde musgo y barcazas, puntualizadas por el destello ocasional de color.

—Podríamos ir hasta el río y coger una barca —sugirió Valin.

Sebastián asintió. Quizá fuera una buena idea. Los ríos conectarían

con otros y podrían llevarles a cualquier lugar, desde Monthys hasta llegar a la costa.

—Mañana lo decidiremos —dijo—. Por ahora, necesitamos descansar.

Está empezando a oscurecer y no quiero estar fuera con Violeta.

La necesidad de mantener a salvo a Violeta hacía que todo lo demás fuera secundario. No importaba lo raro que le pareciese este lugar Sebastián, tenían que parar aquí, así que entró cabalgando con ella y los demás, sujetándola a ella con una mano y la otra sobre su espada.

La gente que había en el patio miraban fijamente en silencio mientras entraban. No era exactamente una mirada hostil, era más de desconcierto, como si no entendieran por qué un extraño se atrevería a venir a su taberna.

—¿Hay un establo para los caballos? —gritó Sebastián.

Nadie se movió para ayudar, así que desmontó y llevó al caballo hasta un palenque.

—Yo me encargo de ellos y os veo dentro —dijo Valin.

—Gracias —respondió Sebastián—. Intentaré encontrarnos habitaciones.

Entró con Violeta en brazos y Edmore a su lado. Cuando entraron en la taberna, esta se quedó tan completamente en silencio que era imposible no ver las miradas sobre él desde cada rincón. Allí había hombres y mujeres, algunos vestidos con ropa de colores, algunos con un gris apagado que a Sebastián le recordaba un poco la sotana de un sacerdote.

El interior de la taberna era un lugar raro. Los techos eran bajos y daban sensación de claustrofobia, la única luz la daban unas velas de sebo que colgaban de unos apliques y de un fuego que ardía débilmente en una chimenea. El resultado era una tenue luz naranja que solo hacía que la gente que había en la taberna pareciera más sospechosa y peligrosa. Sebastián se puso a pensar qué sucedería si anunciara quién era, y decidió que no quería saberlo. Se tapó a él y a su hija con la capa y apartó la cara de la luz para que costara más que alguien le reconociera.

—Oh, no hace falta que arropes tanto a la pequeña —dijo una mujer desde detrás de la barra. Era una mujer robusta de unos cuarenta

años, con

unos pendientes elaborados en ambas orejas y un tatuaje en bucle en un lado de la cara—. Tendrá suficiente calor con el del fuego. Me llamo Kasai.

Yo y mi marido, esta es nuestra taberna.

—Mis amigos y yo estamos de paso —dijo Sebastián—. Buscamos comida y habitaciones para la noche. Vamos de camino a…

—Creo que es mejor no decirle a la gente a dónde vas ni por qué estás aquí —dijo Kasai—. Una de las normas de mi taberna: no digas a la gente de qué lado estás o de cuál escapas.

—¿Piensas que soy un desertor? —dijo Sebastián, desprevenido.

—Oh, mi chico, pienso todo tipo de cosas sobre ti, pero ninguna es importante. Siempre y cuando te ciñas a las normas, aquí no hay problemas.

Ocúpate de tus asuntos. No saques el tema de tu bando, o de tu causa, o de lo que tú piensas que es correcto o legal. No busques peleas con mis clientes. Paga tus bebidas. Haz todo esto y todo irá bien.

Sebastián asintió.

—Necesitaremos habitaciones. Somos tres, más mi hija.

—Hay una cuna en uno de los armarios —dijo Kasai—. Te la dejaré en la habitación de arriba. Le traeré leche de cabra y puedes dejarla durmiendo mientras tú comes algo.

A una parte de Sebastián no le gustaba la idea de dejar a su hija sola y la tabernera debió notarlo.

—Está bien. Haré que una de las chicas la vigile. Si pasa algo, gritará.

—No hace falta —dijo Valin, que acababa de entrar—. Yo la vigilaré mientras vosotros coméis y después subes tú a vigilarla mientras yo como.

Sebastián asintió. No era lo ideal, pero lo cierto era que él y los demás necesitaban descansar. Kasai le mostró una habitación que estaba arriba del todo de la taberna, donde los trozos de yedra tapaban los agujeros de las paredes, con paredes colocadas por los lados. Trajo una cuna que, en realidad era una cesta sobre un atril. Valin cogió a

Violeta, con una dulzura sorprendente tratándose de un antiguo soldado. Él y Edmore bajaron las escaleras y se instalaron en una mesa y comieron estofado de una olla grande que, por lo menos hacía improbable que nadie intentara envenenarlos. Kasai trajo vino y Sebastián bebió con moderación.

Cuando hubo comido, Sebastián fue hacia arriba. Edmore hizo la intención de ir con él, pero Sebastián negó con la cabeza.

—Tú y Valin pasáoslo bien un rato. Yo cuidaré de mi hija.

En parte lo dijo porque sabía que el hombre necesitaba todo el tiempo posible para recuperarse y, en parte, porque Sebastián quería al menos algo de tiempo a solas con su hija durante este viaje. Subió y le hizo un gesto con la cabeza a Valin, que estaba sentado al lado de la cuna que Kasai había encontrado.

—Apenas se la oye —dijo Valin—. Tampoco ninguna señal de problemas del resto de la taberna.

—baja a comer —dijo Sebastián —. Yo la vigilaré un rato.

Tomó la silla de Valin, deseando poder coger a su hija y mecerla mientras dormía, pero no quería arriesgarse a despertarla, no ahora. En lugar de eso, se reclinó en la silla, observándola, pensando en lo preciosa que estaba allí tumbada.

—Tu madre volverá pronto con nosotros —le susurró Sebastián—.

Entonces todo estará bien.

Tenía que creer que Sofía regresaría en algún momento. Había ido a encontrar a sus padres, pero incluso en Morgassa, él suponía que se oiría hablar de la guerra de su reino muy pronto. Sebastián resistiría hasta que ella regresara; se aseguraría de que su reino y su hija estuvieran a salvo.

Sebastián estaba allí sentado observando a Violeta hasta que se le empezaron a cerrar los ojos. Habían estado cabalgando mucho, y durante tanto tiempo que no era posible mantenerse despierto.

Soñó con el pasado, con los días en los que era joven. Ya entonces su madre había sido violenta y exigente, con mucho carácter e incluso amedrentadora para un niño pequeño. Durante buena parte del tiempo, a Sebastián lo vigilaban tutores y niñeras, y soñó que estos lo perseguían por palacio, buscándolo mientras él salía en busca de…

¿en busca de qué?

Buscaba algo y no podía encontrarlo, mientras todo el rato, de fondo había el llanto de un niño que tenía hambre, o se había perdió, o…

Cuando Sebastián se desveló de golpe, no podía desprenderse de la sensación de que algo iba mal, de que faltaba algo. Las velas que iluminaban la habitación se habían apagado y Sebastián rebuscó con las manos por allí hasta que encontró una. La encendió a tientas, mordiéndose el labio por la frustración mientras lo hacía. Una luz parpadeante llenó la habitación y Sebastián la cogió en alto y, al hacerlo, se quedó sin aliento.

—No…

Uno de los agujeros tapados por la yedra estaba ahora descubierto, dejando a la vista la noche que había detrás, mientras donde antes estaba la

cuna ahora había un espacio vacío. Sebastián sentía que el pánico crecía en su interior.

Su hija había desaparecido.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Sofía se dirigía al Hogar de Piedra y a su alrededor se formaba un ejército. Con casi cada paso que daba, parecía que se le unía más gente, provenientes de los lugares de los que habían escapado y de las pequeñas aldeas por las que pasaban.

—¿Por qué el Hogar de Piedra, mi señora? —preguntó Lani—. Los supervivientes dicen que ha desaparecido.

—es el último lugar en el que sé que estuvo mi hija —dijo Sofía. Si tenía que encontrar a Violeta, por algún sitio debía empezar y el Hogar de Piedra era el lugar mejor que se le ocurría—. Y hay algo más. Tengo que verlo. Tengo que saber lo que hicieron.

—¿Estarán allí los hombres del Maestro de los Cuervos? —añadió Aia.

La guerrera no parecía demasiado preocupada por la posibilidad, simplemente interesada.

—Mi esperanza es que se hayan ido —dijo Sofía—. El Nuevo Ejército es como una plaga de langostas. Se mueve, mata y después vuelve a moverse.

Intentaba no pensar en lo que eso podría significar para la gente que le importaba. El Maestro de los Cuervos no era de los que tomaban prisioneros o los retenía. No cedía ni negociaba.

—No debería haber ido a Morgassa —dijo Sofía.

—Si no lo hubiera hecho, no hubiera encontrado a sus padres —dijo Lani—. Y yo no sería libre. Discúlpeme, mi reina, pero hay algunas cosas de las que no debería retractarse.

—Lo siento —dijo Sofía—. No quería decir eso. Solo es que… si hubiera estado aquí, podría haber hecho algo.

—No sabe lo que podría haber hecho —dijo Aia—. Quizá podría haberlo parado todo, pero quizá hubiera muerto. Una guerrera lidia con lo que sí que es.

—no soy ninguna guerrera —dijo Sofía.

—Venció a más hombres de los que los doce pudimos matar —dijo Aia

—. Usted nos ordena a nosotros y a un gato del bosque, que puede matar

con la misma facilidad. Puede que no luche con espada y pistola, pero puede ganar guerras con su mente.

—En ese caso sí que debería haberme quedado aquí —insistió Sofía.

Aia dijo que no con la cabeza.

—Por haber ido a Morgassa, nos tiene a su lado. Tiene la piedra del fuego para usar. Si se hubiera quedado, ¿podría haberse enfrentado al Maestro de los Cuervos?

—Yo… —Si Sofía hubiera sido Catalina, probablemente hubiera dicho que sí de inmediato. En cambio, ella negó con la cabeza—. No lo sé.

—Y ahora tiene el poder que se necesita para vencer a este mal —dijo Aia.

Sofía pensó en las piedras que Catalina y Lucas habían ido a buscar.

—Una parte de él.

—Céntrese en eso —dijo Aia—, no importa lo que veamos en el Hogar de Piedra.

Sofía hacía todo lo que podía, y continuaron por el camino hasta el Hogar de Piedra, ahora desfilaban una fila de los que habían huido y de los que habían estado esperando a que ella llegara. En ella había soldados y guerreros del Hogar de Piedra, entre otros.

Aun así, cuando llegaron al Hogar de Piedra, Sofía sintió que se le partía el corazón.

Ya no había ningún soldado por allí, aunque el páramo chamuscado por todos lados mostraba los muchos que debía de haber habido. A Sofía no le hacía falta ninguna habilidad de rastreo para ver la dirección en la que habían ido las tropas, hacia el norte en una gran ola de hombres y caballos.

También se habían movido rápido; tan rápido como para abandonar sus cañones porque no querían que los entorpecieran.

Dentro del Hogar de Piedra, estaban los muertos.

Yacían en montones o en círculos, casi demasiados para entenderlo.

había tantos que casi se convertían en números en lugar de personas. Casi.

Sofía vio el cuerpo de Vincente, caído en las murallas contra un montón de enemigos. Vio los cadáveres de hombres y mujeres a los que había conocido, algunos soldados, otros eran personas que habían huido de Ashton. Una mujer había sido sirvienta en palacio, y Sofía sintió una tensión en su interior cuando se dio cuenta de que ni tan solo sabía su nombre.

Había cuervos por todas partes, dando saltitos entre los muertos, dándose una comilona de un modo que habría sido horripilante aunque Sofía no hubiera sabido que cada vez que picoteaban la carne estaban alimentando el poder de su maestro, e incluso si no hubiera conocido a las personas con las que se estaban dando un banquete.

—¡Marchaos! —chilló, recurrió al poder de la tierra y mandó un destello del mismo con una explosión, para asustar a los pájaros para que salieran volando.

—Informarán a su maestro —dijo Aia.

—Déjalos —respondió Sofía—. Nunca le íbamos a tomar por sorpresa.

—Tenemos que enterrarlos —dijo Lani.

—Tenemos que quemarlos —respondió Sofía, sin estar segura de si era por la influencia de la piedra de fuego o no. Aunque tenía sentido. Si los quemaban, los cuervos no podrían darse un festín. Si los quemaban, el maestro de los Cuervos no podría cobrarse su precio—. Juntad los cuerpos.

Construid piras funerarias. Trabajad rápido. Tengo… tengo que mirar.

Tenía que buscar a Sebastián y a su hija.

Sofía avanzaba sigilosamente entre los muertos y no conseguía reprimir todo aquel horror mientras tenía que mirar cuerpo tras cuerpo, pues quería saber, necesitaba saber que Sebastián y Violeta no estaban por allí en algún lado. sentía que las lágrimas le caían silenciosas por las mejillas al ver a tantos muertos, mientras la gente que la siguió los juntaba para las piras, la gente del Hogar de Piedra eran recogidos con veneración, los soldados del Nuevo Ejército arrojados apresuradamente en hoyos excavados.

Sofía todavía estaba caminando entre los muertos cuando se le acercó un hombre y le hizo una reverencia. Parecía agotado, como si hubiera recorrido todo el reino.

—Su majestad —dijo, respirando con dificultad—. Oí decir que estaba de vuelta en el reino. ¡Tengo noticias!

Una parte de Sofía deseaba decir que, fuera lo que fuera, podía esperar hasta que hubieran recogido a los muertos, pero había algo en la manera en que lo dijo que daba a entender que no podía. Después estaba el hecho de que, obviamente, había estado caminando hasta el límite de sus fuerzas.

—¿Qué noticias? —preguntó Sofía—. ¿Quién eres?

—Me llamo de Lacy —dijo el hombre—. Escapé de aquí, junto con unos cuantos más, cuando llegó el ataque. Nos encontramos con el rey

y la princesa en el camino.

—¿Sebastián y Violeta todavía viven? —preguntó Sofía—. ¿Están a salvo?

De Lacy asintió.

—Cuando yo los vi, estaban a salvo, aunque ahora no puedo asegurarlo.

Estaban hablando de ir hacia el norte, a Monthys, y eso no es… una buena idea. Había dos más con ellos.

La esperanza se encendió en el interior de Sofía. Violeta y Sebastián habían sobrevivido a esto. Iban de camino a un lugar seguro y Sofía sabía a donde iban. Podría encontrarlos y, juntos en Monthys, recuperarían el reino del maestro de los Cuervos.

—Gracias —dijo, tomando la mano de de Lacy—. Gracias.

—Mi reina —dijo Lani—. Las piras están preparadas. ¿Va a hablar?

—Yo… —Sofía sabía que debía hacerlo. Debía encontrar las palabras para decirle a la gente que tenía alrededor que toda esta muerte, de algún modo, valdría la pena. Debía decirles que todavía había esperanza. Ahora podía hacerlo, pues ella tenía esperanza.

—En un minuto estoy allí —prometió—. Hay algo que debo hacer primero.

Localizó la tierra que tenía debajo y la conectó con su magia. Sentía su magnitud más lejana y la conocía tan íntimamente como conocía su piel.

mandó su atención a lo largo del camino que iba hacia el norte, a Monthys, en busca de su marido y de su hija.

Pronto captó la luz centelleante del poder de Violeta, blanco y puro, casi cegador en la distancia. La hacía fácil e localizar y eso consolaba un poco a Sofía, pero también le daba miedo. Si ella podía localizar tan fácilmente a Violeta, también podían hacerlo otros. También podía hacerlo el Maestro de los Cuervos.

Cuando Sofía acercó más su atención, vio a la caballería del Nuevo Ejército como una estampida en dirección a donde se encontraba Violeta.

Vio al Maestro de los Cuervos corriendo entre los árboles que lo escondían de la vista.

Vio que la luz del espíritu de su hija parpadeó hasta apagarse.

—No —dijo Sofía mientras se apartaba de aquella visión—. ¡No!

Antes, el dolor que había sentido había sido general, demasiada gente a la vez como para que calase en ella. Ahora, parecía que el mundo entero se derrumbaba sobre ella. Sofía se dejó caer sobre sus rodillas, envuelta en el dolor que parecía llenar el mundo en ese momento.

Su hija había muerto.

Lloró hasta sentir que podría llenar un lago con ello, sollozaba tan fuerte que le temblaba todo el cuerpo y sentía que se estaba rompiendo a pedazos.

En algún momento dentro de ese dolor, Sofía sintió que empezaba una tormenta encima suyo en respuesta a su poder extendido.

Se envolvió con los brazos y se puso de pie. Lani and Aia estaban allí, sujetándola entre las dos.

—Mi reina, deberíamos llevarla dentro. La lluvia…

—La lluvia no importa. Nada de esto importa —dijo Sofía—. Violeta…

mi hija está muerta.

Rompió a llorar otra vez, prácticamente destrozada por el peso de la pérdida

CAPÍTULO VEINTICINCO

Catalina avanzó hacia las sombras que había en el estanque.

—Sé que no sois reales —dijo—. Sé que tú solo eres una imagen de él, no el de verdad. Sofía y Lucas tampoco son reales.

—Pero tu odio y tu rabia son reales —dijo la sombra del Maestro de los Cuervos—. Esta es la parte que importa. ¿Nadie te ha mostrado

todavía la muerte de Will?

—No —dijo Catalina, sin saber si solo estaba respondiendo o suplicando que no se la mostraran. Eso no cambiaba nada. El estanque de sombras se transformó y, en él, Catalina vio a Will, intentando distraer al Maestro de los Cuervos, intentando prender fuego a un cañón dañado para probar de destruirlo. Vio sonreír a Will victorioso antes de hacerlo y al maestro de los Cuervos huyendo a una velocidad inhumana.

—¿Por qué me muestras esto? —preguntó Catalina—. ¿Solo intentas hacerme daño?

—No solo —dijo la sombra.

Catalina oyó el ruido de unos pasos tras ella y, al girarse, vio allí a Lisare.

—Catalina, no puedes hacerlo. ¡Debes prepararte más antes de intentar coger la piedra!

—¡Quédate atrás! —le advirtió Catalina, levantando una mano como si la alejara—. Tengo que verlo.

Entonces las sombras que tenía delante se rieron, las tres, y las voces de Sofía y de Lucas eran perfectas.

—Tienes que verlo —susurró la sombra y se transformó, de modo que ahora era ella—. Tienes que ver quiénes son tus enemigos reales. ¿Es el Maestro de los Cuervos o son los que estuvieron con el chico al que tú amabas y lo dejaron morir, cuando tenían el poder para evitarlo?

—No —dijo Catalina—. No os voy a escuchar.

Por dentro, ansiaba con dolor ver el modo en el que había muerto Will.

Deseaba haber estado allí para él. Deseaba haber tenido el poder para mantenerlo a salvo.

—La piedra puede darte poder —dijo la sombra, como si la hubiera oído—. Puede darte el poder para atacar a todos aquellos que lo merezcan.

Entonces la sombra de Sofía dio un paso adelante.

—¿Viste que Will estaba solo? Yo era su reina. Si yo hubiera estado

allí, le podría haber ordenado que se retirara.

—Yo nos llevé por todo el mundo —dijo la sombra de Lucas—. Si yo no hubiera venido, tú habrías estado allí con Will, y no a todos esos kilómetros al otro lado del mar.

—Evidentemente, tú ya sabes a quién culpas en verdad —dijo la sombra de Catalina, clavando la mirada en la de ella—. Podrías haber estado allí a su lado. Podrías haberlo salvado.

—Catalina —dijo Lisare, extendiendo una mano—. Aléjate del estanque. Todas las piedras tienen poder, y la de esta te arrollará si vas ahora hasta ella. Te convertirá en una versión perversa de ti misma. Usará todas tus peores características para avivarse.

—Por otro lado —dijo la sombra, que ahora lucía la forma de Siobhan

—, tú ya conoces ese juego, ¿no es así, aprendiza?

—Estás muerta —dijo Catalina—. Ahora nada de lo que digas o hagas puede hacerme daño.

—Muerta, junto con muchos otros —dijo la sombra—. Dijiste que no fue culpa tuya cuando fuiste poseída, que no se te podía hacer responsable de lo que sucedió, de a quien heriste. Aun así, ¿quién se abrió para ser tomada? ¿Quién se entregó solo para ser algo más que una campesina ansiosa de venganza?

—Intentaba ser una guerrera —dijo Catalina—. Ella me engañó.

—Ella te dijo el precio de lo que tú deseabas —dijo la sombra—. Lo deseabas pero no querías pagar el precio. Pusiste en marcha cosas que te pusieron en contra del maestro de los Cuervos y mataste al chico.

—Yo… —Catalina no estaba segura de qué decir a eso, pues por debajo de ella, en el estanque de sombras, se estaba desplegando una cadena de acontecimientos, que le mostraba sus acciones, que le mostraba una y otra vez cómo llevaron implacablemente a la muerte de Will.

—No escuches, Catalina —dijo Lisare—. Vamos, aléjate.

—Ahora no puedes alejarte, ¿verdad? —dijo la sombra—. Sabes que es tu destino, Catalina. Lo único que tienes que hacer es sucumbir a tu rabio hacia tu hermano y tu hermana. Lo único que tienes que hacer es matar a sus sombras.

—Yo no les odio —dijo Catalina, negando con la cabeza—. Yo les quiero.

Las sombras se transformaron y le mostraron a sus padres.

—Tú siempre nos quisiste, pero ¿por qué? Nosotros te dejamos. Te abandonamos cuando eras una niña, después otra vez cuando dejamos que la muerte nos reclamara. No te llevamos con nosotros. Te dejamos en la Casa de los Abandonados.

—¡Así no es como pasó! —gritó Catalina—. ¡Estáis distorsionando las cosas!

—eso es lo que hace la piedra —dijo Lisare—. Catalina, tus pies.

Catalina se miró los pies y vio que se había metido en las sombras. Le envolvían los tobillos como el agua, aunque parecían más humo.

Cuando alzó la vista de nuevo, Sofía y Lucas estaban allí de nuevo en forma de sombra y el Maestro de los Cuervos estaba detrás de ellos.

—Míralos —dijo este—. Ellos con tanto poder, y tú con tan poco. Se compadecen de ti, ¿sabes, Catalina? Piensan que tú eres la débil, la indefensa.

—Es cierto —dijo la sombra de Sofía—. Siempre fuiste la hermana estúpida que luchaba demasiado y no pensaba lo suficiente. Cuando tenías poder, eras útil, pero ahora… no me extraña que te mandara lejos.

—No –dijo Catalina, negando con la cabeza—. ¡Así no es como sucedió!

A lo lejos, era consciente de que la voz de Lisare estaba diciendo algo, pero no podía distinguirlo.

—…escucha… existe para engañar… distorsiona las cosas…

—Sofía no te necesita ahora que me tiene a mí —dijo Lucas, hablando por encima—. En realidad, tú no deberías haber nacido nunca. Si yo no hubiera tenido que marchar, nadie te habría necesitado.

—Will nunca te necesitó —dijo el Maestro de los Cuervos—. No dijo nada de ti cuando murió.

—¡No! —gritó Catalina, lanzándose hacia delante. Se precipitó a través de las sombras de su hermano y hermana, haciendo que

explotaran y se partieran mientras clavaba su espada en la sombra del Maestro de los Cuervos una y otra vez. Se convirtió en una sombra de ella y Catalina continuó apuñalando, odiándose a sí misma casi tanto como a él. No había estado allí para Will. Había causado mucho dolor.

Daba vueltas con la sombra, forcejeando con ella y entonces vio la piedra de la sombra en su corazón. Catalina estiró la mano para cogerla, sumergiendo la mano muy adentro de ella. Notó que cerraba los dedos alrededor de una piedra que no era una piedra: era algo de pura sombra hecha sólida. La arrancó, rugiendo de rabia mientras clavaba su espada profundamente en la cosa que tenía enfrente.

Se derritió y dejó al descubierto a Lisare, estirando la mano hacia ella desde detrás, con la espada sobresaliéndole por el pecho. Parecía que intentaba decir algo y, entonces, cayó hacia atrás, su sangre se derramaba hacia las sombras del estanque.

Estas parecían estar furiosas, retorciéndose alrededor de Catalina.

«Otra muerte a cargo de tu hermana» —susurró una voz en su interior

—. Si ella no te hubiera mandado aquí, nada de esto hubiera sucedido. Se está fraguando una batalla y tú sabes lo que debes hace, ¿no es así, Catalina?

Catalina lo sabía. Tenía que matar a Sofía, tenía que matar a Lucas, tenía que matar a todos los que se metieran en su camino. Sentía que el poder volvía a fluir en su interior mientras las sombras la recorrían, abriendo los canales que ella había agotado en su servicio, que ellas habían destrozado para que ella no fuera una amenaza para ellas.

Entonces Catalina comprendió su maldad. Comprendió el modo en el que la habían usado para convertirse en algo tan mal como el Maestro de los Cuervos había sido siempre. Sofía siempre había sido una manipuladora y ahora Catalina entendía todos los pasos que había dado para llegar al trono con manipulaciones, y por qué Will había muerto por esa causa.

Ahora lo veía todo con claridad, a pesar de que el mundo parecía estar envuelto en un velo de sombras que Catalina no podía levantar. Veía todos los deseos secretos en los corazones de la gente, desde el odio asesino de Sebastián por su familia a la necesidad del pueblo del Hogar de Piedra por controlarla a ella y a los demás. Comparado con todos ellos, había algo casi puro en el Maestro de los Cuervos. Por lo menos él no fingía ser algo que no era.

Catalina sonrió al pensarlo mientras se le ocurría una idea; la clase de idea que no se le hubiera ocurrido hasta que agarró la piedra. No hubiera tenido la claridad que necesitaba hasta ese momento. Ahora, veía todas las conexiones, todas las cosas que podía hacer para conseguir un mundo

acorde con el caos que sentía dentro ahora mismo. Veía todas las muertes que debía haber.

Ahora tenía la fuerza para hacer eso y más. Catalina alargó el brazo hacia las sombras de su alrededor, sintiendo las formas en las que conectaban con una oscuridad más profunda y, desde allí, con todas las sombras del mundo. Se envolvió con ellas como con una capa y desapareció.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Rika deseaba tener más magia mientras su flota se acercaba cada vez más a la Isla de los Espíritus. Si hubiera tenido la magia para hablar de mente a mente, podría haber llamado a Lucas y localizado dónde estaba dentro de la isla. Incluso podría haberlo llamado hacia ellos, para advertirlo de las cosas que había visto en su visión y salvarlo sin tener que poner allí un pie.

Por otro lado, si hubiera tenido ese talento, quizá no hubiera tenido la habilidad para ver lo que había visto.

—Tenemos que hacer el arribo —dijo Rika. Señaló hacia una cala—.

¡Allí!

Su buque insignia, y aún se hacía extraño tener un buque insignia, giró hacia el lugar que ella había señalado y el resto de su flota giró detrás de ella.

Se acercaron más y Rika deseaba poder ir más rápido, pues imaginaba que cada segundo que se demoraran ponía a Lucas en más peligro. A su alrededor, unos barcos fantasmagóricos se alzaban de las olas, de

una variedad de estilos que abarcaban siglos y parecían proceder de alrededor del mundo. Había galeras y galeones, barcos largos y cosas más extrañas que parecía que nunca podían haber flotado. Fluían alrededor de la flota, balistas fantasmales y disparos de cañón.

—No son reales —declaró Rika—. Intentan ahuyentarnos. Ignoradlos.

Haced correr la voz.

Rika no estaba segura de si los demás realmente creían lo que ella decía o si le seguían la corriente porque era su duquesa. Fuera lo que fuera, los barcos no reaccionaron al fuego que se acercaba, sino que continuaron en dirección a la playa. Eran artesanía de Ishjemme, y eso significó que se acercaron tanto que Rika pudo saltar a los bajíos y unos guerreros fuertes y grandes la siguieron, todos recurriendo a ella para que los guiara.

—Tenemos que buscar a Lucas —dijo Rika—. Pero mantengamos el contacto. En un lugar como este, los demás pueden verte en todo momento.

Si veis algo, haced sonar un cuerno.

Partieron a través de la isla y Rika empezó a ver a los espíritus que había allí, moviéndose entre los árboles, tocando las tiras de tela que había allí, esfumándose y reapareciendo. Rika vio que los miraban fijamente a ella y a sus hombres y que empezaban a acercarse, algunos se transformaban y cambiaban y parecían más belicosos por momentos.

—No pretendemos invadir —clamó Rika—. Estamos buscando a nuestro amigo.

Rika oyó sonar un cuerno desde un lado y corrió en la dirección del sonido. Allí encontró a uno de los espíritus guerreros haciendo sonar un cuerno curvo, obviamente para intentar distraerla.

Rika oyó más cuernos sonando a su alrededor, uno detrás del otro.

—Retroceded juntos —ordenó—. No permitáis que os separen.

Estaba a punto de ordenarles que se retiraran de la isla, reacia a poner en peligro a cualquiera de ellos hasta que encontrara un modo de hacer las paces con los espíritu. Entonces, por el rabillo del ojo, vio a una figura sentada de piernas cruzadas bajo uno de los árboles, brillando ligeramente.

—¡Lucas! —chilló Rika, mientras corría en su dirección.

Lucas parecía… extraño. Era casi translúcido, como si se estuviera desvaneciendo lentamente hasta convertirse en el material del que estaba hecho la isla. A su lado, Rika pudo distinguir el contorno de uno de los fantasmas, una mujer. Parecía que Lucas sujetaba una especie de espada, junto con la piedra que le habían mandado a buscar.

No miró a Rika mientras esta se acercaba, no reaccionó en absoluto cuando ella movió la mano delante de la cara de él.

—¿Lucas? Lucas, ¿me oyes?

—Él no es tuyo —dijo la mujer espíritu—. Debe quedarse aquí.

—¿Quién eres tú? —preguntó Rika.

La mujer espíritu sonrió.

—Me llamo Elanora y Lucas me ama. Quiere quedarse. Me ha dado su realidad.

Desvió la mirada de Rika y Rika la cogió por la muñeca. Su agarre la atravesó y Elanora se echó hacia atrás como bailando.

—No hay nada que puedas hacer —dijo—. Él me lo dará todo. Se quedará aquí y yo seré libre.

—En el momento en el que seas tan real como para matarte, te clavaré un cuchillo —prometió Rika.

La mujer espíritu volvió a sonreír.

—En ese caso, tenemos que hacer algo contigo. ¡Ayuda! ¡Están atacando! ¡Invasores!

Entonces los espíritus fueron a por ellos, guerreros y cosas más extrañas, bestias y monstruos que nunca podrían haber existido en carne y hueso. Fueron a la carga contra los soldados y, aunque los espíritus parecían poco sólidos, algunas de sus armas daban en el blanco. Pero no todas, ni tan solo la mayoría. La mayoría pasaban a través de ellos.

Rika vio la diferencia. Los hombres que eran atacados por garras o espadas o dientes eran los que se encogían de dolor, o intentaban bloquear, o incluso atacar con la expectativa de golpear. Algo

parecido a un lobo se abalanzó sobre ella, con las mandíbulas totalmente abiertas. Rika se forzó a resistir, ignorándolo. No era real. Solo era un espíritu.

Convencerse a sí misma de ellos mientras el lobo saltaba era una de las cosas más difíciles que había hecho. Su primer instinto era encogerse de miedo, reaccionar, pasarle realidad a esta cosa que buscaba matarla. En cambio, se quedó allí y dejó que sus mandíbulas le atravesaran la carne, sintiendo solo el frío roce de espíritu al pasar.

—No somos invasores —le dijo, tan calmada como pudo— Solo quiero que Lucas regrese sano y salvo.

Se dirigió al resto de los hombres, algunos de ellos luchaban frenéticamente contra criaturas a las que no podían esperar igualar, algunos dejaban que las espadas los atravesaran. Ella alzó la voz:

—Centraos en lo que es real —les gritó Rika—. Concentraos los unos en los otros, en la gente con la que lucháis y la que os importa. ¡Vosotros sois reales, los espíritus no!

Cruzó el campo de batalla, atravesando deliberadamente a los espíritus.

Puede que ella no fuera Sofía, capaz de reunir magia contra ellos, o Catalina, capaz de derrotarlos, pero podía demostrar a sus hombres que no eran reales.

Caminaba por en medio de las peleas, ignorando a las criaturas que venían hacia ella, decidida a no demostrar ningún miedo. Sin pensarlo, Rika bajó hasta la playa, llegó hasta el barco que la había traído y sacó un paquete cuidadosamente envuelto.

Rika sacó un arpa de mano y empezó a tocar, mientras iba caminando.

Su música se extendía a su alrededor en forma de antiguas canciones tranquilizadoras. Tocaba viejas melodías de Ishjemme, y canciones de al lado de la chimenea de sus familias. Usó su música como un hilo para

conectar a los hombres que había a su alrededor, recordándoles que eso era real y que el resto solo eran figuraciones falsas.

Sus hombres se reunieron a su alrededor y ahora Rika caminaba de nuevo hacia Lucas, paso a paso, dejando que la música se convirtiera en una especie de escudo para aquellos que estaban con ella. Quizás

eso incluso convenciera a algunos de los espíritus que había allí de que ella no era una invasora, porque ¿qué clase de invasora hacía eso con la música?

—No somos vuestros enemigos —decía Rika entre canciones—. No os haremos daño. No lucharemos con vosotros.

Uno a uno, los espíritus dejaron de atacar. Las bestias apartaron las garras de los hombres, los guerreros retiraron sus espadas. Algunos desaparecieron en las profundidades de la isla, mientras que otros se transformaban, haciéndose más humanos, menos intimidatorios.

—¿Qué estáis haciendo? —exigió Elanora—. ¡Deberíais matarlos!

—No creo que se crean tus mentiras —dijo Rika.

Vio que la expresión de la mujer espíritu se volvía desagradable.

—No importa —dijo Elanora—. Yo tengo la piedra del espíritu. Tengo la realidad que él me da. No hay nada que puedas hacer para detenerme y, para cuando intentes clavarme un cuchillo, ya hará tiempo que me habré ido, chica. Los caminos del espíritu pueden llevarme muy lejos de aquí.

Volvió a dirigirse a Lucas y lo acarició casi con ternura. Sus labios tocaron los de él y, de no ser por el hilo de energía que pasaba de Lucas a ella, podría haber parecido casi cariñoso.

—Lucas, vuelve —gritó Rika—. Apártate de ella. Concéntrate en lo que es real.

—No funcionará —dijo Elanora—. Se volvió muy bueno en profundizar, en creer que esto es real. No puedes tocarlo y, mucho menos, despertarlo.

—Obsérvame —dijo Rika. Puede que no pudiera tocar nada del mundo de los espíritus directamente, pero había una cosa que ella siempre había sabido que podía tocar el alma de alguien, y era lo que ella siempre había pensado que perdía el tiempo haciendo en Ishjemme. Ella había sido la hermana que había perdido el tiempo con la música, mientras sus hermanos se dedicaban a los serios asuntos de la guerra. Ahora, podría ser exactamente lo que necesitaban.

Se sentó enfrente de Lucas y empezó a tocar; escogió una canción que hablaba de necesidad y de regreso, del hogar y de la seguridad. Se volcó en

tocar, buscando en sus emociones, con la esperanza de que esto bastara. Si no era así… bueno, ya veía que el empezaba a desvanecerse.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Cora se sentí como un animal que se esconde entre los cazadores mientras Emelina y ella se abrían camino por el bosque. Ella ya sabía que era peligroso ir con su amiga para distraer al Nuevo Ejército, pero ahora la verdadera escala de ese peligro empezaba a tocar de cerca.

—¿Estás empezando a desear no haber venido conmigo? —preguntó Emelina.

—¿Y hacerte hacer esto sola? —replicó Cora. Negó con la cabeza.

Estaría allí con su amiga en esto, llevara a lo que llevara. Señaló hacia un espacio entre los árboles—. ¿Por aquí?

—Por aquí —dijo Emelina, señalando a un camino diferente. Cora confiaba en ella. Al fin y al cabo, era Emelina la que podía ver dónde estarían los soldados.

—¿Cuántos hay? —preguntó Cora.

El hecho de que Emelina dudara antes de responder se lo decía casi todo. Había demasiados. Habían intentado retirar al Nuevo Ejército sobre sí mismos y les había salido demasiado bien.

—Recuerda que cada momento que los tengamos persiguiéndonos a nosotros es un momento en el que no van a ir tras Sebastián y Violeta —

dijo Emelina.

Cora asintió. De eso se trataba —de mantener a la niña a salvo. Se adentraron más en el bosque, confiando en que su protección los ocultara todo lo posible. Cora veía que Emelina sudaba por el esfuerzo y no pensó que fuera solo por correr.

—Todavía soy capaz de escondernos de él —dijo Emelina—, pero no sé cuánto tiempo durará o el bien que estará haciendo. Ahora hay cuervos por todas partes, y hombres.

Ese era el problema. El plan había sido escurrirse entre los grupos de búsqueda mientras todavía buscaban a Violeta, pero ahora, Cora tenía la sensación de que el Nuevo Ejército las estaba buscando a ellas.

—Supongo que al Maestro de los Cuervos no le gusta que le engañen —

dijo Cora.

—¿Quién lo hubiera pensado? —dijo Emelina. Frunció el ceño por un momento—. Maldita sea. ¡Corre!

Cora no dudó cuando un grupo de cuervos se posó en uno de los árboles que había allí cerca. En lugar de eso, echó a correr de manera regular, cogiendo a Emelina por el brazo para que su amiga no se quedara atrás y no intentara hacer ninguna estupidez como enlentecer a los enemigos.

Iban en zigzag entre los árboles, intentando confundir a cualquiera que los persiguiera. Aun así, un soldado vestido con el uniforme del Nuevo Ejército apareció de golpe de los árboles que tenía delante. Cora desenfundó su espada y se la clavó, mientras continuaba corriendo y él caía hacia atrás.

—¡Aquí! —exclamó mientras pasaban—. ¡Están aquí!

De los árboles salieron más y después más, de modo que parecía que una manada entera las estaba persiguiendo ahora, dejando a Cora y a Emelina sin tiempo para descansar o arriesgarse a dar un paso en falso. Otro adversario se puso delante de Cora y ella chocó con él, lo apartó del camino y, con el mismo impulso, pasó de largo a toda velocidad.

Sonaron unos mosquetes y Cora vio astillas de corteza de un árbol por todas partes cuando el plomo impactó contra este. No pensaba que hubiera lugar en su interior para más miedo durante esta persecución, pero de algún modo, lo encontró.

—¿Hacia dónde? —gritó Cora a Emelina.

Casi por primera vez desde que la conocía, Emelina parecía asustada.

—No… no lo sé —respondió gritando Emelina.

Cora escogió una dirección al azar y continuaron corriendo. Solo había dado unas cuantas zancadas cuando Emelina intentó hacerla retroceder.

—Por aquí no. Por aquí está…

Unos cuervos salieron disparados del bosque y el Maestro de los Cuervos salió tras ellos. Cora se giró para escapar y ahora había soldados en el camino. Esto no le impidió lanzarse contra ellos y clavarle su espada debajo de las costillas a uno de sus adversarios. El soldado se retorcía mientras moría y le arrancó el arma de la mano.

Con la misma rapidez, Cora sintió que le arrancaban a Emelina de su agarre y los soldados la apartaban. Cora le dio una patada a uno, pero allí había más, uno se tiró por lo bajo hasta chocar con las piernas de ella. Otros más la agarraron, la sujetaron para inmovilizarla y le pusieron los brazos detrás de la espalda mientras ella luchaba contra ellos. La ataron y la

arrastraron erguida hasta el lado de Emelina, que miraba fijamente al Maestro de los Cuervos con evidente odio.

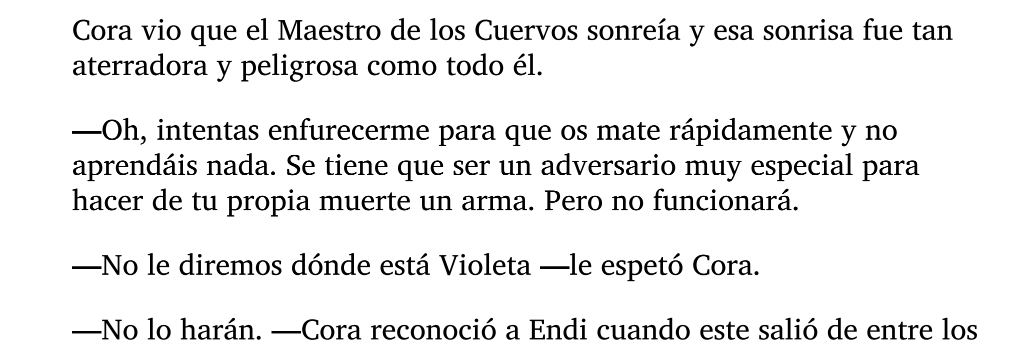
Estaba sentado en el tocón de un árbol tan tranquilamente como si hubiera estado haciendo una audiencia en una cámara real. En la mano tenía un cuchillo largo y fino, mientras a su alrededor los cuervos daban saltitos y se agrupaban, convirtiendo el suelo del bosque en una sábana de negrura.

—Creo que podríais traer la carreta —dijo, mirando por detrás de Cora.

Ella no lo entendió hasta que notó otro trozo de cuerda amarrado al que ella estaba atada, que después lanzaron para torcerle los brazos en alto por detrás. Un soldado la arrastró hasta una carreta de madera y después le dio una patada en la parte de atrás de las rodillas, obligándola a arrodillarse; el dolor era insoportable. Emelina chilló cuando hicieron lo mismo con ella.

—No insultaré vuestra inteligencia prometiéndoos vuestras vidas si me contáis lo que quiero saber —dijo el Maestro de los Cuervos. Ambas sabéis que vais a morir por vuestro papel en este engaño.

—Pero le engañamos de verdad —dijo Emelina—. Ahora no encontrará jamás a Violeta.



Cora vio que el Maestro de los Cuervos sonreía y esa sonrisa fue tan aterradora y peligrosa como todo él.

—Oh, intentas enfurecerme para que os mate rápidamente y no aprendáis nada. Se tiene que ser un adversario muy especial para hacer de tu propia muerte un arma. Pero no funcionará.

—No le diremos dónde está Violeta —le espetó Cora.

—No lo harán. —Cora reconoció a Endi cuando este salió de entre los árboles—. Son algunas de las amigas más fieles de Sofía. Morirán con sus secretos.

—Tú —soltó Cora—. Nos traicionaste a todos.

Endi encogió los hombros.

—Traicioné a una usurpadora. Deberíais hablar. He visto de lo que es capaz nuestro general.

—Me das asco —dijo Cora, apartando la vista de él e intentando ignorar el dolor en sus brazos.

—Basta —dijo el Maestro de los Cuervos, levantando la mano en la que tenía el cuchillo—. Decidme lo que quiero saber pronto y la que me lo diga tendrá una recompensa.

—Ya nos ha dicho que vamos a morir —puntualizó Emelina, que estaba al lado de Cora, hablando con los dientes apretados—. No sé si las

recompensas sirven de mucho.

—La muerte puede ser una recompensa —dijo el Maestro de los Cuervos. Giró el cuchillo de manera que la luz cogió el filo de su hoja —. Al final, una de vosotras lo verá de esta manera, cuando la tortura ya sea demasiado. A la que hable la mataré rápido. La otra tendrá días en los que arrepentirse de no haber hablado antes.

Cora tragó saliva, pues sabía que aquella cosa que tenían delante hablaba totalmente en serio. Intentaba imaginar el horror de lo que estaba a punto de suceder y solo ese pensamiento era demasiado para soportarlo.

—Díselo, Cora —dijo Emelina. Ya hemos hecho suficiente. No quiero verte sufrir.

Cora negó con la cabeza.

—Díselo tú.

—Tal vez deberíais decírselo las dos —sugirió Endi—. Ahorraos un poco de…

Todavía estaba hablando cuando una sombra se unió desde detrás de un árbol, adquiriendo lentamente una forma humana. Cora vio una silueta que salió de la sombra del árbol, avanzó hacia delante y le clavó una espada en el pecho a Endi.

—Nunca me gustó —dijo Catalina mientras su prima se desplomaba sobre el suelo. Cora empezaba a respirar aliviada, pero entonces vio la forma en la que Catalina la miraba: sin preocupación, sin ni tan solo interés.

—¡Tú! —dijo el Maestro de los Cuervos levantándose—. Si has venido aquí a luchar, mejor que te prepares para morir lentamente. Voy a acabar contigo. Tú me dirás dónde está tu sobrina, aunque las otras no lo hagan.

Catalina sonrió y Cora vio las sombras retorciéndose por encima de ella, fluyendo en olas por su piel. Para horror de Cora, aquella se encogió de hombros.

—Imagino que estará en —dijo Catalina—. Allí es donde está la batalla.

Allí es donde estará Sofía. Es donde ella vio este final.

—¿Y tú viniste a matarme antes de todo esto?

—Antes no —dijo Catalina—. Existen muchas otras personas que deben morir, y tú puedes ayudarme con eso, cosa muerta. Debes pagar, pero hay muchas otras personas que deben pagar primero por las cosas que han hecho. Las sombras me lo han enseñado.

Dio un pasó atrás y se dirigió de nuevo hacia las sombras.

—¡Catalina, por favor! —clamó Cora.

Catalina giró la vista hacia ella y pareció que escuchaba algo.

—Si tú y Emelina no hubierais estado allí, Sofía no hubiera vivido para hacerme daño. Will no hubiera muerto. —Cora vio lágrimas en sus ojos, lágrimas que parecían sombras—. Pero quizás os dé una

oportunidad. Las sombras quieren el caos. Nos vemos en Monthys, Maestro de los Cuervos.

Retrocedió hasta las sombras y se esfumó, dejando a Cora y a Emelina arrodilladas donde estaban. Vio que el Maestro de los Cuervos volvía a sonreír de aquella manera espantosa.

—Parece que ninguna de las dos ha ganado su recompensa —dijo.

Señaló hacia los cuervos—. Pasarán días comiéndoos mientras nosotros viajamos. ¡Todos vosotros, conmigo! ¡Nos vamos a Monthys!

Los hombres partieron, siguiendo a su líder. Cora podría haber sentido alivio por ello, solo que, en aquel momento, los cuervos descendieron con las garras extendidas.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Enrique d'Angelica estaba en los campos de delante de casa de Loris, rodeado por tantos hombres que sentía vértigo con tan solo pensarlo. Estaba allí sujetando a Witchsnare; probablemente la lanza los impresionaba tanto como él. Imogen y Loris estaban cerca y, quizás otro hombre podría haber pensado que estaban disfrutando de la magnificencia de todo ello, pero él agradecía su presencia.

Especialmente la de Imogen.

No, no iba a pensar así. Se obligó a concentrarse en la multitud de soldados que había a su alrededor, en lugar de nada que tuviera que ver con ella. Era la única forma segura. Enrique levantó la lanza como un estandarte para pedir silencio.

—Todos vosotros habéis oído las historias —chilló, aunque dudaba que algún hombre pudiera gritar tan alto como para llegar a todos—. Sabéis qué es esto: ¡la lanza de Thom Witchbane!

Vitorearon y a Enrique no le importó que fueran Loris y Imogen los que dieron pie a ello. Lo que importaba era que los hombres la vieran y comprendieran que ahora ellos tenían el poder para derribar a sus enemigos.

Imogen tenía razón en eso, lo que significaba…

Lo que significaba que él debía demostrar ese poder.

Los soldados trajeron a empujones a una figura de aspecto andrajoso vestido con cueros, un hombre de quizás unos veinte, tal vez algo más.

Tenía una constitución fuerte y era más alto que Enrique. No había duda de que era intencionado. Hubiera dado una mala imagen de él si hubiera matado a alguien más pequeño y más débil. Enrique se sentía mal porque fuera así, a pesar de que ese hombre fuera un brujo y, por consiguiente, el enemigo de toda la gente buena.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Enrique al hombre.

—Nils —replicó este tras pensarlo un momento.

—Y eres un brujo, ¿o no lo eres?

—Soy un guerrero del Hogar de Piedra —respondió el hombre—.

Quitadme estas cuerdas y os mostraré hasta qué punto.

—En un momento —dijo Enrique, que seguramente no era para nada lo que el otro hombre esperaba. Sin duda parecía sorprendido por ello.

—¿Tú? ¿Piensas que vas a derrotarme? —preguntó.

Enrique asintió.

—No hay duda de que posees magia, sin embargo, para darte ventaja.

¿Por qué no le cuentas a la gente lo que puedes hacer?

—¿Para que sepas exactamente lo que voy a hacerte? —dijo Nils.

Enrique estaba molesto de que alguien insinuara que él buscaba ese tipo de ventaja, a pesar de que sabía que él tenía una mucho más grande en sus manos.

—Para que mis guerreros vean el peligro que normalmente representarías, y mi victoria sea mayor cuando me enfrente a ti.

Nils se encogió de hombros.

—Si realmente quieres eso. Tengo más velocidad y fuerza que tú.

También puedo leer los pensamientos de la mayoría de la gente.

—Un rival peligroso —declaró Enrique a sus sirvientes—. Alguien que podría leer los movimientos de un contrincante antes de que los hiciera, golpear más fuerte de lo que cualquier hombre tenga derecho y moverse tan rápido que no tengas esperanzas de defenderte. Aun así, ¡lucharé contra él en un combate individual!

Nils le lanzó una mirada de desconfianza.

—¿Y yo qué consigo jugando a tu juego?

Enrique ya había preparado su respuesta a eso. Sabía que un hombre así nunca lucharía simplemente por el honor.

—Yo soy el rey de esta tierra —dijo Enrique—. ¡Y declaro que esto sea un juicio por combate! ¡Si ganas, serás inocente de todos tus crímenes y libre para irte!

El hombre todavía miraba a su alrededor, como si no estuviera seguro de si creerlo o no. Hasta que uno de los soldados de Enrique le cortó las cuerdas y le entregó una espada de dos mangos no se vio más seguro.

—Entonces ¿lo dices en serio? —dijo Nils.

—Así es —respondió Enrique.

—Entonces ¡muere!

Fue a la carga, blandiendo la espada. Era rápido y fue un golpe diestro, pero no fue ni de cerca tan rápido como habría podido. Enrique sentía que la lanza le vibraba en la mano y, de algún modo, supo que estaba

absorbiendo la magia que hubiera hecho que este hombre fuera demasiado rápido para enfrentarse a él.

Paró el golpe con la lanza y sintió el estremecedor impacto, pero en él tampoco había tanta fuerza como podría haber habido. Enrique se movió hacia un lado, y adoptó una posición mientras el otro hombre parecía confundido.

—¿Qué has hecho?

—¡Obligarte a luchar como un hombre, no como un monstruo! —

respondió Enrique.

Nils fue a la carga de nuevo, dando una cuchillada tras otra con la espada. Enrique dio un paso atrás, bloqueaba unos golpes y se apartaba de otros. Finalmente, fijó los pies, agarró bien la espada y empujó.

La lanza atravesó el pecho del brujo, parando su impulso hacia delante y dejándolo mirándola fijamente y sorprendido. Enrique sintió su peso cuando aquel se desplomó y le puso un pie encima, arrancó la lanza del cuerpo del ahora hombre muerto y alzó el arma ensangrentada.

El clamor de los hombres que lo rodeaban fue casi arrollador.

Enrique no sentía su euforia. Bajó la mirada hacia el hombre, tan quieto y con un aspecto tan estupefacto en el momento de su muerte. No se veía diferente a cualquier otro humano, no parecía para anda demoníaco en el momento de su muerte. Costaba mirarlo y no sentir pena por el asesinato que Enrique acababa de cometer. El hecho de que hubiera sido fácil solo parecía empeorarlo.

Loris e Imogen no parecían compartir esa pena. Se acercaron a él, Loris le dio un golpecito en la espalda a Enrique, Imogen puso el brazo sobre el de él.

—Increíble —dijo Loris—. ¡Realmente increíble!

—Funciona —susurró Imogen—. Sabía que podrías hacerlo, Enrique.

—¡La Diosa salve al rey! —empezaron a gritar sus hombres—. ¡Muerte a los brujos!

Lo más raro de todo era que, tras esto, Enrique no estaba tan seguro de que quisiera matar a alguien. Volvió dando tumbos en dirección a casa de Loris, apoyándose en la lanza. De algún modo, pensaba que matar brujos sería diferente.

—Buscaré a un sirviente para que nos traiga bebidas para celebrarlo —

dijo Loris, cuando llegaron a la casa—. ¡Nuestro mejor coñac!

Se marchó a buscarlo antes de que Enrique pudiera protestar de que este no era un momento para celebraciones.

—Tardará un rato en volver —dijo Imogen. Le cogió de la mano—. Ven conmigo y cuéntame por qué te sientes tan triste en un momento en el que deberías estar feliz.

—¿No es evidente? —preguntó Enrique.

Ella le dio un beso en la mejilla.

—Para mí lo es.

Enrique ni tan solo intentó discutir por el beso esta vez. En lugar de eso, la llevó hasta la habitación vacía más cercana disponible, un pequeño estudio y cerró la puerta firmemente tras ellos.

—¿Aquí? —preguntó Imogen.

Enrique la besó.

—Me he estado conteniendo por lo que debería ser, pero aquí y ahora, me siento como si todo lo que debiera hacer fuera solo una mentira.

—Pero lo estás haciendo bien —dijo Imogen—. Tienes el poder para derrotar finalmente a tus enemigos.

—Sin embargo, mirando a aquel pobre hombre… me pregunto si realmente puedo odiarlos, Imogen. Sin sus poderes, solo era de carne y hueso.

—Todos somos de carne y hueso —dijo Imogen—. Y si tú no triunfas, podríamos descubrir lo frágiles que somos todos. ¿Piensas que los otros permitirán vivir alguien que se ha declarado a sí mismo rey?

—No, yo…

—Piensas demasiado —dijo Imogen, lo estiró hacia ella para besarlo, se tumbó sobre el escritorio del estudio y extendió una mano hacia él —. A veces es mejor no pensar.

Enrique asintió, apartó la lanza de Lord Thomasin y fue hacia ella.

***

Enrique todavía estaba tumbado junto a Imogen cuando llamaron a la puerta de forma estruendosa.

—¿Qué sucede? —preguntó, apresurándose a vestirse—. ¿Quién es?

—Su majestad —gritó un sirviente desde el otro lado de la puerta—, hay un hombre que dice que tiene que hablar con usted.

—Siempre hay hombres que dicen eso —respondió bruscamente Enrique, sin abrir la puerta—. parece que todo el mundo, desde duques hasta el mayordomo, necesita hablar conmigo. ¡Lo veré a su debido tiempo!

—Dice conocer el paradero del traidor, Sebastián de la Casa Flamberg.

Enrique fue hacia la puerta en un instante, la abrió, la cruzó y, cuando estaba a medio camino, recordó que el hombre entrevería a Imogen, que todavía estaba medio vestida. Cerró la puerta rápidamente tras él.

—Llévame hasta él —instruyó Enrique. Le siguió casi trotando mientras el sirviente lo guiaba hasta un pequeña recibidor.

El hombre que había dentro parecía uno de los antiguos soldados del reino. Lo habían desarmado y había dos de los hombres de Enrique, junto a Loris. Ver a su amigo hizo que la culpa creciera en su interior.

«¿Quién eres? —exigió Enrique—. ¿Por qué aseguras conocer el paradero de Sebastián el traidor?

—Me llamo O'Llan —dijo el hombre—. Sé a donde se dirige porque me lo encontré en el camino tras la caída del Hogar de Piedra.

—¿Eres un brujo? —preguntó Enrique. Fue a tocar con los dedos la lanza de Lord Thomasin, pero no estaba allí. Todavía estaba con Imogen y pensar en ello solo hacía que su culpa creciera más.

El hombre negó con la cabeza.

—Un soldado, su majestad. Cuando Ashton cayó, yo quedé atrapado en las multitudes de refugiados.

Lo que quería decir que era un desertor. Aun así, si tenía noticias, Enrique podía ignorarlo.

—¿Dónde está? —preguntó Enrique.

—Se dirige a Monthys —dijo O'Llan—, y creo… creo que el Nuevo Ejército lo está siguiendo.

Loris miró a Enrique, que casi esperaba que en su cara hubiera una

expresión acusatoria. En cambio, parecía ansioso.

—Esta es nuestra oportunidad, Enrique —dijo—. ¿No lo ves? Al menos dos de nuestros enemigos estarán en un lugar, debilitados después de la caída de Ashton. ¡Podemos atacar!

De no haber sido por lo que acababa de suceder con Imogen, quizás Enrique habría aconsejado precaución y hubiera dejado que los rivales se hubieran agotado. En cambio, sabía que ahora no podía quedarse aquí. No podía arriesgarse a caer de nuevo en la tentación. No podía traicionar a Loris de esa manera.

—Tienes razón —dijo—. Iré a Monthys con el ejército enseguida.

Hombres, preparaos. Loris, coge un contingente y defiende las cosas aquí hasta mi regreso.

—¿Qué defienda las cosas? ¡Tengo que ayudarte!

—Y vas a ayudar —ordenó Enrique—. Necesito que tú e Imogen estéis a salvo después de todo lo que habéis hecho. Aquí necesito a gente en la que pueda confiar. Lo siento, Loris, pero no hay tiempo para discutir. Lo ordena tu rey, y yo… ¡debo irme para acabar con esto!

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Sebastián salió corriendo de la taberna, para intentar encontrar señales de las personas que se habían llevado a Violeta. No podría hacer mucho tiempo, o el se hubiera dado cuenta, ¿no? Estaba seguro de que no se había dormido mucho rato, así que no podían tener mucha ventaja. Al menos, rezaba para que eso fuera cierto.

—¿Habéis visto a mi bebé? —preguntó Sebastián, al entrar corriendo en el patio principal de la taberna, Edmore y Valin salieron corriendo con él.

Tenían las manos sobre sus armas, como si allí pudiera haber alguien contra quien luchar, en lugar de un grupo de habitantes del pueblo con aspecto taciturno, que estaban allí mirándolos fijamente sin hacer comentarios.

—¡Mi bebé! —les gritó de nuevo Sebastián—. Se lo han llevado.

Uno de ellos encogió los hombros y Sebastián lo agarró, con tanta fuerza que prácticamente levantó al hombre.

—¡No te quedes ahí encogiendo los hombros! —le chilló Sebastián, sin saber qué otra cosa hacer—. No finjas que no viste nada.

Valin y Edmore consiguieron apartarlo y el hombre se alejó. Una de las mujeres que había allí hizo un gesto impreciso en dirección a la parte trasera de la taberna.

—Puede que hayamos visto a alguien por allí atrás —dijo.

—¿Y nadie hizo nada? —preguntó Sebastián.

—Pensábamos que solo intentaban robarle —dijo la mujer—. No pensábamos que tuviera que ver con un bebé.

Sebastián intentaba entender qué clase de persona se quedaba tranquilamente sin hacer nada y dejaba que robaran a los demás, pero ya conocía la respuesta a eso; eran las personas del reino que su madre y su hermano habían ayudado a crear.

Echó a correr en la dirección en la que había señalado la mujer y, desde allí abajo, le pareció ver el lugar por el que se podrían metido las personas que entraron, el agujero de su habitación en el ático era evidente desde aquí.

Mirando por ahí, Sebastián vio un montón de huellas debajo de la ventana,

que daban a entender que allí había habido un grupo de gente y que esto había sido más que un ataque fortuito.

—No puedo adivinar hacia donde fueron —les dijo Sebastián a los demás. Sentía que estaba entrando en pánico de un modo que él sabía que nunca ayudaría, pero que no podía parar. Volvió corriendo a la parte delantera de la taberna, mirando en ambas direcciones del camino, con la esperanza de poder vislumbrar a unos jinetes en la distancia.

—¿Los veis? —preguntó Sebastián a los demás. Tanto Valin como Edmore dijeron que no con la cabeza, obviamente tan ansiosos por recuperar a Violeta como lo estaba él.

—O partieron mucho antes de lo que pensamos, o no vinieron por aquí

—dijo Valin.

Sebastián decirle mal que no ayudaba señalando lo evidente, pero consiguió detenerse. En parte, era porque sabía que el miedo por su hija era lo que le hacía reaccionar así y, en parte, era porque ya estaba pensando.

Valin tenía razón; los secuestradores no habían venido por aquí.

Entonces ¿en qué dirección habían ido? ¿Dónde los dejaba esto?

Sebastián miró hacia los canales que no estaban lejos de la taberna, donde se mezclaban barcas grises y coloridas, amontonadas en el agua en un enredo flotante que parecía imposible de deshacer. Si los secuestradores habían ido hacia algún lugar, tenía que ser allí, ¿no?

—Allí —les gritó a los otros Sebastián, mientras empezaba a correr tan rápido como podía hacia las barcas amontonadas que había allí abajo.

Tropezaba mientras corría, pero se levantaba y continuaba, pues no se atrevía a demorarse ni un momento mientras su hija todavía estuviera en peligro.

Ahora las barcas estaban más cerca, algunas tan deterioradas que parecía que apenas podían flotar, algunas pintadas con colores vivos y, evidentemente, cuidadas. Ahora, el problema para Sebastián no era la falta de gente, sino que había demasiada. Entre comerciantes y barqueros, viajeros y piratas del río, ¿cómo se suponía que iba a distinguir a una niña pequeña?

Entonces oyó el ruido del lloro de un bebé, lejos a la derecha.

Sebastián se puso a correr al oírlo, mientras sacaba su espada de la vaina y se apresuraba en la dirección en la que había venido el lloro de su hija.

Allí ahora veía una de las barcas de colores vivos, con hombres y mujeres encapuchados a bordo, que no llevaban los colores de ninguna facción o

casa que Sebastián conociera. Uno de un grupo que había en los muelles estaba pasando un pequeño fardo a una de las mujeres que había allí, y Sebastián supo instintivamente que era su hija.

—Parad! —chilló, yendo hacia allí a toda prisa.

Media docena de hombres fueron a bloquearle el camino, armados con espadas y cuchillos. Sebastián no dudó, sino que se lanzó directamente a la lucha. Golpeó a uno de ellos y, cuando el hombre paró el golpe, se oyó el ruido de acero contra acero. Después Sebastián tuvo que apartar un golpe de cuchillo y, a continuación, dirigió un corte lateral a otro de los hombres que había allí. este se balanceó hacia atrás, apenas quedando fuera de su alcance.

Los otros avanzaron para intentar rodearlo, pero Edmore y Valin estaban allí, metiéndose en la lucha sin dudar. Edmore no era tan rápida como algunos de los guerreros más peligrosos del Hogar de Piedra, pero aun así se movía lo suficientemente rápido como para tejer una red de acero con su espada. Mientras, Valin atacaba con la violencia calculada de un soldado, protegiendo el lateral de Sebastián mientras este luchaba por acercarse a la barca.

—¡Tenemos que llegar! —gritó a los demás—. Se va.

Uno de los hombres encapuchados blandió una espada hacia Sebastián en ese momento y este se agachó y, con un golpe fuerte, le cortó la barriga al hombre y lo hizo caer gritando. Sebastián se levantó y dirigió una descarga de golpes hacia otro, pero el hombre dio un paso atrás y Sebastián tuvo que hacerse a un lado cuando un tercer hombre vino hacia él.

Vio que Edmore luchaba de cerca con un rival y lo apuñalaba, pero Sebastián vio que otro de los hombres encapuchados se acercaba rápidamente.

—¡Edmore, cuidado! —gritó.

Era demasiado tarde. Al hombre con el que Edmore se estaba enfrentando le quedaba la fuerza suficiente como para aferrarse a él, lo que le dio al hombre que iba hacia él el tiempo suficiente para apuñalar al guerrero en la espalda. Sebastián apartó a su rival de un empujón con el tiempo suficiente para matar al hombre posteriormente, pero eso no hizo anda para ayudar a Edmore cuando el guerrero cayó.

Entonces él y Valin estaban espalda contra espalda, ellos dos contra los tres secuestradores que quedaban. Y lo que era peor, Sebastián veía que el

barco empezaba a alejarse del muelle. No podía quedarse allí

esperando mientras los hombres planeaban su ataque.

En lugar de eso, fue a la carga contra uno de ellos, rugiendo un grito de guerra mientras levantaba su espada. Casi lo tenía a su alcance, vio un destello de algo en los ojos del hombre y cambió de dirección, se giró a tiempo para parar un golpe de uno que venía por detrás de él y le hizo un corte grande en la garganta al hombre.

Volvió a girarse, hizo un barrido bajo con su espada delante de su cuerpo y consiguió atrapar un golpe del hombre contra el que había ido a la carga. Sebastián le hizo un corte en los muslos al hombre y lo hizo caer al suelo gritando, a continuación, se giró justo a tiempo para ver a Valin apuñalado por el último de ellos y cómo los ojos se le ponían vidriosos cuando la muerte se lo llevó. Sebastián fue a la carga y, de un machetazo, le cortó la cabeza al hombre encapuchado.

Giró de nuevo hacia la barca, corriendo hacia ella mientras esta se iba, pero ya estaba demasiado lejos de la orilla como para esperar atraparla.

Sebastián no pudo más que gritar de rabia mientras la observaba alejándose, el grito se convirtió en lágrimas de desesperación al pensar que había perdido a su hija.

se dirigió a los atacantes que habían caído y volvió al que le había cortado las piernas. El hombre levantó la mirada fija hacia él, sus rasgos de algún modo se veían extraños, no del todo reales.

—¿Quiénes sois? —exigió Sebastián—. ¿A dónde os lleváis a mi hija?

¡Dime!

—¿O me matarás? —respondió el hombre encapuchado. Se rio—. Si mi destino es morir, moriré. No podemos evitar nuestro destino, ¡y tú no puedes quitarles a tu hija!

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sebastián.

El hombre negó con la cabeza.

—Mira lo que te digo: si quieres volver a ver a tu hija, ahora solo hay un sitio al que ir. Tienes que completar tu viaje a Monthys. Persíguelos y perderás a tu hija. Duda y perderás a tu hija. Este es el único modo en el que la suerte funciona si quieres verla. —Sonrió—. Me pregunto si te gustará en lo que se va a convertir.

Sebastián había aguantado lo suficiente. Levantó su espada y la bajó bruscamente.

Se quedó allí tras el golpe, intentando decidir, intentando pensar después del dolor que crecía en su interior ahora que el ajetreo de la batalla había terminado. ¿Qué podía hacer? ¿A dónde podía ir?

Solo había una respuesta a eso, por mucho que la odiara. Si realmente ese era el único modo de volver a ver a su hija, tenía que ir al lugar al que se había dirigido todo el tiempo.

Tenía que ir a Monthys.

CAPÍTULO TREINTA

Lo único en lo que podía pensar Lucas, lo único que podía sentir, era el roce de Elanora. Ahora los labios de ella estaban sobre los suyos, mientras con su piel rozaba la de él, y esos pequeños momentos de contacto parecían llenar todo su mundo.

Vagamente, recordaba que había un mundo detrás de aquel roce. Él estaba haciendo algo, luchando contra algo… un árbol, estaba luchando contra un árbol, pero Lucas no podía recordar cómo los árboles conseguían luchar. Más allá de esa lucha…

Lucas estaba seguro de que debía de haber más cosas aparte de eso, pero no recordaba cuáles eran. Elanora era lo único en lo que podía pensar, lo único que deseaba. Había venido aquí deseando otra cosa, pero ¿cómo era posible que deseara otra cosa que no fuera ella?

—Te quiero mucho —susurró, en un breve momento en el que Elanora se apartó de él.

—Eres muy dulce —dijo Elanora—. Y también muy delicado. Ahora muy irreal. Pronto, este será el único lugar en el que puedes estar.

—Es el único lugar en el que quiero estar —dijo Lucas.

Elanora sonrió al oírlo.

—Ojalá lo hubieras dicho antes.

Lucas levantó una mano hacia la luz. Se veía extrañamente translúcida, como el ala de una mariposa que vuela demasiado cerca de una lámpara.

Tenía la vaga sensación de que él no había sido siempre así, igual que tenía la sensación de que no debería estar besando a Elanora, pero era imposible recordar el porqué.

Quería perderse dentro de ella. Quería perderlo todo menos esto.

Unos breves destellos de memoria vinieron a Lucas —estaba sentado con un hombre gordo, aprendiendo lecciones que parecían no tener sentido, con dos chicas que tenía la sensación de conocer bien, luchando contra una cosa que parecía humana, pero que hacía tiempo que ya no lo era. Cada recuerdo se transformaba y se desvanecía, lo arrancaban de él a través de un fino chorro del material del alma que lo conectaba con Elanora.

Lucas ni tan solo se había dado cuenta de esto hasta ahora.

—¿Qué es esto? —le preguntó Lucas.

—Nada importante —le aseguró Elanora—. Quiero estar tan conectada a ti como sea posible. Tú también lo quieres, ¿verdad, Lucas?

Lucas asintió. Por supuesto que quería.

Estaba a punto de seguir besándola cuando oyó algo que no parecía encajar con el lugar en el que estaban. La música llegaba desde un lugar infinito y Lucas no veía dónde podría estar. Había un instrumento de cuerda en la música en algún lugar que él reconocía, aunque le llevó un momento a Lucas concentrarse en ello lo suficiente como para recordar que se llamaba arpa.

—Conozco a alguien que toca el arpa —dijo Lucas.

—Ignóralo, amor mío —dijo Elanora—. No es más que una distracción de nosotros dos.

Lucas hacía todo lo que podía, pues no quería disgustar a Elanora, pero era difícil hacerlo cuando su mente insistía en que había algo importante en esta música, algo familiar.

También había una voz: una voz de mujer, suave y melodiosa, que caía y se elevaba, pura y rítmica, todo a la vez. Lucas conocía esa voz.

la conocía con la misma seguridad con la que conocía cualquier cosa de este lugar. Conocía las palabras de las canciones que estaba cantando. Las había oído en un lugar de hielo y montañas. Sí, conocía esta voz.

—No tienes que recordar, Lucas —dijo Elanora—. Tienes que olvidar.

Lucas sintió la presión de algo alrededor de su mente, como una sábana gigante que lo envolvía todo. Unos instantes atrás, podría haber sucumbido a ello, pero ahora, recordaba algo que le había enseñado el hombre gordo se sus recuerdos: cómo bloquearse y controlarse, cómo estar seguro en el único lugar que importaba.

Su mente.

—Me estás empujando, Lucas —dijo Elanora—. ¿No me quieres?

—Por supuesto que te quiero —dijo Lucas—. Es solo… la música.

Dejó que la música fluyera a través de él, centrándose en ella, llenando el espacio que él había creado dentro de sí mismo y dejando que arrancara fragmentos de otras cosas. Dejó que llenara el espacio que parecía tan vacío y empezó a conectar recuerda tras recuerdo.

Rika. Era Rika cantando.

—Lucas —dijo Elanora, no tan dulcemente—. Te dije que olvidaras.

Pero en lugar de olvidar, Lucas recordó. Recordó a Rika en los salones de Ishjemme, junto con a las hermanas de él. Recordó la guerra primero contra las fuerzas de la Viuda y después contra el Maestro de los Cuervos.

Recordó a sus padres y las piedras que sus padres les habían mandado encontrar a él y a las demás. Recordó el momento de su muerte…

—No tienes por qué recordar el dolor —dijo Elanora, pero Lucas la ignoró.

Miró a su alrededor y notó que podía ver el mundo por capas, un lugar encima de otro. Vio el espacio en el que estaba la piedra y el espacio en el que había luchado contra el árbol y, bajo este, un montón de capas, amontonadas una encima de la otra. Ahora lo veía, y veía cómo apartarse de ahí.

—¡No puedes! ¡No lo permitiré! —dijo Elanora.

Lucas sintió que ella introducía magia en su interior y reprimía lo que le hacía ser quien era. Lucas se concentró en la música que oía, aferrándose a ella como un hombre que se ahoga se agarra a una cuerda.

—Si es por la música, me encargaré de la estúpida que la hace —dijo bruscamente Elanora —. Lucas vio que alzaba la mano y la sustancia de alma que la rodeaba se fusionó con un rayo crepitante.

—No puedes tocar a personas reales —dijo Lucas—. La atravesará.

Elanora sonrió como un tiburón.

—Oh, no, Lucas. Eso era antes de que absorbiera mucha de tu realidad.

Ahora… ahora puedo hacer que chille hasta la muerte por interferir. Por evitar que yo tocara tu mundo.

Elanora atrajo más rayos hacia su mano, hasta que fue una bolla crepitante de aquel material. Retiró el brazo y parecía estar esperando a reunir el suficiente antes de lanzárselo a Rika. Lucas sabía que debía detenerla, pero no sabía cómo. No veía la manera…

Y entonces la vio.

La espada que Elanora había hecho para él estaba en el suelo, lo suficientemente cerca para tocarla, lo suficientemente cerca para alcanzarla.

Lucas alargó la mano hacia ella, arrastrando la mano por el suelo centímetro a centímetro, pues no tenía fuerzas para más. Notó que cerraba la mano alrededor de la empuñadura.

—Lo siento —dijo.

No le quedaba mucha fuerza, pero Lucas puso toda la que tenía en la estocada. Pasó a Elanora y la atravesó, la espada era real e irreal a la vez.

Puede que no tocara la carne, pero se metía en el alma con facilidad, clavándose profundamente en el material inconsistente del que estaba hecha Elanora y le agujereó.

Gritó una vez y se disipó como el humo.

Lucas sintió que su fuerza volvía a verterse en él, junto con sus

recuerdos. Estiró el brazo, tomó la forma redonda inconsistente de la piedra del espíritu y la sostuvo en la mano. Mientras la sostenía, notaba que esta intentaba atraerlo para que se adentrara en el reino del espíritu, pero las lecciones del Oficial Ko le permitían sostenerla. La música de Rika también ayudaba.

Lucas pasó por las capas de la isla espíritu, volvió en sí mismo y se levantó, justo a tiempo para que Rika lo rodeara con los brazos.

—Cuidado —dijo él con una sonrisa—. Esta espada es tan afilada que puede cortar el espíritu.

—Lo vi —dijo Rika. Lo abrazó más fuerte por un momento—. Lo siento.

—No lo hagas —dijo Lucas—. Tú no hiciste que ella intentara convertirme en espíritu. Pero ¿cómo es que estás aquí, Rika? ¿Cómo supiste a donde venir?

—Lo soñé —dijo Rika. Bajó la mirada por un momento—. Soñé algo más, Lucas. Se acerca una batalla, contra el Maestro de los Cuervos y… y no sé lo que pasará.

—Ganaremos —le prometió Lucas, aunque realmente no parecía una promesa que pudiera hacer cualquiera.

—Eso espero —dijo Rika, pero estamos muy lejos de Monthys y ni tan solo sé si mis barcos nos llevarán hasta allí a tiempo.

Lucas soló se preocupó por ello un momento, pues la piedra del espíritu le dio una respuesta. Entonces comprendió que las capas de la Isla de los Espíritus podían conectar con cualquier sitio que él quisiera.

—Existe otra manera —dijo—. Reúne a los hombres, junto con sus armas. Existen caminos que no tienen nada que ver con el agua.

—Lo haré —prometió Rika.

Lucas levantó la piedra del espíritu. Creía saber usarla. Si era así, entonces tenían una oportunidad. Podrían llegar a la batalla a tiempo. Si no…

Si no, probablemente estarían todos perdidos en los reinos del espíritu.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Catalina salió del refrescante abrazo de las sombras hacia una de las colinas que había por encima de Monthys. Desde allí veía la hacienda que había formado el hogar de su familia durante tanto tiempo, extendido y reconstruido, solo en parte, por los esfuerzos de Ulf y Frig.

Ellos eran dos más que añadir a la lista de los muertos. El Maestro de los Cuervos acabaría pagando por ellos, pero su hermana también. Y todo el mundo. La piedra de la sombra le permitía ver las maneras en las que todas las decisiones individuales del pasado se interconectaban y le mostraban quién era realmente el culpable, quién merecía pagar.

A lo lejos, Catalina veía acercarse las columnas de polvo mientras los ejércitos competían por llegar allí primero. Las sombras le mostraron la cercanía del Nuevo Ejército, avanzando monótonamente por el campo a pie, con caballos y con cañones. Le mostraron las fuerzas de Enrique d'Angelica, siguiéndolo tan de cerca que si el Nuevo Ejército se detenía demasiado tiempo para descansar, la batalla podría no ser donde Catalina preveía.

Había lugares que costaban más de ver, ocultos por los poderes y los engaños de los demás. Catalina vio a Emelina ya Cora, todavía arrodilladas mientras los cuervos iban hacia ellas y, por impulso, Catalina convirtió un hilo de sombra que había cerca de ellas en algo más afilado, cortando hasta el más básico defecto en sus cuerdas. A la piedra de la sombra no parecía importarle de qué modo, siempre y cuando trajera caos y engaño, traición y todas las emociones oscuras de la vida humana.

—Eso es lo que quieres, ¿verdad? —dijo Catalina en voz alta. No era tan estúpida como para pensar que la piedra de la sombra no estaba intentando afectarla, que no tenía su propia más que humana necesidad de las cosas relacionadas con ella.

Notaba esa necesidad, pero eso no significaba que la controlara a ella, tal y como había pensado la estúpida sacerdotisa. Sencillamente, le había mostrado la verdad de las cosas. Brevemente, Catalina sospechó que debería haberse sentido peor al matar a la mujer por accidente de aquella

manera, pero Lisare había sido la que intentó evitar que ella recuperara sus poderes. Ella había sido a la que se cruzó en el sitio equivocado en el momento equivocado. Visto así, realmente era culpa de ella, para nada de Catalina.

Había habido muchas otras muertes desde que esto empezó, pero ahora, Catalina veía que todas encajaban en un patrón. También veía el modo en el que los demás le habían puesto esas muertes delante, desde la primera mujer que Siobhan le había hecho matar, hasta todos los soldados que mandaron contra ella. Todas para hacerle más daño.

—Todo irá bien, Catalina.

Allí estaba Will y, a pesar de que Catalina sabía que solo era una versión en sombra de él, verlo le hacía sentir mejor.

—Sé que no eres real —dijo ella.

—Soy tan real como tú quieras que sea —dijo la sombra de Will—. Y este parece un buen conducto que usar para hablar contigo.

—Tú no puedes devolverme a Will —dijo Catalina.

—Puedo darte algo tan parecido que ni notes la diferencia.

Catalina negó con la cabeza, alargó el brazo hacia la sombra y tiró de ella hacia la piedra. Ella tenía el control, no la piedra. Todo lo que hacía era porque ella quería, no porque la piedra se lo hiciera hacer. Si alguna vez volvía a llamar a la forma sombría de Will, sería porque ella quería, no porque esta se lo diera.

Allá abajo, Catalina distinguí a la gente de Monthys. Al contactar para ver a través de las sombras vio que no eran los hombres del Maestro de los Cuervos, sino una combinación de personas de aspecto corriente, soldados de las compañías libres y miembros de los clanes de las tierras de las montañas al norte. Incluso parecía haber algunos guerreros de Ishjemme y del Hogar de Piedra entre ellos.

—Deben de haber decidido que Monthys era un lugar seguro —murmuró Catalina.

«O son una trampa tendida por tu hermana, por si aparecías por aquí», dijo un susurro desde dentro. Catalina lo descartó. Ahora reconocía las mentiras de la piedra de la sombra.

«¿Es mentira? Mira».

Catalina bajó la mirada hacia la cuesta de la hacienda y vio a media docena de hombres que salían y se dirigían hacia ella. Todos llevaban armas y armaduras. Todos iban en la dirección en la que ella estaba.

—Deben de haberme visto —murmuró Catalina.

«Y ahora quieren matarte».

Catalina todavía no se lo creía, pero aun así, se aseguró de que su espada estuviera suelta en su vaina, por si acaso.

«Querrán recuperarte. Temen enfrentarse a ti solos. Te querrán donde estés indefensa».

—¿Quién anda ahí? —dijo uno de los soldados que avanzaban—.

Responde o atacamos.

—Catalina Danse —dijo Catalina, dando un paso donde pudieran verla.

Los hombres se miraron entre ellos y, mientras una parte de Catalina le decía que era por la impresión al verla allí, otra señalaba las miradas entre ellos y le decía que estaban tramando algo. Ni tan solo podía contactar con sus mentes, pues uno de ellos parecía estar haciendo de escudo para los otros, y eso no hizo sino que sospechara más.

—Su alteza —dijo el hombre que había hablado—, no nos dimos cuenta de que era usted. Debería bajar hasta los edificios, donde se está a salvo.

La desconfianza estalló dentro de Catalina. Esto era exactamente lo que su pequeña parte sospechosa alimentada por la piedra había sugerido que sucedería.

—Estoy bien aquí arriba —dijo.

—Pero su alteza, están llegando soldados. Debo insistir.

El soldado estiró la mano hacia ella y, en ese momento, Catalina entendió que realmente tenían intención de matarla. En un instante, su espada saltó de su vaina y se la hundió en el pecho hasta la empuñadura al hombre.

Los hombres gritaron y agarraron sus armas, pero en ese punto, Catalina se estaba moviendo, toda su antigua velocidad y poder fluía por sus venas.

Iba y venía entre dos hombres, incapacitó a uno al pasar y después usó el poder de la piedra para pasar de la sombra de un hombre a la segunda, se acercó a él por detrás y lo apuñaló en la espalda.

Un soldado intentó atacarla, demostrando así que estaban allí con el asesinato en mente. Catalina lo esquivó meciéndose a un lado y llevó su espada al cuello de él, cogiendo después su arma de forma improvisada cuando este la soltó al morir. Dio cuchilladas con ambas espadas siguiendo un patrón complicado a uno de los soldados que quedaban y, a continuación, se las clavó al que solo había herido.

Eso dejaba a uno, un guerrero del Hogar de Piedra que levantaba frenéticamente una pistola como si esto la detuviera.

—¿Por qué? —preguntó él.

—¿Por qué? —replicó Catalina—. ¿Crees que no sé lo que planeabais?

¿Todo lo que mi hermana ha estado haciendo todo este tiempo? Me quitaron a Will y ahora iban a matarme. Bueno, la batalla que se avecina cambiará esto. Limpiará esto por completo.

—Eso es…

Catalina no dejó acabar al hombre. En lugar de eso, se lanzó hacia un lado y, al levantarse, un montón de versiones en sombra de ella misma moviéndose en todas direcciones. El guerrero eligió una y disparó, la bala atravesó su ser de sombra sin causar daños.

Catalina avanzó con un movimiento fluido, agarró la espada que había tirado y se la clavó a su enemigo. Lo tuvo sujeto un momento, sintiendo la fuerza que le permitía hacerlo y, a continuación, dejó caer al hombre al suelo.

Se sentó un rato entre los cuerpos, a la espera de que el primer pájaro carroñero viniera a por ellos. Los miraba casi de la forma en la que podría mirar a un amigo, aunque dudaba que el Maestro de los Cuervos pudiera serlo alguna vez.

—Decidle a vuestro maestro que se apresure —dijo Catalina—. Mucha gente está viniendo a la batalla y odiaría que él llegara tarde. Odiaría empezar a matar sin él.

En su mayoría, los pájaros la ignoraron, pero uno alzó el vuelo en dirección a los ejércitos que avanzaban. El Nuevo Ejército estaría aquí muy pronto, supuso Catalina y Enrique d'Angelica, pero eran los demás que se acercaban los que le interesaban más.

—¿Dónde estás, hermana? —dijo al aire—. Es el momento de que esto acabe.

Aquí sería donde acabaría, prometieron las sombras y Catalina sería la última que quedaría en pie.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Sofía apenas podía ver más allá del dolor mientras ella y su improvisado ejército marchaban hacia el norte. Parecía necesitar toda la fuerza que tenía para poner un pie delante del otro a lo largo de los caminitos y a través de los campos durante todo el camino. Solo una cosa la hacía continuar: La necesidad de ver al Maestro de los Cuervos muerto.

Pensaba que nada podía hacer que lo odiara más de lo que ya lo hacía, pero ver el poder de su hija apagándose como la llama de una vela lo había conseguido. Había encendido un fuego de rabia que ardía en su interior y que casi satisfacía a la piedra que llevaba, y este convertía la lluvia que caía en vapor antes de que tocara el suelo.

Evidentemente, la piedra de fuego quería algo más. Quería quemar el reino que había alrededor de Sofía, quería convertirlo todo en una pira funeraria para su hija. Pero Sofía reprimió esa necesidad, pues su amor por el resto de su reino sobrepasaba incluso a su dolor. Quemarlo solo le haría sentir más dolor, más angustia, incluso que esto.

—¿Cómo podría haber más que esto? —preguntó Sofía en voz alta.

Alguien le puso una mano encima del hombro. No sabía quién. No era Lani ni ninguno de los doce. Ahora mismo, había mucha gente a su alrededor, muchos extraños, que habían escogido viajar con ella porque era la reina y porque sentían que ella sabía qué hacer para que las cosas mejoraran para todos ellos.

Sofía esperaba estar a la altura de todo lo que necesitaban de ella.

Se acercaban más a Monthys paso a paso, hora tras hora. El paisaje cambiaba mientras marchaban, las colinas sustituían el suelo plano del sur, el suelo se elevaba a medida que su pueblo caminaba por él. Sofía recordaba haber venido por aquí, caminando al lado de Emelina y de Cora, para intentar llegar a un lugar seguro.

Ahora, se trataba de seguridad de otro tipo. Pues mientras el Maestro de los Cuervos y el Nuevo Ejército estuvieran todavía allí, el reino no estaría a salvo. Gracias a ellos, su hija ya no estaba. ¿Cuánta gente más perdería a sus hijos por culpa de él?

—Nadie, si yo puedo evitarlo —prometió Sofía.

Ahora había tanta gente con ella que el viaje se hacía difícil. Cruzar el río con tanta gente era mucho más difícil que solo con tres personas y encontrar comida para ellos durante el camino era un reto mucho más grande. Aia y los otros de los doce ayudaban con eso, mientras que en la gran procesión de Sofía parecía haber muchas personas que sabían cazar; aun así, ella estaba segura de que algunos de ellos escondían su hambre porque no querían que ella los viera sufrir.

—¿Estás bien, chica? —le preguntó a Sienne. El gato del bosque caminaba sin hacer ruido a su lado, sin apartarse de ella, como si notara la pena de Sofía. Sofía bajó una mano hacia ella y esta la rozó.

—Nos estamos acercando a Monthys, mi reina —dijo Lani—. Un par de horas más, como mucho.

—Y después la batalla —dijo Sofía—. Aia, tenemos que decidir qué hacer.

Sofía se detuvo un momento, contactó con su sentido para su reino para intentar ver cómo estaban las cosas. Vio los ejércitos extendiéndose, no solo el Nuevo Ejército, sino otro también, juntándose en Monthys. Vio otras figuras que se dirigían hacia allí: Sebastián delante, mirando agitado junto a la orilla del río, Catalina… Sofía la vio un momento y, a continuación, pareció meterse en las sombras de alrededor de Monthys.

La misma hacienda se veía extraña, pues desde aquí, Sofía veía redes enteras de poder a su alrededor, redes tendidas pero ocultas. Sofía veía los lugares donde el fuego podía prenderse si ella los tocaba con la energía de la piedra que había cogido de Morgassa. Vio otros lugares que podían ser tocados por el hielo, o por la piedra…

También vio a los cuervos, volando en círculos por arriba.

—No existe un engaño para esta batalla —dijo Sofía—. No podemos acercarnos sigilosamente al Nuevo Ejército y yo veré cualquier movimiento que ellos hagan.

—Podríamos usar la magia para bloquear parte de su habilidad para vernos —dijo Aia.

Sofía pensó por un momento.

—Eso podría funcionar para grupos pequeños, pero no para todo un ejército. Aunque quizá bastaría con grupos pequeños. Aia, quiero que escojas grupos de guerreros del Hogar de Piedra, gente que pueda esconderse y moverse. Quiero que estén listos para atacar en los márgenes del Nuevo Ejército.

—Sí, mi reina —dijo Aia asintiendo con la cabeza—. Aún está la cuestión de algunos de los que viajan con nosotros. ¿Van a luchar todos?

Sofía iba a preguntarle a la mujer a qué se refería, pero una mirada a sus fuerzas le dio la respuesta. Con cada paso que habían dado hacia el norte, habían recogido refugiados a la vez que guerreros, que eran demasiado jóvenes o débiles para luchar, sin las habilidades para hacerlo. Sofía no podía llevar una multitud de niños y mayores a la clase de batalla que se avecinaba.

—¡Deteneos todos! —gritó Sofía, usando un destello de su magia para aumentar su voz—. Necesito que me escuchéis.

El ejército se reunió a su alrededor y la gran cantidad de gente cogió un poco por sorpresa a Sofía. Apenas podía creer que se le hubiera unido tanta gente por el camino. Había demasiadas personas para contarlas y Aia hizo bien en preguntarle por ellas; demasiado de ellos parecían hombres y mujeres que nunca podrían luchar.

—Estamos cerca de Monthys —dijo y se alzó un gran clamor de la gente que había allí. Sofía alzó las manos—. Es un momento importante, pero también peligroso. Estamos a punto de entrar en batalla.

Vio el miedo en algunas de las caras.

—No puedo obligar a nadie de los que estáis aquí a luchar. No lo haré.

Pero necesito luchadores y os pido que lo hagáis.

Se alzó otro vítor de la gente que había allí.

—Pero no todos vosotros —dijo Sofía—. Algunos de vosotros no tenéis armas, algunos de vosotros no sabéis luchar. Sé que queréis ayudar, pero ahora mismo, la mejor manera de hacerlo si no estáis armados es quedándoos atrás. Manteneos a salvo y ayudad a los niños a mantenerse a salvo. No os arrastraré al centro de una batalla.

La gente que estaba con ella empezó a separarse, de manera que había un grupo de guerreros en un lado y un grupo de aquellos que sencillamente habían escogido marchar con Sofía en el otro. Se dirigió a ellos.

—Tendréis una labor cuando esto termine —prometió—. Ayudaréis a reconstruir. —Aunque en ese momento, parecía que nada podría ayudar a reconstruir su corazón—. ¡Ahora mismo marchamos hacia la batalla!

Sofía dio un paso atrás mientras su ejército empezaba a avanzar; continuaba siendo un ejército incluso sin la gente que se había apartado de

él. A Sofía le sorprendió ver que Lani avanzaba con ella.

—Tú también deberías quedarte atrás —dijo Sofía.

—No, mi reina —dijo Lani. Ahora tenía una lanza en la mano—. Yo voy donde vaya usted.

Sofía pensó en discutir con la chica, pero por sus pensamientos también vio que discutir no haría ningún bien.

—De acuerdo —dijo Sofía—, pero no te alejes de mí. Aia, también te quiero conmigo. Los otros de los doce comandarán secciones. Esto hará la transmisión de órdenes más rápida.

—Sí, mi reina —dijo Aia.

Marcharon en dirección a Monthys, viendo cómo se extendía ante ellos.

Ahora Sofía podía distinguir la casa, pero también podía distinguir las otras fuerzas que había allí, formando filas, preparándose para la batalla. Sofía veía allí los cañones y las filas masificadas de los

hombres con picas, los mosquetes y la caballería.

Por un momento, quiso retirarse de la matanza que seguramente vendría. Por un momento, quiso decir que esto no valía la pena para nada.

Después vio al Maestro de los Cuervos a la cabeza de su ejército, el hombre que tanto dolor había causado en el mundo, el hombre que había matado a su hija.

—¡Avanzad! —gritó y sus fuerzas se precipitaron hacia el área que rodeaba Monthys, listas para la batalla.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Sebastián avanzaba por el camino a Monthys tan rápido como podía, sin querer perder ni un momento después de lo que había dicho el hombre encapuchado. Si esa era la manera de poder ver a su hija de nuevo, entonces no pararía hasta llegar allí.

Iba al galope con su caballo hasta que estaba seguro de que el animal no podía seguir más, yendo más despacio solo cuando no quedaba otra opción, parando solo cuando el animal necesitaba comer o beber. Ahora mismo, para Sebastián su propio bienestar no significaba nada. Lo único importante era llegar a Monthys, hacer lo que había dicho el hombre encapuchado y volver a ver a Violeta.

A su alrededor, el paisaje cambiaba, ahora era más montañoso y estaba menos cubierto de árboles. Sebastián perseveraba, pues sabía que cada kilómetro que tragara importaba y que Monthys ya no podía estar muy lejos. Ya podía ver la ruta que llevaba hasta allí y las cuestas montañosas que la ocultaban de la vista.

Más adelante, empezó a oír ruidos que no esperaba oír: el estruendo de los cañones y el estrépito de las trompetas. Eso solo podía significar una batalla y, Sebastián estaba seguro de que, alrededor de Monthys, eso solo podía involucrar un conjunto de fuerzas.

Empezó a avanzar con su caballo de nuevo, tan rápido como podía.

No fue por la ruta directa, escogió un camino que parecía que podía

llevar a la parte de atrás de la hacienda. Solo, no se atrevía a meterse en el centro de la batalla, pero quizás podía evitarla por completo.

Subió la montaña rodeándola, cogió un paso que unía abruptamente ambos lados. Cortó por una esquina…

…y se encontró cara a cara con dos soldados del Nuevo Ejército que venían por el otro lado.

Sebastián desenfundó su espada y atacó en un movimiento, dándole una estocada al primero de ellos. Le dio en la clavícula y lo abatió contra el camino. El segundo levantó un mosquete y disparó a ciegas, pero Sebastián ya se estaba lanzando desde su caballo. Impactó contra el suelo y notó que

la espada le caía temblando de la mano, pero no dudó. En lugar de eso, fue a toda velocidad contra el segundo soldado mientras el hombre echaba mano de su propia espada.

Fueron juntos al suelo, dándose puñetazos y forcejeando. Sebastián consiguió ponerse encima por un momento y lo golpeó, pero entonces el hombre lo tiró y se le puso encima con un cuchillo en la mano.

Sebastián le agarró la muñeca al hombre con ambas manos y le obligó a soltar el cuchillo. Le dio un codazo al hombre, y después otro y, a continuación, hizo fuerza para apartar el cuchillo mientras el hombre intentaba clavarlo. El soldado se quedó sin aliento cuando el cuchillo entró en él y se desplomó.

Sebastián se levantó. Su caballo se había ido corriendo cuesta abajo, pero él pudo recuperar su espada y todavía tenía la piedra del corazón del Hogar de Piedra en la bolsa de su cinturón. Continuó yendo a toda prisa por el camino, con la esperanza de que allí no hubiera nadie más del Nuevo Ejército.

No había nadie, pero cuanto más se acercaba, más crecían los ruidos de la batalla. Sebastián solo esperaba que hubiera un camino para llegar a la casa sin tener que meterse por en medio de la misma. Allá abajo, vio que la batalla se extendía, con hombres vestidos con los colores reales atrapados en la batalla con las filas masificadas del Nuevo Ejército y una tercera fuerza que luchaba bajo un estandarte que Sebastián no reconocía.

La batalla estaba lo suficientemente lejos de la casa para que Sebastián pudiera correr hacia ella. Una de las puertas se abrió cuando él se acercó y un trío de hombres lo metieron dentro. Atrancaron la puerta.

—Su majestad —dijo uno de los hombres—. Esperábamos que viniera a Monthys, pero no bajo esas circunstancias.

Sebastián no tenía tiempo para explicaciones. Solo quería saber una cosa.

—¿Dónde está Violeta? ¿Está aquí mi hija?

El hombre lo miró perplejo y eso bastó como respuesta para romper las esperanzas de Sebastián incluso antes de que hablara el hombre.

—Su majestad, su hija no ha estado aquí. ¿No está con usted?

A pesar de que le habían dicho que Violeta no estaba allí, Sebastián tenía que asegurarse. Recorrió la casa corriendo, allí vio a otros guerreros, soldados del reino, hombres de las diferentes compañías libres y otros. Allí

había hombres y mujeres, incluso algunos niños ya que las familias, evidentemente, se refugiaban de los sucesos del reino.

Pero no había ni rastro de Violeta, mirara donde mirara Sebastián.

—No —dijo Sebastián—. Dijeron…

El hombre había dicho que este era la única oportunidad de volver a ver a su hija y Sebastián lo había creído. Había sido un estúpido al hacerlo.

Había perdido a su hija. Había fracasado en mantenerla a salvo.

Sebastián andaba con dificultad por la casa y entró en lo que parecían los restos causados por el fuego de una antigua sala de baile. En las paredes había unos adornos, con unos espacios en los que obviamente había habido joyas, mientras que las ventanas proporcionaban lo que habría sido una gran vista sobre las haciendas si los ejércitos no hubieran estado batallando allí por la supremacía.

Entonces Sebastián miró y vio a su esposa.

Sofía estaba en una de las colinas cerca de la hacienda, rodeada por una guardia de honor y con su gato del bosque al lado. Sebastián pensaba que ella estaba lejos, al otro lado del mar. No pensaba buscarla aquí, pero allí estaba, en pie dirigiendo al ejército real.

—¿Por qué estáis aquí? —preguntó Sebastián a los soldados que había en la casa. Señaló hacia fuera—. Vuestra reina está ahí fuera,

luchando por su reino y vosotros todavía estáis aquí.

El hombre que lo había hecho entrar lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—No somos suficientes —dijo—. No hay protección, ¡y ellos son demasiados! Ni tan solo podemos guardar esta casa por mucho tiempo.

—Entonces ¿por qué os quedáis? —preguntó Sebastián. Miró a su alrededor, a los diseños que había en la pared. Las ranuras para las joyas le resultaban ligeramente familiares y pinchaban a algo en su mente. Cogió la bolsita de su cinturón y la abrió, pero con cuidado de no tocar la piedra de dentro directamente con la piel.

—Encaja perfectamente —murmuró Sebastián, levantando el corazón del Hogar de Piedra hacia la pared. Encajó con un audible clic. El poder parecía fluir por los diseños de la pared y del suelo, convirtiendo algunos de ellos en oro, después en cobre y después en plata fuerte pulida.

Uno de los guerreros de la casa se acercó a él.

—¿Eso es…?

—El corazón del Hogar de Piedra —dijo Sebastián—. Pero necesita poder.

—Yo he proporcionado poder al círculo que hay allí —dijo el hombre

—. Yo puedo hacerlo.

Cerró los ojos para concentrarse y Sebastián vio la piedra iluminarse con la energía. Los diseños del suelo resplandecían igual de brillantes.

Fuera, Sebastián oía un ruido estruendoso.

Miró por la ventana y vio que el suelo fuera del edificio se transformaba, aparecían paredes de la nada y se extendían unas zanjas.

—Yo puedo controlarlo, un poco —dijo el guerrero del Hogar de Piedra

—. Pero tiene que decirme dónde quiere las defensas.

Quizás esto hubiera sido un problema para otro, pero la madre de

Sebastián había intentado convertirlo en un príncipe que conociera las tácticas de la guerra, había intentado hacer de él todo lo que ella esperaba que debería ser un gobernante. Gracias a sus tutores, sí que sabía dónde deberían ir las defensas para darle a Sofía todas las ventajas que necesitaba.

—Allí —dijo Sebastián, señalando—. Quiero muros allí y allí. Zanjas a lo largo de los flancos del ejército del enemigo y postes levantados en medio del campo para interrumpir las cargas.

El suelo allá fuera se transformó como la arcilla de un alfarero. A la vez, Sebastián vio los muros de Monthys cerrándose, sanando como heridas, pareciéndose más a los de un castillo por momentos.

No había terminado.

—¡Formas! —gritó a los hombres que esperaban en Monthys—. La que está allí fuera es vuestra reina y yo soy vuestro rey. Vamos a unirnos a esta batalla ¡y la vamos a ganar!

Eso bastó para que los hombres se pusieran en pie, o tal vez tenía algo que ver con el impacto por el modo en el que el campo de batalla acababa de cambiar. Ahora todos tenían la protección que necesitaban para acercarse al enemigo. Sebastián solo esperaba con eso que bastara.

Formaron delante de las grandes puertas de la parte delantera de la casa, preparándose. Sebastián cogió aire, se giró hacia el hombre que tenía al lado y asintió. El hombre abrió las puertas de golpe y dejó el campo de batalla al descubierto ante ellos.

Sebastián fue a la carga.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Sofía odiaba comandar a la gente hacia su muerte, pero aquí, ahora, no había otra cosa que muerte. Todo a su alrededor consistía en matar, los gritos de los moribundos y las súplicas de las personas que estaban a punto de morir.

Notó el momento en el que el suelo se transformó, sintió el poder que suponía hacer eso. Miró hacia la casa, intentando entender quién podría haberlo hecho, quién podría haber tenido esa clase de poder. Pensó en el Hogar de Piedra y en el poder que envolvía sus escudos y su neblina. Esto daba la misma sensación, pero a la vez parecía más que eso.

—Yo tengo mi propio poder —dijo Sofía, sacando la piedra de fuego.

Se concentró en los cañones del Nuevo Ejército, pensando en lo que había hecho antes con la pólvora de los hombres que la atacaban. Contactó con la pólvora que había allí, sintió su sequedad y el potencial que existía allí dentro. Contactó con el poder de su reino, lo centró a través de la piedra y lo soltó.

Los cañones del Nuevo Ejército explotaron.

Se hicieron añicos en una lluvia de metal que, por un momento, pareció tragarse el mundo. A su alrededor, los hombres morían, los mataban las astillas del bronce de los cañones y las llamas que se encendían por la pólvora. Las llamas se propagaban a su alrededor, matando a más y a Sofía le suponía un esfuerzo no extender esa muerte por toda la batalla. Hacerlo mataría a su propio pueblo y Sofía no los pondría en peligro, no los sacrificaría en el altar de su poder.

—Aia —dijo Sofía—, haz que las unidades escondidas ataquen ahora.

—Sí, mi reina —respondió la guerrera y se concentró por un momento.

Al otro lado del campo de batalla, Sofía vio pelotones de guerreros que se alzaban desde lugares escondidos, atacaban a los comandantes de las unidades enemigas y se metían por los flancos y las partes de atrás de sus formaciones.

—No es suficiente —dijo Sofía.

Sus fuerzas eran valientes y los poderes que tenía a su disposición ayudaban a igualar las posibilidades, pero aun así, el enemigo era muy numeroso. El Nuevo Ejército solo sería una perspectiva peligrosa, pero las fuerzas de Enrique d’Angelica no hacían más que aumentar el problema. Su caballería hostigaba los bordes de las fuerzas de Sofía, mientras unidades de su infantería moved se metían con una precisión casi mecánica y mataba a sus guerreros con el eficiente trabajo de sus picas y disparos.

Sofía mandó fuego hacia la caballería y mandó una breve capa de llama delante de los caballos para que entraran en pánico, pero vinieron más desde el otro lado. Cortaron por el flanco de una de las formaciones, entrando en ella como una guadaña y apartándose después. Mientras los hombres que había allí se dirigían a enfrentarse a esa nueva amenaza, el ejército del Maestro de los Cuervos atacaba desde el otro lado.

—No puedo controlarlo todo —dijo Sofía, sintiendo que el horror crecía ante las muertes de su alrededor—. No puedo pararlo.

—La gente que está aquí eligió estar aquí —dijo Lani, que estaba a su lado—. Yo elegí estar aquí.

Sofía aún deseaba que la mujer hubiera escogido quedarse con los no combatientes. Odiaba que, por todo esto, tuviera que morir tanta gente.

Deseaba que esto pudiera haber sido una lucha entre ella y el Maestro de los Cuervos, pero todo esto… por lo menos, podría traer un final. Por lo menos traía consigo una oportunidad de paz.

Atacaba con la magia que tenía una y otra vez, reuniendo fuego, intentando usar lo que veía del futuro para dirigir las tropas que estaban bajo su mando. Pero, a estas alturas, podía hacer muy poco. Ahora que se habían unido a la batalla, no había más espacio para maniobrar. Los movimientos de tierra que alguien había levantado a su alrededor les había dado una oportunidad, reduciendo la capacidad del Nuevo Ejército para flanquearlos, pero aun así no tenían suficiente gente. Todavía no tenían el poder bruto para superar la amenaza.

Sofía atrajo más fuego y lo dejó caer directamente sobre parte de las fuerzas de sus enemigos. Era duro hacerlo, y no solo porque imaginaba que los gritos de los moribundos la perseguirían en sus sueños por el resto de su vida. La piedra que sostenía le permitía centrarse y hacía que fuera más fácil utilizar el calor, pero aun así, el poder tenía que venir de algún lugar.

Sofía no podía atraer nada más de su reino. Ella no era el Maestro de los Cuervos para usar el poder de la muerte a su alrededor y no era una

inmortal con poder infinito. No podía atraer suficiente fuego para ganar esto directamente y, aunque hubiera podido, Sofía no veía el modo de hacerlo sin quemar la mitad de sus tropas en el proceso.

Y lo que era peor, había un lugar en el que nada parecía tocar las fuerzas del enemigo para nada.

—¿Qué podemos hacer? —le dijo Sofía a Sienne. Evidentemente, el gato del bosque no tenía ninguna respuesta para ella. Pero Aia sí.

—Tenemos que ser valientes, mi reina —dijo Aia—. Tenemos que encontrar un ataque que acabe con esto.

—Necesitamos más hombres —dijo Sofía, pero no había más hombres.

Y entonces los hubieron. No muchos, pero los había. Llegaron unos hombres a toda prisa desde la casa principal para reforzar las defensas que parecieron brotar de la nada. Disparaban los mosquetes a la retaguardia del Nuevo Ejército, pero Sofía tuvo un momento de esperanza mayor que ese.

Vio a Sebastián allí con ellos, luchando a la cabeza, una parte de esta repentina irrupción de refuerzos.

—Ataquemos al Maestro de los Cuervos —dijo Sofía—. Él es el enemigo que cuenta. Él es con el que no podemos negociar, no podemos obligarlo a escapar. Si lo matamos a él, el Nuevo Ejército no tiene ninguna razón más para luchar.

Miró alrededor en busca de él, tratando de localizarlo en medio del caos del campo de batalla. Casi esperaba verlo de pie encima de su colina, deleitándose con la muerte y la destrucción que sus fuerzas estaban infligiendo. Ese era el otro problema con esta batalla: cada muerte alimentaba al monstruo que había en el centro de todo esto. Cada muerte no hacía más que aumentar el poder de su oponente.

Entonces lo vio, metiéndose en la batalla. Lo vio matar a uno de los doce y, a continuación, empezar a atacar a diestro y siniestro con sus espadas. Era tan rápido como siempre, más rápido de lo que Sofía podía esperar luchar. Ella no tenía las habilidades de Lucas como guerrero, o las que había desarrollado Catalina en el tiempo en el que había servido como aprendiza a Siobhan.

No podía esperar luchar contra él de frente, pero aún había algo que podía hacer. Sofía empezó a juntar todos los trozos de poder que podía, sintiendo lo poco que podía dar su reino ahora mismo, pero sabiendo que tenía que encontrar algo. Cogió todo lo que pudo encontrar, lo centró a través de la piedra de fuego e hizo un fuego en su mano.

—Solo necesito un momento claro —susurró Sofía a Sienne, mientras el gato del bosque gruñía a cualquiera que se acercaba demasiado. Podía derribar al Maestro de los Cuervos y a los hombres que él tuviera cerca.

Ella podía acabar con esto.

Entonces vio a su hermana, luchando al lado de él.

Ver allí a Catalina llenó de conmoción a Sofía, usando su espada como un bisturí para cortar a todo hombre y mujer que se metiera en su camino.

Se movía con toda la velocidad no natural que Sofía recordaba de sus días más peligrosos, mientras a su alrededor unos zarcillos de sombra atacaban a cualquiera que se acercara demasiado. Sofía vio que mataba a uno de sus soldados, y después a otro.

«Catalina», mandó Sofía, «¿qué estás haciendo?»

Catalina miró hacia ella en ese momento, desde un espacio despejado en el que solo estaban ella y el Maestro de los Cuervos. Si se hubiera podido obligar a lanzar el fuego que sostenía en ese momento, Sofía podría haberlo terminado entonces, podría haber asesinado a la criatura que había matado a tantos por la pérdida de solo una vida más. El problema era quién era esa vida.

Sofía no podía matar a su hermana.

«Estoy haciendo lo que debería haber hecho hace tiempo», mandó de vuelta Catalina, y había un filo ensombrecido en lo que mandó que era casi dolía al tocarlo. «Vengo a por ti. Me vengaré por Will, por mí, por todo lo que has hecho.

Sofía se quedó mirando mientras Catalina continuaba avanzando hacia ella mientras luchaba y, en ese momento, apagó el fuego que sostenía. No podía luchar contra su hermana. Evidentemente, no podía matarla con la muerte agonizante que las llamas prometían. Pero ¿qué podía hacer?

Catalina seguía avanzando y parecía que cuando llegara allí, traería la muerte con ella.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

En el silencio y casi oscuridad de los caminos del alma, Lucas necesitaba todas sus fuerzas para que la piedra del alma continuara brillando. Aquí él era el guía y tenía que confiar en que podría encontrar el camino, costara lo que costara.

Tras él, Rika continuaba tocando el arpa, proporcionando el sonido más alto en una tierra de vientos ligeros y gemidos bajos. El sonido parecía una armadura contra el miedo y lo sobrenatural que el lugar parecía tener en su centro. También era una cuerda que ataba a los hombres que seguían a ellos, dejando que Lucas los guiara a través de un lugar en el que ninguno de ellos podría haber entrado nunca.

—¿Cuánto queda? —preguntó Rika, sin cesar de tocar.

—Esta pregunta no tiene mucho sentido aquí —dijo Lucas—. La distancia es…

No tenía palabras para lo que era la distancia en un lugar como este.

Estaba a un tiro de piedra, a un suspiro y, simultáneamente, en la otra punta del mundo, todo a la vez. Lo único que podía hacer él andarla, sentir la dirección en la que debían ir y tener esperanza.

—No creo que esté lejos —dijo de todos modos. Daba la sensación de que no estaría lejos, cuando viajar aquí era tanto conseguir el estado perfecto del ser como atravesar distancia. Lucas podía sentir la conexión con sus hermanas y la usó para que le acercara más al lugar donde estaban.

También sentía su poder y supo que habían triunfado en las misiones a las que sus padres les habían mandado. Habían encontrado la magia que necesitaban, se habían convertido en lo que este momento requería de ellas.

—Lucas —dijo Rika mientras continuaba haciendo vibrar las cuerdas con los dedos—. Creo… creo que hay unas cosas por aquí cerca.

Lucas también podía distinguirlas, los espíritus se reunían alrededor de ellos. Había espíritus con forma de personas y de animales, espíritus de plantas y de cosas más raras que nunca habían estado vivas. Después de todo lo que había sucedido en la Isla de los Espíritus, debería haberles tenido tiempo, pero tenía la sensación de que los entendía.

Evidentemente, entendía cómo controlarlos; la piedra del espíritu le permitía hacer eso. Lucas contactó con su poder y los ató a la canción de Rika, pues eso parecía lo más real allí.

—Seguidnos —les dijo Lucas—. Y ayudadnos.

—¿Por qué deberíamos hacerlo? —exigió uno de los espíritus.

—La cosa contra la que luchamos come muerte, come lo que queda del espíritu —dijo Lucas —. Ayudadnos.

Empezaron a andar al paso de los demás, aumentando sus filas y convirtiendo un ejército de soldados de Ishjemme en algo mucho más peligroso. Los humanos marchaban al lado de sus equivalentes materiales, mientras que los demás revoloteaban o seguían sigilosamente a través del éter del mundo espiritual, moviéndose en un silencio fantasmal.

Más adelante, a Lucas le pareció ver el lugar donde la batalla les aguardaba, marcado por el pasaje de un espíritu tras otro al reino al que ellos los guiaban. Los fantasmas seguían llegando, algunos aún gritaban de rabia o de miedo, otros en silencio por el terror.

Tras ellos, Lucas veía el mundo como si a través de un velo de gasa, que podía atrapar la visión de los hombres ahora enredados en combate, luchando espada contra espada, escudo contra escudo. Vio que mataban a un hombre con el barrido de un hacha y, al cabo de un minuto, su espíritu estaba allí, mirando fijamente alrededor como si no estuviera seguro de lo que estaba sucediendo.

Vio a Lucas y fue a la carga hacia él.

—No —dijo Lucas, alzando una mano. El poder que había obtenido en la Isla de los Espíritus bastó para detener al fantasma del hombre—. El tiempo para la lucha ha terminado. Has pasado del mundo.

El espíritu parpadeó por falta de comprensión, con lo que Lucas no podía más que empatizar. ¿Cómo podía explicarle a este hombre lo que le acababa de pasar? ¿Cómo podía ofrecerle ni una migaja de consuelo por esta muerte en nombre de una causa en la que, probablemente, ni tan dolo creía?

De alguna manera, lentamente, el espíritu parecía captar que estaba muerto. Se quedó mirando fijamente durante unos largos segundos y, a continuación, se desvaneció. Ni tan solo Lucas sabía a donde iba. Iban y venían más mientras un soldado tras otro moría a muy poca

distancia de ellos.

—Nosotros estamos realmente aquí —susurró Rika a su lado.

—No dejes de tocar —advirtió Lucas—. Creo que tus hombres lo necesitan.

Rika asintió.

—No lo haré.

A su alrededor, los soldados de Ishjemme esperaban con una sensación de certeza que Lucas no podía imaginar tener en su lugar. Parecían muy seguros de que Rika sabría qué hacer; no, de que él sabría qué hacer para devolverlos al mundo. Lucas solo podía esperar que tuvieran razón.

Tras el fino velo que llevaba al mundo, Lucas veía el modo en el que la batalla se estaba desplegando. Vio las fuerzas de Enrique d'Angelica amontonarse en una lucha que debería haber sido entre el Nuevo Ejército y las fuerzas de Sofía, haciendo retroceder a las formaciones, cambiando la forma de las cosas. Veía que su hermana necesitaba más soldados para tener una oportunidad de ganar esta lucha.

Y lo que era más, veía lo imposible: Catalina luchando en el bando del maestro de los Cuervos, despejándole el camino para que avanzara hacia Sofía.

—Es como las peores cosas que he visto en mis sueños —dijo Rika y, por un momento, su música flaqueó. Sacó algo que Lucas reconoció al instante como la piedra del corazón de Ishjemme, parecida a una esquirla y cristalina, llena de poder—. Se supone que debo llevarla a la casa, pero siento que… ¿y si ya es demasiado tarde?

—No llegamos tarde —dijo Lucas—. Simplemente tenemos que terminar a tiempo.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Desde la Isla de los Espíritus, colarse en el mundo espiritual había sido tan fácil como desearlo con la piedra en la mano. Pero ahora… ahora una compleja red de poder parecía jugar alrededor de ellos, proveniente de Monthys. Lucas reconocía las sombras de la obra de sus padres, pero también otras cosas más antiguas. Fuera cual fuera el mecanismo que se había implementado aquí, los había estado esperando durante mucho tiempo y esto hacía que abrirse camino en el mundo fuera difícil.

Lucas podía ver cómo. Levantó la espada espíritu que Elanora le había hecho y colocó la piedra del espíritu en su empuñadura, haciendo que brillara con un brillo vago mientras la cogía con las dos manos. la blandió hacia el velo entre los mundos y ese velo pareció disiparse, cortado en dos

con la misma facilidad que una de las paredes de papel de la casa del jardín del Oficial Ko.

—¡Adelante! —gritó Lucas, yendo a la carga, sabiendo y esperando que los demás seguirían. Se sumergió en la batalla que había al otro lado y oyó los gritos del enemigo cuando la fuerza de soldados de Rika al completo, más un contingente de espíritus, se les echaron encima de la nada. Lucas atacó a un hombre, su espada atravesó la armadura sin dejar rastro y el hombre cayó tan muerto como si le hubieran golpeado con acero. Paró un golpe y la espada era sólida.

Ahora se metió en la batalla, sin contenerse ni un momento. Lucas se abría camino a cuchillazos en las fuerzas de Enrique d'Angelica, pero su mirada no estaba en los hombres que tenía alrededor, tan solo para evitar caer en sus espadas. Estaba demasiado ocupado abriéndose camino a través de ellos, por delante de ellos.

—¡Voy a llegar hasta la casa! —exclamó Rika, por encima de los gritos o del sonido metálico de las armas sobre la armadura— . Creo… creo que es donde se supone que debo estar.

Lucas asintió. Podía entenderlo igual que cualquiera. Le agarró la mano a su prima.

—Buena suerte. Iría contigo, pero…

—Pero tú tienes tu destino en todo esto —dijo Rika. Se agachó para esquivar un golpe de espada y uno de sus hombres mató al atacante—. Vete, Lucas. Haz lo que tengas que hacer. Haz que todo esto salga bien.

Lucas esperaba que fuera así de fácil mientras volvía su atención de nuevo a la batalla. La presencia del contingente de Ishjemme estaba ayudando a cambiar el curso, pero había algunas cosas que requerirían mucho más que eso para pararlas.

Una era el Maestro de los Cuervos, que caminaba a pasos largos hacia con Catalina a su lado. Lucas se abría paso empujando las hordas de sus enemigos para intentar llegar a ella, con la esperanza de llegar a tiempo.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Sofía se preparaba mientras Catalina y el Maestro de los Cuervos avanzaban a través del campo de batalla, intentando armarse de valor para luchar con su hermana y sabiendo que no había manera de que lo pudiera hacer. ¿Cómo se suponía que se tenía que preparar para intentar matar a alguien que le importaba tanto? No podía hacerlo.

Pero parecía que Catalina no tenía esos límites. Se abría camino entre los hombres a estocadas, intentando apartarlos de Sofía, derribándolos tanto con su espada como con pichos de sombra con los que atacaba para ensartar a aquellos que se le acercaran. Vio entrar a Catalina en la sombra de un hombre para reaparecer en la de otro y apuñalarlo por detrás antes de que pudiera reaccionar.

Sofía usó la piedra de fuego para lanzar un resplandor a su alrededor lo suficientemente fuerte como para esparcir todas las sombras que había allí.

Ella quería creer que Catalina no intentaría lo mismo con ella, pero sabía que era mejor dejarlo al azar.

—¡Traidora! —gritó Catalina mientras continuaba abriéndose paso a cuchillazos hacia Sofía. Señaló con el dedo en dirección a su hermana —.

¡Asesina!

«Yo no he matado a nadie», le mandó de vuelta Sofía a su hermana, pero el envío le rebotó como lluvia en el escudo de un soldado.

Catalina se lanzó hacia delante y, por un momento, Sofía estaba segura de que iba a morir. No tenía nada de la velocidad y el poder que poseía su hermana; su talento solo consistía en usar magia. Entonces Aia se estrelló contra Catalina desde el lado, interrumpió su ataque y la apartó con el choque.

—A ti también te mataré si la estás ayudando —prometió Catalina, con su sable destellando de arriba abajo. Sofía oyó el ruido metálico del acero sobre una armadura encantada, Aia se movía casi tan rápido como Catalina mientras ambas intercambiaban golpes. Iba bien hasta

que el Maestro de los Cuervos saltó a la lucha, uniéndose con unas espadas delgadas para

estocada. Ahora, enfrentada a dos contrincantes a la vez, empezó a retirarse hacia Sofía.

Sofía soltó una ráfaga de fuego hacia el Maestro de los Cuervos. Este rio y la absorbió con un velo que parecía negro color cuervo y emplumado.

Al menos, la distracción le dio el tiempo suficiente a Aia chocar contra él y cortar de cerca mientras este repartía golpes con absoluta determinación.

Eso dejó el camino libre a Catalina para ir corriendo de nuevo hasta Sofía. Fue a la carga hacia Sofía, desapareció dentro de una sombra y volvió a la carga desde otra, todo en un movimiento. Solo la salvó la precaución de Sofía con la piedra de fuego, obligando a Catalina a ir hacia ella desde más lejos. Esto le dio a Sofía un momento en el que girarse y echarse hacia atrás, e incluso entonces sintió que la espada de Catalina le arañaba la piel.

—Catalina, ¿por qué estás haciendo esto? —preguntó, mientras Catalina volvía a ir hacia ella. Sienne brincó hacia su hermana, mordiendo y gruñendo, dando zarpazos con as garars e intentando usar su tamaño para inmovilizarla. Catalina se apartó dando vueltas.

—¡Ya sabes el porqué! ¡Tú organizaste todo esto! Will está muerto por todo lo que tú elegiste.

—Catalina —dijo Sofía, retrocediendo—. Eso no es cierto.

—¡No me mientas!

Sienne brincó para volverse a poner en medio y Sofía la oyó soltar un aullido de agonía cuando Catalina le hizo un corte al gato del bosque con su espada. Sofía nunca pensó que su hermana haría algo así, pero por otro lado, ya lo había hecho antes, ¿no?

—Catalina, te están controlando de alguna manera. Todo esto es una especie de mentira, como lo fue cuando Siobhan se apropió de tu cuerpo.

Tienes que luchar contra esto, Catalina.

Catalina negó con la cabeza.

—No me controlan. La piedra de la sombra me enseñó unas cuantas cosas. Me enseñó todas las conexiones que tú no querías que viera. ¡Me mostró a ti intentando matarme!

Se lanzó hacia Sofía y lo único que a Sofía se le ocurrió que podía hacer era intentar reprimir la mente de su hermana, para intentar evitar que hiciera más daño. Por el rabillo del ojo, Sofía vio a Aia en el suelo, herida o muerta y al maestro de los Cuervos pasando de largo de ella para volver a unirse a la lucha.

—¡No funcionará! —chilló Catalina—. Tú no me controlarás. ¡Ya no seré la segunda detrás de ti nunca más! ¡Tú no me abandonarás, ni nuestros padres, ni nadie más!

Pareció que hacía una bola con sombra como si fuera tela, pero Sofía sospechaba que sería mucho más peligrosa que cualquier tela cuando la golpeara. Sofía reunió fuego y el fuego se encontró con la sombra de Catalina cuando su hermana se la lanzó. Por un momento, se quedaron quietas, chorros de fuego y sombra perfectamente encajados, el vapor se alzaba allá donde se tocaban el uno con el otros.

—Por favor, Catalina —dijo Sofía—. No quiero hacerte daño

—¿Piensas que no permitiré todas las maneras que ya has intentado? —

preguntó Catalina—. Me mandaste marchar sola la primera vez que nos fuimos del orfanato.

—Tú te quisiste ir —puntualizó Sofía, aguantando todavía el poder de su magia.

—Me pusiste al frente de una batalla tras otra.

Sofía negó con la cabeza.

—Todas las veces tuve miedo por ti, pero sabía que la guerra era tu talento y que tú no hubieras querido que te retuviera.

—¡Me hiciste marchar cuando podría haber salvado a Will!

—Yo no hice nada de eso —insistió Sofía—. Yo no controlo todo lo que sucede.

—¡Sí, sí que lo haces! —respondió Catalina bruscamente y Sofía sintió

el dolor tras las palabras a pesar de no poder romper las barreras que tenía alzadas su hermana—. Puedes ver el futuro. Puedes ver lo que va a pasar, así que sabes donde lanzar las piedras para conseguir las ondas que tú quieres.

—Yo no soy Siobhan —dijo Sofía—. Tengo sueños y vislumbro cosas, eso es todo.

—Eso es lo que tú dices —insistió Catalina, redoblando sus esfuerzos para empujar la sombra hacia Sofía.

A Sofía no se le ocurría nada que decir para detenerla por un momento, pero entonces, se le ocurrió algo horrible. Se hizo a un lado y dejó caer la ráfaga de fuego.

—Violeta ha muerto.

—¿Qué? —dijo Catalina.

—Vi que él la perseguía —dijo Sofía, señalando al Maestro de los Cuervos—. Y después vi que el poder de su magia se apagaba. Desapareció.

Contárselo a su hermana casi dolía tanto como experimentarlo por primera vez. Le trajo de nuevo lágrimas a los ojos y Sofía supo que ya no podía luchar más contra Catalina. Se echó hacia atrás.

—Catalina, si yo pudiera manipular las cosas como tú dices, ¿piensas que lo hubiera hecho de manera que mataran a mi hija?

—Yo…

—No voy a luchar contra ti —dijo Sofía—. Estás siendo manipulada, pero no por mí. He sentido la clase de poder que tienen las piedras. Yo creo que la piedra de la sombra te está mostrando versiones retorcidas de las cosas, para intentar controlarte. ¡Tienes que apartarte de eso, Catalina!

—Tengo que…

Catalina se quedó en silencio durante lo que pareció una eternidad y Sofía solo podía imaginar la discusión que estaba teniendo consigo misma.

Catalina alzó la mirada hacia ella y, por un momento, solo uno, a Sofía le apreció que su hermana estaba escuchando.

Entonces Catalina levantó su espada.

—¡No tengo que hacer nada de lo que me digas!

Saltó hacia Sofía, con la espada extendida para matar.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Sebastián se abría camino en la batalla empujando y luchando, ahora ni tan solo le importaba el resultado, solo intentaba llegar hasta su esposa.

había estado tanto tiempo apartado de Sofía que ahora, en este momento en el que le habían quitado todo lo demás, lo único en lo que podía pensar era en llegar hasta ella.

Derribó a hachazos a un soldado del Nuevo Ejército que se metió en su camino, y después apartó a otro de un empujón para encargarse de los hombres que tenía detrás. Formaban una cuña y él estaba en la punta, yendo a la carga a través del centro de la aglomeración, abriéndose camino con auténtico esfuerzo. Continuaban avanzando, pues detenerse en ese momento hubiera significado enemigos por todas partes, pero aun así, Sebastián sentía que el impulso iba a menos. Tenían que abrirse camino.

—¡Por la reina! —gritó, intentando levantar el ánimo de sus hombres tras él. Le clavó su espada a uno de los hombres de Enrique d'Angelica y, a continuación, paró un golpe de lanza que iba dirigido a otro de sus hombres.

Con los enemigos tan cerca por todas partes, a Sebastián le daba la sensación de que había espadas hambrientas en todas direcciones.

Pero eso no le importaba, solo quería llegar hasta Sofía.

No había sido capaz de salvar a su hija, pero haría todo lo que pudiese para asegurarse de que su esposa estaba a salvo. Cuando se casó con ella juró quererla para siempre, y no iba a permitir que un detalle como una batalla se metiera entre ellos.

¡Cómo estaba ahora la batalla! Alrededor de Sebastián, los hombres de

los tres grandes bandos que se disputaban el reino luchaban y morían, atacaban y mataban con tanto frenesí que costaba saber con exactitud quién pertenecía a qué facción. Levantó su espada para atacar a un hombre, pero la apartó a un lado cuando vio un destello de los colores de Ishjemme debajo del barro y la sangre en los que estaba atrapado. A su alrededor, la aglomeración daba vueltas y llegó a una fase en la que parecía que las tácticas no cambiarían nada, solo los frenéticos esfuerzos de los hombres que había allí… de su fortaleza, de su fuerza de voluntad.

Más allá de la aglomeración, Sebastián vio que sus esfuerzos por remodelar el campo de batalla estaban dando fruto. Los muros que encerraban los flancos del Nuevo Ejército significaban que estos no podían atacar con un frente tan amplio que les permitiera usar toda su fuerza, y eso permitía a los soldados de Sofía dispararles desde allí, causando pérdidas terribles.

Además de la piedra, Sebastián empezó a ver que el hielo y la nieve entraban en juego, que caían a pesar de que el día era demasiado caluroso para ellos, tapaban la vista de los artilleros enemigos y dejaban el suelo resbaladizo para los hombres cuando estos intentaban ir a la carga. Vio hombres y bestias translúcidos embistiendo a las hordas del enemigo, atravesaban algunas sin causar daños, pero conseguían liquidar a otras y hacer huir a todo un contingente por el miedo. Oyó el chasquido de los mosquetes y vio los grupos que salían de sus escondite atacando a los oficiales del enemigo. Vio que el Nuevo Ejército empezaba a incorporarse, contenido por los esfuerzos de sus fuerzas y la confusión de la batalla a tres bandos que se estaba desplegando.

A través de todo esto, Sebastián realmente solo tenía ojos para Sofía. La observaba mientras avanzaba luchando y allí veía al Maestro de los Cuervos y la extraña visión de Catalina luchando a su lado.

—¡Tenemos que llegar hasta Sofía! —gritó a sus hombres—. Cueste lo que cueste.

Continuó luchando para abrirse camino a empujones, mientras a su alrededor, los hombres morían en la lucha por cada trozo de tierra.

Sebastián veía caer a los hombres que estaban con él, derribados por el enemigo. Veía como el mismo peso de la multitud los empujaba a un lado.

Incluso veía como eran pisoteados por las botas de los demás, la

presión de los hombres era demasiado grande para que cualquiera la pudiera resistir.

Sebastián se abría camino a golpes de espada, atacando a los enemigos que se metían en su camino, liderando la carga para llegar hasta su esposa.

Vio que Catalina y Sofía empezaban a luchar, el fuego y la sombra se encontraban entre ellas. Sebastián echó a correr.

Se abría paso en la lucha a empujones, ahora ni tan solo se molestaba en enfrentarse a los enemigos, solo corría para llegar a Sofía antes de que la lucha que había más adelante pudiera herirla. Vio que el Maestro de los Cuervos derribaba a un contrincante de armadura dorada y avanzaba para unirse a la pelea entre Sofía y su hermana. Cuando la sombra y el fuego

parpadearon, Sebastián casi redujo la velocidad por un momento, pero entonces vio que Catalina volvía a levantar su espada.

Dio un salto hacia delante, en el espacio que había entre ellas y levantó su espada para intentar parar el golpe. El impacto hizo temblar sus manos y Sebastián sintió que el dolor se disparaba en su interior, mientas la fuerza del ataque de Catalina irrumpía en sus defensas. Al bajar la vista vio que la hoja de la espada de Catalina sobresalía de su torso y respiraba con dificultad, intentando coger más aire. Pero no importaba, pues al menos había conseguido evitar que el ataque llegara a Sofía.

Dio un puñetazo rápido y sintió que acertaba a la mandíbula de Catalina y le hacía dar vueltas. Sabía que no ganaría más que uno o dos segundos, pero mientras sentía que se desplomaba, sabía que eso no importaba. Ya había perdido a su hija, pero haría lo que fuera para proteger a su esposa.

Ahora el problema era que, mientras alzaba la mirada estando él de rodillas, Sebastián no estaba seguro de qué más, si es que había algo, podía hacer para salvarla. Por encima de él, Catalina estaba de pie mirando y tiró de la espada para sacársela. La cogió, aún cubierta de su sangre y la levantó dispuesta a matar.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Emelina gritó cuando otro cuervo bajó y le picoteó la carne, intentando no encogerse de dolor, pues cada movimiento, cada reacción, le daba un tirón en los hombros. Cora también estaba gritando, los cuervos revoloteaban de ella a Emelina y de vuelta otra vez, mientras a su alrededor la batalla continuaba arrasando.

Lo peor no era el dolor. Ni tan solo era tener que ver a su amiga sufriendo junto a ella, a pesar de que a Emelina se le rompía el corazón cada vez que una de las criaturas se posaba sobre Cora, rasguñándole o picoteándole la carne. No, la parte que más dolía de todas era pensar que cada momento que pasaba aumentaba el poder del Maestro de los Cuervos, alimentándolo con un fragmento de energía extra, mientras ellas eran incapaces de ayudar a sus amigos.

Parecía que sus amigos también necesitaban la ayuda. Emelina vio a Catalina luchando con su hermana, vio el daño que estaba causando.

Incluso vio el momento en el que Catalina se lanzó hacia Sofía, y consiguió clavarle la espada en el pecho a Sebastián. Tener que estar allí de rodillas mientras sucedía esto era demasiado.

—Tenemos que encontrar una salida de aquí —gritó Emelina a Cora.

—¿Cómo? —replicó su amiga.

—Tenemos que encontrar la manera de romper las cuerdas.

Emelina tiraba de ellas, gritando de dolor por el esfuerzo porque tenía los hombros firmemente sujetos y los brazos dolorosamente inmovilizados detrás.

—Te harás daño, Emelina —dijo Cora. Emelina vio las lágrimas en los ojos de su amiga—. Me estás haciendo daño.

Emelina quería disculparse con ella, deseaba decirle que no lo intentaría de nuevo, pero entonces giró la cabeza lo suficiente para mirar las cuerdas que las sujetaban.

—Es una cuerda —dijo Emelina—. Ta hago daño porque es una cuerda que nos tiene atadas a las dos juntas.

—Ya sé que es una cuerda —dijo Cora y gritó, pues otro cuervo fue hacia ella—. Lo noto cada vez que te mueves.

—Pues ya está —dijo Emelina—. Esta es nuestra salida. Yo no soy lo suficientemente fuerte como para romper la cuerda, pero si las dos tiramos en direcciones diferentes…

—¿Podemos arrancarnos los hombros la una a la otra? —dijo Cora.

—Debemos intentarlo.

Tenían que hacerlo. No podían dejar así a sus amigos. Si tardaban más, Catalina mataría a Sebastián y a Sofía. Entonces ella nunca se lo perdonaría, si es que tenía la ocasión de hacerlo. Era igual que cuando la había poseído Siobhan, solo que ahora la amenaza no era solo para Sofía y su hija; era para todo el mundo en el reino y más allá de él.

—Vale —dijo Cora—. Supongo… supongo que esto dolerá. ¡Tira!

Dolió. Dolió más de lo que Emelina podría haber imaginado mientras tiraban en direcciones opuestas, intentando encontrar algún defecto en las cuerdas que los sujetaban. Emelina sentía como si se le fueran a partir los brazos, pero continuaba tirando, pues no quería perder la esperanza de ser libre, o sus amigos.

Cuando las cuerdas finalmente cedieron, tropezó contra el suelo de la carreta con un golpe seco.

—Cora, ¿estás bien? —preguntó.

—Solo necesito soltarme los brazos —respondió su amiga.

Emelina sabía que tenía que hacer lo mismo, a pesar del dolor que la recorría. Luchaba contra las cuerdas que todavía la sujetaban, y ahora usaba la cuerda floja para escurrir las muñecas.

Un cuervo voló hacia ella y lo atrapó en el aire.

—Vamos a por ti —prometió.

Echó a correr. Corrió con Cora a su lado a través del campo de batalla y, por el camino, cogió la espada de un soldado caído. hizo lo mismo y fue más rápida al usarla, golpeando a cualquier enemigo que se acercara demasiado y parándose brevemente a intercambiar golpes con un hombre que llevaba un hacha antes de agacharse para evitar un golpe de él y clavarle la espada en la barriga.

—No hay tiempo —le gritó Emelina y continuaron corriendo hacia Catalina y los demás.

Cuando Emelina alcanzó a Catalina, esta estaba echando atrás su espada para dirigir un golpe mortal as Sebastián.

—¡Detente! —pidió Emelina y, tras ello, puso cada trozo de poder que pudo reunir.

Catalina se giró hacia ella, con una mirada enojada en el rostro.

—Te di una cuerda raída para ver lo que podrías hacer con ella —dijo

—. Esperaba que hicieras algo más interesante.

—¿Te has oído, Catalina? —preguntó Emelina—. No estás hablando tú, es la piedra. Piensas que la controlas tú, pero lo cierto es que ella te está controlando a ti. ¿No lo ves?

—Lo único que veo es el poder que me ha dado —dijo Catalina—. Eso y la claridad. Veo todas las mentiras que alguna vez me han dicho, todas las manipulaciones.

—¿Y qué pasa con todas las verdades? —preguntó Cora, que estaba al lado de Emelina—. ¿Te ha mostrado que era cierto cuando te dijimos que éramos tus amigos? ¿Te ha mostrado que era cierto cuando Will te dijo que te amaba?

—¡No hables de él! —gritó Catalina y Emelina supo que debía actuar, o su amiga los mataría a todos, ella incluida.

—Lo siento, Catalina —dijo Emelina—. Estoy bastante segura de que esto dolerá.

Lanzó magia contra el poder de la piedra y Catalina gritó, después se rio.

—¿Piensas que con esto bastará?

—Con un poco de ayuda, sí —dijo Emelina y estiró el brazo hacia los demás que estaban allí—. ¡Sofía, todos vosotros, ayudadme, o está perdida!

Sintió que se le añadían. Sintió el poder de Aia allí donde había caído, metiendo la magia que podía mientras aún intentaba sobrevivir a las heridas que el Maestro de los Cuervos le había infligido. Sintió que aquellos que tenían magia en el campo le prestaban su fuerza. Lo que es más, sintió todo el peso del poder de Sofía, ahora destrozado para intentar salvar a su hermana.

Incluso con esto, parecía que intentaba apartar una montaña empujándola. La piedra de la sombra tenía sus anzuelos muy dentro de ella, o quizás el problema era que lo que ofrecía era tan seductor que Catalina se aferraba a ella con todas sus fuerzas. Incluso entre ellos, no podían igualar su fuerza.

Entonces se les añadió otra fuente de poder y Emelina sintió que la fuerza de Lucas anegaba la conexión. Emelina la usó para empujar la

sujeción que tenía la piedra de la sombra y arrancar sus zarcillos de la mente de Catalina. Vio que su amiga estaba allí de pie, con su espada preparada, pero con una mirada de confusión en la cara que daba a entender que ya no entendía el porqué.

—Emelina… Sofía… ¿qué está pasando? Estaba… estaba muy segura de que estabais intentando matarme.

—Es la piedra que buscaste para que te devolviera tus poderes —

explicó Emelina, mientras Sofía corría hacia Sebastián y colocaba las manos sobre la herida de su pecho y reunía magia para intentar curarlo—.

Creo que distorsionó lo que tú pensabas.

—Distorsionó lo que yo veía —la corrigió Catalina—. Es como… es como si pudiera ver todo lo del pasado o el futuro, pero todo fuera una mentira. —Hizo un gesto de dolor—. Otra vez. He sido controlada otra vez.

Emelina todavía estaba atada a Catalina lo suficiente como para sentir el dolor y la pena que eso conlleva. Se adelantó para rodear a su amiga con un brazo y asegurarle que todo iría bien y que no era culpa suya.

—Oh, qué conmovedor —dijo el Maestro de los Cuervos, acercándose hacia ellas—. Aunque supongo que esto significa que he perdido una aliada.

Aun así, de todos modos, tendría que haberla matado tarde o temprano.

Estiró los brazos y and Emelina vio que los cuervos se amontonaban a su alrededor, en cantidades tan grandes que oscurecían el cielo. Incluso habiendo salvado a Catalina, esto no había terminado. Todavía tenían un enemigo al que enfrentarse y Emelina…

…bueno, Emelina no estaba segura de que pudieran ganar.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Enrique d'Angelica estaba muy seguro de que él y su ejército ganarían.

Tenía las fuerzas, tenía el apoyo de la gente que importaba. Incluso tenía la lanza de Thom Witchbane. Más que eso, tenía el derecho de su lado y aunque Enrique no era tan inocente como para pensar que esto era lo único que contaba, por lo menos debería contar para algo, ¿o no?

En lugar de ser la victoria clara y decisiva que él esperaba, se encontró atrapado en medio de una batalla extraña con múltiples bandos en la que nada tenía sentido. Sus hombres estaban acorralados por muros de piedra que no estaban allí cuando la batalla empezó, el hielo los ralentizó, el fuego los quemó… La lanza ofrecía algo de protección, pero solo a los que estaban más cerca de él.

—¿Deberíamos tocar a retirada, mi señor? —preguntó uno de los nobles.

Enrique se fijó en que ahora era *mi señor*, no *su majestad*. La lucha había visto cómo iba de ser allí el único rey verdadero a ser de nuevo solo un señor, y uno menor además.

—No —declaró—, no me retiraré. No lo haré.

Sin embargo, muchos de sus hombres parecían hacer las cosas por su cuenta. Las compañías libres estaban escapando —la Diosa sabía que esto es lo que mejor hacían los mercenarios cuando la situación era difícil—

pero lo mismo hacían los campesinos que le debían lealtad, e incluso algunos de los nobles a los que él había considerado algunos de sus aliados más cercanos.

—Mi señor —dijo el noble—, si no nos retiramos ahora, puede que usted no pudiera escapar de esta batalla. ¿No es mejor reagruparse?

Enrique reprimió una respuesta furiosa. Sabía que el hombre solo

intentaba hacer lo correcto y protegerlo. Lo que el hombre no veía era que podría no haber reagrupación después de esto. Con una pérdida como esta, sus seguidores empezarían a alejarse. Nunca volvería a tener un ejército como este.

—¿Qué me queda ahora? —reflexionó Enrique en voz alta—. ¿Un asiento menor en algún lugar en el que no me encuentren? ¿Un retiro para ser el invitado de Loris e Imogen para el resto de mi vida? ¿Una vida como hombre buscado, o peor, como perdonado?

Enrique podía imaginar todas las posibilidades, desde ser capturado a desvanecerse, desde un largo asedio a una lamentable insignificancia.

Pasara lo que pasara a partir de este momento, sabía que no sería rey. Los brujos se habían encargado de ello.

—Mi señor… —empezó a decir el noble.

Enrique se puso derecho.

—Retiraos si lo deseáis. No os pediré que arriesguéis vuestras vidas por mí.

—Si la causa no estuviera perdida… —empezó a decir el hombre, pero ya se estaba alejando, haciendo señales en silencio a los demás.

—La causa nunca fue hacerme rey a mí —dijo Enrique—. Eso era lo que se necesitaba para conseguirla. ¡La causa era conseguir justicia!

Eso era algo que todavía podía conseguir. Todavía tenía las habilidades de un guerrero. Todavía tenía la lanza. Podía andar por ahí siendo una vergüenza para las personas a las que llamaba amigos, o podía ir a la oscuridad como el hombre que consiguió justicia por la reina asesinada.

Visto así, solo había una opción.

Enrique miró a su alrededor hasta que vio el lugar en el que estaba Sofía Danse y se sumergió en la batalla, los pocos hombres que estaban preparados para seguirle iban tras él. Empujaba a los soldados para sacarlos del camino y cortaba con la cabeza de la lanza, haciendo barridos delante de él de la misma forma que un mozo de establo podría haber usado un cepillo.

La lanza era lo suficientemente afilada como para cortar todo lo que tocaba y, más a menudo que no, mataba allí donde cortaba. Se abría

camino a cuchillazos como un hombre que lo hacía a través de un denso sotobosque, decidido a no bajar la velocidad, decidido a no parar.

Los hombres que habían venido con Enrique empezaban a caer a su alrededor. Un hombre cayó cuando una descarga de fuego de mosquete vino hacia ellos. Otro murió con una espada en la barriga, y Enrique mató al hombre como respuesta. Continuó insistiendo en avanzar, sin importar cuántos hombres morían a su alrededor, sin preocuparse cuando una espada le cortó el brazo y una bala de plomo le rozó la mejilla. Tenía una misión que cumplir y todo lo demás era secundario.

Uno de los guerreros del Hogar de Piedra fue hacia él, y el brujo redujo la velocidad cuando la magia de la lanza hizo efecto y lo vació de su magia.

Enrique bloqueó el golpe de espada del hombre y, a continuación, dibujó un arco con la lanza y le cortó el cuello al hombre.

Ahora estaba más cerca, de manera que podía ver a la reina traidora y a sus amigos no muy lejos. Un poco más y estaría sobre ellos. Enrique todavía estaba observando cuando vio la figura de palo del Maestro de los Cuervo dando un paso adelante y colocándose delante de ellos, cuervos de todos los tamaños y tipos lo rodeaban como un segundo ejército. Volaban por arriba en una bandada que era casi una nube, volaban en círculo por encima de los hombres que había allí y llenaban el aire de poder oscuro.

Un dolor se disparó en el interior de Enrique y, al bajar la vista, vio una espada que sobresalía de él. Se giró y mató al hombre que lo había apuñalado, después miró a su alrededor en busca del resto de sus hombres.

Los que no habían caído por ahora estaban luchando lejos de Enrique, apartados por el remolino y la presión de la batalla.

Enrique tosía sangre mientras intentaba continuar, forzándose a avanzar.

Llegaría hasta allí. Lo haría.

Vio a un guerrero de armadura dorada que se acercaba. Enrique sabía que cuando el hombre llegara hasta allí, se habría acabado. Los había visto luchar y no solo dependían de la velocidad y la fuerza. Herido como estaba, no podía esperar sobrevivir, incluso si esta herida no lo

mataba primero.

¿Estaba lo suficientemente cerca como para arrojar la lanza? Enrique la levantó para intentar calcular el peso. Había planeado administrar justicia desde cerca, pero quizás una flecha repentina lanzada de la nada bastaría.

Echó la lanza hacia atrás, concentrándose en las figuras que estaban delante de él. Allí estaba la reina traidora… pero también el Maestro de los Cuervos. ¿Qué contaba más, la venganza o la oportunidad de librar al mundo de una maldad como esta?

Enrique eligió y lanzó.

La lanza trinó a través del aire, se movía trazando un arco como sacada de una leyenda. Mientras se derrumbaba sobre sus rodillas, Enrique pensó que era un lanzamiento digno del mismo Thom Witchbane. Cayó hacia delante, pero aún pudo ver el momento en el que alcanzó al maestro de los Cuervos, le atravesó la carne y se le clavó.

—Lo siento, Imogen —susurró Enrique mientras la oscuridad empezaba a venírsele encima. Lo último que vio antes de que la muerte lo llamara

fueron cuervos cayendo desde el cielo.

CAPÍTULO CUARENTA

Lucas vio que los cuervos empezaban a caer y saltó hacia el Maestro de los Cuervos. A pesar de la lanza que sobresalía de él, el hombre todavía era rápido y giró a un lado para esquivar el golpe, de manera que Lucas golpeó la empuñadura de la lanza y la rompió por la mitad.

Él devolvió el golpe y Lucas tuvo que esquivar después, bloqueando por arriba y por abajo para evitar que el Maestro de los Cuervos lo matar.

Daban vueltas el uno alrededor del otro, sondeando con las espadas, buscando una abertura.

—¿Piensas que esto me debilitará lo suficiente como para que tú me mates? —preguntó el Maestro de los Cuervos, dando un tirón a la lanza—.

Podría alejarme de más muerte durante un rato, pero después de todo el poder que he absorbido, todavía puedo matarte. Me daré un festín con todos vuestros cadáveres.

Su espada se apagó, obligando a Lucas a bloquear una y otra vez. Lucas volvió a atacar y marcó una línea de sangre en la carne del Maestro de los Cuervos, pero el precio de esto fue que él también resultó herido, pues la espada más corta de su rival le alcanzó justo encima de la cadera.

—Te mataré a trocitos —dijo el Maestro de los Cuervos mientras la herida de su brazos e cerraba. Lucas intentaba consolarse con el pensamiento de que hacerlo debería haberle costado poder, pero aun así, era un recordatorio de cuánto poder tenía su rival todavía. No podía esperar derrotarlo él solo.

«Entonces está bien que no estés solo, hermano», le mandó Catalina.

Ahora estaba allí, dando vueltas alrededor del Maestro de los Cuervos en dirección contraria a Lucas. Le hizo un corte en el tobillo y, cuando se giró para bloquear, Lucas pudo colar un golpe al bajar el hombre la guardia. El Maestro de los Cuervos le devolvió el golpe y obligó a Lucas a esquivar, y Catalina le lanzó un golpe violentamente rápido hacia los hombros.

Daban golpes una y otra vez, trabajando desde ambos lados, atacando como lo haría una manada de lobos, cada uno de ellos llevaba al Maestro de

los Cuervos hacia el otro, cada uno atacaba mientras él dirigía la atención a bloquear los ataques de una dirección o de otra.

Todavía era un contrincante mortífero; la cantidad de experiencia que tenía en la guerra lo hacía inevitable. Lucas vio que a Catalina la alcanzó una estocada de la espada de duelo de su rival y Lucas hizo un gesto de dolor cuando la misma espada le hizo un corte en el brazo. El Maestro de los Cuervos fintó hacia él y, a continuación, le dio una patada a Catalina, alcanzándole el estómago. Lucas devolvió el golpe y al hombre le falló la pierna.

—No puedes agotarme —dijo el Maestro de los Cuervos—. No puedes esperar sobrevivirme.

«Está intentando obligarnos a hacer algo desesperado», le mandó Lucas a Catalina.

«Entonces hagamos algo desesperado», le respondió ella.

Saltó hacia el Maestro de los Cuervos, lanzando una descarga de golpes hacia él. Lucas vio que dejaba caer su espada cuando su contrincante levantó sus espadas para defenderse, y le agarró las muñecas, en lugar de intentar clavarle la espada, para inmovilizarlo.

Lucas aprovechó su oportunidad y hundió la espada del espíritu en el pecho del Maestro de los Cuervos. El líder del Nuevo Ejército se balanceó allí mismo y, a continuación, se desplomó sobre sus rodillas.

—Esto no me detendrá —resolló, la respiración borboteaba en su interior—. Teno el poder para resistir esto. Puedo sobrevivir a esto. Puedo sobrevivir a cualquier cosa que podáis hacer.

Ahora mismo, Lucas sospechaba que podría tener razón. Acababa de propinarle al Maestro de los Cuervos lo que debería de haber sido un golpe letal, pero el hombre todavía estaba allí, todavía respirando, todavía peligroso.

Sofía dio un paso adelante.

—Me quitaste a mi hija y a mi reino —dijo—. Casi te llevaste al hombre que amaba y a mi familia. Veamos a qué puedes sobrevivir exactamente.

***

Sofía contactó con el poder que rodeaban a Monthys, sintiendo los hilos de poder que allí había y la red de magia que estaba entretejida en la

estructura del lugar. Podía sentir cómo sus elementos se conectaban junto con el poder de las piedras que ella y sus hermanos tenían, igual que con las que había en la casa principal. Sentía el fuego y la sombra, el hielo y la tierra y el espíritu, todos interconectados, todos alimentándose a través de redes de magia que canalizaban el poder de la misma manera que un canal podía guiar el agua.

Parte de Monthys había estado diseñada para este momento; Sofía estaba segura de ello. Encajaba de manera demasiado perfecta, se

centraba en ese lugar demasiado bien. No debería haberse sorprendido por ello, cuando su familia había podido ver tanto del futuro. Sofía tenía la sensación de que el destino se le venía encima, de que este era un momento hacia el que habían estado trabajando todos los hermanos. Los necesitaba a todos ellos aquí y ahora.

Cuando la Viuda había intentado matarlos y destruir la casa, no tenía como objetivo a su familia; Sofía se dio cuenta de que había intentado destruir la magia que los respaldaba. Había intentado evitar un momento en el futuro.

Pero todavía estaban allí y ahora Sofía sabía lo que tenía que hacer.

«Uníos a mí», les mandó a sus hermanos y ellos le dieron la mano, Catalina le cogió la derecha y Lucas la izquierda. Ahora Sofía veía cómo funcionaba el mecanismo de la hacienda de su familia y, cuando los demás le prestaron su poder, Sofía lo mandó a través de los mecanismos, a lo largo de canales diseñados para guiarlo exactamente para esto. Sofía mandó poder para que rodeara al Maestro de los Cuervos, envolviéndolo como una red, o una jaula hecha de hilos insustanciales de los elementos.

—Eres algo con lo que nos e puede razonar —dijo Sofía—. Si te dejáramos ir, volverías. Si intentáramos una tregua, solo traerías más muerte. Y más importante que esto, mucho más importante, mataste a mi hija.

—No está muerta —dijo Sebastián, levantándose para ponerse al lado de Sofía, su sanación lo aguantaba—. Sofía, no está muerta.

—Vi morir su poder —dijo Sofía—. Yo la estaba buscando, y él la estaba persiguiendo, y…

—Era yo —dijo Emelina—. Lo atraía para alejarlo.

—Entonces ¿está a salvo? —El alivio casi hizo que soltara el poder que estaba sujetando—. Sebastián, ¿nuestra hija está a salvo?

Sebastián negó con la cabeza.

—No es tan sencillo. Hay gente que… se la han llevado, Sofía.

Sofía soltó un grito y apretó con fuerza las manos de sus hermanos. El poder que ella contenía en los mecanismos de Monthys se contrajo como un tornillo, los elementos que canalizaban las piedras se derramaron en un lugar diminuto y llenaron al Maestro de los Cuervos

hasta que explotó.

Se desvaneció en un rocío de polvo, reducido a menos que cenizas.

Tras ello, Sofía cayó sobre sus rodillas, se sentía vacía y no solo por la magia. Fue Sebastián el que la levantó, aunque él parecía apoyarse en ella tanto como ella se apoyaba en él.

—¿Se acabó? —le preguntó Sofía—. Por favor, dime que se acabó.

—Míralo tú misma —dijo Sebastián, haciendo un gesto hacia la batalla.

hacia lo que había sido la batalla. Ahora, lo que quedaba de la lucha parecía desvanecerse, hombres que habían intentado matarse los unos a los otros momentos antes de mirarla a ella, a sus hermanos y al espacio en el que había estado el Maestro de los Cuervos. Plumas negras cayeron del cielo como lluvia y allí estaba Sofía, dejándolas caer a su alrededor antes de girarse hacia Sebastián y besarlo.

—Se acabó —le dio la razón. Excepto por una cosa: todavía tenemos que encontrar a nuestra hija.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

La buscaron solo como un rey y una reina podían buscarla. Mandaron mensajeros, publicaron recompensas y separaron el ejército en mil direcciones diferentes para que la buscaran. En ese momento, no importaba que los restos del Nuevo Ejército y nobles hubieran luchado contra ellos en la última batalla. Lo único que importaba era que tenían la voluntad de intentar encontrar a Violeta.

Esta búsqueda compartida parecía hacer más por volver a unir el reino de lo que podrían haber hecho mil discursos, cien intentos por recuperar.

Aun así, parecía demasiado poco para encontrar a u hija. Sofía caminaba de un lado a otro por los salones de Monthys, las manos formando puños, reacia a soltar la tensión que la llenaba hasta que esto hubiera terminado y tuviera de nuevo a su bebé.

—La encontraremos —le aseguró Lucas—. Estamos buscando con magia y lo mismo hacen todos los que tienen el poder de mirar. Catalina está buscando por todas partes, para intentar localizar dónde podrían habérsela llevado.

—Pero ¿quiénes son ellos? —preguntó Sofía—. Ni tan solo sabemos eso. ¿Gente que desaparecen en unos harapos cuando los matas? ¿Personas encapuchadas que hablan sobre el destino y saben justo dónde atacar para llevarse a mi hija? ¿Cómo pueden ser tan poderosos y nosotros ni tan solo sabemos quiénes son?

—Precisamente porque son tan poderosos —dijo Catalina, entrando en la sala—. Pero hay un modo de encontrarlos. Es evidente que tratan con secretos, de modo que la piedra de la sombra lo sabrá.

—Catalina, es demasiado peligroso —dijo Sofía.

Catalina negó con la cabeza.

—No, no es lo suficientemente peligroso, no para compensar la mitad de las cosas que yo he hecho. Y por Violeta, cualquier peligro vale la pena.

Creo… Creo que aquí, con los guardias de Monthys alrededor, debería ser posible.

Sofía deseaba decirle a su hermana que no debería arriesgarse, pero Catalina tenía razón: por Violeta, valía la pena.

Catalina sacó la piedra de la sombra, la colocó en un lugar de la pared que parecía diseñada para ella y puso la mano encima.

—Hombres encapuchados —murmuró—. Barcos con colores vivos.

Una niña. Vamos, trozo de roca. Me lo debes por lo que me hiciste hacer.

Sofía podía ver la batalla entre su hermana y la piedra y estiró el brazo para ponerle la mano en el hombro a Catalina, y vio que su expresión se relajaba al hacerlo. Lucas hizo lo mismo. Quizá fue por eso por lo que, cuando las sombras parpadearon, los tres vieron el barco.

Las figuras que iban en él se veían extrañas, como si su carne fuera una especie de máscara, muy raída. A Sofía eso no le importaba. A ella solo le importaba la figura diminuta que estaba en cubierta con ellos,

llevada en brazos por uno de ellos mientras navegaban río.

—¡Violeta! —chilló Sofía y, en un instante, la escena se transformó desde una cosa sombreada a algo real. Ella, Catalina y Lucas estaban realmente en la cubierta del barco, estaban realmente donde estaba su hija…

…realmente rodeada por enemigos.

Las espadas de Catalina y Lucas saltaron de sus vainas cuando ellos saltaron hacia delante. Los hombres y mujeres encapuchados eran rápidos y fuertes, pero los hermanos de Sofía eran incluso más poderosos. Los cortaban como campesinos reclamando la cosecha.

Por su parte, Sofía atacaba con magia. reprimió las mentes de los secuestradores y los inmovilizó. Arremetió con fuego de la piedra que sostenía y los quemó hasta convertirlos en ceniza. Su reino se alzó en respuesta a su estado, llenando el cielo de rayos que caían en forma de lluvia torrencial y golpeaban a más de ellos.

—¡Devolvedme a mi hija! —gritó Sofía.

Una de ellos estaba en el borde del barco, con Violeta en sus manos como si pudiera saltar con ella al agua. Entonces Sofía no podía atacarle, no sin hacer caer a ambas al río.

—¡La Princesa Cristina tiene un destino! —clamó la mujer—. No podéis pararlo. Nadie puede parar…

Se quedó callada y, por un momento, Sofía no entendía lo que estaba pasando. Entonces vio la punta de una espada sobresaliendo por el pecho de la mujer, y vio que Catalina salía de su sombra, justo a tiempo para coger a

la princesa mientras la mujer se desvanecía, dejando solo la capa que llevaba.

—Se llama Violeta —dijo Catalina, tomando a la hija de Sofía.

La llevó hasta Sofía, y cuando Sofía miró a su alrededor, vio que el barco estaba vacío e iba a la deriva. Ella, Catalina y Lucas la habían despejado de sus enemigos, dejando solo capas vacías llenando las cubiertas.

—¿Quiénes eran? —dijo Sofía.

—No lo sé —confesó Catalina—, pero eso no es lo importante. Lo importante es que Violeta está a salvo.

De repente, se oyó una carcajada en el aire. Sofía miró por todas partes para encontrar el origen, pero no pudo encontrarlo.

—Volveremos a por ella —se oyó una voz sobrenatural—. Un día, volveremos.

Y, con la misma rapidez, la carcajada desapareció.

Sofía intercambió una mirada de horror con los demás, preguntándose qué era cierto.

Catalina le entregó Violeta a Sofía, y Sofía abrazó al bebé, dándose cuenta de que lo importante estaba en sus brazos. Fuera cual fuera el futuro que esa gente tenía en mente para su hija, aquí, ahora, no podían infligírselo. Violeta estaba a salvo.

Sofía sostenía a su bebé en brazo y la recorrió un calor que nunca podría haber imaginado que fuera posible.

Lloraba de alegría mientras miraba a Violeta a los ojos.

Había terminado.

Finalmente, había terminado.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Sofía estaba en uno de los balcones de Monthys, mirando hacia el mar de gente que había por debajo de ella con algo cercano a la incredulidad.

Había muchas personas allí para oírla, muchas personas que lentamente estaban reconstruyendo sus vidas tras la guerra.

Alrededor de Monthys, podía ver más reconstrucción literalmente, pues las casas habían empezado a aparecer como setas, construidas por manos dispuestas. Al parecer, nadie quería regresar a Ashton después de todo lo que había sucedido allí. Sofía estaba muy contenta

por ello. Por poder ser la segunda ciudad del reino. Porque la Asamblea y la gente vinieran aquí.

Sería un buen lugar desde el que gobernar.

—¿Estás preparada? —preguntó Sebastián, saliendo al balcón con Violeta en brazos. Tenía un aspecto tan perfecto como el que tenía el primer día que Sofía lo había visto, en el baile de la Viuda.

Sofía cogió a Violeta.

—Ahora sí.

Miró hacia fuera y vio a gente que conocía y gente que no, gente que debería de haber venido con el Nuevo Ejército y otros que habían sido desterrados por la guerra. Habló para todos ellos.

—Todos nosotros hemos pasado por muchas cosas en los últimos tiempos —dijo—. Hemos sufrido la guerra y hemos sufrido el odio. Y esto os digo: ahora ha terminado. Recuperaremos nuestras vidas. Las reconstruiremos, no tal y como eran, sino mejores, más justas y más hermosas.

Miró a la gente que había allí e hizo la promesa silenciosa de que gobernaría de un modo que los escuchara, y que funcionara para todos.

—He aprendido mucho en los últimos meses. He aprendido quién soy.

He aprendido a usar una magia que nunca había pensado que fuera posible.

—Bajó la mirada hacia Violeta y después miró a Sebastián—. Y he aprendido que nada de eso, nada, es tan importante como el amor que podemos encontrar. Reconstruiremos este reino basándolo en ese amor y será mejor para él.

Entonces besó a Sebastián, porque podía y por todas las veces que casi lo había perdido. Sostenían a Violeta entre ellos mientras la multitud aclamaba y, a pesar de que Sofía pronto habría más cosas, más problemas de los encargarse con el gobierno de un reino, en ese momento, todo parecía perfecto.

No era solo suficiente.

Era todo lo que siempre había deseado.


MORGAN RICE
REALM
OF
DRAGONS
AGE OF THE SORCERERS (BOOK ONE)

“Tiene todos los ingredientes para un éxito inmediato: argumentos, contraargumentos, misterio, valientes caballeros y relaciones que florecen repletas de corazones rotos, engaños y traición. Los mantendrá entretenidos durante horas, complaciendo a todas las edades. Recomendado para la biblioteca permanente de todos los lectores de fantasía.”

--Books and Movie Reviews, Roberto Mattos (respecto a *El Anillo del Hechicero*)

“Allí están los comienzos de algo extraordinario”.

--San Francisco Book Review (respecto a *La Senda de los Héroes*) De la escritora de USA Today y *bestseller* No. 1, Morgan Rice, autora de *La Senda de los Héroes* (más de 1.300 opiniones con cinco estrellas), llega el debut de una nueva serie de fantasía sorprendente.

EL REINO DE LOS DRAGONES (La Era de los Hechiceros—Libro uno) cuenta la historia de una épica llegada a la madurez de un joven de 16 años muy especial, el hijo de un herrero de una familia pobre, quien no tiene la oportunidad de demostrar sus habilidades para luchar e irrumpir en las filas

de los nobles. Sin embargo, alberga un poder que no puede negar, y un destino que debe seguir.

Cuenta la historia de una princesa de 17 años en la víspera de su boda, destinada a la grandeza, y de su hermana menor, rechazada por la familia y muriéndose de plaga.

Cuenta la historia de tres hermanos, tres príncipes que no podrían ser más distintos, todos compitiendo por el poder.

Cuenta la historia de un reino al borde de un cambio, de una invasión, la historia de la extinción de la raza de dragones, que caen diariamente del cielo.

Cuenta la historia de dos reinos rivales, de los rápidos que los separan, de un paisaje salpicado por volcanes inactivos y de una capital accesible solamente con la marea. Es una historia de amor, pasión, de

odio y rivalidad entre hermanos; de delincuentes y tesoros escondidos; de monjes y guerreros secretos; de honor y gloria, y de traición y engaño.

Es la historia de Dragonfell, una historia de honor y valor, de hechiceros, magia y destino. Es una historia que no podrás dejar hasta las primeras horas, que te transportará a otro mundo y hará que te enamores de personajes que nunca olvidarás. Atrae a todas las edades y géneros.

Los libros dos y tres (TRONO DE DRAGONES y NACIDA DE

DRAGONES) están disponibles ahora para reservar.

“Una fantasía animada…. Solo el comienzo de lo que promete ser una serie épica para jóvenes”.

--Midwest Book Review (respecto a *La Senda de los Héroes*)

“Lleno de acción…. La composición de Rice es sólida y el argumento, intrigante”.

--Publishers Weekly (respecto a *La Senda de los Héroes*)



EL REINO DE LOS DRAGONES

La Era de los Hechiceros—Libro Uno

Morgan Rice

Morgan Rice es autora de *best sellers* de USA Today y de la serie de fantasía épica EL ANILLO DEL HECHICERO, *best seller* No. 1 que consta de diecisiete libros; de la serie de *best sellers* No. 1 DIARIO DE UN

VAMPIRO, que comprende doce libros; de la serie de *best sellers* No.1 LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA, un *thriller* postapocalíptico compuesto por tres libros; de la serie de fantasía épica REYES Y HECHICEROS, compuesta por seis libros; de la serie de fantasía épica DE CORONAS Y

GLORIA, que consta de ocho libros; de la serie de fantasía épica UN

TRONO PARA LAS HERMANAS, que consta de ocho libros; de la nueva serie de ciencia ficción LAS CRÓNICAS DE LA INVASIÓN, compuesta por cuatro libros; de la serie de fantasía OLIVER BLUE Y LA ESCUELA DE VIDENTES, compuesta de cuatro libros; de la serie de fantasía EL

CAMINO DEL ACERO, que consta de cuatro; y de la nueva serie de fantasía LA ERA DE LOS HECHICEROS. La obra de Morgan está disponible en audio y en ediciones impresas, con traducciones a más de 25

idiomas.

A Morgan le encanta saber de sus lectores, así que por favor no dudes en visitar su sitio web www.morganricebooks.com para suscribirte a la lista de correos electrónicos, recibir un libro gratis y otros obsequios, descargar la aplicación gratuita, recibir noticias exclusivas, conectarte por Facebook y Twitter, y estar en contacto.

Libros de Morgan Rice

LA ERA DE LOS HECHICEROS

EL REINO DE LOS DRAGONES (Libro #1)

OLIVER BLUE Y LA ESCUELA DE VIDENTES

LA FÁBRICA MÁGICA (Libro #1)

LA ESFERA DE KANDRA (Libro #2)

LOS OBSIDIANOS (Libro #3)

EL CETRO DE FUEGO (Libro #4)

LAS CRÓNICAS DE LA INVASIÓN

TRANSMISIÓN (Libro #1)

LLEGADA (Libro #2)

ASCENSO (Libro #3)

EL CAMINO DEL ACERO

SOLO LOS DIGNOS (Libro #1)

SOLO LOS VALIENTES (Libro #2)

SOLO LOS DESTINADOS (Libro #3)

SOLO LOS AUDACES (Libro #4)

UN TRONO PARA LAS HERMANAS

UN TRONO PARA LAS HERMANAS (Libro #1)

UNA CORTE PARA LOS LADRONES (Libro #2)

UNA CANCIÓN PARA LOS HUÉRFANOS (Libro #3)

UN CANTO FÚNEBRE PARA LOS PRÍNCIPES (Libro #4) UNA JOYA PARA LA REALEZA (Libro #5)

UN BESO PARA LAS REINAS (Libro #6)

UNA CORONA PARA LAS ASESINAS (Libro #7)

UN BROCHE PARA LAS HEREDERAS (Libro #8)

DE CORONAS Y GLORIA

ESCLAVA, GUERRERA, REINA (Libro #1)

CANALLA, PRISIONERA, PRINCESA (Libro #2)

CABALLERO, HEREDERO, PRÍNCIPE (Libro #3)

REBELDE, POBRE, REY (Libro #4) SOLDADO, HERMANO, HECHICERO (Libro #5)

HÉROE, TRAIDORA, HIJA (Libro #6)

GOBERNANTE, RIVAL, EXILIADO (Libro #7)

VENCEDOR, DERROTADO, HIJO (Libro #8)

REYES Y HECHICEROS

EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES (Libro #1)

EL DESPERTAR DEL VALIENTE (Libro #2)

EL PESO DEL HONOR (Libro #3)

UNA FORJA DE VALOR (Libro #4)

UN REINO DE SOMBRAS (Libro #5)

LA NOCHE DEL VALIENTE (Libro #6)

EL ANILLO DEL HECHICERO

LA SENDA DE LOS HÉROES (Libro #1)

LA MARCHA DE LOS REYES (Libro #2)

EL DESTINO DE LOS DRAGONES (Libro #3)

UN GRITO DE HONOR (Libro #4)

UN VOTO DE GLORIA (Libro #5)

UNA CARGA DE VALOR (Libro #6)

UN RITO DE ESPADAS (Libro #7)

UNA SUBVENCIÓN DE ARMAS (Libro #8)

UN CIELO DE HECHIZOS (Libro #9)

UN MAR DE ARMADURAS (Libro #10)

UN REINO DE HIERRO (Libro #11)

UNA TIERRA DE FUEGO (Libro #12)

UN MANDATO DE REINAS (Libro #13)

UNA PROMESA DE HERMANOS (Libro #14)

UN SUEÑO DE MORTALES (Libro #15)

UNA JUSTA DE CABALLEROS (Libro #16)

EL DON DE LA BATALLA (Libro #17)

LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA

ARENA UNO: TRATANTES DE ESCLAVOS (Libro #1)

ARENA DOS (Libro #2)

ARENA TRES (Libro #3)

LA CAÍDA DE LOS VAMPIROS

ANTES DEL AMANECER (Libro #1)

EL DIARIO DEL VAMPIRO

TRANSFORMACIÓN (Libro #1)

AMORES (Libro #2)

TRAICIONADA (Libro #3)

DESTINADA (Libro #4)

DESEADA (Libro #5)

COMPROMETIDA (Libro #6)

JURADA (Libro #7)

ENCONTRADA (Libro #8)

RESUCITADA (Libro #9)

ANSIADA (Libro #10)

CONDENADA (Libro #11)

OBSESIONADA (Libro #12)

Document Outline